



RESPIRAINTE

LAURA ROCCA

Contenido

[CLÁUSULA DE EXENCIÓN](#)

[DEDICATORIA](#)

[ARGUMENTO](#)

[REDES SOCIALES](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[EPÍLOGO](#)

[MÚSICA - LA PLAYLIST DEL LIBRO](#)

[LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

RESPIRAME

© Copyright 2019 Laura Rocca. Todos los derechos reservados.

En virtud de las leyes de la industria editorial, es ilegal y queda prohibida toda reproducción de esta obra aunque sea parcial y con cualquier medio realizada.



CLÁUSULA DE EXENCIÓN

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, instituciones, lugares y hechos son fruto de la imaginación del autor y no pueden considerarse reales. Cualquier parecido con hechos, escenarios, organizaciones o personas, vivas o muertas, reales o imaginarias es totalmente casual.



DEDICATORIA

Génova, 14/08/2018

En recuerdo de las víctimas de la tragedia de Ponte Morandi, que ese día perdieron la vida y no pudieron seguir su camino porque se les paró el reloj.

El tiempo es lo más precioso que tienes, no lo malgastes.

Encuentra el valor, saca la fuerza para gritar contra las injusticias, la voluntad de hacer lo que deseas. Acepta el riesgo de estar con la persona que quieres, ama la vida, saboréala. Busca la voluntad de decir basta cuando sea demasiado y la fuerza de decir que ya no quieres más. Aprovecha la oportunidad de saber quién eres realmente y busca la voluntad de serlo. Vive, no solo existas. Solo se vive una vez, el tiempo pasado no vuelve, el arrepentimiento no sirve para nada. Disfruta del presente, cambia lo que está mal y acepta lo que no puedes cambiar, no llegues tarde.

Laura

Por supuesto que te haré daño. Por supuesto que me harás daño. Por supuesto que nos haremos daño el uno al otro. Pero esa es la condición misma de la existencia. Para llegar a ser primavera, hay que aceptar el riesgo del invierno. Para llegar a ser presencia, hay que aceptar el riesgo de la ausencia...

Antoine de Saint-Exupery



ARGUMENTO

Cuando el destino baraja las cartas, parece que hay que desecharlas, pero, ¿no es precisamente en las grandes ocasiones cuando tenemos que arriesgar? Si no te arriesgas a perder algo, nunca ganarás nada.

A veces, basta una discusión para que se desencadene un infierno. Él es influencer, ella, una estudiante modelo. Una historia de amor imposible y bastante complicada, pero...

“Tengo que resistir un poco más, después podré pensar solo en la universidad y olvidarme de ellos”, esto es lo que piensa Freya mientras observa a sus padres representando el papel de la familia perfecta.

Su vida se podría resumir en dos palabras: apariencia y farsa. Pero su mundo dorado ya no tiene nada que ofrecerle y pronto podrá dejarlo atrás, olvidándolo para siempre.

“¡Mentirosa! No todo. A Chase no”, le recuerda la conciencia.

Sí, Chase, el único que puede romper su coraza, el chico que le ha arruinado la existencia seduciéndola con la noche de pasión más increíble de su vida.

El paraíso que encontró entre sus brazos muy pronto se dio de bruces con el infierno de la realidad.

Por culpa de una sola debilidad, de un día para otro, su existencia se convirtió en un tormento y lo que fue un sueño con los ojos abiertos ahora es

una pesadilla en boca de todos, un murmullo que la persigue.

Chase Weber —conocido como *Defluencer*— es el influencer del que más se habla en la actualidad porque nunca miente y es famoso, precisamente, por sus críticas irreverentes, su punzante sarcasmo y por rebelarse contra el sistema.

Pero ¿es de verdad la persona que pretende ser? ¿Es cierto que el chico no se esconde de nada, que no duda en despreciar incluso lo que le convendría defender, que de veras hace y dice solo lo que quiere?

¿*Defluencer* sabrá ver más allá o también destrozará a Freya?

Ambos se verán implicados en una historia difícil, abrumados por una pasión arrolladora y por las dudas, embriagados hasta el punto de perder el control y la lucidez.

Mientras dudan entre lo justo y lo erróneo, la verdad y la ficción, el mundo real y las redes sociales, Freya y Chase tendrán que decidir entre darse por vencidos o arriesgarse.



REDES SOCIALES

¡Visita mi sitio, mi página de Facebook, o únete al [grupo](#) para recibir noticias y avances exclusivos! Estos son los botones con todas mis redes sociales, para entrar solo tendrás que hacer clic en la imagen, ¡te espero!

Si no quieres perderte ninguna novedad, insíbete en la [NEWSLETTER](#).



facebook.com/LauraRoccaAutrice



instagram.com/laura_rocca_autrice



facebook.com/groups/LauraRoccaBooks



wattpad.com/user/LexlaLaura



amazon.it/l/B010Q2LUPA



youtube.com/c/LauraRoccaAutrice



laurarocca.it/es



newsletter.laurarocca.it



PRÓLOGO

Jueves 24 de diciembre

—Mi valoración de hoy es extraña, muy extraña. Lo sé, sé lo que estáis pensando: “¿Cuándo han sido tus valoraciones como las demás?”. Pero no. Nunca había hecho nada igual. Vamos al grano: una empresa me ha enviado esto para que hable de ello —revela levantando una cajita de la que saca un botecito.

—No, no estáis sufriendo alucinaciones, es realmente un bote de maquillaje. Lo creáis o no, ¡me han enviado un fondo maquillaje para que hable de él! ¿Pensáis que me han confundido con una bloguera de belleza? ¿Será porque mi pelo no es, lo que se dice, corto? —continúa, recogíendoselo en dos absurdas coletas.

—En cualquier caso, habría podido ignorarlo y olvidarme de él, pero ya sabéis cómo soy... ¡Acepto todos los desafíos!

Ya estoy llorando de tanto reír. No me atrevo a imaginar qué dirá *Defluencer* del fondo de maquillaje y, si sigue haciendo el vídeo con esas ridículas coletas, tipo niñita de guardería, no podré dejar de reírme a carcajadas ni un segundo. Hasta hace cinco minutos estaba muy deprimida por la noche que me espera, pero ahora no puedo dejar de reírme sin control alguno.

Chase Weber es, sin duda, la persona que más me gusta en el mundo.

—¿Os mola mi nuevo peinado? Seguro que sí. Pero os invito a responder a esta pregunta: ¿debería ofenderme? ¿Me han enviado este fondo de maquillaje para mandarme un mensaje sobre mi aspecto? ¿Querrán decirme que voy más maquillado que una mujer? Venga ya, sabéis que solo lo hago cuando me veo obligado para algún desfile de moda. ¿Qué decís? ¿No os lo creéis? Está bien...

No tengo ni idea de lo que va a hacer, pero...

— ¡Oh, Dios mío!

Acaba de coger un enorme cubo de agua y se lo ha echado en la cabeza. Está empapado, con las coletas mojadas y encogidas a ambos lados de la cara, y ahora se está pasando por el rostro una toalla blanca.

—Aquí la tenéis. —Vuelve la toalla totalmente blanca y la enseña—. Como podéis ver, ¡ni restos de maquillaje!

Chase es realmente absurdo.

— Sí, queridos. Para mí también es veinticuatro de diciembre, así que me voy a dar prisa en acabar el vídeo antes de que pille una pulmonía —añade, poniéndose una toalla en los hombros.

—Bueno... ¿dónde me había quedado? ¡Ah, sí! ¿Qué habrán querido decir? Ya hemos visto que no me maquillo. ¿Estarán poniendo en duda mi virilidad? O tal vez... ¿Pensarán que no entiendo nada de maquillaje? ¡Vamos a descubrirlo juntos! —Y saca el papel que hay junto al fondo de maquillaje—. ¿Correctores? ¿Infinitas paletas de colores diferentes para intentar cubrir todas las imperfecciones de la cara? ¿Discromías? Vuestros problemas se han acabado con este fondo de maquillaje, este es el producto por excelencia, tan potente que cubre incluso los tatuajes y está al alcance de todos los bolsillos —lee.

—Pero ¿qué demonios son las discromías? Es igual, sigamos. Bueno, no tengo intención de ponérmelo en la cara, no señor, de eso ni hablar. Como os he dicho antes, solo me dejo maquillar si meo obligado a ello y, además, no tengo ojeras, así que... Voy a hacer una prueba extrema: voy a intentar cubrir un tatuaje que tengo en el bíceps —explica mientras deja caer la toalla y se sube una de las mangas de la camisa empapada.

Empieza a aplicarse el producto torpemente.

—¿Pensáis que debería tener una esponja de maquillaje? —pregunta, mientras se pone el fondo de maquillaje, sacándolo con los dedos.

Sigue de todas formas y, poco después, el tatuaje queda totalmente cubierto.

—No hay nada que objetar... ¡Cubre de verdad! Aparte del contraste con el tono de mi piel, imagino que se han equivocado con el color que me han mandado, en efecto, su cobertura casi profesional. ¿Estáis pensando que va a ser mi primera valoración positiva y que me puedo convertir en influencer? —interroga levantando una ceja y sonriendo maliciosamente.

Pero yo lo conozco y ya sé que a la empresa que le ha enviado el producto

le está llegando su momento.

—Ahora os revelo por qué me han mandado este fondo de maquillaje. Creían que era un ignorante: yo soy un hombre y no me maquillo, el producto efectivamente cubre como dice. Habría sido una valoración muy positiva incluso para mí, ¿os imagináis la primicia? ¡El primer producto que *Defluencer* valora positivamente! Después de todo, fijaos en lo bien que hablan de él vuestras amigas *youtubers* —continúa, abriendo los brazos.

Sigue un montaje de vídeo de varias chicas que lo han valorado de manera entusiasta y después la imagen se vuelve a centrar en él.

—Los fabricantes de cosméticos están obligados a incluir la lista de los componentes del producto, tenéis todas las respuestas en la mano aún antes de comprarlo, solo hay que darle la vuelta a la caja y leerla. Se llama INCI, International Nomenclature of Cosmetic Ingredients. Sí, queridos fabricantes, soy un hombre, no un gilipollas y me he informado. Por lo tanto, prestad atención al orden en que aparecen los componentes de la etiqueta. En efecto, no es nada casual y está pensado para indicarlos, uno tras otro, según la sustancia presente en mayor cantidad. ¿Qué encontramos en este? *Dióxido de titanio, parafina líquida, parafina, petrolatum, silica silylate*. Todos nombres extraños e incomprensibles, ¿verdad? Bueno, sabed que se trata de petróleo y silicona. Sí, habéis entendido bien. He hecho un par de búsquedas y, en un fondo de maquillaje como este, el primer ingrediente debería ser el agua, que ni siquiera aparece en la lista. En definitiva, os lo resumo: el producto es un asco. Se trata de un concentrado de sustancias dañinas que, a la larga, os tapan los poros y hará que os salgan un montón de granos en la cara. Muchas de vosotras, erróneamente, lo compraréis para cubrir el acné, pero eso solo empeorará mucho más la situación. ¡Eliminad esta empresa de vuestras compras, mujeres! Me despido, os deseo una feliz Navidad y, como siempre... ¡no os creáis todo lo que veis ni a las que se dejan comprar con regalos!

El vídeo se acaba con una musiquita navideña burlona y la sonrisa me llega de oreja a oreja. Echo un vistazo a los comentarios: está en línea desde hace apenas una hora y ya hay miles. Las chicas que salen en los vídeos que ha montado están que trinan, porque no solo ha hablado mal del fondo de maquillaje, sino también de ellas, que han hecho todo lo posible para avisar a sus seguidores. No me atrevo a imaginar lo que le ocurriría a Chase si algún día saliera algo comprometedor sobre él: sería su ruina, todo el mundo se lanzaría sobre él como un buitre sobre un cadáver en descomposición, al ver

su forma de lavar la ropa sucia de todo el mundo en público.

Me parto de risa ante sus respuestas sarcásticas a las chicas, pero la diversión dura poco.

La puerta se abre de par en par.

—Freya, en media hora nos tenemos que ir, ¿estás preparada? —pregunta mi madre, entrando en la habitación.

Me pongo de pie y me doy la vuelta.

—Hace rato que estoy preparada —respondo, alisándome las arrugas del jersey que me compré hace unos días.

Mi madre tuerce la boca.

—Freya, te he regalado un vestido, ¿qué te has puesto? —Pregunta cogiendo con los dedos la tela de la falda y frotándola con las yemas.

—La compré la semana pasada, me pareció que era navideña —respondo defendiendo mi ropa.

—¿Lo haces aposta para que me enfade? No puedo permitir que mi hija salga a la calle el día de la vigilia con ropa desaliñada de Zara. ¡Cámbiate de inmediato! —Ordena y su tono ha adoptado un matiz histérico.

—Pero ese vestido... Me parece excesivo —trato de objetar.

—Ese vestido... —grita mi madre, cogiéndose con los dedos el puente de la nariz—. Hay chicas que se cortarían una mano por ponerse ese vestido, forma parte de una colección que se venderá el último día del año. Ya hay miles de prendas reservadas y nadie lo encontrará en las tiendas. El vestido solo lo han recibido en primicia algunas clientas privilegiadas, entre las que se encuentran personalidades de relieve como actrices, modelos y cantantes —enumera, apuntando el dedo hacia la bolsa que cuelga en la puerta de mi armario—. Ese vestido se ha cosido aposta con tus medidas y te lo vas a poner. ¡Ahora! —Alza el tono observándome de la cabeza a los pies.

—Te espero abajo como máximo en veinte minutos —añade después, cerrando la puerta con un golpe al salir.

El buen humor que me ha regalado *Defluencer* se ha congelado.

Esa es la vida real.

Él dice la verdad mientras yo vivo en un mundo de ficción.

En breve, se pondrá en escena la representación de Navidad, no la que vamos a ver en el teatro, sino la de mi familia.

Hasta la música parece burlarse de mí, en cuanto pongo el equipo suena *How Do You Love Someone* de Ashley Tisdale, nunca ha habido palabras más acertadas para describir a mi familia.



CAPÍTULO 1

Jueves 24 de diciembre

Un soplo de aire gélido me golpea de lleno mientras estoy de pie debajo del pórtico de la Scala de Milán.

Esta noche se representa la obra de Navidad.

Navidad.

Se me escapa una risita sarcástica, la sofoco y miro enseguida a mi alrededor para ver si alguien se ha dado cuenta. Por suerte, soy la primera en salir corriendo del teatro, he escapado de forma tan rápida que lo he hecho incluso antes que los fumadores. No podía resistir más en nuestro palco, junto a ellos: mi madre y mi padre.

Esta es una de las pocas ocasiones en las que se ven y representan su propio teatro, el de la fantástica pareja perfecta. En realidad, mi madre vive en Londres, donde gestiona su casa de moda, y mi padre cambia de ciudad según hacia dónde se expandan las sucursales de su empresa de telecomunicaciones, en este momento en los Estados Unidos.

Pero hoy es el día de Nochebuena y juegan a hacer de familia feliz.

Familia.

Nunca he conocido el verdadero significado de esa palabra. A veces me pregunto si mi padre no habrá tenido una mujer en cada país en el que ha vivido. Mi madre, en cambio, vive solo para su trabajo, para su aspecto y su autoafirmación. Cuando mi padre la conoció en un desfile de moda en Londres, era una modelo de renombre. Luego resultó demasiado *vieja* para ese mundo, pero no se vino abajo y empezó a diseñar ropa. Ahora es una de las diseñadoras más famosas del mundo.

Después estoy yo, en medio de ellos.

Por suerte, ahora puedo mantenerme apartada de sus manipulaciones para

la prensa escrita. Nadie sabe quién soy. Lo único que advierten mis compañeros de clase es que tengo un nombre extraño, Freya, aunque mi apellido es muy italiano y frecuente, Villa.

De repente, me embarga el dolor al recordar mi infancia: creía que tenía muchos amigos, pensaba que todos me querían, pero el afecto no era por mí, sino por las fotos de los periódicos junto a mis padres. Yo era la niña a la que invitaban para recibir ese regalo caro que querían, la que había que buscar con la esperanza de obtener algún beneficio. Aprendí muy pronto lo que significaba ser hija de personas muy famosas e, igual de rápido, aprendí a camuflarme.

¿Pensáis que soy la típica niña consentida que solo sabe quejarse?

Quién sabe cuántas personas desearían lo que yo tengo: una casa enorme, toda la ropa y el dinero que quiero, empleados en casa, vacaciones, famosos a mi alrededor.

Pero ¿sabéis lo que realmente poseo en abundancia?

Es algo que no desearíais nunca, ni me envidiaríais: soledad.

—¡Freya! ¡Vas a tener algún accidente! —Exclama la señora que tiene el palco junto al de mis padres y que acaba de salir. Se pone el enorme abrigo de piel y no puedo evitar preguntarme cuántos animales se habrán tenido que sacrificar para vestir a esta cursi sesentona.

—Estoy bien. Había demasiada gente dentro, me faltaba el aire —le sonrío educadamente, tragándome lo que pienso de ella.

—Odio este frío. Si por mí fuera, viviría estos meses en la villa de Cerdeña, pero mi marido quiere pasar la Navidad en Milán. Creo que esta noche va a nevar... No veo la hora de que llegue el verano —sigue parloteando la señora Fumagalli, mientras mueve animadamente los dedos llenos de joyas.

“Aunque haga frío, no se ha puesto los guantes, porque si lo hubiera hecho, ¿quién habría podido mirar con disimulo todas aquellas piedras preciosas?”, no puedo evitar pensar mientras continúo con la sonrisa forzada en los labios.

A veces me siento tan falsa como ellos, como todo el mundo que me rodea y me parece que pierdo la sensación de mí misma. ¿Cómo no me voy a sentir hipócrita cuando estoy en contacto con personas a las que no soporto y finjo que estoy bien?

—¿Vas a ir a la playa a pasar las vacaciones de verano? —pregunta mientras se enciende un cigarro.

“¿Las vacaciones de verano? ¡Pero si estamos en diciembre!”.

—No creo, no me gusta la playa, prefiero... —empiezo a responder.

—¡Freya, podías evitar marcharte de ese modo! —me perfora la espalda la voz de mi madre.

Aquí está ella en todo su esplendor. Es probable que, con lo que lleva puesto esta noche, pudiera pagar el almuerzo navideño de todos los sintecho de Milán.

Ni siquiera me da tiempo a responder.

—Buenas noches, señora Fumagalli. ¿Le ha gustado la última colección? —Le pregunta enseguida a la imponente señora.

“La colección, no la obra a la que estamos asistiendo. ¡Egocentrismo, llévame contigo!”, pienso mientras trato desesperadamente de no alzar las cejas.

—Vivien, me parece magnífica. Cada vez es mejor y nos dejas a todos con la boca abierta —replica la mujer, dándole una ávida bocanada al cigarro.

Mi madre sonrío complacida.

—¿Y tu hija? ¿No desfila para ti? —Pregunta la señorona, tocando un tema muy peliagudo, mientras me señala y una bocanada de humo me llega directa a la cara.

—Yo... —empiezo a responder.

—Freya se graduará este año, quiero que tenga algún título académico por si en el futuro se quiere dedicar a otra cosa. Cuando se gradúe, hablaremos de su puesto en mi empresa —replica enseguida mi madre, echándome el brazo por encima como si fuera mi mejor amiga.

—Claro, la educación es importante, pero no pierdas el tiempo, Freya. Dentro de unos meses, cumplirás dieciocho años y las modelos se hacen viejas muy pronto —dice entre risas la mujer.

La conversación se acaba y mi madre me arrastra consigo, mientras me pone una mano en la parte baja de la espalda que me provoca más ansiedad que el cañón de una pistola. Seguramente tendrá que ponerme centenares de pegas.

Y, en efecto...

—¿Cuántas veces te he dicho que a la gente no le importan tus opiniones? No le interesaba nada saber si vas a ir a la playa mar o no. El verano es bonito, le gusta a todo el mundo. Tu di que sí y asiente —me reprocha mi madre, mientras me lleva al interior y nos envuelve el murmullo de las conversaciones de los demás.

Claro. Con ella siempre es así: todo apariencia, todo fingir, hasta en los discursos más simples. Me pregunto si existirá en el mundo alguna persona que sepa realmente lo que piensa Vivien Lloyd.

Cuando le dije que quería ir a la universidad después del instituto, me miró como si fuera un bicho raro. Convencerla para inscribirme en la escuela de artes ya fue un drama: ella quería llevarme a Londres, hacerme creer que iba a estudiar y, mientras tanto, preparar mi carrera de modelo. Lástima que yo no pensara en ello ni de broma.

—No tengo intención de ser modelo y tú lo sabes —no logro contenerme y estallo mientras nos abrimos paso entre la multitud que se intercambia las felicitaciones navideñas durante el descanso.

—Freya, no sé por qué te gusta llevarme la contraria, pero antes o después abrirás los ojos. De todas formas, la gente no tiene por qué saber tus rarezas. Muérdete la lengua y no hagas que parezca que tengo una hija anormal —susurra mientras me arrastra hacia nuestro palco.

“Anormal... ¿Solo porque quiero estudiar en la Facultad de Bellas Artes y no me interesa su falsa vida de apariencias? ¿Anormal porque me gustaría tener una vida auténtica? ¿Anormal porque desearía que la gente me conociera de verdad y los amigos se preocuparan realmente por mí? ¿Anormal porque me gustaría vivir en un mundo en el que no contara solo mi físico y el dinero que tengo?”.

—¿Cuándo te marchas? —Pregunta mi madre, volviéndose hacia mi padre que se ha quedado allí sentado.

Las luces se bajan.

—Calla, está empezando la segunda parte de la obra —susurra él en la oscuridad.

El estómago se me encoge de la rabia. También lo detesto a él, no solo a mi madre.

“¿No podía haberle dicho la fecha en lugar de pedirle que se callara? Habría tardado lo mismo”.

No puedo dejar de preguntarme cuándo, en qué momento aquel amor loco que los llevó al matrimonio se convirtió en desprecio, cinismo y desagrado ante la presencia del otro. Llevo la mirada cargada de tristeza de uno al otro: muestran una sonrisa fingida y miran fijamente al palco como si les importara algo.

Ellos me han convertido en *anormal*, incapaz de fiarme de las personas, de enamorarme.

Ellos son mi ejemplo de familia.

Mientras la música rebota contra las paredes del suntuoso teatro, mis pensamientos resuenan y retumban más que los tambores de una tribu africana. Es cierto, todavía me tengo que graduar, pero también es verdad que esta primavera cumpliré dieciocho años, seré mayor de edad y, al fin, podré mandarlos al diablo para vivir como yo quiero. Me buscaré un trabajo, haré algo bueno y me pagaré la universidad. Nunca he tocado el dinero que me han ido ingresando en la cuenta corriente, convencidos de que eso es suficiente para ser padres y les disculpa por despreocuparse de mí por completo.

Cuando termina la obra de Navidad, soy consciente de que no he escuchado nada.

Es la voz de mi padre la que me devuelve a la realidad.

—El veintiséis de diciembre tengo el vuelo a Nueva York, quiero pasar allí Año Nuevo —dice seco, poniéndose de pie y dignándose, al fin, a responder la pregunta que le ha hecho mi madre un buen rato antes.

—Bien. Yo también pasaré Año Nuevo en Londres, no tengo ninguna intención de quedarme aquí —susurra mi madre, tiesa.

Claro, ¿por qué iban a querer pasarlo conmigo en familia?



CAPÍTULO 2

Viernes 25 de diciembre

“El pijama con los bastoncitos de azúcar es lo único realmente navideño que tengo”, no puedo dejar de pensar mientras salgo del baño de mi habitación.

—Creo que deberías presentarte en la obra de Navidad con esto —dice Chase que está apoyado distraídamente en mi escritorio.

No puedo evitar sonreír.

—De verdad, habría sido divertido observar la expresión de todos esos babosos al ver tu vestimenta —comenta mientras empieza a reírse él también.

—Mi madre, probablemente, me habría repudiado —observo divertida.

—Habrías sido una vagabunda preciosa —susurra Chase, apartándose del escritorio y acercándose a mí.

Mi fantasía se ve interrumpida con violencia al abrirse la puerta.

Mi madre.

El estómago se me encoge de inmediato. Si se ha tomado la molestia de entrar después de la una no es para felicitarme la Navidad, darme su regalo y apretarme en un cálido abrazo. No conocéis a mi madre: lo único cálido que posee son las horribles pieles que utiliza. El regalo ya lo he recibido, tanto de ella como de mi padre: una suma considerable de dinero en mi cuenta bancaria. Compiten por ver quién me da más, tratando de superarse, como si a mí me importara algo, como si ese dinero pudiera reemplazar a mi familia.

—Freya, tenemos que hablar —cierra la puerta al entrar.

Lo único que puedo hacer es cruzarme de brazos.

—Dentro de poco cumplirás dieciocho años y este verano te vas a graduar. Espero que cuando acabes con tu ridícula idea de la graduación, te decidas a ir a Londres conmigo —se adelanta, mientras alarga una mano hasta el escritorio y observa uno de mis dibujos, enarcando una ceja.

—Ya te he dicho que me voy a matricular en la Facultad de Bellas Artes —le rebato, avergonzándome de la nota chillona que suena en mi voz.

—Y yo ya te he respondido que es una idea estúpida y que estás malgastando tu vida. Ojalá vieras todas las oportunidades que te puedo ofrecer; te haría famosa enseguida, mucho más que yo al principio. Hoy día están las redes sociales y hay grandes posibilidades diferentes, podrías transformarte en un icono para las chicas de tu edad. Sabes que no dudaría en convertirte en la modelo más importante de mi casa de moda. Eres mi hija y, por suerte, has heredado en buena parte mi aspecto. —Me observa de la cabeza a los pies.

—Nunca me voy a dedicar a tu trabajo, me importa un comino hacerme famosa y no quiero ser como tú. No quiero esa vida, ¡no deseo nada de tu podrido mundo! —Exclamo apretando y cerrando los puños.

—¿Qué es lo que no quieres, Freya? ¿No quieres vivir en una casa enorme? ¿No quieres ser guapa? ¿Qué tiene eso de despreciable? ¡Deberías avergonzarte! Ya que has deseado tanto ir a la escuela, fíjate bien en tus compañeros, sus familias, sus vidas y dime después lo que no quieres. ¿Sabes cuántos de ellos son pobres y sus padres se han endeudado para pagarles una escuela de prestigioso? —Me reta mi madre, poniéndose de jarras.

Siempre acaba hablando del estatus o del bienestar económico, no tiene la mínima idea de lo que necesito. Para ella solo soy una chica egoísta y desagradecida.

—Yo quiero una vida normal, quiero ser normal. No hay nada en tu mundo que me interese —le rebato de manera cortante, mientras las lágrimas empiezan a escocerme en los ojos.

—Mañana tendremos huéspedes, intenta no salir con esas tonterías y guárdatelas para ti. Ya volveremos a hablar dentro de unos meses —replica con frialdad, antes de cerrar la puerta al salir.

En cuanto se va, me dejo caer en la cama y dejo correr las lágrimas.

Es verdad, debería considerarme afortunada, pensar en las familias que no tienen dinero para comer o mantener a sus hijos, pero sí cuentan con algo que

yo no tengo: se quieren. ¿Tan inapropiado es que a los diecisiete años esperes que tus padres te quieran? ¿Desear que ellos se amen? ¿Querer que tu familia no sea solo un cuadro perfecto que hay que mostrarle al mundo exterior?

Como no estoy lo bastante cansada como para no soportarlo, cojo el móvil y abro Instagram con el descabellado deseo de ver las fotos de mis compañeros, de esas familias normales que no tienen tanto como nosotros. Todos los años ojeo ávidamente sus fotos, veo las cenas de Nochebuena en familia, las fotos graciosas de hermanos y hermanas, el intercambio de regalos. Robo el afecto de esas imágenes y dejo que me animen un poco. A través de esas instantáneas, vivo un poco la Navidad que nunca he tenido.

Pero el destino es burlón: en cuanto abro la aplicación en el móvil, me alcanza de pleno mi mentira de antes.

“No quiero nada de tu podrido mundo”, me resuenan en la cabeza las palabras que le he dirigido poco antes a mi madre.

Chase.

Eso es lo único que me hace perder la cabeza de verdad. Él es mi secreto, lo *único* que no desprecio, y esto también hace que me avergüence un poco. Como siempre, cada vez que veo una foto suya, se me encoge el estómago. Es extraño, me parece que en el vientre empieza a agitarse un fluido cálido y luminoso que, poco a poco, sube al esófago, me envuelve el corazón y me bloquea el cerebro.

“Es culpa de su condenada sonrisa, ¡es un arma indecente!”, trato de justificarme.

La instantánea es un momento robado, una foto que ha hecho otra persona, pero se ve que es auténtica, real, no fabricada. Los ojos parecen resplandecer de felicidad, junto a él está su hermano, que le ha puesto en la cabeza un sombrero de Papá Noel y se ríe. Chase lleva puesto un jersey muy ancho, casi estirado me atrevería a decir, pero parece lo más sexy y elegante del mundo, y detrás de él se entrevé un árbol de Navidad. Me gusta tanto su carácter rebelde, que no le importen en absoluto las reglas que parece imponer el mundo de los ricos y famosos.

Chase forma parte del mundo de mi madre, pero no es falso como ella.

“O tal vez tú seas una patética chica de diecisiete años que espía en Instagram el perfil de una persona famosa, babeando como todas las adolescentes presas de crisis hormonales”, me reprocho.

Abro Messenger para distraerme de mis descabellados pensamientos y le mando a Tania, mi única amiga de verdad, un mensaje de Feliz Navidad.

Lamentablemente, no me responde: estará ocupada con las celebraciones: ella tiene una familia. Vuelvo a abrir la foto de Chase. Hipnotizada, paso un dedo por sus labios carnosos y sonrío yo también como una tonta de remate.

Además de sonreír por él, hay otro motivo por el que lo hago: es Navidad, pero no está con Grace, su novia. Desde hace algún tiempo, cada vez se ve menos y, aunque sé que no es un pensamiento agradable y que en realidad no cambia nada para mí, me siento feliz porque imagino que se están alejando o que quizás lo han dejado.

“¿Y qué? ¿Si ya no estuvieran juntos, Chase vendría en su caballo blanco a buscarte?”

—Patético —resoplo tirando el móvil en la mesita de noche.

Con todo, mientras intento coger el sueño, no puedo evitar volver con la mente a la primera vez que lo vi.

Dos años antes

Busco una esquina discreta para sentarme, porque he rechazado de manera categórica los asientos en primera fila. Llevo años tratando de pasar totalmente desapercibida. He tenido suerte: los actores y los cantantes tienen un séquito que se interesa por todo lo que hacen, mi madre es estilista y la siguen por sus vestidos y sus creaciones. Por fortuna, no hay una muchedumbre de posesos interesados en su vida sentimental ni en su familia. Cuando era una modelo famosa, antes de convertirse en diseñadora, no existían las redes sociales y no se creaba tanto interés en torno a las personas.

Por lo general, nunca asisto a sus desfiles, pero este año coincide con su cumpleaños y me he visto obligada a venir a Londres a celebrarlo con ella, como si le importara verme... De todas formas, este desfile es especial para ella porque presentará su primera colección de hombre y he decidido contentarla. He preferido soportar esta hora de tormento a sufrir una discusión eterna por no querer venir.

Cuando las luces bajan y comienza la música, me preparo para desconectar el cerebro.

Entonces aparece él caminando solemne por la pasarela y mi cerebro se queda paralizado, escapando de la realidad, pero no de la forma en que

estoy acostumbrada a hacerlo.

Lleva un traje de corte muy original que resalta sus costados estrechos y la figura esbelta; el color – azul claro con rayas muy finas blancas y verticales – resultaría impensable para el noventa por ciento de la población masculina, pero a él le queda divino. Su mirada parece ver a todo el mundo y no mirar realmente a nadie y, aun así, por un instante, me parece que se encuentra con la mía.

“Son los ojos más bonitos que he visto en mi vida”.

Durante el resto del desfile me quedo hipnotizada, cada vez que le toca desfilarse a él – y ocurre con bastante frecuencia – se me paraliza el cerebro.

Cuando acaba todo y sale mi madre a la pasarela para recibir flores y aplausos, él está a su lado.

“¡Te suplico, Dios mío, no! Es mayor que yo, pero no lo bastante para ella”, me fulmina el pensamiento.

Gracias al cielo, mi ansiedad no está justificada: simplemente se trata del modelo principal de su colección, al que ha elegido como protagonista para toda la publicidad de Lloyd Uomo.

Chase Weber.

Y mientras saltan los flashes de las máquinas fotográficas y llueven los aplausos para la nueva colección, yo solo lo veo a él.

Y, desde entonces, siempre es así.

Pensaréis que es simple, creeréis que bastaría con decírselo a mi madre para que me lo presentara, pero la verdad es que no quiero. No me interesa recibir nada de mi madre, incluso el dinero con el que invade mi cuenta bancaria se queda allí sin darle uso.

Además, no estoy segura de querer conocerlo, no, de veras.

Chase para mí ha llegado a ser importante, representa algo especial en medio de tanta tristeza, tanta falsedad, es una pequeña luz en mi mundo oscuro y no me gustaría tener que cambiar de opinión.

Cuando lo vi por primera vez ni siquiera sabía quién era. Confieso que esa misma noche escribí su nombre en todos los motores de búsqueda como una desesperada y descubrí que, aunque todavía era poco famoso, tenía una gran actividad en Instagram con el Nick de *@Defluencer*. Esto llamó mi atención enseguida y empecé a leer sus posts. Al contrario que la mayor parte de la gente activa en las redes sociales, él no hacía valoraciones positivas ni

apreciaciones, todo lo contrario. Solo escribía posts sobre cosas que consideraba de mala calidad, haciendo una lista de sus razones y destruyéndolas públicamente con un sarcasmo cortante y una gran ironía. Su personalidad me impresionó aún más que su aspecto.

Era tan rompedor que resultaba único.

Su oposición hacia las cosas que parecían convenientes habría sido más adecuada para alguien un poco cutre y eso, que contrastaba especialmente con su increíble aspecto, acaparaba toda mi atención. Me encantaba que gritara todo lo que pensaba, que dejara oír su voz, todo lo que yo aún no había podido poner en práctica.

Un tiempo después del desfile, desapareció de improviso y no actualizó casi nada. Al nombrarlo delante de mis compañeras, por hablar como quien no quiere la cosa, parecía que ninguna de ellas sabía quién era y durante unos meses no encontré noticias suyas en la red. Después, algo cambió y volvió a aparecer. Chase empezó a usar también YouTube además de Instagram, a escribir cosas sobre él mismo, a poner vídeos del día que había pasado, de las casas de moda para las que trabajaba, de la ropa que se ponía, los perfumes que usaba, los lugares que detestaba. Nunca hacía elogios de lo que le agradaba, sus gustos se sabían por lo que usaba. De forma muy rápida, se convirtió en una especie de icono, ahora todo el mundo sabe quién es. También organiza muy a menudo eventos en los que conoce a la gente que lo siguen y responde a sus preguntas.

He aprendido a conocerlo o, al menos, lo ha hecho la parte idiota de mi persona, esa loca que cree que puedo saber quién es de verdad, como si desde Instagram o YouTube hubiera establecido un hilo directo con él. Es auténtico, dice cosas inoportunas, critica a menudo la falsedad de las personas o de algunas situaciones, no le importa no estar perfecto y aun así... Es precisamente en las fotos donde aparece más desaliñado, las que quizás le hagan los amigos, donde está más guapo. Mi madre no pondría nunca fotos en las condiciones en las que él se presenta a menudo. Las fotos de moda son perfectas, todas retocadas, hechas con las luces necesarias y revisadas por quienes hacen magia al retocar las fotos para resaltar algo o esconder el defecto más insignificante, pero él no necesita esas cosas.

En estos dos años, me ha ocurrido con más frecuencia de la que estoy dispuesta a reconocer por no dudar de mi salud mental, que he pensado en algo y, luego, unas semanas después, he visto el mismo pensamiento expresado por él. También me ha dado explicaciones de algunas cosas que ha hecho o dicho

y, unos meses después, han resultado ciertas. De verdad, intento no prestarles la más mínima atención a esas coincidencias, me digo que soy yo la que quiero verlas, pero...

Vuelvo a pensar en mi fantasía de hace un momento.

“¡Estoy como una cabra!”, me digo.

Tenéis que saber que, a lo largo de los años, en los momentos de mayor soledad, he empezado a pensar en él, a imaginarlo aquí conmigo, a fantasear sobre situaciones en las que me decía exactamente lo que necesitaba escuchar. En definitiva, se ha convertido en mi novio ideal y, si debo decirlo todo, nadie puede competir con él.

En la realidad, el amor no existe. Lo veo entre mis compañeros de clase: muchos parecen muy enamorados y, apenas dos semanas después, lo dejan y se hacen maldades increíbles por la espalda. Ya lo he visto con mis padres, que fingen ser la pareja perfecta y se odian cordialmente. No quiero ilusionarme con algo que no existe, no quiero salir con un compañero, creer que he encontrado una persona especial y que me deje en cuanto se canse. Solo quiero pensar en estudiar, porque de llenar los momentos de vacío ya se ocupa Chase.

¿Cómo podría conocerlo de verdad?

¿Y si resultara ser una persona horrible?

¿Si en realidad fuese como toda la gente que conozco?

¿Si no fuera el rebelde al que adoro, el que siempre dice lo que le pasa por la cabeza?

La desilusión sería demasiado grande.

Mejor que todo siga como está.



CAPÍTULO 3

Jueves 14 de enero

La profesora de Historia del Arte nos está explicando algo, pero no logro seguirla. Tania sigue dándome codazos y poniendo caras ridículas, parece que los ojos se le están saliendo de las órbitas.

—¿Qué pasa? —le susurro a media voz.

—Te he mandado un enlace por Messenger, ¡míralo! —Exclama llevándose el móvil al pecho con gesto teatral.

—Bianchi, ¿sus relaciones sociales pueden esperar diez minutos más? — Le llama la atención la profesora con tono severo.

—Perdone, lo guardo —replica Tania, poniendo cara compungida y metiendo el móvil en la funda.

Pero ahora siento curiosidad. Por lo general, estaría atenta, soy tal vez una de las pocas personas que tiene realmente interés. Solo las buenas notas que saco han convencido a mi madre para dejarme continuar: si hubiera obtenido solo suficientes, ya me habría obligado a irme a vivir a Londres. Además, me importa, de veras quiero seguir estudiando y obtener un título universitario.

En cuanto se da la vuelta la profesora, meto la mano en el bolsillo de la mochila, cojo el móvil y me lo pongo en el regazo. Desde el asiento de la profesora puede parecer que estoy mirando el libro, pero en realidad estoy esperando a que se abra el enlace que me ha enviado Tania. En cuanto aparece, empiezo a sentir mariposas en el estómago.

Es un primer plano de Chase, una de sus fotos *auténticas* que son mis favoritas.

Me deslizo por la página y leo el artículo.

En primavera, **Chase Weber**, más conocido como **@Defluencer**, estará en Milán con ocasión del desfile de **Hugo Boss** que tendrá lugar el **miércoles 9 de marzo**. El modelo de veinticinco años se ha convertido en muy poco tiempo en el favorito de los diseñadores de todo el mundo que se lo disputan como figura principal. Weber, descubierto por Vivien Lloyd, ha decidido aprovechar la ocasión para conocer a sus fans italianos.

Martes 8 de marzo desde las 15:00, en el local **Galleria dell'Est**, **@Defluencer** se reunirá con sus seguidores y pasará toda la tarde con ellos. Los participantes se podrán sentar y hacerle al artista una pregunta por persona.

Las plazas son limitadas y se pueden reservar en la página de One Nation.

80 €, entrada prioritaria a las 15:00 y encuentro con el artista. **Disponibles 10 plazas.**

30 €, entrada a las 16:00 y pregunta al artista. **Disponibles 100 plazas.**

Para cualquier pregunta, podéis escribir a la dirección **onenation@eventi.it**.

iOs esperamos!

La respiración se me corta en la garganta. Me parece que ya no queda oxígeno en la estancia.

En menos de dos meses, Chase estará aquí y podría conocerlo sin tener que pedirle nada a mi madre, sin que nadie pueda saber de quién soy hija. Es la ocasión que espero desde hace dos años y que me provoca un miedo mortal.

—Freya, ¿estás ahí? —Me despierta Tania, sacudiéndome el brazo.

—¿Eh? —Pregunto ausente.

—Freya, ha sonado el timbre, podemos irnos —me agita una mano delante de la cara.

Solo entonces me doy cuenta de que algunos de nuestros compañeros ya se están dispersando en dirección a la puerta del aula y voy guardando las cosas en la mochila mientras Tania habla emocionada.

—¿Te das cuenta? ¡El tío bueno chiflado va a venir! Tenemos que ir ¡por

supuesto que sí! —exclama haciendo piruetas alrededor de sí misma.

Asiento porque no sé lo que está diciendo.

—Freya, vale... Si no quieres salir con nadie no pasa nada, pero joder... ¡No te hagas la sueca también con Chase! ¡He visto que pones el corazoncito en todas las fotos que sube y siempre hablas de él! —Me apunta al pecho con un dedo.

—No me estoy haciendo la sueca —le rebato, levantando las manos—, y además ya te lo he dicho: no quiero salir con ninguno. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Para estar en boca de todos la semana que viene porque alguno se inventa que me he acostado con él? —Me defiendo.

Tania me mira mal; me doy cuenta de que el tono me ha salido un poco histérico.

—¿Qué quieres decir? —Alza una ceja.

“¡Malditas seamos mi familia y yo! Pero ¿es que no puedo ser normal y dejar de tener estas obsesiones? ¡Ahora he ofendido a Tania!”, me llamo tonta yo sola.

—Tania, escúchame... Nunca te he juzgado, te puedes acostar con todos los que quieras, de verdad. No creo que seas poco recomendable, ni yo lo sería si lo hiciera, ¿vale? Solo quiero estudiar tranquila, sabes que mi madre no me da tregua. Si me distrajera con las calumnias de nuestros compañeros y sacara malas notas o me deprimiera por una desilusión amorosa, mi madre me obligaría a dejarlo todo. Perdóname —le pongo una mano en el hombro.

—Desde luego, eres muy rara. ¡Yo me cortaré una mano por conseguir lo que te ofrece tu madre! Y además... No entiendo por qué no se lo quieres contar a nadie. Joder, yo iría poniendo carteles —observa Tania.

—Ya te lo he explicado: no quiero amigos por lo que represento. Tú eres la única que sabe la verdad —le rebato, cogiéndola del brazo.

—Y como puedes ver soy una amiga de verdad. ¿Por qué no te fías de los demás? —Insiste mientras nos dirigimos a la salida.

—Porque no me apetece —murmuro poniendo los ojos en blanco. A veces no entiendo por qué insiste tanto, parece que a ella le importa más que a mí.

—Bueno, bueno, volvamos al tema de Chase. ¿Vamos a ir? —Me pregunta.

—No lo sé —intento ganar tiempo mirando al suelo, mientras vamos por los pasillos ya vacíos.

“¡Dios mío, qué impaciencia! Verlo de cerca sería increíble, ¡podría hablar con él!”.

“¿Y si fuera un gilipollas arrogante? ¿Si fuera un pretencioso como toda la

gente que me ha presentado mi madre? ¿Si los posts y los vídeos solo fueran pura palabrería, escritos para que la gente se sienta más parecida a él? ¿Si no fuera el rebelde que parece ser?”.

—¡Freya! ¿Todavía sigues en otro planeta? —Me sacude Tania—. ¿Entonces? —Me vuelve a preguntar.

—¿Y si nos desilusionamos al conocerlo? —Comento en voz alta mis dudas.

—¿Desilusionarnos? ¿Pero has visto lo bueno que está? Fíjate que cuando pone las fotos en la playa no tiene maquillaje ni nada parecido. Se ve que es natural y guapísimo, además estoy convencida de que en persona lo será todavía más —observa Tania, indicando con una mano lo obvia que es su afirmación.

—Ya, no puedo estar más de acuerdo contigo... Es difícil de olvidar.

—No me refería a eso, decía que podría resultar decepcionante. Tal vez es terriblemente aburrido, diferente a como se muestra en las redes sociales. Igual es pretencioso y afectado —aclaro mi punto de vista.

—¿Pero a quién le importa? Yo solo lo quiero para babear como una desesperada. Me lo follaría aunque se pusiera a recitar la *Divina Comedia* toda la tarde —se ríe Tania.

“Por eso tú te podrías desilusionar y ella no. Para Tania solo cuenta su aspecto físico, no la persona que es. Pero para ti es totalmente diferente”, me digo, llamándome tonta cien veces.

Si le dijera a Tania lo que pienso de Chase, llamaría a una ambulancia y me ingresaría en el psiquiátrico. Y, sinceramente, le daría la razón. ¿Quién consideraría mentalmente sana a una persona que admite que se imagina que un desconocido está a su lado en los momentos difíciles o, lo que es peor, que cree tener algo en común con él, que la entiende? Lo normal sería que babeara solo por su físico, igual que ella.

—Tienes razón, seguramente será guapísimo también en persona. Es imposible que Chase decepcione. Pero ¿no te gustaría que también fuera una buena persona como parece? —Pregunto sobre todo para entender si de veras estoy tan chiflada.

—No me importa lo más mínimo, a no ser, obviamente, que me pidiera que nos escapáramos. Es más, ni siquiera entonces. Aunque fuera un gilipollas aburrido, huiría igualmente con él. Ante tanta belleza se puede aceptar algún defectillo —es su rápida respuesta mientras atravesamos la puerta de la escuela.

“Vale, la rara soy yo”.

—Tenemos que pillar una de esas diez plazas. ¿Me anticipas tú el dinero? ¡Te lo suplico! Después te lo devuelvo—. Se lleva las manos cruzadas al pecho.

—Por supuesto, aunque todavía no he dicho que sí... —intento responder.

—¡Y la próxima vez te daremos el doble, asqueroso! —Una voz masculina llena de rabia interrumpe nuestra conversación y no puedo evitar volverme hacia el lugar de donde viene.

Se trata de Andrea, uno de nuestros compañeros. En cuanto nos ve, levanta la cabeza a modo de saludo, después se da la vuelta y se va. Pero no es él el que me llama la atención. Samuel, un chico de la otra clase, está tirado en el suelo. Es evidente que le han pegado, tiene la cara hinchada y el labio partido; los libros están esparcidos a su alrededor y parece que alguien le ha echado encima un cubo de agua.

Sin perder un segundo, corro hacia él.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —Pregunto inclinándome con la intención de echarle una mano.

Tania me tira de un brazo, obligándome a ponerme de pie.

—¿Qué demonios haces? —Pregunta seca, mientras mira a su alrededor—. Menos mal que no te ha visto nadie —añade después.

—Pero ¿por qué? No estaba haciendo nada malo, solo pretendía ayudarlo —objeto desconcertada.

—¡Vámonos de aquí! —Me coge de un brazo, empezando a tirar de mí.

—No podemos dejarlo ahí en esas condiciones —apoyo los talones para impedirle que tire de mí como si fuera un perro.

—Freya, no hagas el tonto. ¡Vente! —Exclama irritada, fulminándome con la mirada.

Pero yo no me muevo.

—Si le ayudamos, mañana harán lo mismo con nosotras y, créeme, no me apetece nada —añade histérica.

—Es verdad, mañana podría tocaros a vosotras —dice Samuel que, mientras tanto, se ha vuelto a poner de pie.

—Samuel, pero qué... —trato de insistir.

—¡Ven! Escucha, se lo ha merecido. Por el amor de Dios, vámonos, te lo voy a explicar todo —vuelve a arrastrarme Tania.

Me siento aturdida y no consigo insistir como me gustaría, no entiendo lo que puede haber hecho para merecerse algo así.

—Bueno, ¿me lo quieres aclarar? —Indago en cuanto dejamos atrás el patio de la escuela.

—Samuel ha metido la pata hasta arriba: ha intentado arruinarle la vida a Marco —empieza mirando a su alrededor.

—¿Qué pasa? ¿Por qué miras a todas partes como una poseída? — Pregunto porque no entiendo tantas precauciones.

—Escucha, me lo ha dicho Micaela que es la mejor amiga de la hermana de Marco, pero a él no le gusta que se hable demasiado del tema, ¿vale? — Susurra, volviendo a caminar.

—De acuerdo, pero ahora explícame. Samuel siempre me ha parecido un buen chico, lo definiría como un empollón, pero no un matón. ¿Cómo se le ha ocurrido meterse con Marco? —Pregunto mientras pienso en las medidas del chico en cuestión. Participa en el campeonato nacional de atletismo, más que un muchacho de apenas dieciocho años parece un hombre de veinticinco musculoso.

—Samuel... Dios mío, Freya, qué ingenua eres. ¿Pero no te has dado cuenta de que es un poco extraño? Vamos, su interés por cosas raras... —alza una ceja Tania.

—¿Extraño? Todos tenemos nuestras manías —objeto, alzándome de hombros.

—Vale, vale. Siempre he pensado que era un poco *alternativo*, pero hasta hace una semana ha tenido la decencia de callarse algunas cosas y después... En definitiva... Una noche, Marco lo acompañó a casa, se habían visto en el gimnasio y Samuel... Bueno, intentó besarlo. Samuel es gay y probó con Marco, ¿te das cuenta? Para él fue chocante. Le preguntó si estaba bromeando y Samuel lo amenazó: le dijo que no, como muchos sabían que eran amigos y los habían visto juntos, le iba a contar a todo el mundo que estaban liados. ¡Imagínate qué gilipollas! Le habría echado a perder la reputación —aclarar Tania.

—No es la mejor forma de actuar, pero ¿quién se lo iba a creer? En definitiva, sin contarme a mí, no creo que haya ni una sola chica con quien Marco no se haya acostado —respondo, alzando las manos—. No me parece que haya motivo para usar tanta violencia —añado después.

—Pero ¿estás bromeando? Comparte los vestuarios con los otros chicos fingiendo que es normal, mientras los estará espionando cuando se desnudan o se duchan. ¡Qué asco! ¿A ti te gustaría? Si hubiera una lesbiana en clase con nosotros, a mí me gustaría saberlo. Nunca me desnudaría delante de ella. —

Pone los ojos en blanco como si estuviera loca.

—Yo nunca he visto a Samuel hacer nada malo y, de verdad, no creo que en educación física o en el gimnasio espíe a nuestros compañeros con pensamientos raros en la cabeza —objeto, tratando de hacerla razonar.

—Te lo he dicho: eres una ingenua. Freya, no sabes nada del sexo, ni siquiera has tenido nunca novio. ¿Qué sabes tú de lo que piensan los tíos? Y además... Ya son unos salidos los *normales*, imagínate los *perversos*. Puaj.
—Tania pone cara de asco.

—Yo fui a oírlo tocar el piano, es muy bueno. Samuel me invitó el año pasado a la audición de fin de curso —trato de defender a nuestro compañero.

—¿Estás loca? No se lo digas a nadie. Imagina que su madre también se lo había dicho a la mía, ¿te das cuenta? También ella finge que su hijo es *normal*
—rebate Tania, enfatizando la última palabra.

—¿Por qué se lo ha dicho a tu madre? —Pregunto.

—Porque antes vivían en nuestro mismo edificio, después sufrieron el desahucio hace unos años. Crecimos juntos, de niños íbamos a la escuela de la mano —explica ella.

—Entonces, ¿por qué no has querido pararte a ayudarlo? —Pregunto consternada. No entiendo si se me está escapando algún detalle o si en mi cerebro hay algo que no funciona.

—Escucha, Freya, hay reglas para vivir bien. Si no las respetas, no lo consigues. Mientras Samuel se ha ocupado de sus rarezas sin molestar a nadie, no le han hecho daño. Como ahora han descubierto que es un perverso, esto es lo que le esperaba. Tenía que haberse quedado en su sitio. Solo estaba un poco marginado porque se vestía de forma extraña, pero la gente no lo maltrataba. Se la ha buscado y a ti te vendría bien tenerlo en cuenta: evítalo, quién sabe lo que se podría inventar de ti. Alguien así no tiene nada que perder, ¿te imaginas que descubre quién es tu madre? Tal vez te amenazaría e intentaría sacarle partido. ¡Mantente lejos de él! —Me lapida Tania.

Por muy injusto que me parezca todo lo que he presenciado, el terror de que la gente trate de aprovecharse de mí por la posición de mis padres es peor que cualquier injusticia que sufran los demás. Tal vez soy una cobarde, pero no me puedo hacer cargo también de los problemas de los demás, ya tengo bastante dolor en mi vida.



CAPÍTULO 4

Jueves 14 de enero

—En definitiva, ¡decepcionante! Podrían pensárselo antes de mandarme las cosas para que las pruebe, saben que aunque me hagan regalos, no me pueden comprar. Es posible que sean más listos que yo y me mandan estas porquerías para conseguir un poco de publicidad gratis, en el fondo lo único que vale es el dicho “que hablen aunque sea mal”. Exacto, escuchadme: en este caso, despreciadlos todavía más, porque se han reído de mí y han intentado hacerlo también con vosotros. Esta camisa es horrible y si me queda mal a mí... —Se señala alzando una ceja.

¿Y quién podría llevarle la contraria? Él estaría bien hasta con una bolsa de basura.

—En resumen, debería ser envolvente y no lo es, debería hacer más esbelta la figura, pero parece un jersey estirado más que una camisa *slim-fit* y, como si no bastara... ¿A quién se le ocurre poner botones amarillo limón en una camisa azul? El tejido, entre otras cosas, es de mala calidad. Es horrenda, no te la compres —sigue criticando la camisa que, en efecto, es horrible. Si no se la llevara puesta él, sería para quemarla.

Me llega una notificación de Messenger y pongo el vídeo en pausa: no me pierdo ni un segundo de Chase, es más, por lo general veo las valoraciones al menos diez veces antes de cambiar de vídeo.

Es Tania.

Abro enseguida el chat.

TANIA: ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

FREYA: Eh, ¿qué pasa?

TANIA: Pero, ¿cómo es que no lo has mirado?
¡Joder, Freya!

FREYA: ?

TANIA: ¡Las entradas! Tendríamos que haberlas sacado hoy, en cuanto acabó la clase, pero tú te has distraído con el perverso de Samuel. Lo acabo de mirar y... ¡MIERDA! Se han acabado, ya no quedan billetes con entrada prioritaria, solo de los otros.

FREYA: Bueno, al menos lo veremos de cerca, estaremos en la misma sala que él, ¡eso ya está bien!

Está tan enfadada que si le dijera que todavía no he decidido si voy a ir o no, probablemente vendría hasta aquí a arrancarme la cabeza. Este evento me da demasiado miedo y, si tengo que ser sincera, prefiero mil veces haber perdido las entradas prioritarias. Mejor así. Lo veré, pero de lejos como la otra vez y no correré el riesgo de decepcionarme.

TANIA: ¡Qué mierda! Pero, vamos, ¿cómo puedes contentarte con eso? Seremos un centenar, por la mañana tendremos que ir también a la escuela, como mínimo acabaremos en el fondo y lo veremos con los prismáticos. Yo quería hablarle, quería conocerlo, hacernos una foto juntos y, en vez de eso, vamos a estar con otras cien tías totalmente desconocidas.

Sigue lamentándose Tania.

FREYA: Igual nos enteramos del hotel donde se aloja y podemos intentar sorprenderlo allí para hacernos una foto juntos.

Intento hacerle pensar en algo positivo.

TANIA: Bah... Bueno, escucha, ¿las compras ahora

para las dos? Por favor, hazlo enseguida antes de que se acaben también esas. Igual, si está de buen humor, cuando acabe se queda para hacer alguna foto.

FREYA: De acuerdo, las compro ahora.

TANIA: Hazlo ya y me mandas una captura de pantalla de la compra. Si se acaban y nos lo perdemos te arranco la cabeza. ¡Venga, anda!

Hago lo que me dice y voy al sitio. No estoy dudando porque tema que no me dé el dinero, es probable que ni siquiera se lo acepte; lo hago porque todavía no sé si quiero ir.

“Tania ya está furiosa, si compras solo una entrada, discutirás con ella. ¿Es eso lo que deseas?”, me pregunto al instante.

“No, pero tampoco quiero hacer algo a la fuerza”, me respondo con la misma rapidez.

“¿Y quién te obliga? Cógelas y después, en el último momento, no vas y dejas que vaya ella; se la puedes regalar a otra chica. ¡Esa cantidad para ti no es nada!”, acabo diciéndome.

Completo la compra y, como me ha pedido mi amiga, le mando el resultado de la gestión. Al fin está satisfecha y se despide porque su madre la ha llamado para cenar.

"Al menos con el dinero con el que me invaden la cuenta mis padres hago algo bueno por los demás", reflexiono mientras guardo la tarjeta de crédito.

Miro el reloj y me entristezco. En ese momento, las familias se estarán reuniendo alrededor de una mesa, los padres preguntarán a sus hijos cómo ha ido el día, si les han preguntado en clase, mientras que yo...

Yo estoy sola.

Una llamada suave en la puerta me hace volver a la realidad: es Inés, nuestra ama de llaves.

—Buenas noches, señorita. Si está estudiando, le traigo la cena aquí — dice amablemente.

—Muchas gracias, Inés, se lo agradecería —acepto sonriéndole. Si tengo que comer sola, prefiero hacerlo aquí, viendo a Chase.

—No es nada, señorita. Llega enseguida —se apresura cerrando la puerta al salir.

Inés es un auténtico tesoro, es la única familia que he conocido en mi vida. Espero a que ella regrese y vuelvo a poner el vídeo. Y, de nuevo, como siempre, él es mi única compañía. Esto se está convirtiendo en una ridiculez.



CAPÍTULO 5

Lunes 7 de marzo

Hoy Tania ha salido antes porque tenía que hacer una visita, así que estoy sola. He esperado porque tenía que pedirle información al profesor para un trabajo importante que tenemos que entregar dentro de poco y los pasillos ya están vacíos y en silencio.

Pero, cuando salgo, me vuelvo a encontrar el desagradable espectáculo al que asistí hace poco: Samuel se está levantando del suelo. Es bastante evidente que le han vuelto a pegar. En estos meses he tenido varias veces la impresión de que lo estaba pasando mal, pero siempre me he quedado en mi sitio por el terror que Tania me ha metido en la cabeza.

A pesar de ello, ahora estamos solos y no puedo evitar acercarme.

—¿Estás bien? —Le pregunto acercándome por detrás.

Samuel susurra y después se da la vuelta.

—Como si te importara mucho —replica, limpiándose la sangre de la nariz con la mano.

—¿Qué quieres decir? —Pregunto, sintiéndome mal por su tono.

—Bueno, tú eres *Freya La Perfecta*, ¿no? A la que todos admiran y no sale con nadie, ¿cómo puedes saber lo que significa que te acosen todo el tiempo?

—Señala con tono sarcástico, mientras intenta limpiarse con un pañuelo.

—Para empezar, solo quería ser amable y, además, podrías haber evitado echarte encima las iras de todos. Si no te hubieras comportado de forma incorrecta, te habrían dejado en paz. Yo sé estar en mi sitio —le rebato con sequedad. Su modo de responderme ha hecho que me enfade y no he podido ser amable, aunque las circunstancias así lo exigieran.

Samuel me mira de forma extraña.

—De entrada, si quisieras ayudarme, también podrías hablar delante de

más personas y mostrar tu indignación; pero ¿quién va a ser tan tonto para hacerlo, verdad? En el fondo yo soy el único que sufre, vosotros no. ¿Qué importa que le peguen a un *maricón*? —Alza una ceja y suelta una amarga risotada—. En segundo lugar, querida Freya, ¡no hables de cosas de las que no sabes una mierda! Si de verdad quieres hacer algo, sigue ocupándote de tus cosas y viviendo en tu mundo —añade y se aleja dándome la espalda, dejándome allí como una tonta.

“¡Qué gilipollas! Solo quería ayudarle. Está claro que se merece de veras lo que le está pasando ya que se muestra tan agresivo con alguien que trata de ser amable con él”, me digo a mí misma.

Vuelvo a la realidad y me doy prisa en irme a casa. En ese momento, estoy sola y puedo ser realmente yo misma, no la chica amable y sonriente a la que todos podrían envidiar porque es guapa, vive en una gran casa con jardín y varios empleados, porque la madre es famosa o tiene mucho dinero. Ahora puedo quitarme la máscara y dejar escapar alguna lágrima mientras camino por las calles semidesiertas, mientras vuelvo a mi solitaria existencia.

Tengo que andar bastante para llegar a las afueras de Milán donde vivo, no la parte que está construida con bloques grises y enormes, sino la de las grandes casas bien cuidadas, de la *gente bien* y los jardines sin una hoja fuera de su sitio. Antes, cuando era niña y no tenía ninguna autoridad, el chófer venía a recogerme a la escuela, después pedí expresamente poder coger el metro: quería ser normal, como los demás.

Cruzo las cancelas de la gran casa donde vivo; el sol hace resplandecer el verde del cuidado césped; es marzo y la primavera está a punto de empezar. Le echo un vistazo a la imponente mansión, a los frisos, la fachada blanca y los mármoles relucientes de las escaleras. Intento decirme que a todo el mundo le gustaría vivir en un lugar así y a mí, sin embargo, solo me vienen ganas de echar a correr.

Inés, nuestra ama de llaves, me recibe cuando entro en casa.

—Señorita Freya, ha llamado su madre, confirma que no volverá a Italia hasta el próximo sábado. Y su padre sigue en Nueva York, pero dice que puede que vuelva unos días antes de su graduación —me informa.

—Gracias —respondo cortésmente, dirigiéndome a mi habitación. Por supuesto, no es culpa suya que mi familia sea un asco, que haya aprendido a leer con las niñeras, que hayan venido a mis representaciones del colegio las sirvientas o que me hayan criado las niñeras y personal de pago.

—¿No come nada? —Me sorprende su voz por detrás.

—Me he comido un bocadillo con Tania fuera de la escuela —miento para no preocuparla, regalándole otra sonrisa fingida. No tengo hambre en absoluto. Sé que muchos me envidiarían, que darían cualquier cosa por verse libres de sus padres y disponer de mucho dinero, pero mi vida no es nada feliz.

Cierro la puerta de mi habitación al entrar y dejo caer la mochila en la cama.

—Ya falta poco, en breve cumplirás dieciocho años y podrás ser realmente tú misma, igual que yo —me anima Chase. Está sentado en mi silla, al revés, los brazos cruzados apoyados en el respaldo, los vaqueros rotos a propósito y un par de botas que mi madre definiría como de montañés.

Le sonrío.

—¿Y podré hacer todo lo que quiera? ¿Cómo tú? —Pregunto ansiosa por saber lo que piensa.

—Claro. Te buscarás un trabajo, dejarás esta casa inútil e irás a la universidad —responde Chase, como si tuviera una seguridad absoluta.

—Espero encontrar el valor de hacerlo —bajo la mirada.

—Tienes mucho más valor del que crees —responde él.

La vibración del móvil interrumpe mi fantasía con los ojos abiertos. En Messenger parpadea un mensaje de Tania. Enciendo el ordenador para ponerme más cómoda y leo.

TANIA: ¿Estás preparada para el miércoles?

“No, no lo estoy”.

FREYA: ¡Será el día más bonito de nuestra vida!

Esta vez respondo porque no tengo ganas de discutir con Tania.

TANIA: Qué pena no haber podido comprar los billetes con entrada prioritaria, quiero acercarme a él.

FREYA: Ya... Voy a hacer los deberes.

Encuentro la forma de cortar a mi amiga.

Tengo que pensar sin falta en un motivo creíble para decirle que no voy.

“¡Eres una cobarde!”, me insulto.

Apoyo los codos en el escritorio y me sujeto la cabeza con las manos. Es verdad, soy una cobarde, pero Chase es lo único en la vida que no me hace sufrir.

El teléfono suena, interrumpiendo mis pensamientos: es mi madre.

—Freya, antes he hablado con Inés, le he dicho que en un par de semanas iría a Italia, pero he tenido una idea mejor. A finales de mes, es Semana Santa y tendrás unos días de vacaciones en la escuela: deberías venir a Londres —dice sin siquiera darme tiempo a saludarla.

—Mamá, este año tengo la selectividad, ya está cerca. Pasaré algunos días estudiando —me niego.

—¿Todavía sigues con esa tontería? Si te suspendieran, no sería ningún problema —estalla mi madre.

—Quiero cumplir mi sueño —me empeino.

—¿Tu sueño? —Me imita con tono sarcástico—. Freya, tú no tienes la energía necesaria para cumplir tus sueños, si la tuvieras serías como yo. Es más, ni siquiera tienes el valor de venir aquí y probar, al menos una vez, a desfilarse en la pasarela. Cuando intentes vivir como tú dices, trabajando y pagándote la universidad, te cansarás en un mes. No tienes lo que hay que tener ni el valor para cumplir tus sueños —me espeta antes de colgarme el teléfono sin esperar respuesta.

Una lágrima se me escapa por el rabillo del ojo, pero no puedo decir que esté equivocada. Ni siquiera tengo el valor de conocer a Chase, ni de lejos.

De repente, una idea absurda, algo que se me ocurrió en el momento en que leí el lugar del evento, me vuelve a la mente. Trato de espantarla, pero ya se ha quedado ahí. Me levanto y me pongo delante del espejo que cubre toda la pared. Me observo con ojo crítico: no soy una de esas chicas que se cree guapa, pero sé que no soy fea. Mi madre no deja de estresarme para que siga sus pasos, solo eso ya es una confirmación. De lo contrario, habría sido capaz de proponer que me hiciera alguna operación de cirugía estética. La conozco. Aunque mi físico sea un poco diferente al suyo casi escuálido, nunca ha criticado mi aspecto. Mido un metro setenta y cinco descalza y mis formas son bastante más abundantes que las que estamos acostumbrados a ver en las

modelos.

“¿De verdad quieres demostrarte a ti misma que lo que ha dicho no es verdad? ¿Que eres capaz de cumplir tus sueños? Bien, ¡empieza por Chase! ¡Conócelo y hazlo como se tiene que hacer!”, sigue rondándome en la cabeza la estúpida idea que se me ha ocurrido poco antes.

Aunque no se lo he dicho a Tania porque temía que se obsesionara y me obligara a hacerlo, a pesar de que hasta hace poco ni siquiera estaba segura de querer ir, la verdad es que he trabajado para el local en el que se celebrará el evento y conozco al dueño. Luigi, el titular del *Galleria dell'Est*, me ha suplicado muchas veces que fuera para que los clientes me vieran en persona, que me quería como chica imagen. Siempre lo he rechazado, no me interesaba. Trabajé para él solo para jorobar a mi madre, pero ahora...

Ahora podré ser útil.

Hace un año, para fastidiar a mi madre y recordarle lo que despreciaba el mundo al que me quería llevar, me dejé hacer unas fotos. El local acababa de cambiar de dirección y buscaba una modelo a la que fotografiar para la apertura. Ya había imaginado cómo me arreglarían, pero eso era precisamente lo que yo quería. Vestida con pantalones cortos *ceñidos* y un top tan ajustado que apenas me cubría, me hicieron montones de fotos. Para la invitación, se eligió una en la que el objetivo me cogió de espaldas: estaba de perfil, con el ceño fruncido.

Me dieron algunas fotografías y, poco después, se las enseñé a mi madre, haciéndole ver lo bonito que es ser modelo, una mujer objeto. Obviamente, esto dio lugar a una discusión sin fin que la llevó a amenazar con denunciar el local, puesto que yo era menor de edad. Pero le puse delante de la cara el formulario donde ella misma lo había consentido. Se lo había hecho firmar diciéndole que era para la escuela y ni siquiera lo leyó, demostrando así lo que le importo.

El dueño del pub, Luigi, un mes después de la apertura, empezó a llamarme para convencerme de que trabajara como gogó alguna noche. Aunque, obviamente, siempre lo rechacé. Cuando me preguntó si podía utilizar algunas de las fotos para adornar las paredes, acepté, cada vez más decidida a sacar de quicio a mi madre. Por supuesto, es un lugar demasiado caro para mis compañeros de clase: si hubieran visto las fotografías, me habrían dado la lata el doble para que saliera con ellos.

Ahora aquellas circunstancias me pueden resultar útiles: desde que supe que el encuentro tendría lugar allí, aunque me cuesta reconocerlo, no hago más

que pensar en ello.

Le doy vueltas al móvil con cansancio. Todo está lleno de fotografías de Chase. Hace años que sueño con decirle aunque sea una palabra, pero trato de olvidarme de la idea porque sé lo que muestran las fotos colgadas en ese local: hablan de una chica sexy, desinhibida, consciente de su cuerpo. Pero yo no soy así. Soy solitaria, recatada y todavía virgen, algo por lo que Tania se burla de mí a menudo. Ella ni siquiera sabía lo que era ser virgen a los catorce años, yo cumpliré dieciocho la semana que viene y todavía no he permitido que me toque ningún chico. No creo en el amor, he visto con demasiada frecuencia el daño que se hacen mis padres, metiéndome también a mí en sus estúpidas discusiones como si fuera un objeto que tenían que repartirse. A veces pienso que la fijación que tengo por Chase es solo una manera de mantenerme apartada de los otros chicos.

Del dolor.

Pensar en él siempre resulta fácil, porque no me puede hacer daño, solo se trata de una fantasía y es perfecto. Cuando imagino que estoy con él, fantaseo siempre con las cosas más bonitas. Cuando me siento triste, sueño que le cuento lo que me aflige y él entiende de inmediato cómo me siento. Nunca está ausente, siempre va conmigo.

A veces me pregunto lo que pensaría de mí si me viese.

Me miro de nuevo al espejo. Todos dicen que soy muy guapa, pero estoy segura de que para él no sería bastante. El pelo largo y castaño me llega casi al final de la espalda, mis ojos son verdes adornados con largas pestañas, los labios bien definidos. Soy alta y tengo las piernas largas y bien torneadas, la cintura estrecha y, al contrario que mi madre, el pecho bastante abundante. Imagino sus ojos cruzándose con los míos, estudiándome y me pregunto si alguna vez se hará realidad.

Me echo de nuevo en la cama y vuelvo a atormentarme con mi dilema.

No me gustaría darle demasiada confianza a Luigi, el dueño del local, pero me parece una batalla perdida, creo que al final ganará el deseo de conocer a Chase.

Ya se ha convertido en un reto en contra de mí misma y contra las palabras de desprecio de mi madre.



CAPÍTULO 6

Miércoles 9 de marzo

Al final, hoy no hemos ido a la escuela. Como he decidido poner en práctica mi plan, teníamos que ir al local con más tiempo. Todavía no le he dicho a Tania cuáles son mis intenciones: hasta que no me encuentre allí no estaré segura de lo que voy a hacer, aunque, para preparar el terreno, le he comentado que podíamos ir antes para intentar verlo cuando llegue.

Son las diez de la mañana y Tania ya se ha cambiado quince veces sin decidir qué ponerse.

—Sé que ni siquiera nos va a ver, pero me gustaría estar guapa —repite por enésima vez, mirándose en el espejo desde todos los ángulos.

Esta mañana ha fingido que se preparaba para ir a la escuela y se ha venido a casa. Yo no tengo esos problemas, no necesito esconderme de nadie ya que nunca están, pero la madre de Tania es bastante obsesiva y nos hemos inventado una mentira para que el día saliera bien. Antes de volver, quiere desmaquillarse, cambiarse en el baño del local y volver a casa fingiendo que ha pasado el día estudiando conmigo. Además, usamos la misma talla, pero yo tengo el triple de ropa que ella. Mi madre, cuando se siente culpable por no estar presente en mi vida, me llena de ropa, y no estamos hablando de cosas de mercadillo, sino de las mejores marcas del mercado.

Saco del armario el vestido blanco y negro de *Dolce & Gabbana*, sé cuánto le gusta.

—Ponte esto —se lo ofrezco sonriente.

—Este vestido cuesta más de mil euros. Con el gentío que habrá, se podría estropear —observa mirándolo con cierto brillo en los ojos.

—No me importa, es más, si te gusta, te lo puedes quedar —respondo sin darle importancia.

—¡Acepto! —Exclama entusiasmada empezando a ponérselo y se va al vestidor a buscar los accesorios adecuados.

—Sigo pensando que ayer tenías que haber aceptado mi propuesta de teñirte de rubio como yo, las rubias atraen más —me mira con aire crítico.

—Mi intención nunca ha sido llamar demasiado la atención —respondo, alzándome de hombros.

—Bueno, pero hoy te gustaría que se fijara en ti, ¿no? —Pregunta Tania, mientras se contonea delante del espejo poniendo caras sexys.

—Hoy es hoy, mañana volveremos a la escuela y a la vida de todos los días —trato de cortar la conversación.

—Vale, pero creo que deberías valorarte más. Si quisieras, todos los chicos de la escuela saldrían contigo —prosigue Tania.

—Exacto. Si quisiera. Yo solo quiero graduarme y matricularme en la universidad —le recuerdo—. Sabes que mi madre se opone: si perdiera el tiempo con esas cosas y no sacara las mejores notas, no me dejaría continuar con los estudios y me diría que era solo un capricho.

Tania se pone delante del espejo para maquillarse y se olvida de mí, así puedo empezar a vestirme. Solo espero que no se exceda como de costumbre y no insista en maquillarme también a mí como una mujerzuela, pero cuando veo que saca las pestañas postizas de la bolsa, pierdo todas las esperanzas. Yo ya sé lo que me voy a poner, no tengo que pensarlo. He pasado la noche despierta, debatiéndome entre las diferentes alternativas.

Cuando Tania ve lo que he sacado, abre los ojos de par en par.

—¡Menuda pasada! —Exclama precipitándose hacia mí.

Me pongo unas medias negras con estampado de encaje de flores, pantalones cortos con cinturón, un corsé de estilo steampunk violeta y negro, y una chaquetilla de encaje negro con mangas murciélago. Como calzado llevo unas botas hasta las rodillas con un tacón de diez centímetros.

—Quiero que se me vea —replico, tratando de quitarle importancia.

—Sigo pensando que el vestido de *Dolce & Gabbana* es lo más, pero tengo que admitir que no vas a pasar desapercibida —aprueba ella—. ¿Cuándo nos vamos? Como no tenemos las entradas prioritarias, debemos darnos prisa o nos quedaremos en la última fila y lo veremos desde muy lejos —dice resoplando.

—¿Almorzamos y nos vamos? —Propongo mientras empiezo a ponerme las medias.

—De acuerdo —acepta Tania.

Por suerte, consigo convencerla de que deje que me maquille sola porque no quiero parecer la protagonista de *La máscara de cera* y ella me deja hacerlo mientras comentan que es cierto que mi ropa ya resulta bastante exótica.

Cuando salimos me cubro con un abrigo negro que me llega a los pies, porque no quiero que nadie me mire en el metro. También he convencido a Tania para que coja prestada una prenda similar. Se muere de impaciencia ante la idea de que la gente la vea con ese vestido, pero es martes por la tarde temprano.

Al llegar al local, enseguida veo una cola enorme. Algunas chicas deben haber almorzado allí: en el suelo, al lado de donde están sentadas, hay cajas de pizza.

—¡Coño! ¡Con lo pronto que es y mira cuánta gente hay ya! —Exclama Tania enfadada.

—No te preocupes —respondo, dirigiéndome a la otra parte de la fila, la reservada para los que tienen entradas prioritarias.

—¿Qué haces? —Tania me da un codazo—. Cuando revisen los tickets, se darán cuenta de que no son los debidos y nos mandarán al final de la cola —me reprocha enfadada.

—Tú calla, no hables de tickets ni de colas. Quédate en silencio y dejarme hacer a mí —le digo decidida.

Tania me mira de forma extraña, pero sabe que cuando actúo así tiene que hacer lo que le digo. Al acercarnos más, noto cierto alboroto, después intuyo el motivo: él ya debe estar dentro. Sujetando con fuerza la mano de Tania para llevármela conmigo, me dirijo a la puerta, en medio de otras chicas que me miran muy mal y cierran filas para no dejarme pasar.

—Vete al final de la cola, ¡nosotras también tenemos tickets prioritarios! —Me apostrofa una de ellas, cortándome el paso.

—¿Prioritarios? —Le respondo, fingiendo que no me entero de nada—. Perdona, creo que te estás equivocando. Yo quiero hablar con el dueño del local. Trabajo aquí —afirmo, retándola con la mirada para que diga lo contrario.

De mala gana, se hace a un lado y las otras también me dejan el paso libre para poder llegar a la puerta. Siento que tengo el corazón en la boca y me pregunto si habrá sido una buena idea, después advierto la mirada enfurecida de las chicas de la fila y me agarro al timbre con decisión. Estoy casi convencida de que, debido al alboroto por el evento, nadie lo escuchará;

mientras me estoy diciendo que he sido tonta por no haber llamado a Luigi, un energúmeno calvo y con los hombros más anchos que la entrada abre la puerta.

—Hola, vengo a ver a Luigi —digo sin vacilaciones.

—Escucha muchacha, eres la décima que llama hoy al timbre. No nos interesa que seas cliente habitual, que vengas todos los sábados o incluso los viernes... Los tickets los ha vendido *OneNation*, no nosotros. Quien los haya comprado entrará antes y verá al presumido que está dentro, quien no lo haya conseguido se tendrá que aguantar. Lo siento, Luigi no le va a hacer favores a nadie —me liquida.

Está a punto de darme con la puerta en las narices, pero me agarro a su poderoso brazo. No voy a dejar que se rían de mí las gilipollas cuyas bromitas sarcásticas ya estoy escuchando.

—Escucha, no sé si les has echado un vistazo a las fotos que hay colgadas ahí dentro o estás ciego —le apostrofo—. No sé de qué tickets me hablas ni del presumido que has nombrado, pero yo soy la chica de las fotos y tu jefe me ha suplicado miles de veces que venga a hacer tratos con él. La próxima semana cumpliré dieciocho años y al fin podré hacerlo, estoy aquí para hablar con él y ver lo que me quiere proponer.

El gorila me mira de la cabeza a los pies y, deteniéndose en la cara, abre los ojos de par en par al reconocirme.

—Perdona, pero con esa bata encima no te he conocido —replica poniéndome en un apuro y la mirada de Tania ante sus palabras es más que elocuente.

—Seguidme y esperad en el zaguán, voy a ver si Luigi os puede recibir ahora —nos deja paso.

Cuando estamos solas, la voz de Tania me perfora el oído superando en una octava la música que el DJ está probando.

—¿De qué coño de fotos estabas hablando?

Entonces se lo cuento todo.

—¿Quieres decir que vamos a entrar en una sala llena de fotos tuyas desnuda y Chase las tiene delante desde que ha llegado? —Pregunta resentida.

—Para empezar, estoy con un top y pantalones cortos, nada de desnuda. En segundo lugar, son solo cuadros que sirven de decoración en un local de las afueras de Milán, no creo que las haya mirado babeando, ya sabes. Qué tonta soy, había pensado darte una sorpresa al traerte conmigo y hacerte entrar. Es probable que podamos quedarnos dentro todo el tiempo que queramos y que hablemos en igualdad de condiciones, no como fans. ¿Así me lo agradeces? —

Replico molesta, cruzándome de brazos.

Tania me mira de reojo, parece que está a punto de lanzarme uno de sus dardos, pero se contiene.

—Perdona, es que a veces me pareces mejor que yo en todo. Pero no me esperaba que te hubieras dejado hacer ciertas fotos, precisamente tú que todavía eres virgen —se ríe a carcajadas mirándome de la cabeza a los pies.

—No estamos hablando de fotos pornográficas, ya te he explicado que las hice para fastidiar a mi madre, además, no veo qué tiene que ver que sea virgen —objeto, harta de que me lo recuerde a cada momento. Estoy cansada de que se burle siempre de mí por esta historia.

—Venga, Freya, si el dueño de este lugar supiera que está a punto de hablar con la *Virgen de Núremberg*, ni siquiera te tendría en cuenta. Las chicas que hacen de gogó son... Más desenvueltas que tú —me hace notar.

Todavía no he entendido el nombrecito que me ha encasquetado: la *Virgen de Núremberg (La Doncella de Hierro)* es un instrumento de tortura, no una casta monja, pero es probable que no sepa ni de lo que está hablando. Lo mismo pasa con lo de las gogós, ¿qué está diciendo? ¿Que una chica que baila es una ramera?

Tania es mi única amiga desde hace tantos años... A veces me desconcierta.

—Estoy acostumbrada a fingir y, además, no tengo que firmar un contrato con sangre. Solo pretendo entrar antes y conocer a Chase, no me voy a presentar la semana que viene —le aclaro.

Tania está a punto de volver a replicar, pero el gorila reaparece de pronto.

—Parece que tenías razón: Luigi está impaciente por hablar contigo. He tenido que explicarle diez veces quién eras para que me creyera. Podéis verlo en el bar, pero, por favor, hablad en voz baja. El tipo ese por el que todas babeaban está haciendo pruebas con las luces y los micrófonos —nos informa poniendo los ojos en blanco.

En cuanto damos un paso para seguirlo y entrar en el mismo local, la voz de Chase me hace temblar de la cabeza a los pies. Está ahí, detrás de la esquina. Daré dos pasos y lo tendré delante, y no estamos hablando de mi Smartphone, sino de poder verlo al fin en persona. Me obligo a fingir que no me interesa y camino con la cabeza alta, echando un vistazo rápido al escenario.

El gorila nos acompaña hasta una mesita del bar.

—Menos mal que se trataba de algunas fotos de adorno —susurra Tania,

dándome con el codo.

En efecto, pensaba que así era, no había estado nunca allí. Jamás habría imaginado que el muro detrás de las torretas estuviera decorado con una ampliación fotográfica mía: en la foto aparezco mordiéndome un labio con expresión sensual. Me siento incómoda y de inmediato me arrepiento de mi idea, sobre todo al notar la mirada de Luigi cuando me ve. En el escenario, Chase sigue haciendo pruebas con el micrófono, completamente ajeno a mí y, aún así, sé que quiero hablarle y conocerlo de verdad. Tengo que llegar hasta el final de mi puesta en escena.

—¡Freya, preciosa! —Me recibe Luigi, poniéndose de pie—. Encantado, Luigi —añade dirigiéndose a Tania.

La música se para de repente, es evidente que el DJ ha decidido hacer una pausa y la voz de Luigi resuena fuerte.

—Quitaos las chaquetas y dádselas a Alberto.

Está claro que Chase no puede entender lo que ha dicho en italiano, pero siento su mirada sobre nosotros. Soy muy consciente de la ropa que llevo debajo de la chaqueta y ahora también estoy muy arrepentida. A pesar de ello, bajo rápidamente la cremallera del abrigo y me lo quito de los hombros de manera bastante teatral. La mirada de Luigi me confirma que lo he hecho bien.

—Si es posible, eres todavía más guapa de lo que recordaba. —Me mira de la cabeza a los pies.

“Dios, qué asqueroso... ¡Podría ser mi padre!”, no logro evitar pensar mal de él.

—Te haría una prueba esta misma noche, pero el local está hoy cerrado al público. Se lo he cedido a ese tipo, *Defluencer*, y no sé cuánto tiempo va a estar. Es modelo, igual lo conocéis —dice Luigi a un cierto punto, indicando el escenario con la cabeza.

Echo una ojeada rápida al escenario, me encuentro con la mirada de Chase y, a duras penas, contengo un escalofrío. No es una mirada casual, me está observando con curiosidad, se estará preguntando quién soy. Lleva unos vaqueros negros llenos de rotos y una camiseta blanca que pone en evidencia su físico delgado y esbelto. El pelo rubio y alborotado le enmarca la cara, parece un ángel.

—Su cara no me es desconocida —respondo indiferente—. ¿Qué hace exactamente? —Pregunto luego, fingiendo que no sé quién es. No quiero que Luigi se dé cuenta de que me estoy aprovechando de él y que no tengo la menor intención de volver a poner un pie aquí.

—No es mi tipo, no tengo ni idea, pero por la multitud de chicas de vuestra edad que hay ahí fuera diría que pisa fuerte. Todos los tickets para este encuentro se vendieron poco después de ponerse a la venta. Piensa que cuando acepté que viniera creía que iba a perder dinero —responde Luigi.

—Bueno, si trabajar en este local me permitirá conocer personajes famosos de los cuales presumir con las amigas, puedo decir que vale la pena —me río nerviosa como una tonta de remate.

En realidad, esperaba exactamente la respuesta que Luigi me da.

—Entonces, te tomo la palabra. Quédate y pasa la tarde aquí, dentro de poco terminará y se preparará para encontrarse con las fans. Después comeremos algo; todavía no hemos almorzado porque ha habido un problema con las luces. Ya hemos avisado a las chicas de fuera de que el encuentro empezará un poco después para las que no llevan tickets prioritarios. Si no tienes problemas con tus padres y te quieres quedar, te presentaré como la modelo que es la imagen del local —muerde el anzuelo el perverso.

—De acuerdo, pero me gustaría que se quedara también mi amiga, tenía que pasar el día con ella y no me gustaría dejarla sola —acepto haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Tania.

Luigi le echa un vistazo distraído.

—Está bien —consiente.

Vuelvo la mirada hacia mi amiga para guiñarle un ojo, pero ni siquiera me ve: su mirada está encadenada en el objeto de mis deseos, lo está devorando literalmente y la entiendo a la perfección. Aun vestido de forma tan simple es la visión más sexy que mis ojos han contemplado en la vida.

Luigi sigue parlotando de lo feliz que le hace que al fin haya aceptado su propuesta. Ya está pensando en imprimir un set de fotos para mi primera noche, pero yo asiento sin escucharlo. La voz de Chase que prueba el audio de la sala me resuena en los oídos y maldigo cada instante en que me toca mirar a este asqueroso y fingir que le estoy prestando atención.

Cuando *Defluencer* también acaba de probar las luces y se dirige a los taburetes que hay delante del mostrador del bar, está a pocos metros de mí. Luigi reclama al gorila para avisarlo de que deje entrar a las chicas con los tickets prioritarios en pequeños grupos y yo aprovecho su distracción para echar un vistazo hacia donde está Chase. Me cruzo de nuevo con esos ojos maravillosos, ahora está lo bastante cerca como para que sus espléndidos iris azules logren atravesarme. Siento que un escalofrío me baja por la espalda y desvío la mirada con embarazo.

Un vocerío histérico atrae mi atención: están entrando las primeras chicas. Transcurren cuarenta y cinco minutos antes de que pasen, hagan sus fotos, lo abracen y las acompañen hasta la parte delantera del escenario. Llegados a ese punto, Luigi se levanta y nos lleva hasta él; a cada paso pienso que me va a dar un infarto, el corazón me late con furia.

—Diría que todo ha ido bien, ahora podemos retirarnos a las salas privadas y pedir algo de comer —le propone el hombre en inglés.

Él asiente y echamos a andar hacia allí. Cuando atravesamos las puertas de la sala de reuniones de Luigi, al fin nos presenta.

—Esta es Freya, la chica que hace de modelo para la imagen del local, la otra es una amiga suya —afirma señalándonos.

Chase me da la mano y me cruzo con sus ojos de cerca, sintiéndome desfallecer. Me dedica una sonrisa que me hace daño en el pecho y me pregunto cómo puede existir tanta perfección en un solo ser humano.

—Aun de lejos, te había reconocido por las fotos de las paredes —dice antes de soltarme la mano.

Me quedo como una tonta: sin palabras. Después consigo moverme y les doy la mano a los otros chicos que forman parte de su equipo.

—¿Qué te ha dicho? —me pregunta Tania que no entiende ni una palabra de inglés.

—Que es un placer conocernos —miento. Ya se ha enfadado por mis fotos, solo nos falta que monte un espectáculo de los suyos.

—He invitado a las chicas a asistir al evento. Esta noche Freya no tenía que trabajar y me he acordado de avisarla, espero que no os moleste —miento Luigi cuando nos sentamos a la mesa.

Chase me lanza de nuevo una mirada fugaz.

—No, no hay problema. Si quieren, pueden quedarse en los taburetes que hay detrás del escenario, al menos no correrán el riesgo de verse arrolladas por las otras chicas. A veces, mis seguidoras tienden a ser un poco exaltadas —replica riendo socarronamente.

Yo misma contengo la risa a duras penas. La semana pasada vi uno de sus encuentros en París: una chica se lanzó al escenario para tratar de abrazarlo, con la mala suerte de que tropezó con un cable y cayó al suelo estrepitosamente, llevándose a él también por delante.

—Como veas, no quiero interferir en tu espectáculo. Si es un problema, Freya se podría quedar en el bar conmigo —replica Luigi, limpiándose la boca con la servilleta.

Me clavo las uñas en la palma de la mano para no intervenir. Ya imagino lo que sería pasar toda la tarde con ese asqueroso pegado a mí en medio de la muchedumbre.

—Será un placer contar con las dos, después me darán una opinión desinteresada del encuentro.

Chase sonrío y suspiro aliviada.

El almuerzo pasa volando, ni siquiera recuerdo haber comido algo. Estoy completamente bloqueada. Aunque creía que lo de observarme habían sido imaginaciones mías, cada vez que lo buscaba con la mirada, lo encontraba. Por suerte, Tania parecía no darse cuenta de nada y me hablaba continuamente en voz baja para preguntarme qué decían él y Luigi.

—Después del espectáculo, si no es demasiado tarde para tus padres, podremos vernos para hablar a solas de tu futuro trabajo. De lo contrario, prepararé un contrato para que lo firmes cuando cumplas dieciocho años —me corta Luigi cuando Chase nos deja para ir a prepararse.

—Claro —acepto fingiendo una sonrisa.

Un escalofrío me atraviesa de la cabeza a los pies y no es una sensación positiva como la que experimento cuando mis ojos se cruzan con los de Chase, sino un escalofrío de repulsión. Imagino lo que puede querer de mí en esa habitación y no se me ocurre entrar ni siquiera de lejos. En cuanto termine el encuentro, me marcharé corriendo; todavía seré menor de edad durante una semana y él lo sabe bien.

El gorila nos acompaña al lugar que Chase ha mencionado antes: en el fondo del escenario, a la derecha, hay dos taburetes altos.

Cuando llega, antes de tomar asiento, se detiene a mi lado.

—Al final del evento me dirás si te ha gustado y qué piensas —me guiña un ojo.

Yo asiento, incapaz de articular palabra.

—¿Qué ha dicho? —Pregunta Tania.

Traduzco la frase en plural para que no se sienta excluida, de todas formas sé que en cuanto termine el espectáculo estará tan ocupado que se olvidará de mi existencia y me convertiré en un simple recuerdo difuminado.

Me encanta todo lo que hace: sus valoraciones lapidarias, el sarcasmo con que las trata, que siempre haga críticas concretas y demostrables. No critica las cosas solo por el placer de hacerlo, resalta con gran precisión los aspectos negativos. Me encantan sus fotos auténticas, las que se hace después de haber corrido por la mañana, sudado, despeinado y mal vestido. O las que hace con

sus amigos, imágenes en las que se ríe sinceramente y los ojos le resplandecen. No necesito ver el evento para decirle lo que pienso de él, podría escribir un tratado o la tesis de un doctorado.

Empiezan a llover las preguntas.

—¿Qué piensas de las *youtubers* que te han insultado por el vídeo del fondo de maquillaje en el que dejaste en evidencia que se habían vendido y habían hecho una valoración falsa? —Pregunta una chica en el fondo de la sala.

—Creo que cada uno tiene lo que se merece. Cuando se habla de un producto, aunque sea en positivo, hay que ser sincero. ¿Por qué iba a animaros a usar algo que puede ser peligroso? —Se alza de hombros.

—Pero ahora te odian. Suben montones de vídeos y posts venenosos sobre ti —observa otra chica de la tercera fila.

Chase se ríe sonoramente.

—No me importa, de lo contrario no habría usado sus vídeos. Tenemos que hacernos responsables de nuestras acciones —abre los brazos como para resaltar lo obvia que es su afirmación.

“Me encanta que esté tan seguro de sí mismo. Yo no soy nada a su lado...”.

—¿Qué significa ser *Defluencer*? —pregunta una chica de la primera fila.

Chase se pone de pie y, mientras responde, echa a andar por todo el escenario.

—Tener el privilegio de poder decir siempre toda la verdad es estupendo, ¿no? —Empieza respondiendo.

Me pierdo el resto de lo que dice, porque no puedo evitar despistarme mientras lo observo. Adoro su voz: es sexy, de tono bajo y sensual.

A media tarde, se quita la camiseta y la lanza entre las presentes desencadenando el caos. Cuando se da la vuelta, mientras hace una pausa para beber de una botella de agua, estoy lo bastante segura de que no me esté prestando atención y me lo como con los ojos. Los vaqueros de cintura baja dejan en evidencia su abdomen plano y esculpido, las luces destacan los pectorales, los tatuajes en el pecho y en los brazos adornan su cuerpo perfecto.

Es una visión increíble.

—¡Qué bueno está! Me lo tiraría incluso aquí, delante de todo el mundo —me dice Tania al oído.

—Tampoco su hermano Will está mal —digo esperando que su atención se centre en el hermano menor de Chase, que lo acompaña. Es casi una copia suya, pero le falta algo, tiene los rasgos de la cara demasiado delicados.

—Sí, no está mal, pero no es Chase. Oh, las cosas que me dejaría hacer con esa boca... —responde Tania.

A veces me horroriza con su vulgaridad y por lo explícita que es en lo referente al sexo. No soy una beata, ni siquiera una puritana, pero me parece triste reducirlo todo a frases hechas y expresiones vulgares. No me resulta nada difícil imaginar que Chase es *orgásmico*, pero aún tengo un mínimo de contención. Poco, pero todavía queda. Al mirarlo, pienso que con él estaría dispuesta a probarlo. Con él podría conocer el sexo. Ahora que lo tengo delante, siento que ya no es una fantasía; es una pena que no sea la persona ideal con la que mostrarme como la tonta muchachita virgen. Desde luego, no es el compañero de clase inexperto e impaciente al que hay que enseñar dónde están los muslos de la chica.

Dejo a un lado estas preocupaciones sin importancia: nunca va a suceder nada semejante, por eso no debo preocuparme.

Cuando me doy cuenta de que Chase está despidiéndose del público, me bajo del taburete, dispuesta a escapar porque no quiero volver a encontrarme a Luigi por aquí.

—¿Tienes prisa? —Me suelta Tania, que sigue haciendo fotos con el Smartphone en la mano.

—El evento ha terminado. En breve, Chase y su hermano se pondrán las chaquetas y se marcharán del local. Me gustaría escapar de este lugar mientras todavía haya la suficiente confusión para que Luigi no me vea. Además, ya es tarde —explico señalando el reloj.

—Tienes razón, se han hecho las nueve menos cuarto. Dentro de una hora, como mucho, tendré que estar en casa o mi madre me matará —mi amiga abre los ojos de par en par al darse cuenta de la hora que es.

Estamos tan concentradas en nuestro plan de fuga que no me doy cuenta de que tengo a Chase detrás hasta que me roza con una mano.

—Tengo que deducir que la tarde te ha resultado horrible si ya te estás preparando para salir corriendo —afirma con una sonrisa impertinente.

—No, en absoluto, me ha gustado mucho. Mi amiga tiene que volver a casa y con este caos no será fácil encontrar un taxi —respondo apurada.

—¿Y tú? ¿Tienes que volver? —Pregunta de manera directa.

Siento que mis piernas se han convertido en gelatina y me apoyo en el taburete para no caerme al suelo.

—No, no me espera nadie —respondo bajando la mirada. En el fondo, es la verdad.

—Entonces, ¿te apetece que pasemos un rato juntos? Si es posible, que no sea en medio de este caos —me propone sonriendo.

Asiento, incapaz de articular palabra y después me animo para quedar como una idiota.

—Vale. ¿Puede venir mi amiga con nosotros si cambia de idea? — Pregunto.

—¿No habías dicho que tenía prisa por llegar a casa? —Alza una ceja mirándome con aire insolente y haciéndome ver mis meteduras de pata.

—Sí, pero... Es complicado. Tiene que ver con Luigi, el dueño del local, ¿te lo puedo explicar luego? —Admito para no parecer tonta.

Por suerte, él vive en este tipo de mundo y es lo bastante inteligente para comprender a qué me estoy refiriendo sin necesidad de aclaraciones posteriores.

—Entiendo. Bueno, si le apetece, se puede quedar con Will. No sé qué plan tiene para luego. Querrá irse de marcha a cualquier pub o podemos llevarla con nosotros a casa. No voy a perder mucho tiempo, dejaremos las luces aquí porque mañana tengo un pase de moda y este sitio me gusta. He decidido hacer algunas fotos en esta sala. Esperadnos fuera, a la derecha hay una furgoneta negra anónima, esa es la nuestra —responde.

—Vale —acepto con un gesto de la cabeza.

Después sonrío y se aleja.

—¿Qué te ha dicho? —Tania me zarandea el brazo, impaciente por saber.

—Te lo digo fuera, tratemos de salir antes que la muchedumbre —abrevio, agarrándola por el brazo.

Me la llevo arrastrando hasta donde me ha indicado Chase y, en efecto, al doblar la esquina, hay una enorme furgoneta negra sin ningún logotipo. Me pongo detrás para que no me vean.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Llamamos a un taxi? —Pregunta Tania.

Lejos del caos es más fácil hablar y le explico lo que él me ha propuesto.

—Yo tengo que volver a casa, sabes que mi madre me da la lata. Si se imaginara lo que hemos hecho, me mataría. Ni siquiera me has dado tiempo para cambiarme —replica molesta.

Le doy las toallitas desmaquillantes que tengo en el bolso.

—Quítate el maquillaje de la cara, dile que te he regalado el vestido y que te quedaba tan bien que no has querido quitártelo —sugiero.

—¿Tú qué vas a hacer? No pensarás de verdad irte con Chase... — pregunta casi chillando.

—¿Por qué no? Si te lo hubiera pedido a ti, ¿qué harías? ¿No irías? —le pregunto directa. Sé que la cuestión se reduce a eso: Tania está celosa. Yo también lo habría estado en su lugar, pero no le pediría que lo rechazara; sería demasiado egoísta por mi parte. Siempre estamos hablando de una ocasión que nunca más se va a dar.

—Aparte de que yo tengo una familia, no como tú: no podría pasar la noche fuera sin que nadie se diera cuenta —Tania me hiere intencionadamente.

Me contengo y no le respondo, sé que lo hace porque me tiene envidia y no quiero discutir con mi mejor amiga por Chase.

Al ver que no contesto a su provocación, sigue tratando de convencerme para que renuncie.

—Freya, ¿tienes idea de lo que implica su invitación? Seguramente quiere acostarse contigo, echarte un par de polvos y ponerte de patitas en la calle. ¿Así quieres que sea tu primera vez?

—Bueno, no veo la diferencia que habría si fuera con alguno de nuestros compañeros de clase, que al día siguiente iría presumiendo de ello en cualquier red social —no puedo dejar de responder, recordándole que eso fue lo que le ocurrió a ella.

—No todos son tan capullos como Leo, pero aunque lo fuese, Freya... Serías patética. Se va a reír como nunca lo ha hecho. Eres virgen, no entiendes nada, no sabes excitar a un hombre ni dónde tocarlo; no tienes la más mínima idea de lo que es el sexo ni de lo que puede querer de ti. Pronto se dará cuenta de que ha cometido un error. Las fotos tuyas que ha visto dentro le habrán hecho creer que eres una tigresa en la cama, por eso te ha invitado ¿o crees que lo ha hecho por tus bonitos ojos? —Me hace ver, llena de rencor.

—Dicen que el sexo es instintivo... —suelto de repente, retorciéndome las manos.

—¿Entonces es verdad? ¿Has decidido acostarte con él? No creía que fueses tan puta después de todas las veces que has dicho “No me apetece salir con este, sé lo que quiere de mí”. Me pregunto si de verdad eres virgen en este momento... Quién sabe si el tal Luigi no te ha echado ya algún polvo, igual eres la mayor *chupapollas* que conozco —me embiste Tania, y su tono es cada vez más venenoso. Mientras habla me aprieta la muñeca como si pudiera retenerme.

Nunca habría imaginado que me pudiera escupir tantas maldades, yo no lo habría hecho con ella.

—Haré como que no he escuchado las últimas cosas que has dicho. Siento

que me haya elegido a mí y no a ti, lamento no ser capaz de decir que no. Tienes razón, seguramente querrá follarme como ya habrá hecho con miles de chicas, pero esta vez quiero vivir la experiencia. Es probable que se esté equivocando, pero mañana ya no sabrá quién soy y nuestra vida volverá a ser la de siempre. Te lo ruego, Tania, eres mi mejor amiga —digo soltándome de su mano apretando los brazos en torno la cintura.

—Freya... No creo que sea una buena idea... —sigue tratando de disuadirme.

—Aquí estamos —la interrumpe la voz de Chase, que ha llegado con su hermano Will.

—¿Te apetece irte con su hermano? Creo que ha quedado con algún amigo de Milán. ¿Quieres que me entere de lo que van a hacer? —Le pregunto en italiano a mi amiga.

—Joder, Freya, no puedo. No sé ni una palabra en inglés y mi madre me va a desollar si dentro de poco no estoy en casa —responde Tania casi susurrando.

Me vuelvo hacia Chase.

—¿Podemos acompañarla a casa? Le daré al chófer la dirección y después me quedaré contigo —propongo, tratando de calmar mi nerviosismo y modular la voz.

—De acuerdo —acepta.

Subimos las dos a la furgoneta y Tania se sienta junto a mí, pero ya no vuelve a decir ni una palabra. Cuando llegamos a su casa, se pone de pie y se da la vuelta para mirarme.

—Te vas a arrepentir. —Me fulmina con una mirada glacial y, de repente, me vuelve la espalda sin darme tiempo a responderle y se baja de la furgoneta.

La veo abrir la entrada al portal y desaparecer detrás de la pesada puerta de madera. Me digo que tiene razón, que me voy a arrepentir. Seguro que mañana se llevará a la habitación a otra chica y pasado mañana ni siquiera recordará quién soy. Me pregunto si realmente seré capaz de practicar sexo con él, si cuando empiece a quitarme la ropa, me bloquearé haciendo el ridículo como una idiota y me echará de allí.

Chase se deja caer junto a mí, sentándose donde hasta hace poco estaba Tania.

—Me gustaría ir a la habitación, al menos para darme una ducha, después puedes elegir lo que quieres hacer. Podemos quedarnos solos o ir a algún local, me basta que sea un lugar donde pueda comer. Tengo un hambre de lobo.

—Sonríe mientras me mira.

Cada vez que lo hace siento que me derrito. No logro mantener los ojos fijos en los suyos, estoy demasiado ocupada estudiando los detalles de su cara perfecta: los labios carnosos, los pómulos cuadrados, los dientes blancos y rectos, aparte de los incisivos superiores ligeramente torcidos. El magnetismo de sus ojos me impresiona y me deja sin palabras.

—¿Tú qué prefieres? —Pregunto, mientras me retuerzo nerviosamente un mechón de pelo.

—Es igual, elige tú —continúa, mirándome directo, haciéndome sentir como si estuviera colgada en un abismo.

—¿Tengo que decírtelo enseguida o puedo pensarlo? —Cojo un poco de valor y le lanzo una mirada.

—Basta que me lo digas después de haberme duchado, al menos así sabré qué ponerme —responde, guiñándome un ojo.

Siento que tengo las mejillas encendidas. Por suerte, la furgoneta está a oscuras y espero que no se dé cuenta. No tengo tiempo de preocuparme demasiado por eso, porque el vehículo está bajando por una rampa: estamos entrando en el aparcamiento subterráneo del Hotel Hilton. La noche está a punto de empezar de veras.

Me veo reflejada en la ventana y me pregunto si estaré soñando.

—Vamos —me apura dándome la mano para ayudarme a salir.

“¡Es todo auténtico!”.

Mi corazón empieza a latir con furia y, a duras penas, paso a paso, llego al lujoso ascensor.



CAPÍTULO 7

Miércoles 9 de marzo

Cuando entramos en su habitación, Chase enciende la luz. La estancia está decorada con gran lujo. El suelo cubierto de moqueta color nata amortigua mis pasos, la entrada de la suite es una mezcla entre una sala de estar y un moderno comedor. Él sigue hacia lo que debe ser el dormitorio y yo voy detrás, quedándome en la entrada. La cama es enorme y está cubierta por varios cojines y sábanas blancas; la ventana, con las cortinas ligeramente abiertas, deja ver las luces nocturnas de Milán.

Chase se quita la chaqueta y la echa en una otomana que hay junto a la cama.

—Voy a lavarme, estoy hecho un asco. Mientras tanto, decide qué quieres hacer —me anima, desapareciendo detrás de la puerta del baño.

Me quedo petrificada en la misma postura en que me deja.

“Todo es real, no estoy soñando”.

El rumor del agua me sacude y me digo que tengo que espabilar si no quiero parecerle una loca. Vuelvo a la sala de estar, quedarme delante de la cama hace que me sienta incómoda; cuelgo el abrigo en el perchero y miro a mi alrededor. Los muebles plegables junto al teléfono atraen mi atención y me dan una idea para pasar la velada. No quiero salir con él, lucirme y hacer que lo estrese toda la gente que le pediría fotos y autógrafos.

Lo quiero solo para mí.

Es la primera y la única ocasión en que voy a poder hacer realidad mis fantasías, por eso tengo que disfrutarlo a tope.

Recuerdo que me ha dicho que tiene hambre y ojeo veloz los folletos que hay junto al teléfono, esperando que el hotel me ofrezca lo que quiero. He estado en otros hoteles de lujo con mis padres, pero nunca en Milán. Por

suerte, el Hilton de mi ciudad no es menos que otros que hay por el mundo. Recuerdo que a él le encanta el sushi, a menudo sube fotos relacionadas con ese tipo de comida; así que decido que me lleven a la habitación una cena japonesa. Justo después, llamo a Inés con el móvil para que no se preocupe y miento diciéndole que voy a dormir en casa de Tania.

Por suerte, el personal es muy rápido y consigo ponerlo todo en la mesa antes de que salga del baño. Me siento agitada y un poco nerviosa, espero que mi idea lo haga feliz, aunque, al mismo tiempo, estoy asustada por la intimidad que se va a crear estando encerrados, solos. Cuando siento que se abre la puerta de la habitación contigua, me vuelvo para que me vea.

—Entonces, ¿has decidido lo que quieres hacer? —Me pregunta.

Por poco me da un ataque: pensaba que se iba a cambiar, no que saldría del baño solo con el albornoz.

—Sí, espero haber tenido una buena idea —respondo cogiendo valor y pasando por alto lo de su atuendo o tal vez debería decir su *falta de atuendo*.

Me voy a la otra habitación para invitarlo a seguirme y, cuando llega, su sonrisa me confirma que he acertado de pleno.

—Esperaba que me propusieras algún local de moda —observa, sentándose a la mesa.

—Creía que preferirías un poco de tranquilidad después de este día —respondo alzándome de hombros.

—No quiero decir que no me apetezca, solo que no pensaba que elegirías algo así —admite sincero.

—¿Creías que te iba a arrastrar a cualquier lugar para que nos fotografieran juntos? —Pregunto para asegurarme de que he acertado mientras me llevo el vaso a los labios.

Él se limita a asentir, mirándome.

—No me interesa, tal vez te has hecho una idea equivocada de mí —digo, mientras me retuerzo las manos debajo de la mesa.

—¿Y qué idea debería hacerme? —Pregunta, atravesándome con su mirada insolente.

—Luigi ha exagerado un poco. Le gusta presumir. Yo no soy modelo profesional. Solo, me hice unas fotos para su local, a los clientes les han gustado y desde entonces me está dando la lata para que trabaje con él. Como necesito dinero para pagarme la universidad, hoy había decidido pasarme y aceptar trabajar alguna noche de gogó, pero he cambiado de idea —explico, poniendo cara de desprecio. Mentir no está bien, pero contarle la verdad me

habría puesto a la altura del resto de las chicas que gritaban y habían llenado su evento, y no quiero que me vea así.

—Entonces, ¿no estás interesada en el mundo del espectáculo? —Indaga, mirándome.

—No —respondo cortante.

“Si él supiera...”.

Chase me observa perplejo y me doy cuenta de que he sido demasiado rotunda, casi parece que estoy despreciando su vida.

—Quiero convertirme en dibujante profesional, es mi sueño desde niña —añado para aclarar que no tengo nada en contra de quienes hacen un trabajo como el suyo.

—Entiendo. Entonces, ¿cómo es que te has quedado hoy? Las intenciones del propietario del pub estaban claras, te podías haber marchado ya a primera hora de la tarde —pregunta, poniéndome en un gran aprieto.

—Yo... —artículo, casi ahogándome con un Oshizushi.

No aparta los ojos de mí, ni parece tener la intención de cambiar la pregunta, así que al final decido mostrar una seguridad que no tengo.

—Me has impresionado y he decidido aprovechar la ocasión para conocerte —respondo mientras fijo la mirada en un punto perdido detrás de su cabeza. Creo que me estoy poniendo casi de color púrpura.

—¿Y no sabías quién era? —Pregunta, apoyando los cubiertos y clavando la mirada en mí.

—No sabía que hoy tenías un evento aquí. Sí, te he reconocido, he visto algunos vídeos tuyos en YouTube —admito, contando una mentira a medias.

Si hubiera dicho que no tenía ni idea de quién era, habría sido evidente que estaba mintiendo: es imposible que una chica de mi edad no tenga ni idea de quién es, aunque solo sea de oídas. Él asiente y sigue comiendo.

—¿Por qué me has invitado a venir? —Pregunto en ese momento.

—Has despertado mi curiosidad —Responde con una sonrisita y sigue comiendo.

Me cruzo de brazos y le lanzo una mirada asesina.

“¿Me has hecho el tercer grado y ahora piensas liquidarme con tres palabras?”.

Chase nota mi decepción y sonrío.

“¡Maldita sea! A este chico le deberían prohibir que sonriera: cada vez que lo hace, corro el riesgo de sufrir un infarto”.

—Estoy mucho más acostumbrado que tú a vivir rodeado de personas que

forman parte de este tipo de mundo. No te niego que había visto las fotos del local y que, cuando has entrado, te he reconocido antes de que el tal Luigi nos presentase. ¿Cuál de las dos es la auténtica? ¿La chica de las fotos a la que el dueño del local le lanzaba guiños directos o la que me parecía entrever, casi esquiva? Te has comportado de manera impecable, pero te lo leía en los ojos. Por eso me parece tan extraño que seas tan ajena a este mundo: pareces acostumbrada a fingir —aclara.

Me siento desnuda. Me parece increíble que justo él, que en mis sueños había imaginado que me comprendía a la perfección, sea capaz de verme por dentro de ese modo.

—Tengo problemas familiares, estoy acostumbrada a fingir —corto el tema de manera brusca porque no quiero contar que siempre me siento sola y triste. Deseo pasar una bonita velada con él, no aburrirlo mortalmente hablando de una adolescente con unos padres que no se preocupan en absoluto por ella, demasiado ocupados con sus brillantes vidas para ocuparse de la persona que trajeron al mundo.

Me lanza una mirada que presagia una pregunta, pero después, quizás decide que el tema es demasiado privado y lo deja correr. Me pregunta por el día de hoy y cuál es mi opinión al respecto; es fácil contestar porque lo conozco mucho mejor de lo que se imagina.

Cuando la conversación parece languidecer, empiezo a percibir una cierta tensión entre nosotros.

—Será mejor llamar a alguien que venga a llevarse los restos o la habitación se quedará impregnada de olor a pescado —observo, ansiosa por llenar el silencio.

Me levanto de golpe, dirigiéndome al teléfono para llamar al servicio de habitaciones. Desafortunadamente, él también lo hace en el mismo instante y choco contra su pecho; me agarro a su albornoz para no caerme patas arriba y me sujeto a él. Chase reacciona en consecuencia, sujetándome por la cintura.

Estoy entre sus brazos.

Levanto la mirada hacia él para disculparme por mi torpeza, pero me encuentro con esos cielos tersos que tiene en lugar de iris y las palabras se me ahogan en la boca. Nuestras miradas están encadenadas, me parece que el aire restalla y el mundo se detiene; luego se inclina hacia mí y sus labios se posan delicadamente en los míos. No estoy preparada para la reacción de mi cuerpo, no estoy lista para sentir lo que estoy percibiendo, me parece que alguien ha lanzado un cohete desde la boca de mi estómago.

Sus labios son increíblemente suaves. Incapaz de pensar en lo que estoy haciendo, suelto el albornoz y le paso los brazos detrás de la nuca, hundiéndole los dedos en el pelo todavía húmedo. El beso se hace aún más profundo, él me entreabre los labios y su lengua entra en mi boca; lo sigo, ávida de probar su sabor, de sentir su respiración, de entregarme. Estoy perdida, anulada, ya rendida, soy suya solo por un beso. Ya nada podría hacerme volver atrás. He dado besos, no soy totalmente inexperta, pero nunca he sentido nada igual: una extraña languidez, cuyo origen y existencia ignoro, se está apoderando de mí.

Siento sus manos bajando de la cintura a las nalgas, me aprieta contra él; aunque soy inexperta, sé que estoy sintiendo algo que oprime mi vientre a través de la espesa felpa del albornoz. Mi corazón parece que va a explotar.

Se aparta de mis labios, con la cara todavía pegada a la mía.

—Vamos para allá —susurra, cogiéndome de la mano.

Todo en mi cerebro parece que se está moviendo a cámara lenta y, mientras lo sigo, miles de pensamientos me resuenan en la cabeza.

—¿Qué coño estoy haciendo? —Es el primero. Tengo miedo, todo esto es completamente nuevo para mí, me siento como un ciego en medio de una plaza repleta de gente.

“¿Estoy preparada? Tal vez debería marcharme”. Pero la mano de Chase es tan firme sobre la mía que no me siento incómoda.

“Es absurdo, ni siquiera lo conozco”. Es verdad, no lo conozco y aun así me fío de él ciegamente y ni siquiera sé por qué.

Parece que mi cuerpo y mi cerebro están centelleando y, aunque sigo pensando que quizás debería detenerme, el instinto ha tomado la delantera.

Chase se sienta en el borde de la cama y me atrae hacia él para sentarme en sus piernas, y vuelve a besarme. Me agarro a él, no sé qué hacer, me digo que Tania tenía razón: voy a resultar patética. Me vuelvo a preguntar cuánto tiempo seguiremos besándonos y podré arreglármelas, pero la respuesta no tarda en llegar.

Chase empieza a quitarme la ropa, pronto me encontraré delante de él como nadie me ha visto nunca. ¿Es esto lo que quiero? Como no sé qué más hacer, lo beso con desesperación para darle a entender que puede seguir desnudándose, que me parece bien. Una sensación extraña y desconocida se apodera de mi cuerpo cuando sus dedos me rozan la piel desnuda. De forma involuntaria me encojo contra esa mano que me tortura de manera deliciosa mientras escapan de mis labios extraños suspiros. Me desvivo por recibir

más, aunque no sé lo que quiere mi cuerpo; ya no soy dueña de él, solo responde a las caricias de Chase.

Para no pasar por tonta de remate, le meto una mano por el cuello del albornoz y al fin puedo tocarlo. Sus dedos abandonan mis senos y los siento bajar hasta la cadera, pero no sé lo que va a pasar hasta que me suelta el cinturón. La ansiedad me arrolla y pienso en detenerlo, decirle que soy una farsa, una estúpida virgencita que nunca ha estado con nadie. Me aprieto contra él para encontrar el valor de hablar, pero mi piel desnuda se pega a la suya a través del albornoz abierto y es el final. El escalofrío que me sube por el cuerpo me hace perder la cabeza y olvidarme por completo de lo que quería decir.

Me desnuda despacio, noto su mano recorriendo mi cuerpo, acariciándome las piernas, abriéndome las rodillas con delicadeza. Sube lentamente hasta el interior de los muslos. Me pierdo e, indiferente a todo, le quito el albornoz de los hombros, apretándome por completo contra él.

Una descarga de excitación me atraviesa de la cabeza a los pies. Su dedo alcanza un punto concreto entre mis muslos y una descarga de placer me golpea de pleno, no tengo ni idea de lo que está haciendo, no soy consciente de mis emociones; nunca me he tocado. Por instinto, le planto las uñas en la espalda y él empieza a mover el dedo de forma lenta y circular. Una extraña inquietud se está apoderando de mí, deseo que la calme, pero no sé qué pedirle. Él parece conocer las respuestas a las exigencias de mi cuerpo.

A un cierto punto, siento que ahogo, aparto mi boca de la suya y escondo la cara en el hueco de su cuello, el perfume de su piel me lleva al éxtasis. El placer me sorprende como la ola de una marea, estoy hundida en ella, gimo sin control, tiemblo de la cabeza a los pies y me pierdo por completo en las intensas sensaciones que me acribillan por primera vez. No puedo dejar de jadear y retorcerme entre sus brazos. Si las pocas facultades mentales que todavía poseo funcionan correctamente, tengo la certeza de que acabo de experimentar el primer orgasmo de mi vida.

Él me empuja delicadamente hasta la cama, haciendo que me tumbe. A pesar del apuro, no puedo evitar observarlo, ávida de esa posibilidad. Es perfecto, parece una estatua, una criatura de otro mundo. Me hallo tan ensimismada contemplándolo que no me doy cuenta de lo que está ocurriendo. Por primera vez en mi existencia, estoy completamente desnuda delante de un chico y ese chico es el objeto de mis sueños desde hace más de dos años: Chase Weber.

Él se mete entre mis piernas, sosteniéndose en los codos para quedar suspendido sobre mi cuerpo, me mira largamente a los ojos.

—Eres muy guapa —susurra antes de inclinarse y besarme.

Mi corazón sigue latiendo tumultuoso. Lo rodeo con los brazos para apretarlo contra mí, no sé qué hacer, me digo que quizás debería tocarlo, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo ni de lo que sería oportuno. Por una parte, me animo a acariciarlo porque no quiero que crea que soy idiota; pero, por otra, me quedo paralizada porque no sé cómo tocar a un hombre y me da terror hacer algo que esté fuera de lugar, algún gesto que me desenmascare.

Él decide por mí.

Se levanta despacio y empieza a hurgar en la cartera. Cuando veo el paquetito plateado entre sus dedos, lo comprendo: es un preservativo. Por milésima vez durante la noche me llamo tonta; por suerte él no lo es y ha pensado en la protección. Yo he estado tan absorbida por lo que estaba pasando que habría corrido todos los riesgos. Tonta, tonta, tonta.

Miro para otro lado para no verlo mientras se lo pone, no sé por qué pero la cosa me da más apuro que estar desnuda delante de él. Cuando se echa sobre mí, una descarga eléctrica recorre mi cuerpo.

Está a punto de suceder de veras.

Empieza a introducirse lentamente dentro de mí y aprieto los dientes para no emitir ningún sonido. Esta primera intrusión en mi cuerpo me provoca una punzada de dolor, pero no quiero que lo sepa. Si me quejara, se daría cuenta de que me está haciendo daño y es muy probable que comprendiera la verdad.

Me penetra un poco más y la punzada se hace aún más fuerte; él se da cuenta, se alza de pronto y me mira a los ojos.

—Pero ¿eres virgen? —Me pregunta a bocajarro.

Me llamo idiota por haber creído que no lo iba a notar. No parece enfadado, más bien desconcertado. No sé qué decirle, estoy aterrorizada. Pienso que pronto saldrá de mi cuerpo y mi primera vez se convertirá en una larga lista de explicaciones sobre cómo he llegado hasta aquí siendo virgen.

Por eso, hago algo que nunca habría esperado de mí misma. Le cruzo las piernas detrás de la espalda y lo aprieto contra mí, yendo a su encuentro y obligándolo a penetrarme por completo. El dolor es desgarrador, pero lo ignoro.

—Ya está bien —le susurro al oído.

Durante un momento que me parece interminable, no se mueve; temo haberme equivocado en todo, que me eche de la habitación a patadas. Chase se

aparta ligeramente de mí, me mira a los ojos, parece que está buscando algún tipo de respuesta que nunca podría darle con palabras; acerca su cara a la mía de forma imperceptible y me acerco posando mis labios en los suyos. Me rodea la cara con las manos y empieza a moverse lentamente mientras su lengua baila con la mía.

Me olvido del dolor, del apuro y de todas las estupideces que se me han venido a la mente durante la noche, lo que estoy viviendo es demasiado bonito para darle cabida a cualquier otra cosa. Me gusta la sensación que me produce tenerlo dentro de mí, me hace sentir bien, completa. En realidad, no lo conozco y, sin embargo, siento que le pertenezco, es ridículo. Abro los ojos para ver su expresión: no quiero perdérmela, sé que ya no habrá una segunda vez y quiero conservar ese recuerdo para siempre.

Él se abandona encima de mí, respirando afanosamente contra mi cuello y yo lo abrazo, retorciéndole los dedos entre el pelo. Se queda así hasta que su respiración se calma y, cuando se alza, siento que me atraviesa una ola de frío. Acerco su cuerpo al mío.

Me arriesgo a observarlo, ahora que todo ha terminado temo las consecuencias de mis acciones. Se está quitando el preservativo, se vuelve hacia mí y sus ojos de hielo me atraviesan, indagadores.

—¿Me quieres decir cómo has llegado a parar a mi cama? —Pregunta directo.

—Te he dicho que te habías hecho una idea equivocada de mí —respondo a la defensiva.

Él se queda en silencio durante un instante, pero no cede.

—No te conozco y nunca me hago ideas demasiado profundas sobre las personas antes de conocerlas de verdad ni doy opiniones. Ese no es el motivo por el que te he invitado, ni siquiera te habría pedido que te quedaras conmigo. Lo que no entiendo es por qué me has permitido llegar hasta donde lo he hecho, podías habérmelo dicho —aclara sus pensamientos.

De pronto me siento idiota, fuera de lugar e inmadura.

—No te he dicho nada porque no quería que te detuvieras. No te he parado porque me apetecía, me he sentido preparada y he decidido que no importaba que no fueras un compañero de clase del instituto... —suelto como respuesta mientras me retuerzo el pelo.

—¿Compañero del instituto? ¿No has hablado de universidad hace un momento? ¿No me digas que eres menor de edad? —Pregunta, abriendo los ojos de par en par.

Se me ocurre mentirle, pero no me apetece.

—Sí, cumpliré dieciocho años la semana que viene. Antes de que te alteres, te comunico que no vas a recibir ninguna denuncia. Mis padres ni siquiera saben que existo. En este momento, se encuentran lejos de Italia, cada uno en un lugar diferente, y no les importa nada de mí. En casa solo me espera un séquito de empleados que no estarán impacientes por saber dónde estoy — lo saco todo fuera de golpe.

Él me mira, preguntándose quizás si le estoy mintiendo, pero es evidente que lo que lee en mi mirada lo convence.

—Lo siento —murmura dulcificando el tono de su voz y poniéndome una mano en el hombro.

—Nunca me he enamorado de nadie, no quiero y no creo en el amor. He visto a mis padres hacerse demasiado daño el uno al otro para poder hacerlo. Puede que exista al principio, pero después se acaba y solo queda amargura. Estoy acostumbrada a no contar con nadie y a no depender de nadie. No quiero que ocurra, no deseo amar a alguien que me abandone y me deje hecha polvo —sigo con mis explicaciones.

“Mi madre diría que estoy manifestando mi anormalidad, espero que no lo piense también él”.

Soy como un río desbordado, me doy cuenta de que lo estoy bombardeando con quejas y que, seguramente, no era eso lo que él esperaba al pasar la noche conmigo. Pero no logro detenerme y ni siquiera entiendo cuál es la razón. No me gusta hablar de mi dolor con nadie, pocas veces lo he hecho con Tania.

—Yo no soy nadie para decirte que te equivocas pensando así, ni pretendo hacerlo o juzgarte, solo quería entenderlo —responde con tono suave.

—Tal vez sea mejor que me vaya, siento haberte arruinado la noche y no haber resultado la agradable acompañante que quizás esperabas tener —digo tratando de levantarme de la cama.

—Espera —me coge del brazo atrayéndome hacia él—. Tú sola te lo estás diciendo todo —comenta, sin apartar su mirada de la mía.

Soy su prisionera, el magnetismo de sus ojos es tan potente que no podría moverme ni aunque de veras lo quisiera. Me sorprende besándome mientras me tiene abrazada y se retira.

—Tal vez será mejor que me vuelva a duchar —dice levantándose y ofreciéndome una mano.

No acepto de inmediato su invitación y me quedo un instante inmóvil,

después cojo la mano que me tiende, mandando al diablo la más mínima vacilación.

En la ducha, Chase busca mi boca mientras me enjabona, sus manos están por todas partes, no quisiera que las quitase nunca. De nuevo consigue que alcance el clímax, haciendo que me apoye con la espalda contra su tórax esculpido, mientras por detrás me acaricia por todas partes. Cuando salimos, tiene lugar una escena que no me esperaba: me ayuda a secarme, no gasta bromas sobre mi falta de experiencia, ni dice nada vulgar o fuera de lugar. Me pregunta si me apetece quedarme a dormir con él y yo acepto, deseosa de no perderme ni un instante de su compañía.

Miro la hora al despertarme: son las nueve pasadas, pero no me preocupo, en el fondo ya había decidido que hoy no iría a la escuela. Vuelvo la cara hacia él: parece un ángel. Su pelo rubio está esparcido por la almohada, el rostro relajado, las largas pestañas enmarcándole los ojos cerrados. Mientras guardo en mi mente cada detalle, por miedo a no volver a vivir otros momentos como estos, pienso que me pasaría la vida mirándolo, es tan guapo...

Él abre los ojos de repente, dejándome estupefacta.

—¿Cuánto tiempo llevas espiándome? —Pregunta con una sonrisa impertinente.

—Desde hace un momento —respondo sin darle importancia y, esta vez, el color rojo que siento extenderse por mi cara no se ha disimulado con la oscuridad.

—¿Te quieres quedar hoy conmigo y venir a la sesión fotográfica? Mañana me tengo que ir, pero me gustaría que pasáramos algún tiempo juntos —me sorprende, dejándome sin aliento—. Si crees que el propietario del local te puede dar problemas, no tienes nada que temer estando conmigo —interpreta mi silencio estupefacto como que tengo miedo a Luigi.

—No creo que Luigi intente hacerse el asqueroso conmigo en ese caso, pero gracias por haber pensado en ello. No estaba dudosa, solo sorprendida —replico sincera.

—¿Por qué? —Quiere saber él.

—No me lo esperaba —admito mientras juego con la sábana.

—Entonces estamos empatados —responde enigmático.

—¿Qué quieres decir? —Pregunto mirándolo a los ojos.

—Bueno, hasta ahora no has hecho más que sorprenderme, tendré que empezar a hacerlo yo también o te voy a parecer un aburrido —me guiña un

ojo.

Ante la idea de que quiera impresionarme, mi corazón da un salto y el estómago se me encoge. Me pregunto qué me está sucediendo, no me siento preparada para descubrirlo.

—Me gustaría pasar por casa para cambiarme de ropa, ¿hay algún problema? —Cambio de tema para no detenerme en las emociones que estoy sintiendo.

—No, dame tu número. Cuando acabe de prepararme, te llamo y me dices dónde voy a recogerte —acepta él, apuntándolo en un papel cuando se lo digo.

Me levanto de la cama y empiezo a buscar mi ropa para prepararme, me fastidia dejarlo unas horas, pero necesito recuperar el control y, sobre todo, ponerme algo limpio.

Estoy casi acabando de vestirme cuando alguien empieza a llamar a la puerta repetidamente.

—¿Has pedido el desayuno? —Me pregunta, levantándose también de la cama.

—No —respondo, mientras empiezo a ponerme las botas.

Él asiente y, poniéndose el albornoz, va a ver quién es. Al no verlo volver, me asomo para ver de quién se trata y entreveo a Will, su hermano; parece preocupado, igual que Chase.

—Me ocupo de ello enseguida, gracias —lo oigo decir antes de cerrar la puerta y volverse hacia mí.

Su expresión no me gusta, me quedo helada de inmediato y comprendo que mi hermoso sueño acaba de darse de bruces contra la realidad.

—Freya, lo siento —dice mirando al suelo, parece que no tiene valor para mirarme a los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Pregunto alarmada.

—Grace, mi novia, ha llamado a Will para saber si seguíamos en el hotel. Está llegando para darme una sorpresa. Te tienes que ir. Lo siento, hoy no voy a poder estar contigo —explica y parece incómodo.

Formalismos que no sirven de nada.

Me quedo petrificada, es como si me hubiera embestido una ola de hielo.

Me he acostado con él y todavía tiene novia.

Ella, completamente ajena, está llegando aquí.

Cojo el abrigo sin decir una palabra.

—Freya, espera. Te juro que me habría encantado quedarme un poco más

contigo —dice en un patético intento de no hacerme sentir como una mierda.

Lo que más me hiera es que no haya entendido para nada la situación: no estoy decepcionada porque no pueda pasar más tiempo conmigo, estoy horrorizada por lo que he hecho.

—No te preocupes, como te conté anoche, estoy acostumbrada, mi vida siempre es así: siempre hay algo más importante que yo. —Me aparto de él y, sin mirar atrás, abro la puerta.

No tiene sentido que me quede ahí escuchando más excusas. No he sido más que un pasatiempo y lo sabía desde el principio, pero, esta vez, mi estúpido corazón no se ha querido quedar donde le correspondía.

El aire fresco de la mañana me golpea una vez fuera del hotel. Hace sol y el cielo es límpido: me recuerda sus ojos. Siento que una lágrima resbala por mi mejilla y me la quito, decepcionada.

Me dirijo al metro con decisión: es hora de volver a casa, a mi verdadera vida, a la soledad.



CAPÍTULO 8

Jueves 10 de marzo

Dentro del metro estoy ausente, voy rodeada de miles de personas, pero tengo la sensación de encontrarme en una barca solitaria a la deriva. Me parece haber perdido el contacto con la realidad, que han pasado años de la chica que era solo un día antes, pero no es así. Ayer, a primeras horas de la tarde, me encontraba en este metro con Tania, nos dirigíamos al local del evento. Hoy lo estoy cogiendo para volver a casa, han pasado menos de veinticuatro horas, pero el mundo ya no me parece el mismo y me pregunto el motivo.

Pienso en él, preguntándome si a esta hora su novia ya habrá llegado y mi estómago se encoge de dolor. Me digo que es el hambre porque no he desayunado, pero sé que no es así.

Llego a casa y entro. Los empleados me saludan, ninguno me pregunta nada. En el fondo la dueña soy yo y mi madre nunca los ha obligado a controlarme, he sido siempre demasiado sensata. Con los medios que tengo, si hubiera sido una cabeza loca, probablemente ya me habrían encontrado muerta en algún callejón con un chute de heroína en el brazo. Dispongo de todo el tiempo que quiero, puedo entrar y salir cuando lo deseo y, sobre todo, tengo una cuenta corriente que envidiaría cualquier adulto. Es inútil decir que nunca me ha importado un pepino, solo quería el afecto, la consideración de mis padres. Me habría gustado que alguno me prohibiera salir a las diez de la noche a los dieciséis años porque era peligroso.

Entro en mi habitación y cierro la puerta tras de mí, me dejo caer en la cama todavía vestida. Siento una desesperada necesidad de hablar con alguien, pero no puedo llamar a Tania. Imagino que a esa hora está en la escuela y sé que tengo que esperar al mediodía para hablar con ella. Me

pregunto si todavía estará enfadada conmigo.

Las imágenes de todo lo ocurrido la noche pasada se me viene a los ojos. Recordarlo ahora me provoca un escalofrío que reprimo, porque no puedo permitirme pensar en él. Tengo que verlo como si fuera otra de mis fantasías, un sueño que se ha evaporado.

Me levanto y me acerco al caballete, me espera una hoja en blanco. La tarea que nos han asignado requiere pensar en una obra de arte real, pero añadiéndole algo nuestro, una idea personal. Cojo el lápiz y me pongo a dibujar de manera febril, como si hacerlo llenase el abismo que siento crecer en mi pecho. Dibujar siempre me produce la sensación de vivir una experiencia extra corporal, es como si fuera una línea directa que del cerebro me pasa directamente a la mano. Me parece que no puedo controlar lo que pinto, que fluye de mi mente a la hoja.

Cuando me paro y dejo el lápiz, observo el reloj: son las cuatro y media de la tarde, no me he dado cuenta de que haya pasado tanto tiempo. Cojo el teléfono y lo miro. No hay ningún mensaje y me parece extraño que Tania todavía no me haya escrito nada. Temo que todavía esté enfadada conmigo, pero a pesar de todo decido llamarla. Necesito, sobre todo, hablar con alguien que se preocupe por mí.

El rumor de la primera llamada parece ensordecirme y que suena de manera eterna; estoy a punto de colgar, pero Tania me responde de pronto.

—Hola —dice—. ¿Has vuelto al mundo real? —Añade después.

—Hola... Más que volver al mundo real, me he dado de bruces contra él —respondo abatida.

—No me digas —replica con sarcasmo.

—Tania, te lo ruego —murmuro esperando que se deje de ironías.

—Bueno, cuéntame —me anima con tono calmado.

Le cuento a grandes rasgos cómo han ido las cosas.

—¿Quieres decir que te has acostado con él? —Me interrumpe a un cierto punto, como si fuera lo único que contase de todo lo que le he dicho.

—Sí —respondo sin más.

—¿Cómo ha estado? ¿Es bueno en la cama? ¿Te has corrido? —Pregunta explícita, con la voz llena de expectativas.

No sé qué responder. Bueno, no es cierto, la verdad es que no me apetece. Me siento celosa de lo que he vivido y me gustaría que fuera una cosa solo mía.

—Ha sido bonito —digo cortando el tema.

—¿Solo eso? ¿Algún detalle? ¿Cómo es desnudo? —Pregunta Tania, pasando por alto mi poca predisposición.

—Es guapo —respondo, porque sé que si no le digo algo no va a dejar el tema.

—No tienes que hacerte la misteriosa, no es tu novio. Estamos hablando de *Defluencer*, me podrías contar algo más —me suelta—. ¿No podías haberle hecho alguna foto mientras dormía? —Hace que me sienta horrorizada.

Me quedo en silencio, tragándome la impertinencia que estoy a punto de soltarle. Me gustaría decirle que la discreción es subjetiva y que no a todos nos gusta propagar a los cuatro vientos los detalles de nuestras experiencias sexuales.

—Sigue, Freya... Por favor, ¡no me digas que ha tenido un gatillazo! Dios, si saliera en Instagram conseguirías más visualizaciones que él. ¿Sabes cómo se le echarían encima todos los que lo odian? —Propone Tania, riendo socarronamente.

Me quedo pasmada.

—Perdona, ¿no eras tú la que lo admiraba y estaba impaciente por verlo? —No puedo evitar preguntar, demasiado estupefacta ante su propuesta.

—¿Y qué? No es mi hermano ni mi novio. Conseguirías una gran visibilidad —replica, como si poner en ridículo a una persona de la que se declara fan fuera lo más natural del mundo.

—No me parece que sea el caso —estallo con un tono más cortante del que hubiera querido.

—Por favor, ¿cómo es que estás en casa? ¿No te ha invitado a que te quedas con él? —Me pregunta, girando el cuchillo en la herida.

—Sí, me había invitado, pero luego las cosas han cambiado —le suelto, sincera.

—¿En qué sentido? —Indaga ella.

—Era todo perfecto, Tania, nunca lo habría creído y luego... Su hermano ha llamado a la puerta para avisarle de que su novia estaba a punto de llegar para darle una sorpresa y yo...

—No me digas que no lo sabías —me interrumpe.

—Sí, sabía que había estado con Grace, pero últimamente ya no había fotos de ellos juntos y pensaba que lo habían dejado. Al ver la forma en que se estaba portando conmigo, creía...

—¿Qué creías? ¿Qué te iba a llevar con él? —Se ríe con maldad—. No seas ridícula. Su mujer es una cosa, las que se va tirando por ahí como tú son

diferentes. Solo pasatiempos que al día siguiente ya ha olvidado. Claro, en cuanto ha sabido que estaba llegando ella, te ha puesto de patitas en la calle como una basura que apestaba demasiado —se ensaña sin preocuparse por disimular el sentido de lo que quiere decir.

—Puede que tengas razón o puede que no. No se ha portado como tú dices. En esos momentos, se ha preocupado de veras por mí, yo lo sentía, no se ha burlado porque fuera virgen —dejo escapar, demasiado empeñada en defenderlo.

—Freya, no seas ridícula, claro que no le ha importado que fueras virgen, al contrario. Probablemente seas la primera virgen con la que ha estado. Imagina los comentarios que hará con sus amigos: “Tío, la de Milán era tan tonta que llegó a mi cama virgen, ¡hacen cualquier cosa cuando eres famoso!”. En definitiva, ¿qué te esperabas? ¿Qué te dijera que se echaba atrás? ¿Cuándo se le iba a volver a presentar algo así? —Lo ridiculiza todo y lo muestra como un miserable.

Se me escapa el sollozo que hasta ese momento había controlado. Durante todo el día, he estado conteniendo el llanto.

—Tal vez necesites unos días para recuperarte, ¿piensas ir mañana a la escuela? —Pregunta Tania, intuyendo que me he derrumbado.

—No lo sé —respondo, tratando de contener las lágrimas.

—No faltas nunca y todas tus notas son buenas, creo que te puedes quedar en casa unos días —me recuerda.

—Creo que tendré la primera gripe del año; me parece que volveré el lunes —respondo, sonándome la nariz.

—De acuerdo —aprueba ella.

—¿Vas a venir a verme? —Pregunto, impaciente por sentir a alguien cerca, por no quedarme sola. Tengo miedo de que el vacío que siento dentro de mí crezca de manera desmedida y me haga desaparecer al tragarme.

—Claro, si puedo me paso. Ahora me tengo que ir, mi madre está dando la lata —se despide Tania.

Vuelvo la cabeza hacia el dibujo que he preparado, lo miro por primera vez y una lágrima se desliza por mi mejilla. He dibujado el Perseo de Benvenuto Cellini, pero le he cambiado la cara: la estatua más bonita de Florencia tiene el rostro de Chase.

Me siento una mierda.

Son muy pocas horas las que han trastornado mi equilibrio.

Ha pasado de ser una fantasía segura con la que podía contar, en la que

tenía la posibilidad de refugiarme, a convertirse en una realidad amarga, una verdad con la que es difícil hacer cuentas, con la que cuesta convivir. Puedo no pensar en ello, fingir que nunca ha sucedido, pero jamás podré borrar la realidad de los hechos: he permitido que mi corazón sintiera algo y eso duele mucho.

Ver sus vídeos será un tormento, ya no será la figura en la que me refugiaba; cada vez que lo vea, que escuche su voz, no podré dejar de pensar que ha sido mío, aunque solo fueran unas cuantas horas, y que después ha resultado ser exactamente como las demás personas falsas y superficiales que conozco.

Cuando informo a Inés de que no iré a la escuela hasta el lunes porque tengo la gripe, ni siquiera pestañea. En el fondo, nunca he hecho ninguna trastada ni me he saltado las clases y nadie tendría motivo para creer que miento.

“Cuánto me gustaría tener la gripe de verdad, sería mejor que este dolor que parece sofocarme por dentro”.

Sabía que debía haber ignorado el evento, que no tendría que haber ido nunca, que habría sido mejor seguir considerando a Chase una fantasía, un sueño para vivirlo sola.

Sábado 12 de marzo

Cuantos más días pasan más me abrumba el dolor.

“Solo ha sido una noche”, me digo para tratar de convencerme, para no pensar más, pero sé que me estoy engañando a mí misma. No ha sido solo una noche, al menos para mí. Son años de pensamientos, sueños, lágrimas, expectativas, de tiempo que le he dedicado, de cosas que he aprendido de él y me daban consuelo.

“Sí, pero lo has construido todo tú sola, en tu cabeza. Él no tiene nada que

ver”, trato de mantener la mente equilibrada y de no darle culpas que no tiene. Es verdad, es así: estaba todo en mi cabeza, pero ahora la burbuja Chase también ha explotado y me parece que ya no queda nada.

“¿Cómo ha llegado a ser tan importante para mí? ¿Cómo es posible que me sienta peor que por mis padres?”.

Me siento igual que el Principito delante de los centenares de rosas de la rosaleda mientras él pensaba en la suya.

*«Sois bellas pero estáis vacías», les dijo. «No se puede morir por vosotras. Sin duda, algún transeúnte común creerá que mi rosa se os parece. Pero ella sola es más importante que todas vosotras, puesto que es ella la rosa a quien he regado. Puesto que es ella la rosa a quien puse bajo un globo. Puesto que es ella la rosa a quien abrigué con el biombo. Puesto que es ella la rosa cuyas orugas maté (salvo las dos o tres que se hicieron mariposas). Puesto que es ella la rosa a quien escuché quejarse, o alabarse, o aun, algunas veces, callarse. Puesto que ella es **mi rosa**».*

Sí, es justo eso. Ya no se trata de una persona entre todas las demás, se ha convertido en algo único para mí.

Después de diez días intentando contenerme, me decido a abrir YouTube. A su canal se ha subido un vídeo del evento. Volver a escuchar las preguntas, las respuestas, revivir ese día no me hace ningún bien. Decidida de todas formas a sufrir, abro su perfil de Instagram. Hay una foto suya y de Grace delante del Duomo. Es del día posterior al evento, el día que había dicho que quería pasear conmigo...

Leo los comentarios.

Los hay de todo tipo, de los que hablan de lo guapos que son los dos a los que muestran su desprecio por ella. En la foto parecen felices y sonrientes, la pareja perfecta y, sin embargo, todo es fingido. Yo lo sé, de lo contrario no habría ocurrido lo que pasó conmigo.

“¡Es igual que mis padres!”, la decepción me invade.

Por un instante, solo uno, me dejo llevar por una punzada de rabia y me vuelven a la mente las palabras de Tania. Siento el loco impulso de escribir que es una cornuda y de contar lo que ha ocurrido entre nosotros. Pero ¿de qué serviría? Sería de idiotas, nadie me creería y quedaría como una loca. Resultaría patético y yo no soy así. No soy ese tipo de persona, no tengo que culparle a él de mi rabia, sino a mí misma y a mi estupidez. He sido yo la que

me he querido ilusionar.

“¡Muy bien, Freya! ¡Felicidades!”.

Es verdad que Grace no me cae muy bien. Tiene cara de bruja, no porque sea fea, sino por su expresión maligna. No sé, hay algo en su cara que no me gusta.

En cualquier caso, no es asunto mío.

Domingo 13 de marzo

La noche está llegando y mañana tengo que volver a la escuela, a mi vida real.

He pasado estos días encerrada en mi habitación fingiendo que tengo la gripe y nadie ha dudado de nada. He hecho siempre que me lleven la comida a la habitación, he tocado poco o nada, pero al menos aquí puedo tirarlo todo al váter sin que nadie se entere. He seguido mirando la foto de él con Grace y cada vez me sentía peor, no podía dejar de pensar que ese día yo tenía que haber estado con él. No codiciaba una foto pública en las redes sociales, no me importaba nada, solo me habría gustado estar con él.

Tania no había dado señales de vida, me ha escrito en Facebook diciendo que no podía hablar por teléfono porque su madre estaba muy enfadada por el día del evento. Al descubrir que no había ido a la escuela, la castigó prohibiéndole usar el teléfono durante toda la semana. Me he preguntado si sería verdad o seguía enfadada conmigo, pero el dolor por lo que me había sucedido me oprimía tanto que me impedía estar lo bastante lúcida.

Enciendo el ordenador para ver mis mensajes y comprobar que Tania no me ha vuelto a escribir. No hay nada de ella, pero tengo una solicitud de amistad recibida unos minutos antes y veo quién es. Se trata de Giulio, un chico de segundo de bachiller como yo, pero de otra especialidad. Es mayor que nosotras y ya lo han suspendido dos veces en selectividad, además de no

tener buena fama. Dudo si aceptarlo o no, después pienso que, tal vez, como sabe que soy buena estudiante, quiere pedirme algo. Así, lo confirmo, poniéndolo entre los conocidos de forma que no pueda tener acceso a todas mis fotos.

No me da tiempo a aceptar la amistad cuando de inmediato se abre un chat.

GIULIO: ¡Hola!

FREYA: Hola...

No sé qué decir y me limito a ser educada.

GIULIO: ¿Quieres que quedemos esta noche?

FREYA: ¿Esta noche? ¿Necesitas ayuda con algún trabajo?

GIULIO: No.

No sé qué más añadir. No tengo ni idea de lo que puede querer, por eso no respondo a la espera de que diga algo más o se canse y se olvide de mí.

GIULIO: Había pensado en ir a recogerte y dar una vuelta los dos solos.

Miro la pantalla, atónita. A menudo, algunos de mis compañeros me han entrado así, tal vez de forma un poco menos directa, pero siempre eran personas a las que conocía, con las que, al menos, había hablado dos palabras. Pero él...

FREYA: Ni siquiera nos conocemos.

GIULIO: Exacto. Es una pena. Prepárate, nos conoceremos y nos divertiremos un poco juntos.

El tono no me gusta en absoluto. Esta conversación tiene que acabar ahora mismo.

FREYA: Te agradezco la invitación, pero mañana

hay escuela y no puedo llegar tarde. Tal vez en otra ocasión.

GIULIO: Freya, no hace falta que presumas ni que te hagas la estrecha. Yo no tengo prejuicios ni pretendo ser el único. Además, con el coche puedo llevarte donde quieras. Podemos pasárnoslo de maravilla, ¡fíate de mí!

Abro los ojos de par en par, aturdida.
“¿Se ha vuelto loco?”.

FREYA: Giulio, no te conozco y no tengo ni idea de por qué me hablas así. Adiós.

Ni siquiera espero a que me responda y lo bloqueo de inmediato. Lo hago porque, al contrario que Tania, nunca le doy confianza a ninguno: no me interesan ciertas cosas. Aunque me ha bastado bloquearlo para que se me pase el fastidio, un escalofrío desagradable me baja por la espalda; intento respirar para calmarme, pero estoy desolada. Nunca nadie se había permitido usar un tono tan directo conmigo

Cuando llega Inés con la cena, todavía estoy pensando en ello: el asunto me ha dejado un sabor amargo en la boca y me ha llevado a preguntarme si también para Chase, en el fondo, no habrá sido lo mismo.

“Hipócrita, con él no te has preocupado tanto”, susurra mi conciencia.

“No, creía que era especial”, me respondo.

Trato de comer para tener fuerzas mañana y poder mantenerme de pie. Cuando acabo, quito del caballete el dibujo que he hecho como tarea y lo miro antes de guardarlo. No lo he coloreado, es todo sombras y matices. El realismo me resulta bueno, el rostro parece realmente el de Chase.

Lo miro embobada durante un tiempo que parece interminable.

—¡Basta! —Me digo en voz alta, volviéndolo a poner en el tubo para dibujos y cerrándolo.

“¡Solo soy una estúpida ingenua! He podido llegar a los dieciocho años sin el amor de mis padres, lo haré igual de bien viviendo sin él. En realidad, solo ha formado parte de mi existencia unas cuantas horas”, trato de darme ánimos mientras me meto entre las mantas.

Pero el sueño tarda en llegar, no quiere llevarme consigo.

A medianoche, el péndulo repica.

—Felicidades, Freya. Que tengas un buen cumpleaños en tu mayoría de edad —susurro en la oscuridad.

Casi me parece que soy Harry Potter, qué pena que en mi vida no llegue ningún Hagrid a decirme que soy especial y que me espera una escuela de magos fantástica.

Me espabilo, diciéndome que invitaré a Tania a venir después de la escuela y organizaremos una fiesta solo para nosotras, pidiendo las peores guarrerías de los locales de comida para llevar. Una leve sonrisa aparece en mis labios y después, al fin, llega el sueño.



CAPÍTULO 9

Lunes 14 de marzo

Cuando bajo a desayunar, me doy cuenta de que Inés me ha puesto en la mesa una magdalena con un dieciocho encima y me conmuevo. Le doy las gracias calurosamente antes de salir, después cojo la mochila y el tubo para dibujos, y me dirijo a la estación del metro.

Cuando llego a la parada, espero ver a Tania subir y venir a nuestro vagón, pero no está.

“¿Se le habrá hecho tarde? ¿Debería bajar a esperarla?”, me pregunto.

Lo dejo y decido continuar, después de una semana faltando no puedo llegar tarde.

“Igual ha pensado que, al ser mi cumpleaños, tampoco voy a ir hoy y habrá cogido antes el tren”, me digo después.

No la veo delante del patio de la escuela, así que decido irme a clase. En los pasillos me siento observada, noto que alguno me mira de reojo, pero no le presto atención. Supongo que es por la conversación que tuve ayer por la noche con el idiota de Giulio. Llego a clase, el sol inunda la estancia mientras camino entre los bancos para llegar a mi sitio. Pero advierto con sorpresa que ya está ocupado.

—Caterina, perdona, creo que te has equivocado de banco, este es mi sitio y dentro de poco llegará Tania —digo con amabilidad, pensando que la chica se ha confundido.

Ella me mira con expresión extraña.

—Freya... No me he equivocado de sitio. Tania me ha pedido que me siente con ella. Tu sitio está en aquel banco individual, allí, delante de la cátedra. Lo siento —responde sin mirarme a la cara, parece que está hablando con mis zapatos.

Me vuelvo y me dirijo al banco que me ha indicado. Mientras tanto, mi mirada se cruza con la de Tania, que está entrando en clase y dirigiéndose a su sitio. La miro interrogadora, pero ella se vuelve hacia el otro lado. Empiezo a sospechar que todavía tiene celos por lo sucedido con Chase.

“¿Pero cómo es que no entiendo lo decepcionada que estoy con todo esto? Cómo no ve la suerte que ha tenido... Yo preferiría que no hubiera ocurrido nunca...”, no puedo dejar de preguntarme.

“¿Quizás porque para ella era solo un tío buenorro que quería añadir a su lista de polvos? Mientras que para mí...”, reflexiono un segundo después y vuelvo a llamarme idiota.

Me gustaría hablarle, pero la profesora entra en clase y me voy rápidamente a mi sitio. El banco está lleno de escritos que lo afean, mis compañeros son muy artísticos a la hora de hacer los vándalos.

La mañana pasa lenta y parece que nadie me presta mucha atención. Cuando suena el timbre del recreo intento levantarme para ir con Tania, pero la veo salir del aula del brazo de otra chica. Cojo los libros, los meto en la mochila y echo otro vistazo al banco atacado por los vándalos. Hay miles de borrones encima, pero en el centro encuentro un escrito hecho con un rotulador negro.

PUTA

No tengo la menor intención de pasarme el resto del día en esa porquería de banco y, ya que no puedo hablar con Tania, me dirijo a la conserje para que me deje un bote de alcohol y un poco de papel. Empiezo a frotar enérgicamente y, una vez limpio, voy a la terraza a tomar un poco el aire. En una esquina, veo a un grupo de chicas de mi clase y me acerco para charlar con ellas.

—Hola a todas, ¿ha habido alguna prueba en estos días? —Pregunto sonriente.

Me miran de forma extraña, parecen indecisas entre ignorarme o no y una de ellas responde.

—Nada especial, pero tú seguramente encontrarás el modo de remediarlo...

Las otras se ríen sonoramente, luego me miran con desprecio y todas se alejan. Empiezo a preocuparme, no entiendo cómo es posible que la gente me esté tratando como a una extraña. Estoy tan perdida en mis reflexiones que casi

no escucho el timbre que anuncia el final del recreo. Me apresuro a ir a clase y entro corriendo, detrás de mí llega el profesor para el que he hecho la tarea de dibujo.

Me siento rápidamente en mi sitio y casi no me doy cuenta del insulto que hay en la superficie de madera.

PUTA

Esta vez no la han hecho con un rotulador, la han grabado en la madera con un cúter. El profesor empieza a pasar lista y me llega al regazo un papelito. Lo abro corriendo con la esperanza de que sea Tania que, al fin, ha decidido acabar con todo esto.

¡Felices dieciocho años, puta!

Ahora podrás ejercer libremente y ya no tendrás que esconderte.

Te he vuelto a poner el escrito, ahora bórralo si puedes.

El papel no está firmado, la grafía es masculina. Siento que el hielo se apodera de mí. Si Giulio estuviera en mi clase, pensaría en él, en una venganza por haberlo rechazado la noche anterior, pero no está. Me propongo fingir que no he visto nada, no llorar ni agitarme; lo meto en la mochila y centro la atención en el profesor que pide que enseñemos los dibujos.

Me concentro en las obras de mis compañeros y vacío la mente. Cuando me toca a mí estoy más relajada. Saco el dibujo del tubo y lo extiendo en el caballete junto a la cátedra. Él lo mira con interés.

—El Perseo, bellísima estatua —exclama—. Veo que le has cambiado la cara. Es muy particular la expresión del rostro que has dibujado. ¿Se trata de una persona real o es una obra inventada? —pregunta estudiando la cara de Chase.

Estoy a punto de responder que es inventada, pero una voz masculina desde el fondo del aula me ahoga.

—¡Más real que eso! También los muslos son reales profesor, nada de inventos.

Todos se ríen de forma bulliciosa. Por suerte, el profesor no comprende de qué están hablando, me pone un ocho por el trabajo realizado y me manda a mi sitio.

El resto de las horas transcurre lento y no veo la hora de que suene el timbre para abordar a Tania. Ya me ha quedado claro que le ha contado a alguien lo que sucedió entre Chase y la cosa no me gusta nada. Cuando al fin es la una, la veo salir corriendo de la clase, pero esta vez no la dejo escapar. Voy detrás de ella, la alcanzo en el patio de la escuela y, cogiéndola por un brazo, la sacudo.

—Tania, ¿qué coño está pasando? ¿A qué vienen esas bromas con mi dibujo y el absurdo papelito que he recibido? —Pregunto enfadada.

Ella se vuelve y me mira con aire desafiante.

—¡Qué cara dura! —Estalla de manera teatral, casi gritando.

Varios estudiantes se detienen con curiosidad ante nuestra discusión.

—Tania, he hecho lo mismo que habrías hecho tú. Te lo repito, siento que me haya preferido a mí en vez de a ti —afirmo en tono bajo y manteniendo mi mirada en la suya.

—Qué falsa eres. Has pasado años creyéndote superior a todas nosotras, mirando a las demás por encima del hombro, ignorando a los chicos que querían ligar contigo. Siempre te has hecho pasar por una santa cuando eres la peor de las zorras —grita Tania, agitando el brazo para que la suelte.

La mitad del colegio se ha parado a mirarnos y la otra mitad lo sabrá todo gracias a los dedos de los otros estudiantes que ya están tecleando frenéticos en sus Smartphones.

—Acaba ya con esta escenita, sabes perfectamente cómo han sido las cosas —trato de hacerla razonar, manteniendo un tono bajo.

—Me has llevado a un local en el que te dejaste hacer fotos medio desnuda, donde era más que evidente que el dueño te ha echado varios polvos. A saber lo que le habrás dado con tal de que te ayudara a meterte en la cama de Chase y a saber lo que harás allí dentro por la noche. Realmente me das asco, mantente lejos de mí y no intentes llamarme más. Mi madre ahora sabe quién eres y no quiere que salga contigo nunca más —grita empujándome con fuerza.

No me esperaba una reacción tan violenta de Tania y acabo en el suelo. Siento un intenso dolor debido al corte que me he hecho en la mano. Alzo los ojos hacia Tania, que me mira con desprecio; luego me da la espalda y se aleja. De repente, el daño que he sentido al cortarme la mano no es nada: esto

duele mucho más.

Nadie se acerca a ayudarme.

“Hace poco más de una semana has visto a alguien en la misma situación, ¿no?”, se me clava la idea de Samuel y de cómo nos hemos portado Tania y yo con él al principio del curso.

Me parece una pesadilla, siento que la bilis me sube a la garganta; es como si quisiera vomitar. A duras penas, me vuelvo a levantar y me dirijo a la parada del metro. Camino lentamente a propósito, quiero que los demás se dispersen, que no se me acerque nadie, que no me miren. No sé ni cómo llego a casa: me parece que estoy suspendida entre dos mundos, que no siento la gravedad. Parece que mi universo se ha hundido.

Siento que me ahogo.

Atravieso la entrada y me encuentro con Inés, me pongo la máscara de siempre y le muestro una bella sonrisa. Voy a la mesa porque sé que, como es mi cumpleaños, se ha esmerado en mi honor. Los sirvientes son los únicos a los que les intereso. Como lasaña, filete empanado y un trozo de tarta de chocolate. Le doy las gracias por lo que ha hecho y subo a mi habitación. Pongo el equipo de música a toda pastilla y me encierro en el baño. Me inclino en el váter y lo vomito todo. Me ha costado muchísimo contener la comida hasta ahora. No soy bulímica, ni tengo la costumbre de hartarme de comer y vomitar. Es solo que no quería desilusionar a Inés, la única persona que se ha preocupado por mí de verdad. Aunque, después de lo sucedido hoy, ya es mucho que no haya vomitado directamente en la mesa.

Voy hasta la pila a enjuagarme la boca y refrescarme la cara; las lágrimas se mezclan con el agua, no quieren dejar de salir de mis ojos. He perdido a Tania, la única persona con la que he tenido una verdadera amistad. La he perdido por Chase y él ni siquiera me pertenece, es de otra. Me maldigo por todo lo que he hecho: por haber ideado un plan tan absurdo, por haberme expuesto; pero, sobre todo, por haberle permitido desgarrar mi alma de forma tan profunda. Se me ha metido debajo de la piel, con una profundidad tan absurda que ha hecho que me rinda por completo para acabar de patitas en la calle.

El móvil empieza a sonar y el corazón se me sube a la boca con la absurda esperanza de que sea Tania, pero cuando miro la pantalla me doy cuenta de que es mi madre. Estoy tan sorprendida de que se haya acordado de mi cumpleaños que me pellizco el brazo antes de coger la llamada.

—Mamá —respondo emocionada.

—Freya, ¿me quieres explicar qué son esas porquerías de tu perfil? —Me embiste, sin siquiera saludarme.

—No sé de qué estás hablando —me llenan de ansiedad sus palabras.

—Joder, ¿es que no tienes ojos? ¿Cómo puedes ser tan distraída? Podría verlas alguien que me conozca —me grita con acritud.

Enciendo enseguida el ordenador. En cuanto abro mi perfil de Facebook, me quedo sin palabras. Solo hay felicitaciones de cumpleaños pero de un mal gusto increíble. La gente de la escuela ha llenado mi página con fotos obscenas y explícitas invitaciones a chupar algo o a que me la metan por algún sitio. Cada post está lleno de comentarios en los que hablan entre sí refiriéndose a mí, contando que tienen cita a una hora en lugar de otra y alguno pregunta también cuál es mi tarifa.

Me quedo desconcertada, me falta el aire.

—Freya —me perfora el oído mi madre—. ¿Me quieres explicar qué es esta guarrería? —Grita histérica.

Rápidamente empiezo a eliminar y a bloquearlos a todos, pero el número de posts parece infinito, en cuanto desaparece uno llega otro.

—Es solo una broma tonta porque ya soy mayor de edad —miento, sería inútil tratar de darle alguna explicación.

—Te relacionas con personas horribles, Freya. Bórralo todo —ordena y me cuelga el teléfono.

Ni una palabra de mi cumpleaños, solo estaba preocupada por ella misma y por su preciosa reputación.

Después de haberlo borrado todo, miro las notificaciones, tengo unas mil. Proceden casi todas del grupo de la escuela: incluso personas que no conozco, más jóvenes que yo, han empezado a dejarme comentarios vulgares y obscenos.

“No los leas, son todo maldades”, me digo.

“Igual hay alguien que me defiende”, me ilusiono.

A pesar de que solo me voy a hacer daño, actualizo la página para ver si hay algo más. Veo un nuevo post, es el vídeo de lo que hoy ha ocurrido con Tania fuera de la escuela y, en ese caso, los comentarios tampoco tardan en llegar. Llueven por decenas, uno tras otro.

ANTONELLA: Tania ha hecho bien, yo no dejaría que se me volviera a acercar una así en la vida.

TANIA: Pero ¿creéis que ha sido una santita? La que no salía con nadie.

CATERINA: Quién sabe lo que habrá hecho siempre a escondidas...

GIULIO: ¡Es una estúpida puta!

Quiero eliminar el vídeo, pero no puedo. El administrador del grupo no soy yo.

ELISA: Y dice que se ha follado a Chase Weber, se lo ha inventado. Seguramente se habrá tirado a todos los clientes del local menos a Chase Weber. ¿De verdad creéis que un tío así se va a acostar con semejante nulidad?

ANTONELLA: Pero si *Defluencer* tiene novia, ella también estaba en Milán, la hemos visto en las fotos. Figuraos si se va a tirar a esa zorra.

Cada comentario es peor que el anterior y se suceden con increíble rapidez: apenas los he leído cuando ya hay otros nuevos con otras tantas decenas de respuestas debajo.

Quiero que desaparezca todo.

Busco rápidamente la lista de los administradores y mando un mensaje a todos suplicándoles que quiten mis fotos y el vídeo. Tres me ignoran, el cuarto es Marco, un chico al que conozco, el que tuvo problemas con Samuel. Está en otro grupo, pero a menudo lo he ayudado a estudiar pasándole mis apuntes.

FREYA: Hola, Marco. No sé si has visto los posts con mis fotos y el vídeo que han subido al grupo de la escuela. Te quería pedir que lo quitaras todo, por favor.

MARCO: ¿Por qué? ¿Tus tarifas son demasiado altas para ellos? ¿Es que no son dignos? ¿Aceptas solo clientes de ese local porque tienen dinero o todavía

te preocupas por esconder tu mala reputación? Quédate tranquila, ya es pública.

FREYA: Marco, siempre he sido amable contigo, te he ayudado, sabes muy bien que no es verdad.

MARCO: Yo no te conozco. Sí, me has ayudado, es verdad, pero siempre te has sentido demasiado superior para salir con alguien. Igual si en el pasado me hubieras dado la posibilidad de conocerte de verdad, ahora podría defenderte.

La sangre se me sube a la cabeza porque eso es una amenaza, una cobarde amenaza. Me está diciendo que si me hubiera acostado con él, ahora me habría defendido.

FREYA: Olvídate de esas guarrerías, de todas formas nada de lo que estáis publicando es verdad y pronto lo sabrán todos, ¡el ridículo lo vas a hacer tú!

MARCO: ¡Jajajaja! Si yo fuera tú, no saldría de casa.

Me quedo sin palabras, no comprendo la maldad, la pesadilla en la que me he hundido. Me parece que ya he tocado fondo, después aparece un comentario de una chica que no sé quién es y la situación empeora aún más.

SABINA: Pero ¿todavía queda alguno que quiera tocarla? ¿Os imagináis las enfermedades que podría tener?

Indago en su perfil y parece recién hecho, sospecho que es Tania. No tardan en llegar las respuestas. Algunos dicen que, usando las debidas protecciones, todavía se darían un revolcón conmigo, pero los demás, sobre todo las chicas, le dan la razón de inmediato.

ELISA: Es verdad, hoy la tenía en el banco

delantero y me daba asco estar tan cerca de ella. ¿Y si tiene alguna enfermedad y nos la contagia?

Siento que me quedo helada. Los comentarios se suceden hasta el infinito. Incapaz de leer más, salgo del grupo y me dejo caer al suelo, sujetándome la cabeza entre las rodillas. Contengo el grito que siento subirme por la garganta para no asustar al personal y me pongo a llorar.

Tendría que cerrar la cuenta de Facebook para no ver nada más, pero no puedo, es como una enfermedad: tengo que saber lo que ponen de mí. Pongo en práctica lo único que me viene a la mente para evitar que me persigan en otras partes y hago privado mi perfil de Instagram. Alguien debe haber enviado mi número de teléfono porque también WhatsApp, en poco tiempo, se llena de obscenidades sobre mí.

Siento que me ahogo.

Cojo los auriculares y me los pongo con fuerza. El mundo tiene que desaparecer, no quiero escuchar nada más. En cuanto enciendo el equipo, me llega a los oídos *My Immortal*, una pieza de Evanescence. La gente de mi edad no los conoce y ni siquiera saben quiénes son. Yo los descubrí por casualidad mientras veía otros vídeos; al saber inglés entendí el texto y lo sentí más cerca de mí, de lo que creía. La voz de la cantante me llega al alma.

Me parece que se refiere a mí cuando habla de heridas inigualables y dolor tangible.

Viernes 18 de marzo

La semana avanza en una lenta agonía: si alguien me habla es para insultarme y algunas chicas, cuando paso a su lado, se tapan la nariz como si apestara. Los peores momentos son los del cambio de hora, porque la clase se reúne y se deleita cada día con algo nuevo.

—¿Has oído la última? —Se ríe groseramente Tania, mientras me da golpecitos en el hombro con un lápiz y alza la voz a propósito para atraer la atención de todos—. Parece que le van a dar el premio a la estudiante más zorra del país.

Finjo que no la escucho, pero la mina del lápiz se me clava en el hombro. Ignoro también el dolor y me muerdo el labio para no gritar.

—¿De verdad? —Le sigue el rollo Francesco, un chico que está unos bancos más atrás.

—Sí, sí —dice Tania, volviéndose hacia él.

—Oye, putita, ¿me vas a firmar un autógrafo? Para mí tú vas a ser la ganadora, tenemos a una auténtica campeona —dice poniéndose de pie y acercándose a mi banco.

—Pero, por desgracia, solo aceptan chicas guapas, no desechos de la sociedad como esta tipa. No sirve ni para eso —responde Tania, alzándose de hombros y fingiendo un aire afligido.

Toda la clase empieza a reírse a carcajada limpia.

Yo opto por el silencio. “Si no reacciono, se cansarán”, me digo.

Un estuche me golpea de lleno en la nuca.

—Encima se cree superior, la gilipollas —grito una voz a mi espalda.

Un momento después, el repiqueteo de los tacones de la profesora de Lengua resuena en el patio, el momento se queda congelado y todo el mundo vuelve a su sitio. Suspiro aliviada, aunque solo es un momento. Dentro de una hora, habrá otro cambio y solo puedo rezar para que el profesor de Historia del Arte no se haga esperar mucho y venga de un aula cercana.

Me animo ante la idea de que mañana no hay escuela, gracias a las tardes de otoño entre semana, pero mi tranquilidad durará poco. Mis compañeros tendrán más tiempo libre a su disposición y aumentarán las burlas en internet. Recibo montones de mensajes de cuentas que no conozco donde me dicen lo penosa que soy y el asco que doy, asegurando además lo despreciable que resulta que yo pueda respirar el mismo aire que ellos. No puedo dejar de pensar, ni parar de preguntarme cómo es posible. Ni siquiera sé cómo lo he hecho para llegar al día de hoy sin derrumbarme, no entiendo dónde encuentro la fuerza para seguir presentándome en la escuela todas las mañanas, sabiendo lo que me espera. Me digo que el único motivo por el que lo hago es por no darle a mi madre la satisfacción de decirme que tenía razón.

Cuando llego a mi habitación, corro las cortinas y, dejándome caer en el suelo, vuelvo a escuchar la música a todo volumen. Me aturde, me anestesia, me impide pensar. Casi no me doy cuenta de las vibraciones del móvil, lo saco para ver quién es. Estoy convencida de que son otros mensajes llenos de vulgaridades e insultos, pero es una solicitud de amistad, se trata de una persona que no conozco y es un evidente perfil falso, se llama Lucy Blue.

Estoy a punto de rechazarla cuando veo que también hay una solicitud de mensaje; me llamo masoquista, pero decido ver de qué se trata.

LUCY: Hola, no me apetece decirte quién soy, ni dar mi opinión públicamente. No quiero que la gente empiece a enfadarse también conmigo. Solo quería decirte que estoy de tu lado. Lo que te están haciendo es asqueroso, da ganas de vomitar. Si quieres hablar, aquí estoy.

Leo varias veces el mensaje sin creérmelo y siento que me invade una gran felicidad. Es tonto, lo sé, pero no me parece verdad que haya alguien que se preocupe por mí, por lo que me está sucediendo. Por tanto, acepto la amistad y respondo.

FREYA: Tú no sabes lo feliz que me ha hecho tu mensaje, no sé por qué Tania me está haciendo esto, por qué todo el mundo está diciendo cosas tan horribles de mí. Nada es verdad.

LUCY: Lo imagino, ¿pero también lo de que has estado con ese chico es mentira? ¿Te lo has inventado para presumir y la cosa se te ha vuelto en contra?

Decido mentir, decir que sí, que eso también es una invención. Pero luego pienso en la desesperada necesidad que siempre he sentido de tener cerca a alguien que me comprendiese, de tener una amiga y decido decir la verdad. Sería inútil empezar una relación que tendría que basarse en la confianza con una mentira.

FREYA: Eso es verdad, pero solo con él. El resto es todo inventado. Ni siquiera sé lo que ha dicho Tania de él. No ha habido nada de extraño ni sórdido, todo lo contrario. Cuando ella me preguntó los detalles no quise decirle nada porque lo consideraba una cosa mía.

Mientras espero la respuesta me dirijo al ordenador y lo enciendo: tengo muchas ganas de hablar con esta chica, quienquiera que sea, de conocerla. Estaría dispuesta a no revelar a nadie de quién se trata, podría incluso ignorarme en la escuela y después quedar conmigo.

LUCY: Has hecho bien no entrando en detalles, algunas cosas son privadas.

Una ola de felicidad me envuelve, siento que quizás con ella podría ser yo misma de veras. Nos pasamos todo el fin de semana chateando y le hablo de mí, de mi soledad, de mis deseos. Se sorprende de lo simples que son. En el fondo, solo me gustaría que mis padres me quisieran y tener amigas de verdad. No me pregunta por él y lo agradezco, lo ha intentado pero le he respondido que todavía me duele mucho hablar de ello.

El domingo por la noche me da las buenas noches, recordándome que sea fuerte y se disculpa varias veces por ser tan cobarde. Yo la tranquilizo, diciéndole que no tiene nada de qué disculparse. La entiendo. Lo que me están haciendo es horrible y es normal que otra persona tenga miedo de verse implicada en ello. Yo misma lo tuve cuando me encontré en su misma situación.

Pensar en el lunes, ahora que sé que tengo una aliada, aunque no salga a la luz, me da fuerzas y aumenta mi valor. Me duermo más tranquila, casi segura de que esta semana, aunque resulte infernal, será mejor porque cuando vuelva a casa tendré a alguien que se preocupa por mí.



CAPÍTULO 10

Lunes 21 de marzo

Atravieso las puertas de la escuela antes que nadie, ahora odio entrar cuando la clase está llena porque todos me observan. Prefiero estar ya allí cuando llegan; mantengo los ojos bajos para no cruzarme con la mirada de nadie.

Ha pasado casi media hora desde el principio de la clase y un papelito llega volando a mi banco. No sé si cogerlo y tirarlo al suelo o leerlo. Ya sé lo que voy a encontrar escrito en él, aunque vence mi curiosidad y decido abrirlo de todas formas.

Me quedo con la boca abierta: es de Tania.

Ven al baño en el cambio de hora, quiero hablar contigo.
Estoy arrepentida y me gustaría que lo aclarásemos.

No sé si creerlo, después de todo lo que me ha hecho es lo último que me esperaba, pero casi cinco años de amistad son demasiados para olvidarse de ello y, por eso, decido aceptar la invitación. Cinco minutos antes del final de la hora, veo que Tania sale de clase; espero a que suene el timbre y voy a su encuentro. Me dirijo rápida a los aseos, entro, abro todos los baños, pero no la encuentro.

De uno sale una chica que me mira mal.

—¿Qué pasa? ¿El tío al que se la ibas a chupar no se ha presentado? Pobre pequeña, ¿ahora qué vas a hacer para ganar los cinco euros que cuesta la merienda? —Me suelta.

La ignoro, entro en un baño y me encierro allí. Me clavo las uñas en la piel con tanta fuerza que me hago daño. Lo hago para no ponerme a gritar. Durante un tiempo que se me hace eterno, espero el sonido de la puerta al abrirse y que llegue Tania, pero diez minutos después me resigno y salgo. Quizás se refería al otro baño, así que me reprocho haberme equivocado y haber perdido la oportunidad de que se explique.

Al volver a clase, la busco con la mirada, pero ella está hablando con su nueva compañera de banco y parece que ni siquiera me ve.

—Gracias por honrarnos con su presencia, señorita Villa —me apostrofa la profesora.

—Perdone, no me sentía muy bien —explico mientras me siento.

—Profe, sea indulgente, la chica tiene que trabajar, igual estaba en el baño con alguno que ha tardado mucho —se interpone una voz masculina desde el fondo del aula.

Todos se ríen a carcajada limpia.

—No permito estas bromas vulgares, lo sabéis muy bien: tráeme el diario, tus padres tendrán que firmar esta nota —lo hace callar la profesora—. Y tú coge el libro y ábrelo. No te echo porque no sueles hacer estas cosas —me reclama.

Meto distraídamente la mano en la mochila para buscar el libro, pero toco algo que me hace retirarla al instante. No sé lo que es. Es húmedo y asqueroso, me aterroriza mirar. Me arriesgo a echar un vistazo dentro: la mochila está llena de condones desenrollados, parecen usados.

Me retiro asqueada, saltando de la silla y la profesora se da cuenta.

—Villa, antes de que pierda la paciencia del todo, ¿puedes sacar el maldito libro? Quiero seguir con la clase —me grita, clavándome la mirada.

—No lo tengo, se me ha olvidado —miento, retorciéndome las manos.

—Profe, se ha traído el trabajo de casa —interviene alguien.

—¡Ya basta! —Exclama desesperada.

Se pone de pie, viene derecha a mí y coge la mochila.

—Se lo ruego, no meta las manos ahí —le imploro, intentando atraer su atención.

Pero ella no me escucha y mete una mano para coger el grueso tomo de física. Junto al libro, caen en el banco algunos preservativos usados.

—¡Qué asco! —saltan poniéndose de pie algunas personas en los bancos cercanos.

Vuelvo la cabeza hacia Tania, la veo reírse a carcajadas y lo comprendo

todo.

No quería hablar conmigo, solo pretendía que dejara sola la mochila en el cambio de hora.

La profesora se vuelve loca y le pone un parte a toda la clase, solo me da permiso para ir a lavarme las manos y después llama a una conserje para que le lleve alcohol. Cuando vuelvo, limpio el banco y la clase continúa en el silencio más absoluto hasta la hora del recreo.

El sonido del timbre me coge ausente, me parece que estoy en otro mundo.

—Sabes, el sábado por la noche fuimos a recogerlos detrás del pub donde trabajas. No está bien que permitas que tus clientes dejen las calles sucias — dice Francesco, un chico que solo un mes antes me había pedido que saliera con él.

Todos se ríen.

Me levanto corriendo, sin preocuparme de dejar mis cosas en sus garras y voy a esconderme en el baño, encerrándome con llave. Necesito que acabe el recreo, debo volver a clase cuando estén los profesores para no tener que enfrentarme a la manada. Después de lo que hice con Chase, estaba bien, no me sentía mal conmigo misma. Pero ahora me siento sucia, inmunda. Empiezo a verme igual que ellos lo hacen.

En cuanto suena el timbre, salgo de mi refugio para precipitarme en la clase y me cruzo con una chica en el patio que me mira con asco.

—Qué pena —me señala—, con los aires de superioridad que te dabas y solo eres una prostituta —añade antes de darse la vuelta y alejarse.

Al volver, me doy cuenta de que se han divertido llenando los bolsillos de mi chaqueta con esa asquerosidad. Me digo que me lo merezco, que no tendría que haber hecho lo que hice, empiezo a odiarme de verdad. Estoy callada, no quiero que los profesores comprendan lo que me está sucediendo, que sepan de mi vergüenza, de lo bajo que he caído y en lo que me he convertido. Ya no veo lo que pasó con Chase como la realización de un sueño: esa noche lo perdí todo. Solo puedo pensar que me usó como una puta idiota, como lo que me han escrito en el banco.

Cuando al fin es la una, me pongo de pie y dejo allí la mochila. Pueden cogerlo todo, no me interesa, no volveré a tocar nada de eso. Pero, por desgracia, el día todavía no ha acabado, porque un grupo de chicos me espera en el patio. Cuando intento pasar, forman un muro y empiezan a empujarme entre ellos como si fuera una pelota. Sin que haya forma de impedirlo, mientras me lanzan de uno a otro, no me sujetan aposta para que me caiga al

suelo. Cuando se cansan, tengo los vaqueros y la camisa sucios y rotos.

—¡Ya basta por hoy! —Los detiene Andrea, el líder de la manada—. Su aspecto es exactamente el que debería tener una zorra —dice con un guiño.

Un chico cuyo nombre no recuerdo me coge por la cola, obligándome a mirarlo a la cara.

—No se te ocurra decírselo a nadie, ¿entendido? Si lo haces podríamos ir a por ti —me amenaza antes de alejarse.

Nadie se acerca para ayudarme, pero, al menos, me han recogido unas chicas que no eran del grupo.

No tengo el valor de coger un medio de transporte público y decido irme a casa a pie. Llego tardísimo e Inés, en cuanto me ve, se preocupa de inmediato.

—¡Señorita! ¿Qué ha sucedido? —Viene enseguida a mi encuentro.

“Dile la verdad, ¡cuéntale lo que te han hecho!”.

“Claro, así alguien llamará a la escuela, ellos lo sabrán y mi vida se convertirá en un infierno aún peor”.

—Ha sido al salir del metro. Un hombre con la cara cubierta me ha quitado la chaqueta y la mochila, y me ha pegado —me apresuro a inventarme.

—Tenemos que ir enseguida a la policía —se alarma Inés.

—No —la paro de inmediato.

Una cosa es mentirle al ama de llaves y otra a la policía.

—Pero, señorita... —me mira estupefacta.

—Inés, sabe bien que a mi madre le gustaría que hiciera otra cosa. Si lo supiera, lo vería como una buena excusa para arrastrarme a vivir con ella y obligarme a hacer lo que desea. Dejémoslo así, por favor. Solo quería mi dinero —intento convencerla.

Inés me mira llena de compasión.

—Como quiera —consiente al final. Los empleados, aunque no se permiten hablar, han escuchado muchas veces las violentas discusiones entre mi madre y yo.

Al final, Inés sube conmigo a la habitación y no me deja sola hasta que me ha curado.

Son casi las cinco cuando consigo encender el ordenador.

LUCY: ¿Estás bien?

Encuentro un mensaje de mi misteriosa amiga. Parece preocupada y eso hace que me sienta mejor.

FREYA: Todo bien, he llegado tarde a casa porque no me apetecía coger el metro.

LUCY: He sabido lo que te ha pasado por el vídeo que he recibido en el chat. No sabes cuánto lo siento. Si yo hubiera estado, habría intervenido, pero ya me había ido. ¿Los vas a denunciar?

FREYA: No, no lo voy a hacer.

LUCY: ¿Cómo que no? ¿No crees que así te dejarían en paz?

FREYA: Muchos son todavía menores de edad y además... Es mi palabra contra la de todos los demás. Las cosas podrían empeorar. Me vería obligada a irme, quizás a cambiar de ciudad. No quiero.

LUCY: ¿Y las fotos con los malvados comentarios de las redes sociales? ¿No podrías usarlas como prueba?

FREYA: Sí podría. ¿Pero y si todos dicen que era una broma y la cosa acaba ahí? Desde luego, no van a ir a la cárcel solo por haber hecho bromas vulgares debajo de algunas de mis fotos.

LUCY: Claro, entiendo. Si te decides a denunciarlos, dímelo. Iré contigo y llevaré el vídeo que he recibido como prueba adicional.

FREYA: Claro, gracias.

LUCY: Escucha, te digo una cosa buena. Lo que había en los preservativos era solo clara de huevo. Lo han hecho para que la broma fuera más creíble.

De inmediato, me siento aliviada. Mejor haber tocado clara de huevo que

el espermatozoide de cualquiera de ellos. Solo que... La situación no cambia: el deseo que tenían de humillarme y hacerme daño era igual de apabullante.

El calor de esta chica que trata de estar a mi lado me hace sentir bien y, al mismo tiempo, peor: realmente me doy pena. Se lo digo y le cuento cómo me veo.

FREYA: Gracias por habérmelo dicho, pero no cambia la esencia de todo esto.

LUCY: ¿Qué quieres decir?

FREYA: No sé... Me estoy haciendo preguntas.

LUCY: ¿Qué tipo de preguntas?

FREYA: Me pregunto si no me lo merezco... En definitiva... Mis padres no están nunca y jamás me han dedicado la más mínima atención. Todos me dicen que doy asco, que soy una zorra repugnante, una persona horrible. Tal vez sea cierto.

Por un instante, Lucy no responde y empiezo a pensar que también ella ha empezado a reflexionar y a verme como los demás.

LUCY: ¿Le has hecho algo malo a alguien?

Pregunta tras un tiempo que me parece interminable.

FREYA: No, al menos sin querer, nunca ha sido mi intención.

LUCY: ¿El qué?

FREYA: Creo que Tania no ha aceptado lo que pasó con Chase, pero no lo entiendo, ella también habría hecho lo mismo y además... Bueno, no es que me haya convertido en su novia ni nada parecido. También él me trató como si fuera basura. Al día siguiente, ya ni sabía quién era yo.

LUCY: Igual habría sido mejor dejarlo pasar ¿no? Quizás deberías haberte fijado en tus compañeros, en personas a tu alcance, en lugar de apuntar tan alto.

FREYA: Yo no quería estar con nadie, solo pretendía graduarme. Ocurrió sin más.

Poco después, Lucy se despide, me dice que ha entrado su madre y tiene que estudiar.

Intento hacerlo yo también, pero no puedo. Los días han empezado a pasar de forma diferente, el tiempo me parece eterno. Tengo la sensación de que han pasado dieciocho años desde el día en que estaba aquí con Tania y nos arreglábamos juntas delante del espejo.

Cada vez que me veo reflejada me pregunto quién soy, qué soy.

“¿Soy una ramera? ¿Doy asco? ¿Soy una persona que no merece vivir? ¿De verdad es así?”.

“¿Quién es la chica que creía ser hasta hace poco? ¿Quién es la estudiante de secundaria que quería graduarse y matricularse en la Facultad de Arte? ¿Era una ilusión? ¿Yo soy eso?”.

Cuando suena el teléfono, me sobresalto: es mi madre.

—Diga —respondo vacilante.

—Freya, quiero avisarte de que no voy a ir a Italia, el evento en el que tenía que participar se ha cancelado —me informa con tono aburrido.

—Bueno, podrías venir de todos modos, así descansarías un poco —apunto. No estoy de acuerdo con ella, siempre me agobia con la carrera que le gustaría que iniciara, pero me apetece tener a alguien cerca, incluso a ella.

—Me queda mucho por hacer. La colección de verano saldrá dentro de poco, no puedo perder el tiempo. Informa tú a Inés. Te dejo. —Replica con sequedad y cuelga.

Eso es lo que soy también para ella: una nulidad, nada.

Abrumada por el desaliento y con el móvil en la mano, la tentación es demasiado fuerte para resistirme. Mis dedos vuelan de manera automática a la cuenta de Instagram de Chase. La única persona que me ha hecho sentir bien en estos años. Aunque sé que es absurdo con la situación actual, no puedo evitarlo. En las fotos parece tan feliz y contento como siempre, sin pensar en el mundo. Ver su cara, después de todos estos días en los que he tratado de

evitarlo, me hace estar realmente mal y me doy cuenta de cuánto lo he echado de menos. Es ridículo, teniendo en cuenta que solo estuve con él unas cuantas horas.

Me estoy volviendo loca.

El sueño y la realidad han chocado con una fuerza tan inaudita que ha derribado el muro de cemento con el que siempre he rodeado mis emociones. Con él, fui auténtica y me aceptó igualmente; me dejé ir, me permití sentir algo.

Me doy cuenta de que acaba de publicar una historia y mi curiosidad me lleva a verla.

—Hoy he publicado en mi canal un vídeo, es un poco diferente a lo habitual, pero sentía que tenía que hacerlo —dice en los pocos segundos del vídeo recién subido.

El título del vídeo me alarma: *El amor*. De todas formas, decido verlo.

Chase está sentado delante de una pared negra, lleva unos simples vaqueros y una camiseta blanca.

—¡Hola a todos y bienvenidos! ¿Ya estáis en crisis? ¿Os estáis preguntando si *Defluencer* va a hacer un vídeo donde explica por qué el amor es algo feo y malo? ¿Teméis que arruine vuestra existencia, animándoos a que no améis a nadie? Bueno, estad tranquilos, este vídeo no es una valoración negativa del amor. Solo quería compartir con vosotros algunos pensamientos. Por ejemplo... ¿Sabéis que se trata de una reacción química?

La pantalla cambia y aparecen algunas imágenes de símbolos químicos que no conozco, después vuelve a él.

—El latido del corazón, decís vosotros. ¡Incorrecto! ¡Son la dopamina y la serotonina que se desencadenan en vuestro cuerpo las que os proporcionan esas sensaciones! Pero eso no es todo: la situación empeora. ¿Habéis oído hablar de las anfetaminas? Bueno, cuando la pasión se desencadena, vuestro cuerpo produce la feniletilamina que no es diferente de la anfetamina. Se desencadena el sentido de la exaltación, nos parece que nunca estamos cansados, creemos que somos *muy felices*. Igual que las drogas, esta sustancia que nuestro cuerpo produce crea adicción y, cuando nos falta, nos sentimos deprimidos. ¿Creéis que todo es mentira? ¡Pues no! ¿Sabéis que en las rosas y en el cacao hay trazas de feniletilamina? Esa es la razón por la que regalamos rosas para seducir; por eso, cuando termina una historia de amor, nos atiborramos de chocolate. Todavía no me creéis, ¿verdad? Decís que al principio es así, pero ¿y después? El amor a largo plazo, la consolidación de la relación incitan a la hipófisis a producir oxitocina. ¿Sabíais que se han

hecho estudios con ratones machos? Cuando les suministraban oxitocina, protegían a su prole; en cuanto se interrumpía el suministro, se comían a las crías. ¿Y las endorfinas? Algunas proteínas producidas por nuestro cerebro tienen un efecto analgésico y calmante. Es la presencia de la pareja lo que nos produce ese bienestar y el cuerpo nos incita a ser cada vez más dependientes de ese estado de paz. Llegados a este punto, os sentís aterrorizados por mí y por lo que estoy diciendo, lo sé. Pero lo que quería contaros es otra cosa. — Chase se ríe y mira directo al objetivo.

—¿Por qué precisamente a mí? —Pregunta abriendo los brazos y se queda a la expectativa, como si esperase escuchar las voces de sus seguidores que le responden.

—La verdad es que no quería aceptar que realmente me había enamorado de este modo, de un día para otro. Entonces me puse a hacer toda esta magnífica investigación; quería demostrarme a mí mismo que solo se trataba de una reacción química, que se me pasaría, que habría podido sentirla por cualquiera. Durante algún tiempo, me he convencido de ello y he resistido, después he comprendido que me estaba engañando. Sucede, chicos, de verdad. Rendíos, no podéis hacer nada. Cuando la persona mágica os trastorna la vida, ya no podréis pasar sin ella. Tú, en muy poco tiempo, lo has cambiado todo. Desde que te conocí, me resulta imposible pensar en otra y me parece increíble entender que ocurriera en solo un instante...

Chase sigue hablando, pero ya no lo escucho. Siento la garganta seca, la respiración acelerada, no sé por qué, pero tengo el absurdo convencimiento de que este vídeo es para mí.

“Chase no puede ser tan falso, esas palabras no son para Grace. Y además... Cuando la conoció no hizo nada parecido, ¿por qué ahora?” Me digo, aumentando mi absurdo convencimiento.

—En suma, no creía posible que precisamente yo, *Defluencer*, cayera en la trampa del amor. Me pareció que perdía un poco de mí mismo. Enamorarse de verdad de alguien le da a esa persona un poder increíble sobre ti: hace que te avergüences de tus errores, te lleva a meterte en tela de juicio, casi te hace sentir miedo. Sí, miedo. Porque hace que te plantees si esa persona, después de haber *visto* cómo eres de verdad, seguirá queriéndote igual —su voz todavía sigue sonando en el vídeo interrumpiendo mis pensamientos.

“Tal vez la ha dejado, quizás se ha dado cuenta de su error. Igual en este tiempo ha pensado en mí del modo en que yo siempre lo he hecho”, no puedo evitar exaltarme, el corazón me late en el pecho cada vez más fuerte.

Empiezo a escribir un comentario: quiero darle la posibilidad, si realmente es así, de que entienda que yo también siento lo mismo.

Quisiera conocerte, me gustaría hacerlo de verdad. Desearía saberlo todo de ti y poderte contar todo de mí.

¿No sería increíble que nos encontráramos en mitad del camino, que tú pudieses enseñarme algo y yo pudiera darte lo que necesitas?

¿No sería más fácil preguntar en lugar de contentarse con las deducciones?

¿No te gustaría saber que cuando cierro los ojos sigo viendo tu cara?

Cuando el destino baraja las cartas, parece que hay que desecharlas, pero ¿no son precisamente las grandes ocasiones aquellas en las que hay que arriesgar?

Si no te arriesgas a perder algo, nunca ganarás nada...

Todavía estoy escribiendo cuando, entre los múltiples comentarios, llega uno que destaca.

GRACE: Yo también te amo.

Sí... Grace, su novia.

Borro enseguida el comentario que estaba a punto de publicar. Menos mal que la intervención de Grace ha llegado antes de que le diera a enviar.

“Muchachita patética, ilusa y tonta... ¿Creías que de verdad la había dejado por ti? ¿Qué el vídeo era para ti?”, me parece escuchar la voz malvada de Tania burlándose de mí.

¿Cómo puede ser Chase también tan falso? ¿Cómo puede hablar de amor, de una persona en la que no puede dejar de pensar ni un segundo, cuando la ha traicionado conmigo?

El vídeo es una farsa asquerosa, como todas las que hacen mis padres para disfrute de las redes sociales y me siento como una imbécil.

“¡Alguien como él nunca jamás se habrá sentido cerca de una persona tan sórdida e insignificante como yo!”, no puedo dejar de pensar, recordando lo que me está sucediendo todos los días.

Igual que en *Without You* de los One Two, la canción que estoy escuchando, tendré que acostumbrarme a vivir sin él, a olvidarlo, a dejar de

ver sus fotos y sus vídeos para siempre.

Tal vez ni siquiera ha sucedido, quizás me lo he inventado, como dicen todos.



CAPÍTULO 11

Miércoles 22 de marzo

Suena el despertador, comienza un nuevo día. Cojo el teléfono para apagarlo y me doy cuenta de que tengo varias notificaciones en WhatsApp. Son todos mensajes de números que no conozco.

Antes o después te pillaré en un sitio menos abarrotado y verás lo que nos vamos a divertir.

Encontraré la ocasión para que me la pagues.

Con tantos aires que te dabas y te los tiras a todos. Ya llegará nuestro momento.

Si fuera tú no volvería a salir de casa sin cubrirme las espaldas, ahora sabemos dónde vives.

También hay un mensaje de voz.

“No lo escuches, no lo hagas”, me digo, todavía no puedo evitarlo.

La voz es de un hombre adulto, me dice cosas asquerosas. Al parecer, a alguien se le ha ocurrido poner una foto mía y mi número de teléfono en una página de encuentros.

El teléfono se me cae de la mano, tiemblo como una hoja. Estoy petrificada y no tengo valor para moverme.

Cuando llaman suavemente a la puerta y me despierto, me doy cuenta de que he estado inmóvil durante media hora

—Adelante —trato de modular la voz para que no se note lo afectada que estoy.

—Señorita Freya, es muy tarde. He venido a verla porque he pensado que no estaba bien. —Inés entra con expresión preocupada.

—Estoy bien, he apagado el despertador porque me he vuelto a dormir —miento alisándome el pelo nerviosamente.

—Si no se levanta enseguida, va a llegar tarde a la escuela —afirma con una sonrisa.

Me apresuro a salir de la cama para que no sospeche nada, no quiero que Inés sepa lo que me está sucediendo, no quiero que también vea en qué me he convertido y me desprecie. Al menos parece que a ella le importo, si supiera el asco que doy, igual se alejaría.

—¿Le preparo el desayuno? —Pregunta acercándose a la puerta.

—No, ya es tarde, pero gracias —rechazo mientras me apresuro a coger algo de ropa del armario.

—¿Puedo hacer algo para ayudarla? —Pregunta mientras me observa—. Me parece preocupada —añade luego, intuyendo algo.

Estoy a punto de decirle que no me hace falta nada, pero me vuelven a la mente los mensajes llenos de amenazas.

—A decir verdad, hay una cosa. ¿Podría pedir que me acompañen y me vayan a recoger en coche? El robo me ha asustado más de lo que creía —pido, usando como excusa la mentira que le conté ayer.

—Por supuesto, me parece que es lo mejor —consiente enseguida, saliendo de la habitación.

En cuanto entro en clase, todos se vuelven hacia mí.

Tania se pone de pie y viene a mi encuentro.

—¿Pero cómo te has vestido? ¿El jersey rosa a juego con las bailarinas? ¿Todavía sigues presumiendo? ¿Eres de las que combinan las cosas en tonos pastel? Pero si todos saben que eres una putita —suelta en voz alta, mirándome de la cabeza a los pies.

Las risotadas de fondo me hieren más que sus palabras.

—Das pena y cada día estás más fea, tu aspecto ya no oculta lo que hay debajo

—añade apuntándome con un dedo en el pecho.

—Creo que incluso estás engordando, tienes un culo enorme —me echa un vistazo Sabrina, una chica sentada en un banco detrás del mío.

—¡Culona! —Grita uno de los chicos del fondo.

La puerta se abre y entra el profesor de Historia del Arte, todos se sientan de inmediato en sus sitios y empieza la clase. Después del parte que nos

pusieron, delante de los profesores ninguno se atreve a hacer bromas ni chistes.

Cuando suena el timbre que anuncia el final de la clase, estoy extenuada, pero ellos no.

—Qué asco, podrías lavarte el pelo —alza la voz una chica detrás de mí en cuanto la profesora sale de la clase.

—Será una nueva moda —dice Tania a carcajada limpia, desencadenando las risas de todos.

No entiendo lo que quieren decir hasta que me toco el pelo.

“¡Oh, Dios mío!”.

Alguien, sin que me diera cuenta, se ha divertido pegándome varios chicles en las puntas.

—Pero ¿por qué sales con esa pinta tan indecente? ¿No tienes un espejo? —Se burla Sabrina.

—Los habrá tapado para no ver el asco que da, si no lo hubiera hecho se moriría de vergüenza al salir a la calle —replica Tania, suscitando de nuevo las carcajadas de todos.

—¡Vamos a llevarla al baño! —me coge uno de los chicos.

El pánico se apodera de mí, he entendido lo que me quieren hacer y empiezo a dar patadas sin parar, pero otro chico me coge por las piernas.

—Mira cómo se mueve —se burlan de mí mientras empiezan a arrastrarme fuera del aula ante la indiferencia de los demás. Nadie dice una palabra ni mueve un dedo para detenerlos.

—¡Quietos! —Grita Tania.

Mi estupidez me lleva a pensar que, al fin, se ha dado cuenta de lo que me están haciendo y ha decidido que es demasiado, pero, una vez más, estoy equivocada.

—La gilipollas ha pedido que vengán a buscarla. Está abajo el coche esperándola. Si no la dejamos salir, vendrán a ver dónde está. Dejadla —explica a los presentes.

De inmediato, todos me sueltan y me dejan caer al suelo. Se me escapa un lamento y se ríen.

—Esta culona pesaba de verdad, no habríamos podido arrastrarla hasta los baños —dice uno de los dos.

Los demás empiezan a dispersarse para salir. Alguien me golpea a posta mientras trato de levantarme haciendo que me vuelva a caer al suelo, incluso me llega al pelo un escupitajo. Resuenan más carcajadas y parece que se me

clavan en la espalda como alfileres. Las lágrimas me resbalan sin que pueda detenerlas y me maldigo: odio llorar delante de ellos.

—Oh, pobrecita, ¿quieres un pañuelo? —Alguien me pone una mano en el hombro mientras con la otra me coloca algo delante de la cara.

Al alzar la mirada, me doy cuenta de que se trata de un montón de papel sucio para limpiar. No reacciono, me quedo inmóvil, en silencio. En parte porque temo que puedan hacer algo peor y en parte porque empiezo a creer que me lo merezco, que de verdad he hecho algo por lo que me puedan odiar tanto. Al final, el tipo se cansa de esperar y me lo tira encima antes de alejarse.

Escondo el pelo dentro de la chaqueta, no quiero que nadie lo vea. Cuando llego a casa, encuentro a Inés esperándome, tal vez es la única persona que parece preocuparse por mí.

“Claro, una persona a la que le pagan por hacerlo, ¿quién si no?”, se me ocurre de inmediato.

—¿Todo bien, señorita? —Pregunta sonriéndome, mientras se hace a un lado para dejarme entrar en casa.

—Muy bien —le regalo una sonrisa fingida enseñando todos los dientes. Nadie debe saber la agonía que vivo todos los días.

Rechazo la comida y me voy directamente a mi habitación. Me permito hacerlo solo por la mañana cuando me despierto, en el momento en que me recojo y por la noche, en la oscuridad, en mi cama. Me dejo caer en la alfombra que hay justo delante del espejo.

“Pero ¿por qué sales con esa pinta tan indecente? ¿No tienes un espejo?”.

“Los habrá tapado para no ver el asco que da. Si no lo hubiera hecho, se moriría de vergüenza al salir a la calle”.

Sus palabras me retumban en la cabeza como una cacofonía, una vez y otra vez. Nada los hará parar, nada logrará hacer callar todas esas voces.

"Pero ¿por qué a mí?", es la pregunta que me hago todo el tiempo.

Seguro que todos nos lo preguntamos cuando estamos mal. Pero, he notado una cosa: mientras vivía aquellos instantes con él, mientras estaba bajo el influjo de esa felicidad inesperada, ni siquiera me detuve un segundo a mirar al cielo preguntando por qué me estaba haciendo ese regalo precisamente a mí.

Es curioso: solo buscamos respuestas cuando las cosas van mal, cuando van bien parece que nos lo merecemos todo, pero no es así.

Una vez más me miro, me observo buscándome a mí misma, pero ya no me veo. Hago lo único que está a mi alcance: cojo las tijeras del estuche del escritorio, me pongo delante del lavabo y empiezo a cortarme el pelo. Los mechones, todos pegados entre sí por los chicles, empiezan a caer. Pero me siento insatisfecha, como si no sirviese de nada, como si no bastara. Corto más y más y, al final, me doy cuenta de que me he cortado al menos diez centímetros. Me hace sentir bien, pero me obligo a pararme ahí porque Inés se daría cuenta.

Me asalta una extraña sensación de necesidad, unida al pánico. Tengo que hacer algo cuanto antes, debo volver a sentirme tan bien como cuando caían los mechones. Miro la imagen que me devuelve el espejo que hay sobre el lavabo.

“¡Das asco!”.

“¡Das pena!”.

“¡No eres más que una puta asquerosa!”.

Me retumban en la cabeza las frases de mis compañeros. Siento repugnancia, rabia y dolor. Al verme, me vienen náuseas, pero tengo el estómago vacío desde ayer y no me queda nada que vomitar. Me desnudo y me meto bajo la ducha, pero aún no me basta. Regulo el calor al máximo, siento que me arde la piel, pero al fin estoy mejor.

Cuando salgo, envuelta en una toalla, lo primero que ven mis ojos son las tijeras encima del lavabo. Las cojo, me siento en la taza del váter y levanto un pie. La cuchilla se me clava en la planta, la empujo y ahonda.

La primera gotita roja cae en las baldosas blancas.

Sale de mí, se escapa.

Ahora está fuera.

Me siento bien.

Una extraña euforia mezclada con alivio se apodera de mí y todo parece quedarse suspendido.

Hace daño, pero es agradable.

El dolor físico me libera, me hace salir de mi mente.

Jueves 31 de marzo

Los días pasan, como un túnel negro siempre igual; solo me queda la música y el deseo de desaparecer. Desde que se dieron cuenta de que van a recogerme y me acompañan, ya no han intentado tocarme, pero las injurias y

los mensajes han aumentado. Me gustaría cambiar de número, pero no se me ocurre qué excusa le puedo poner a mi madre por haber tomado esa decisión. Decirle que he perdido el teléfono no serviría de nada, porque sabe que el número se puede conservar.

Tengo las plantas de los pies destrozados, pero en esos momentos me siento feliz y no puedo evitarlo; cuando lo hago, me parece que soy poderosa, que tengo el control de todo. Antes de meterme en la cama, voy al baño, *The Hunt* de Yael Meyer me retumba en los oídos mientras empiezo a cortarme una y otra vez.

Seguiría así eternamente si no fuera por las vibraciones del móvil que me avisan de un nuevo mensaje en el chat. Se trata de mi amiga Lucy, creía que también ella había optado por desaparecer.

LUCY: Hola, Freya. ¿Cómo estás?

FREYA: Creía que ya no me ibas a hablar más.

LUCY: No puedo hacerlo siempre. Solo quería saber si mañana vas a ir a la escuela.

Me quedo perpleja por lo que me está preguntando y, de repente, lo entiendo.

FREYA: ¡Mañana es 1 de abril!*^{ndr}

LUCY: Sí. Quédate en casa. Ve el lunes. Si puedes ven un poco antes y que te encuentren ya en clase, así evitarás problemas.

FREYA: ¡Gracias! La verdad es que no lo había pensado. No me atrevo a imaginar lo que podrían hacerme.

LUCY: No es nada, es lo mínimo que podía hacer. Tengo miedo, Freya. Si el otro día hubiera intervenido para detenerlos, te habrían dejado ir porque estaba el coche abajo esperándote, pero me habrían metido la cabeza en el retrete en tu lugar.

Lo que dice me hace sentir escalofríos, pero tiene razón. Si alguien hubiera intentado ayudarme, lo habría pagado en mi lugar. Seguro.

FREYA: Has hecho bien manteniéndote aparte, lo entiendo.

LUCY: Últimamente me ha parecido ver que cojeas, ¿te han pegado?

FREYA: No...

LUCY: ¿Qué ha pasado? Dímelo, soy tu amiga.

Insiste Lucy. No sé qué hacer, pero me siento muy sola.

“Puedes fiarte de ella, te ha contado lo de la broma antes de que pudieran ponerla en práctica”.

“Es verdad, has sido sincera conmigo, pero no puedo reconocer lo que hago...”.

FREYA: Me he hecho un esguince en casa, he tropezado con mis propios pies mientras iba andando pensativa.

LUCY: Lo siento, espero que mejores pronto. Nos vemos el lunes.

Es la hora de dormir. El momento que más odio. Cuando estoy aquí sola, en el silencio de la noche, todo parece gritar más fuerte, mi mente retumba con pensamientos angustiantes, insultos, soledad, rabia, dolor. Por la noche, a menudo, pensaba en Chase, disfrutando con mi feliz fantasía. Ahora todo me resulta putrefacto y venenoso, incluso pensar en él me recuerda el asco que doy.

Y después... Lo peor. Cuando el olvido está llegando, cuando estoy a punto de cerrar los ojos y dejar la realidad durante algunas horas de paz, aparece el pensamiento reconfortante: “Al fin ha acabado el día”. Pero lo que sigue, lo estropea todo: “Mañana volvemos a empezar”. Y así, todas las noches me duermo con el deseo de que no vuelva a amanecer.

Pero con respecto al día siguiente me siento aliviada. Sé que no voy a ir a

la escuela y, al menos por un día, aunque tenga que rendir cuentas conmigo misma cuando me despierte, estaré mejor sin afrontar a la manada.

A la mañana siguiente, poco después de haber desayunado, recibo un mensaje poco reconfortante.

LUCY: Has hecho bien en no venir. Si lo necesitas, escíbeme.

No dice nada más. No me atrevo a imaginar lo que me tendrían reservado. Ni siquiera quiero saberlo.

FREYA: Gracias, nos vemos el lunes.

Me limito a responder para no parecer descortés con ella. La verdad es que ya me avergüenzo tanto de mí misma que ni siquiera podría hablar con ella.

Lunes 4 de abril

—Debo entrar media hora antes, el profesor tiene que corregir varios trabajos para evaluar lo que he mejorado durante el año. Ha pedido que estén en los caballetes antes de que llegue a clase —le miento a Inés para darle una razón creíble.

Cuando llego a la escuela, parece desierta y suspiro aliviada. Al entrar, saludo a la conserje que me mira despistada y me apresuro a llegar a la clase. Saco todas mis cosas y empiezo a repasar para el control que tendrá lugar a media mañana.

—¡Bienvenida de nuevo! —Grita una voz masculina.

El corazón me salta en el pecho. No me da tiempo a alzar la mirada cuando

un globo lleno de agua me da de lleno, explotándome encima.

—No es solo agua —añade una chica que entra la segunda y me pega a su vez.

—Lo mismo así estás menos sucia de lo habitual —dice Tania antes de golpearme.

Rápidamente me bombardean todos, parece que se han puesto de acuerdo y no logro reaccionar ni decir nada. No hago más que apretar los pies contra el suelo para que el dolor que me producen las heridas de los pies me haga estar mejor.

—¿Por qué has vuelto? Esperábamos que ya no vinieras más —me apostrofa Sabrina.

—No queremos respirar el mismo aire que tú —grita otra, ya ni siquiera las distingo.

Quisiera irme, escapar, pero me empujan para obligarme a volver a mi sitio.

—¿Qué está pasando aquí? —Resuena la voz de la profesora de matemáticas.

—Ha sido Freya —se adelanta Tania—. Como el 1 de abril no estaba, ha pensado en entrar antes y recibirnos con este caos. Para su desgracia, no nos ha dado.

Me pregunto cómo puede mentir de forma tan descarada, ya que solo me han mojado a mí. Cuando vuelvo la mirada hacia ellos buscando a alguien que quiera decir la verdad, me doy cuenta de que han sido tan listos que se han mojado aposta los pantalones y algunos incluso las chaquetas. Han pensado en todo para resultar creíbles.

—Solamente nos hemos defendido, no se enfade con nosotros —dice Sabrina, llevándose las manos al pecho juntándolas como si estuviera rezando.

—Freya, no me esperaba semejante comportamiento de ti, dame de inmediato el cuaderno —me fulmina la profesora.

—Pero yo... No es verdad —intento hablar retorciéndome las manos.

—Eres una asquerosa embustera, ¿quieres que nos castiguen a todos? —Se suma otra chica.

—Freya, dame el cuaderno —insiste la profesora—. No me importa que seas mayor de edad, me lo vas a traer firmado por alguno de tus padres —añade mientras se lo doy.

—Están fuera por trabajo, no sé cuándo volverán —digo clavándome las uñas en las palmas de las manos para no ponerme a llorar.

—No te preocupes, esperaré. Además, también quiero hablar con ellos. ¿Qué te está pasando? ¿Por qué te comportas de esa forma tan desconsiderada? —Pregunta.

Durante un momento, solo un instante, me siento tentada a contarle todo.

“Es mejor que piense que he ensuciado la clase a que sepa el asco que doy. ¿Cómo podría contarle la forma en que me llaman mis compañeros? No puedo reconocer el tipo de persona en que me he convertido”.

—De acuerdo, también te niegas a responder. Ya te quitaré yo la rebeldía. Ve y pídele a la conserje un cubo y una bayeta. Vas a limpiar este desastre — me manda fuera de clase.

En cuanto estoy sola, me invade la rabia. A cada paso, golpeo los pies, cada vez más fuerte. Me gustaría andar directamente sobre trozos de cristal. Quiero que este mal interior se vaya, desaparezca, pero no siento suficiente dolor. Tengo frío porque llevo la ropa y el pelo chorreando, pero no me importa. Ni siquiera escucho las risas de mis compañeros mientras limpio el suelo: los cortes me liberan de ellos, de sus voces.

En cuanto acaba la hora, me firmo un justificante y me vuelvo a casa. Falsificaré la firma de mi madre y le pediré a Inés que llame a la profesora, haciéndose pasar por ella. Le mentiré, le diré que los compañeros me han gastado una broma y quiero que la cosa se quede ahí.

Logro llegar a mi habitación sin que nadie se dé cuenta, porque Inés ha salido a hacer la compra. Esperaba tener un poco de paz, pero no tardan en llegarme mensajes anónimos. En un momento de locura, se me ocurre echarle un vistazo a ThisCrush y ver mi perfil: es una página tonta para superar la vergüenza ante un flechazo, declararse y mantenerse anónimo. Es inútil decir que el anonimato, unido al hecho de que para dejar mensajes ni siquiera es necesario registrarse, permite a los usuarios más retorcidos otro tipo de acercamiento. Por supuesto, mis compañeros me han dejado mensajes obscenos. Me estremezco con escalofríos de asco de mí misma: me he convertido en el objeto de burla y desprecio de todos los que me rodean.

Estabas bien con la pinta de sirvienta guarra.

Eres demasiado sucia para hacer de limpiadora.

No te bastará con darte una ducha para sentirte limpia, eres demasiado asquerosa.

Qué bien que te hayas ido, no vuelvas a apestar el aire que respiramos.

Miro a mi alrededor.

Me odio.

Lo odio todo.

Elimino mi perfil de esa página que ya solo sirve para recibir insultos.

Cojo el teléfono y empiezo a borrar todas las fotos de Chase.

Como si eso bastara, como si fuera suficiente para borrarlo de mi cabeza.

Durante años, ha sido la estrofa más significativa de cada canción que he escuchado, el tono azul más bello que he visto cada vez que miraba al cielo, el rayo de sol más cálido que me ha rozado la cara.

Tiro el móvil.

“¡Basta! ¡Tienes que desaparecer! ¡Es solo culpa tuya!”.

Me explotan delante de los ojos miles de flashes de colores, me parece que estoy enloqueciendo.

“¿Estoy loca? ¿Me lo he imaginado todo? ¿No ha sucedido nunca?”.

Las manos entre el pelo, las uñas hurgándome la piel en el vano intento de sacar el enjambre de abejas enloquecidas que son mis pensamientos.

No me basta.

Me quito a patadas los zapatos y los calcetines, me dejo caer al suelo abrazándome, nadie más lo haría. Lloro y lloro, pero no me sirve de nada.

Cojo las tijeras y corto, la punta ahonda cada vez más en el talón. Me duele mucho, mucho. Los pensamientos salen, se escapan líquidos, calientes y contaminados. Todo se vuelve más limpio.

Saco la punta y vuelvo a ahondar.

Los ojos dejan correr lágrimas que me queman las mejillas, los cierro para no ver nada, para no sentir nada que no sea yo misma. Casi me parece notar el olor a óxido que tiene la sangre, como si inundara la habitación y la llenara. Es el olor de la podredumbre que ha salido.

Me levanto de golpe para abrir la ventana de par en par y el dolor me atraviesa con fuerza cuando el peso de mi cuerpo cae sobre los pies perforados. Grito y me maldigo al darme cuenta del desastre que he montado en el suelo. Nadie puede verlo, nadie tiene que saber nada. Apenas puedo andar por culpa del dolor, pero intento llegar al baño para coger algo con que limpiar lo que he liado.

“Tengo que hacerlo en la ducha, no puedo ir manchándolo todo”.

Este dolor es muy auténtico, concreto, real. Es puro.

Ahondo más y más, y me parece verme fuera del cuerpo, con una claridad límpida. La podredumbre soy yo y estoy saliendo de ella.

Este dolor es una droga, un abismo que absorbe todas mis emociones más intensas e insoportables. Y yo abuso de ellas hasta lo más extremo, mientras tengo fuerzas para ahondar.

ndr*: El 1 de abril, en Italia, es un día en que se hacen bromas. Para los ingleses: April Fools'.



CAPÍTULO 12

Lunes 11 de abril

He estado en casa una semana; a Inés, le he dicho otra vez que tenía gripe. Me he pasado un poco con la mano en los cortes y no podía ni estar de pie. No habría sabido qué hacer para ocultarlo.

Las risas y los murmullos me reciben como siempre al pasar, pero los ignoro.

—Esperábamos que te hubieras muerto al fin, ¿por qué has vuelto? —Es la bienvenida que Tania me tiene reservada.

Hacia las nueve y media me vibra el móvil en el bolsillo y lo saco: es un mensaje de mi misteriosa amiga y me quedo gratamente sorprendida, ya que, por lo general, no me escribe nunca en horario de escuela.

LUCY: Te aconsejo que mires, es por ti.

El mensaje lleva también un enlace. Lo abro para ver de qué se trata y me quedo sin respiración: es una página de Facebook sobre mí, ya tiene más de quinientos Me gusta y se ha creado esta mañana. Hay fotos mías con escritos y los leo aterrorizada.

A veces creo que realmente doy asco y me merezco todo esto.

Siento náuseas de mí misma y no puedo mirarme al espejo.

Me doy tanta vergüenza que no tendría valor para hablarlo con nadie.

Si hasta mis padres me odian, tiene que haber algún motivo, puede que de verdad sea una persona repugnante.

Miro las otras imágenes y me doy cuenta de que todas son capturas de pantalla de mis mensajes privados con mi misteriosa amiga. Me parece que se ha abierto un abismo bajo mis pies y me estoy derrumbando. No era mi amiga, solo estaba fingiendo para que me sincerara con ella.

Los comentarios son incluso peores que mis secretos extendidos por internet.

ALESSIA: Si te has dado cuenta de que das asco, ¿por qué no desapareces?

Pregunta alguien que ni siquiera me conoce.

GIULIO: Al no venir en una semana, pensaba que se habría suicidado.

Dice otro.

SARA: Es tan tonta que ni siquiera es capaz de hacerlo...

Es la respuesta de una chica de mi clase.

Me paso el resto de las horas de clase leyendo todas esas guarrerías que no acaban nunca; los Me gusta aumentan, mis fotos modificadas con Photoshop para hacerlas parecer obscenas se han compartido cientos de veces. Han subido imágenes explícitas y les han puesto mi cabeza.

En cuanto suena el timbre, huyo para ir a esconderme. No tengo valor para meterme en el baño por miedo a que me encuentren y me encierro en el cuarto de la limpieza, pero allí dentro ya hay alguien: Samuel. Desde que el mundo se me viniera encima, no he tenido ningún contacto con él.

Me mira de modo extraño.

—¿También tú tienes ganas de insultarme? —casi le agredo, estoy descontrolada.

—No. Aunque siempre me he preguntado cómo habría sido —responde

con las manos en los bolsillos.

—¿A qué te refieres? —le pregunto lanzándole una mirada de hielo.

—Siempre has sido una de las más admiradas, me hubiera gustado ser como tú, pero ahora estás peor que yo. Me pregunto cómo será caer del cielo al infierno, que te consideren una apestada igual que a mí —admite con sinceridad levantando una ceja.

La idea es retorcida, pero al menos es sincera y lo puedo entender.

—Me da asco ser yo; ya era repugnante antes, aunque no me insultara nadie —respondo cogiendo la goma y soltándome con rabia la cola. El dolor de los pelos que se arrancan me consuela.

Ahondo las uñas en la piel dejándome caer al suelo. Samuel se me queda mirando de modo extraño, por eso oculto las manos de inmediato, temiendo que pueda comprender lo que me hago cuando nadie me ve. Su mirada hace que me sienta contaminada.

—No lo entiendo —grito presa del pánico que siento en mi interior—, no sé qué he hecho, ¿por qué me merezco todo este odio? ¿Por qué me están haciendo esto? ¡Nada es verdad! —Soy un río desbordado, todo el dolor que he acumulado parece explotar.

—Como si eso fuera importante... —Se alza de hombros.

Después me enseña una página de Facebook similar, pero dedicada a él.

—¿No lo entiendes? Enfadarse contigo es todavía mejor, sobre todo para las chicas. Todas las que fingían ser tus amigas, que imitaban tu forma de vestir, de peinarte, que habrían querido ser como tú... Nuestros compañeros siempre han pensado que eres guapísima, pero nunca te han conseguido y toda esta admiración es fácil que se convierta en odio por lo que no puedes ser o no puedes tener. Las cosas que ha dicho Tania de ti son creíbles porque vienen de la boca de la que fue tu mejor amiga. Y, aunque no lo fueran, les gusta creerlas y tener así una excusa para poder humillarte y despreciarte; para hacer que te sientas una mierda, porque siempre has sido mejor que ellos, esa es la razón —aclara Samuel con una sinceridad que me desarma.

Lo miro y leo en sus ojos la pena: él no me odia ni se está divirtiendo, solo me está diciendo lo que piensa. El cuarto me parece demasiado pequeño, el mundo también.

—Necesito alejarme de este sitio —digo.

Me pongo de pie tambaleándome y echo un vistazo fuera de la puerta: parece que al fin se han ido todos. Sin mirar atrás, escapo hasta la salida y me meto en el coche que me espera. No sé qué hacer, quiero que esa página

maldita desaparezca, que ya no estén mis fotos ni los comentarios. He probado a decirlo a Facebook, pero todavía no me ha contestado nadie.

De repente, decido hacer una cosa extrema: quiero llamar a mi padre para ver si con su influencia en el mundo de las telecomunicaciones puede ayudarme.

El teléfono suena y salta el contestador automático.

—Papá, te lo ruego, llámame en cuanto estés libre. Tengo que decirte una cosa muy importante —dejo un mensaje y abro WhatsApp para escribirle también por ahí.

FREYA: Papá, te he dejado un mensaje en el contestador automático. En cuanto lo escuches, llámame, ¡es importante!

Lo reviso y, pocos minutos después, veo las dos rayas azules junto al mensaje, pero no recibo ninguna respuesta.

Llego a casa, entro y me voy volando a mi habitación. Me dejo caer en la cama porque ya no puedo estar de pie; intento que mi respiración sea regular y me digo que dentro de poco mi padre me llamará y lo vamos a resolver, que todo eso desaparecerá.

Se hacen las dos de la tarde, pero todavía no hay ni rastro de mi padre. Los comentarios sobre mí continúan implacables. Cada vez estoy peor, tengo la sensación de que el agujero negro que este mes se ha abierto dentro de mí me está envolviendo, ya no puedo respirar. Ya no existo.

Vuelvo a coger el teléfono y llamo de nuevo a mi padre; esta vez ni siquiera hace la llamada, salta directamente el contestador automático.

—Papá, te lo ruego, llámame. Me siento muy sola, por favor, necesito tu ayuda. Sabes que nunca te molesto, ¡pero te necesito de veras! —Digo histérica.

Espero que lo escuche, que me llame y me diga que está ahí, que me quiere.

Son las tres cuando el móvil vibra con un nuevo mensaje. Lo miro de prisa, espero que sea él que al fin se ha decidido a ayudarme, pero el remitente es otro. Se trata de Lucy y siento que me estoy quedando helada.

LUCY: No te puedes perder el vídeo.

Voy rápidamente a la página y veo que hay un nuevo post...

El corazón me explota en la boca.

Me da terror activarlo, un miedo espantoso a descubrir qué más han subido de mí. Gotas de sudor helado me resbalan por la espalda, me parece que el tiempo se ha parado.

“¿Miro o no miro?”.

Siempre es mejor saber; por muy terrible que sea, tengo que verlo.

Me decido a poner el vídeo y lo reconozco al instante. Lo grabamos en mi habitación Tania y yo; no es nada malo, solo estábamos haciendo el tonto como muchas chicas. Una tarde estuvo aquí y nos divertimos juntas probándonos ropa y diciendo tonterías, haciéndonos las importantes y nos grabamos la una a la otra. Estoy a punto de suspirar aliviada, me digo que entre todas las humillaciones que he sufrido la menor de mis preocupaciones es que sepan que hacía el tonto con la ropa, pero lo han doblado. Se han cortado todas las escenas y después se han juntado de nuevo usando solo fragmentos donde parece que estoy provocando a propósito. Lo más asqueroso son las palabras.

—Me llamo Freya y acabo de cumplir dieciocho años, ahora quiero ser libre para hacer lo que más me gusta y acostarme con quien sea —empieza mi presentación.

El resto es cada vez más degradante, entra en detalles de actos sexuales cuya existencia ni siquiera conocía y promete a todos un placer infinito, acompañado por mi número de teléfono escrito encima. Es inútil decir que mi teléfono empieza a vibrar como enloquecido. En un instante, WhatsApp muestra más de un centenar de notificaciones.

Vuelvo a ver el vídeo una y otra vez, pasmada y vacía.

Solo quiero desaparecer, ya no quiero vivir ni ser esa persona asquerosa. La idea de verme reflejada en un espejo me produce ganas de vomitar, ya no sé quién soy y, sobre todo, tengo la certeza de que no existe nadie en el mundo a quien le importe.

“¿Es esa la solución? ¿Dejar de existir? ¿Dejar de sufrir?”.

Enciendo el equipo y pongo el sonido de la música a tope, tratando de perderme en las notas, de hundirme y dejarme transportar por *Cold* de The Veronicas. Pero no funciona, sus voces siguen persiguiéndome. Sacudo la cabeza, tratando de ahuyentar los pensamientos que me han venido a la mente, pero ya se han apoderado de mí. Este vídeo es peor que cualquier otra cosa. Ya ni siquiera me siento sola aquí dentro, me parece sentir las miradas de todos, es como tenerlos en mi habitación.

“¿Cómo puedo volver a la escuela? ¿Cómo puedo siquiera pensar en salir

de casa, en vivir?”.

Siento que me ahogo. Veo sus sonrisitas, sus ojos mirándome. Siento que observan con burlas los jerseys de talla extra grande que me pongo para taparme lo máximo posible, para no arriesgarme a llevar algo ajustado, algo *de puta*, como suelen llamarme ellos. Veo sus manos que me roban las cosas de la mochila y las tiran por el suelo, percibo los susurros al pasar, los insultos. Me parece que puedo contar cada milímetro de los veinte metros de patio que separan la cancela de la entrada del instituto privado, que sufro de forma repetida cada humillación por cada uno de los ochenta y seis escalones que separan la entrada de la planta donde está mi clase. Siento el miedo al esquivar las zancadillas, los escupitajos y la basura que me echan encima. Me llevo las manos a los oídos para no escuchar los motes, me rodeo el cuerpo con los brazos para protegerme de las cosas que me tiran, pero no sirve de nada porque no están en mi habitación, están en mi cabeza.

Los momentos me parecen infinitos, el tiempo inmóvil, como si ya no tuviera importancia y trato de contener las lágrimas, de no verterlas; ahora no, esta última vez no, ahora que he decidido ser libre al fin. Ya no siento ninguna emoción, solo sé lo que tengo que hacer.

Abro la puerta de par en par y corro hacia el dormitorio de mi madre. La ventaja de vivir en la misma casa que una mujer que se vuelve loca en cuanto sale una foto suya que no le gusta es que tiene el armario del baño lleno de pastillas. Tranquilizantes de todo tipo, somníferos. Cojo una caja del más potente que hay, el que se toma cuando se pone más histérica de lo habitual. Me siento en la cama, saco las pastillas de la caja y vuelvo a ver el vídeo, preguntándome si soy realmente la que creía ser.

Ya no lo sé, pero me odio por la persona en la que me he convertido.

Quiero morirme.

Cojo la botella de whisky de la mesita y lleno el vaso hasta arriba. Si me tengo que ir, lo mismo da que lo haga borracha como una cuba. Al menos probaré esa sensación una vez en la vida. Me tomo un primer trago, siento que me quema la garganta y ya me parece que me siento flotar. Dentro de poco escaparé de todo esto.

Me llevo a la boca todas las pastillas de la caja, pero...

El teléfono vibra, una notificación de WhatsApp me avisa de que tengo un nuevo mensaje. No conozco el número, pero no le presto atención. Ya todos los mensajes que recibo son de desconocidos.

“Ignóralo, qué más te da. Dentro de poco, todo eso ya no tendrá

importancia, no habrá nadie a quien insultar”, es mi primera reacción.

Vuelvo mi atención a las pastillas y cojo el teléfono.

“Ha llegado cuando estaba a punto de hacerlo, quiero que sea lo último que leo antes de marcharme”.

Lo abro. Todavía estoy viva, pero mi corazón se para. El montón de pastillas no me habría hecho tanto efecto.

Hola, Freya. Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche. A menudo, he dudado entre escribirte o no, sobre todo por lo que me dijiste de ti, por lo que pasó y el modo en que me comporté. He pensado que no valía la pena, que no te dignarías a contestarme, pero ha pasado más de un mes y todavía pienso en ti. No sé si has visto mi vídeo sobre el amor... Estaba hablando de ti.

Es él.

Lo primero que hago es ver el número, porque pienso que es una broma absurda de Tania. Pero el número lleva el prefijo internacional del Reino Unido y, efectivamente, se trata de una compañía telefónica inglesa; reconozco el operador porque también lo usa mi madre.

No puedo creerlo.

Todavía tengo en la mano las pastillas, pero, de repente, todo me parece absurdo, ridículo. Corro al baño, las echo al váter y tiro de la cadena, luego me lavo la cara.

Vuelvo a la habitación y cojo de nuevo el teléfono. Me digo que no es posible después de todo este tiempo, por eso lo releo unas diez veces.

“¿El vídeo era para mí? ¿De verdad tenía razón?”.

Me parece volver a sentir una vez más el doble hilo que siempre he creído que me ligaba a él, esa sensación inefable, la impresión de que es el único que me puede entender de verdad.

Es una locura, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de hacer, pero su mensaje lo ha cambiado todo. Es increíble que me haya escrito justo cuando me iba a quitar la vida: él me ha salvado y ni siquiera lo sabe. Si no lo hubiera hecho, a esta hora tendría en el cuerpo una caja entera de somníferos y ya me estaría marchando a un lugar del que ya no se vuelve.

Parece que toda mi vida me está pasando delante de los ojos: vuelvo a ver

mi soledad, mi desesperada necesidad de amor y mi empeño por negármelo a la fuerza por miedo a los demás. Me doy cuenta de que si no hubiera ocurrido, tal vez habría muerto sin saber siquiera lo que significa amar.

“¡Sí, pero si no hubiese ocurrido nada, no estarías en esta situación de mierda!”.

Puede que mi mente tenga razón, pero la culpa es de Tania, no mía ni de Chase. He sabido del peor de los modos el tipo de persona que era mi amiga; me ha arruinado la existencia, pero es mucho mejor eso que seguir siendo amiga de una persona que, en realidad, me odiaba hasta el punto de llegar a hacerme algo así. Me doy cuenta de que había renunciado desde el principio, decidida ya a salir derrotada del enfrentamiento con ella, dispuesta a lamerme las heridas y cerrar mi corazón.

Releo el mensaje una decena de veces, me grabo las palabras en la mente: él está pensando en mí, es todo cierto. Su vídeo sobre el amor era para mí.

Estoy a punto de responderle, pero me detengo.

Gracias a sus palabras, me doy cuenta de que soy una persona válida y que quien se ha portado fatal ha sido él, no yo. Puede que el vídeo fuera para mí, pero él sigue con Grace y no se ha dado mucha prisa en desmentir públicamente el comentario de ella. Después de la forma en que me ha tratado, no tiene sentido que me precipite a responderle. No se merece que lo deje salirse con la suya, al menos no tan pronto.

Que vea los tics en azul y se dé cuenta de que lo he leído, así está bien.

Hace un momento, estaba pensando en el suicidio y ahora mis perspectivas han cambiado por completo: veo abrirse ante mí posibilidades que nunca había tenido en cuenta, cosas reales. He tenido suerte porque en el instante en que estaba a punto de caer, he encontrado una excusa que lo ha evitado, pero para muchas personas no es así. La vida es algo precioso y yo la estaba desperdiciando sin haber vivido nunca de verdad.

Vuelvo a mirar el teléfono.

“¡Guardó mi número de veras!”.

Vuelvo a pensar en todas las veces que he tenido la tentación de cambiarlo para liberarme de los desagradables mensajes que recibía y en mi decisión de no hacerlo, y no puedo evitar preguntarme si no habrá sido el destino. La misma lucidez que se había apoderado antes de mi mente parece seguir adueñándose de mí y ahora veo un tipo de decisión totalmente distinto.

Busco rápidamente en mi lista de contactos un número, el único que puedo marcar, el de la única persona que quiero tener a mi lado en todo esto.



CAPÍTULO 13

Lunes 11 de abril

Estoy esperando a Samuel. Me siento en la cama y hago largas respiraciones, tratando de poner orden en el flujo de ideas que me bombardea. Me pregunto si apoyará mi ocurrencia, si se pondrá de mi parte. Me ha sorprendido que haya respondido a la primera llamada y que haya aceptado enseguida la invitación cuando le he dicho que quería hablarle en persona.

Oigo que suena el timbre y, poco después, a Inés que llama a la puerta.

—Su amigo Samuel —lo anuncia apareciendo por la puerta.

—¡Vaya! —Exclama él en cuanto estamos solos, dejando caer la chaqueta en una butaca.

Nunca he estado de acuerdo con el acoso de Samuel, pero tampoco he hecho nada en concreto por ayudarlo, igual que nadie ha movido un dedo por mí ante la violencia que he sufrido. Ahora todo ha cambiado y quiero sacarlo de la pesadilla.

—Seré sincera —comienzo—. No te voy a engañar diciendo que siempre he querido ser tu amiga o que esta relación habría existido si no se hubieran dado determinadas condiciones. Es verdad que nunca me he burlado de ti ni he participado en tu acoso, pero sé muy bien que nunca he pensado que hubiera razones para que llegáramos a ser los mejores amigos. De entrada, porque no me gusta abrirme con la gente. Lo hice con Tania y mira cómo ha acabado —sigo explicando mientras camino de un lado a otro de la habitación, tratando de rebajar la tensión.

—Tania siempre te ha usado por tu popularidad, creo que eres la única que no se había dado cuenta —replica implacable.

Me gusta su forma de responder: aunque podría parecer retorcido, es directo y no finge.

—Creo que todo esto tiene que acabar, estoy harta —explico parándome de golpe en medio de la estancia.

—¿Y qué se te ocurre? ¿Quieres que le demos una paliza? ¿Qué la inundemos de comentarios de mierda? —me pregunta, cruzándose de brazos.

—No serviría de nada, Samuel. Podríamos empeorar la situación. Lo que quiero es darle una lección para que dejen de burlarse de la gente. Hasta hoy me he sentido como una mierda, como si todo lo que decían de mí se convirtiera poco a poco en algo real, como si de verdad diera asco. Pero son ellos los perversos y no solo por lo que me han hecho a mí, sino también por ti y por los que puedan venir. Seguramente te equivocaste con Marco, pero no te mereces todo esto ni yo tampoco —opto por ser tan sincera como él lo ha sido conmigo.

—Gracias por tu superficial análisis de la situación —responde con tono sarcástico, alzando una ceja.

—Samuel, ¿no quieres dar tu brazo a torcer? ¿Por qué haces el gilipollas también conmigo? —Pregunto levantando los brazos.

—Sí, tienes razón. Soy un asqueroso, hace años que acoso al pobre Marco y lo amenazo para que esté conmigo —responde abriendo los brazos como si estuviera actuando.

—En lugar de hacer tantos aspavientos, dime lo que piensas realmente —le propongo, cansada de esa forma de actuar que no entiendo.

—¿Recuerdas que has dicho que nada de lo que contaban de ti era cierto? Y yo te he dicho que no tenía importancia. Bueno, piénsalo. Poniéndose de jarras.

—Samuel, yo solo quiero salir de todo esto y ayudarte a que tú también lo hagas —le rebato, tratando de calmarlo e intentando mantener un tono amistoso, a pesar de lo mucho que me está fastidiando.

—Para ti resulta fácil... Eres guapa, pero, sobre todo, eres *normal* —empieza diciendo mientras mueve los dedos para poner entre comillas la última palabra—. Ahora te están humillando, pero dentro de dos meses más o menos nos vamos a graduar. Ahí acabará todo y podrás recuperar las riendas de tu vida. Podrás partir de cero y todos te adorarán. Yo, sin embargo, aunque esté en la universidad, seguiré siendo siempre un *maricón de mierda*. Si soy yo mismo, si me permito decirle a alguien quién soy de verdad, me señalarán y me humillarán —replica y su voz se endurece.

—Eso no va a pasar si tú no quieres. Solo tienes que ser fuerte para cambiar las cosas, para no dejar que te pisoteen —insisto, poniéndole una

mano en el brazo.

—¿Fuerte para cambiar las cosas? —Pregunta con voz sarcástica, apartándose de pronto.

—Claro. Nosotros no somos lo que dicen. Hemos de ser valientes para hablar de ello, para decir lo que te hacen. No debes avergonzarte, son ellos los que tienen que hacerlo, son ellos los que dan asco —digo convencida.

Samuel me mira dudoso, en silencio, así que me decido a contarle todo para demostrarme a mí misma que no me avergüenzo de mi persona, que realmente estoy tratando de salir de la situación.

—Antes has mencionado las cosas que nos hemos dicho. Bueno, yo también tengo que confesarte algo. ¿Recuerdas que antes me he clavado las uñas en la cabeza? Las he quitado enseguida porque temía que entendieras lo que me hago. He llegado incluso a autolesionarme por su culpa. Me hago polvo la piel rascándome, me corto las plantas de los pies porque no lo ve nadie: el dolor físico es mejor que el dolor del alma. No te lo estoy diciendo para darte pena, nunca he querido que nadie lo supiese. Te lo estoy contando para abrirme, para demostrarte que me fío de ti y que ya no me avergüenzo de mí misma —me animo mientras me desahogo y lo miro a los ojos—. Debemos rebelarnos y superarlo todo —concluyo con lo que tengo que decir.

—Pensaba que querías un amigo porque te sentías sola y habría estado dispuesto a serlo. Yo también estoy solo y Dios sabe lo que he deseado una amiga todos estos años, pero tú estás fuera de mi alcance. No hay esperanza —replica con sequedad, acabando con mi entusiasmo, luego coge la chaqueta y se la pone.

—Samuel, espera —Trato de detenerlo sujetándolo por el brazo.

—Si recobras la razón, házmelo saber. De lo contrario, no me hagas perder el tiempo —se aparta de mí para marcharse.

Me quedo triste, pero no me doy por vencida. Creo que con un poco de empeño conseguiré animarlo.

El resto del día transcurre con un torbellino de pensamientos que se me agolpan en la mente y que estoy decidida a poner en práctica. Por primera vez, acepto con placer la comida que me trae Inés a la habitación y escribo todo lo que me viene a la mente para tratar de controlar las ideas. En la cama me siento exultante por lo que pretendo hacer en la escuela, tengo miles de dudas sobre lo que he organizado y me pregunto si va a funcionar de veras.

Cojo el móvil, leo *su* mensaje y encuentro la fuerza para creerlo.

Tengo que creerlo.

Si lo quiero, si pretendo ganar la guerra contra la hipocresía de su mundo, primero tengo que vencer esta batalla.

Martes 12 de abril

Esta mañana no quiero el coche ni que nadie me acompañe. Salgo de casa muy temprano para ir a la escuela. Inspiro al aire primaveral mientras camino por las calles todavía semivacías de Milán. Me doy cuenta de que hace sol, el aire es más cálido y antes he comprobado que en el jardín de la casa las flores están empezando a aparecer. Me doy cuenta de que durante un mes he estado envuelta por una crisálida de dolor y he dejado de ver, de vivir.

Cuando llego a la escuela, me comporto como siempre. Empiezan las risas, las burlas son aún peor de lo habitual. Samuel me mira en el pasillo, levanta las cejas como diciendo:

—Enhorabuena, veo que estás saliendo muy bien de todo esto.

Pero no sabe que solo estoy fingiendo, que muy pronto voy a saldar mis cuentas.

Creía que lo iba a hacer al final de las clases, pero llega la hora de educación física y la oportunidad se presenta antes. Nuestro gimnasio es enorme y damos la clase con el otro grupo. A veces, los profesores nos dejan solos, diciéndonos que corramos para calentar y desaparecen durante media hora; no hace falta decir que nadie hace nada.

Hoy, por primera vez desde que empezó mi tormento, voy a intervenir. Veo a Tania en una esquina junto a otras dos chicas; me miran y se ríen y yo exploto. Estoy harta, realmente exasperada ante tanta asquerosidad.

Me dirijo hacia ellas a toda prisa.

—¡Chicas, poneos la mascarilla antes de que pilléis alguna enfermedad!

—Exclama Tania, dando un paso atrás como si pudiera contagiarla de verdad.

Muestro una sonrisa amarga y me doy cuenta de que ya no me afecta lo que

dice.

—Das pena —recalco, lo digo en un tono tan alto que cesa el murmullo del gimnasio y todos los ojos se vuelven hacia nosotras.

—He estado callada durante todo este tiempo, pero ya me he hartado —me adelanto apuntando el índice contra su pecho—. Me he cansado de vuestras mierdas, de los comentarios, de las fotos, de todo. Lo más triste es que me humilláis por algo que vosotros hacéis todos los días, que habéis hecho durante años, y tú, Tania, eres la peor. Has pasado los cinco años del instituto acostándote con quien fuera, ya he perdido la cuenta... Yo lo he hecho una sola vez, probablemente con alguien con quien todas habríais querido hacerlo. Bueno, lo siento, me eligió a mí —casi grito, quiero que me escuchen todos.

—Te gusta pensar en eso, pero nadie se cree que hayas estado con él — replica Tania con maldad, cruzando los brazos en el pecho y levantando el mentón con aire desafiante.

—¿Sabes una cosa? Tú eres la primera que lo sabe de verdad y realmente das pena. Das pena porque, durante el evento de Chase, solo hiciste comentarios vulgares y hablaste de todas las posturas en que te lo follarías. Pero, sobre todo, porque solo tienes envidia de mí, de lo que soy y a ti te gustaría ser. No tienes ni idea de lo que significa tener unos padres a quienes les importas una mierda, ni sabes lo sola que estoy porque, aunque hayas sido mi mejor amiga durante cinco años. No eres más que una oportunista de mierda y nunca te has preocupado por mí. Solo te interesaba aprovecharte de mis bonitos vestidos, de mis conocidos y de que me admiraran —respondo decidida a no rendirme.

—Todo eso es mentira, eres patética —trata de defenderse, pero su coraza empieza a vacilar; lo intuyo porque tiene los ojos abiertos de par en par.

—No, no es mentira, es cierto y lo sabes bien, pero entiendo que lo niegues, Tania: la verdad duele. Pero la hipocresía da asco y tú eres una hipócrita, ¡igual que todas vosotras! —grito todavía más fuerte, dirigiéndome al resto de las chicas.

Se extiende un murmullo confuso, muchos se dan codazos, escucho a un chico que dice:

—Les ha cantado las cuarenta.

—Son mentiras que dice para ocultar la verdad —grita Tania a su vez, mirando a su alrededor buscando apoyo.

—¿Ah, sí? ¿Son mentiras? ¿Es mentira que eres una oportunista y manejas siempre a los demás? —pregunto sarcástica—. Entonces, veamos...

Decidme... El precioso vídeo que hicisteis ayer ¿lo subió ella u os ha dicho que lo hagáis alguno de vosotros? ¿La página la ha creado ella? ¿Se ha hecho algo desde un móvil o un ordenador suyo? No os apresuréis a responder, ya sé que la respuesta es no. Imagino que no se habrá apresurado a informaros de que mi padre tiene una empresa de telecomunicaciones y que, si yo quisiera, os podría denunciar a todos y localizar quién ha subido esas cosas con extrema facilidad. No me gusta presumir de mi situación ni hablar de mis padres. Es verdad que la mayor parte del tiempo me ignoran, pero esa página también podría perjudicar su imagen —explico con una calma extrema.

El rumor se hace cada vez más fuerte y al final se adelanta un chico del otro grupo que solo conozco de nombre.

—Freya, lo siento, esa mierda la subí yo. Ha sido estúpido, la verdad es que siempre has parecido superior y, en definitiva... Nos apetecía hacerte daño —afirma retorciéndose las manos.

Me doy cuenta de que no está arrepentido de verdad, solo tiene miedo a que lo denuncie, pero me interesa poco. No quiero ser su amiga, solo quiero que dejen de perseguirme y, sobre todo, que entiendan que todo es mentira.

—Ha sido Tania la que me ha obligado, me ha dicho que le contaría a todos que cuando lo hacíamos me corría enseguida —añade patético, viendo que no le respondía.

—Eres un hijo de puta —lo insulta Tania agresiva, dándole un empujón.

No esperaba que se pelearan entre ellos, pero el miedo a lo que podría ocurrir si los denunciara es mucho. Saben bien la gravedad de las cosas que han publicado.

—La gilipollas eres tú que nunca nos has contado los problemas que podíamos tener y siempre nos has obligado a hacer el trabajo sucio. Nos dijiste que a sus padres no les importaba nada y que no habría consecuencias —la ataca otra chica.

Ahora quiero darle la última lección.

—No he hecho todo esto porque quiero que os pongáis en su contra. Solo quiero que dejéis de atacarme e insultarme. Falta poco más de un mes para que acaben las clases: mi único deseo es graduarme y no volver a saber nada de ninguno de vosotros. Si hacéis desaparecer todo lo que hay por ahí de mí y de cualquier otro estudiante, nadie va a sufrir consecuencias. Quiero que acabe esta historia, que dejéis de ensañaros con los demás —recalco, tratando de abarcar toda la estancia con la mirada.

—¿Entonces, ¿no quieres que lo pague? —Pregunta una chica rompiendo

el silencio general e indicando a Tania con la cabeza.

—¿Qué lo pague? No es necesario, todo es demasiado patético. El solo hecho de ridiculizarse para idear una cosa así sobre mí ya es suficiente castigo —respondo con aire de suficiencia. Luego les doy la espalda, salgo del gimnasio y me vuelvo a clase. De todas formas, no vamos a hacer nada el resto de la hora y los profesores ni siquiera se van a dar cuenta de mi ausencia.

El resto de la mañana transcurre normalmente y ya nadie se atreve a decirme nada. Miro el móvil: la página sobre mí ha desaparecido, igual que todo lo demás.

Por primera vez desde hace un mes, mientras vuelvo a casa, tengo hambre de verdad y ganas de hacer cosas. Necesito hacer algunas búsquedas para ejecutar mi plan.

Hacia las 3 de la tarde, Inés llama a la puerta.

—La busca su compañero Samuel —me dice sonriente.

Me quedo estupefacta al ver que ha venido y lo miro perpleja.

—No me esperaba hoy que las cosas fueran así. Puede que tengas razón, quizás se pueda cambiar la situación —dice en cuanto nos quedamos solos.

—Solo depende de ti. Si de verdad quieres vivir una vida que te gusta y no ser el hazmerreír de todos, tienes que empeñarte en lograrlo sin dejar que los demás te pisoteen y luchando para que tus sueños se hagan realidad creyendo en ellos —respondo.

—¿Y cuál sería el resto de tu plan? —Pregunta, sentándose cerca de mí.

—¿Hablas bien inglés? —Le pregunto antes de empezar a explicar lo que tengo en mente.

—Más o menos. La ventaja de no ser popular es que no tienes muchos amigos y te pasas un montón de tiempo estudiando —responde, alzándose de hombros.

—Estupendo... Entonces, ¿estás preparado para cambiar de vida? —Pregunto, guiñándole un ojo.

—Veamos —me anima con la sombra de una sonrisa de complicidad.

—No nos vamos a matricular en la universidad de Milán, lo haremos en la Facultad de Arte de la Universidad de Londres. Nos iremos a vivir allí, estudiaremos e iniciaremos una nueva vida —replico, yendo directa al grano. Es inútil darle vueltas.

Samuel abre los ojos de par en par.

—Estás completamente loca. En primer lugar, no tengo ni idea de cómo hacerlo. En segundo, no tengo dinero. Tendremos que buscar una casa,

trabajo... —empieza a enumerar con los dedos todas las cosas que tenemos en contra.

—Si estás contemplando los posibles problemas, significa que te lo estás pensando —lo interrumpo cogiéndolo de la mano.

—¿Me dices por qué precisamente Londres? La verdad. —pregunta mirándome fijamente a los ojos.

—De acuerdo —consiento, cogiendo el móvil.

Le cuento lo que ha pasado de veras con Chase, mi deseo de suicidarme y la forma en que su mensaje cambió las cosas. Le explico que ya no quiero estar aquí después de lo que ha pasado y que deseo volver a verlo.

—¿No puedes responderle sin más? me señala, mirándome como si fuera tonta.

—Sí, pero no cambiaría nada. Quizás me invitaría a ir allí o vendría él, pero seguiría con su novia... En resumen, yo ya no quiero vivir aquí y tú también necesitas volver a empezar en un nuevo lugar, dejar atrás a toda la gente que has conocido... —explico, con la esperanza de resultar convincente.

—Admitamos que me interesa, ¿cómo lo podría hacer? Mi madre me preguntaría si me he vuelto loco: no tengo dinero y ni siquiera sé por dónde empezar —replica Samuel, alzándose de hombros.

—Yo tengo dinero para los dos, tanto para las tasas universitarias como para la casa —respondo directa, es inútil darle vueltas.

—No creo que pueda aceptarlo ni que mis padres lo consientan —comenta, observándome indeciso.

—Escucha, yo hablaré con ellos, pero dime si a ti te parece bien. Sinceramente, no quiero gastarme todo lo que tengo y me gustaría contar con un margen de seguridad, así que nos buscaremos un trabajillo mientras estemos allí. —Trato de convencerlo para que acepte, al menos intentarlo.

—Imagino que el trabajillo será en algún sitio donde puedas estar con él —me rebate con una mirada maliciosa.

Sin querer me aparece una sonrisa en los labios y después me río abiertamente. El tipo de relación que se está creando con Samuel es bonito, me parece que me entiende de veras, me oye, me escucha. Es distinto a como lo hacía Tania. Solo ahora me doy cuenta de lo enorme que era su egocentrismo.

—¿Cómo andamos con la burocracia? —Pregunta Samuel, pasando a las cosas prácticas.

—Tenemos que pasar el IELTS, un test que sirve para certificar nuestro nivel de inglés. Para hacer la matrícula de la universidad, debemos conseguir

al menos una puntuación de seis de nueve. Ya he comprobado también el resto de los procedimientos que tenemos que realizar, hay que empezar a moverse, pero podemos conseguirlo —explico emocionada.

—Admitiendo que mis padres digan que sí, ¿por qué lo haces por mí? —Pregunta Samuel de forma directa.

Me gusta que no se pierda en rodeos, es una persona clara.

—Porque quiero tener cerca a una persona amiga, alguien con quien contar. Sé que con lo que me acaba de pasar lo más normal sería no fiarse de nadie, pero tú eres diferente. No te pareces a los demás y no creo que tengas las mismas obsesiones que Tania. En definitiva, creo que me puedo fiar. Tengo que hacerlo. No puedo seguir viviendo como antes —respondo sinceramente.

—¿Y en todo esto él no tiene nada que decir? —Pregunta Samuel.

—¿A qué te refieres? —Pregunto, retorciéndome entre los dedos un mechón de pelo.

—Hace tiempo, aunque igual no lo recuerdas, lo estuvimos hablando. Te pregunté cómo era posible que, a pesar de ser tan deseada, no fueras nunca en compañía de ningún chico. Tú me explicaste lo que pensabas del amor y de tus padres, ahora quieres irte a vivir a Londres. Después de todo lo que ha pasado, entiendo bien que te quieras alejar, pero, desde luego, la elección no me parece casual —observa Samuel.

—Tienes razón, lo reconozco. Cuando estuve casi a punto de suicidarme, comprendí que nunca había sentido tantas cosas, a las que me había negado por culpa del ejemplo de mis padres y que me iba a morir sin ni siquiera saber qué significaba querer a alguien —admito sin esconderme.

—Y, precisamente, has decidido correr el riesgo con un modelo, con *Defluencer*, ese que le escupe al mundo en Instagram. ¿No te ha demostrado ya cuál es su modelo de fidelidad? —Me recuerda Samuel.

—Si te quieres arriesgar, hay que hacerlo bien, ¿no? —Replico alzándome de hombros.

—Oh, vamos... —Me exhorta Samuel.

—Está bien... Tuve la sensación de que había algo entre nosotros, me pareció diferente —explico, sintiendo que las mejillas se me cubren de rubor.

—Por si no lo sabes por tu falta de experiencia, te garantizo que eso es lo que piensan todas las chicas enamoradas —me hace ver.

—Lo sé... Escucha, es una tontería, ¿vale? Lo admito. Pero ahora me siento más fuerte y estoy segura de que lo puedo afrontar. Cuando hablamos, él me entendió como nadie lo había hecho antes, no es solo lo que aparenta —

trato de explicar.

—Está bien, lo importante es que seas sincera conmigo y contigo misma. Si es eso lo que quieres, no es mi problema; yo te voy a apoyar —acepta al fin Samuel—. Ahora te quiero contar una cosa —continúa, poniéndose serio de repente—. Es más, perdona por habérmelo callado hasta ahora, pero quería saber quién eras de verdad —me anuncia.

En este momento, aguzo el oído, siento que está a punto de salir a la luz algo muy gordo.

—Te escucho —lo animo a continuar.

—Imagino que Tania te habrá contado con pelos y señales la versión de lo que ha pasado, aunque la verdad es muy distinta. Marco y yo estábamos juntos desde el primer año. Él es gay —revela Samuel.

Me quedo con la boca abierta. Me doy cuenta de que lo estoy mirando con cara de trucha.

—¿No me crees? —Pregunta, mirándome muy decepcionado.

—No, no es eso —muevo la cabeza—. Solo que... Marco es un tío que se acuesta con todas. La verdad es que no lo entiendo —replico desconcertada.

—Tienes razón. Quizás he sido demasiado directo. Hace casi cinco años, fue Marco el que tomó la iniciativa. Se había dado cuenta de que no lo miraba como a un amigo, había comprendido quién era realmente. Estaba asustado e intenté negarlo. Por entonces, yo también pensaba que le gustaba ligar con las chicas y entonces me contó la verdad: me reveló que todo era una pantomima. Así empezó todo. Pero Marco fue muy claro y me dijo que seguiría saliendo con chicas, aunque no hiciera nada con ellas. Estaba enamorado de mí, pero nunca saldría del armario. Lo acepté. Durante años lo vi bien, sabía que no eran más que “pañuelos” de usar y tirar, nuestra tabla de salvación para poder vivir en paz. Pero luego algo cambió. Una amiga de su hermana, hija de unos queridos amigos de la familia, se enamoró de él. La familia insistió mucho en que estuvieran juntos y Marco aceptó. Incluso me dijo que pensaba continuar con nuestra historia, casarse con ella y resolver el problema de las apariencias sin dejar de estar conmigo —se interrumpe para mirarme, quizás para comprender si lo estoy juzgando o si me creo lo que dice.

—Es horrible —comento—. Me refiero a esta última parte —añado para ser más clara.

—Eso mismo pensé yo. Para mí era inaceptable. Acepté la tapadera para defendernos, pero esperaba que, al ser adultos, podríamos vivir nuestra historia a la luz del día. Además, de ese modo, no solo habría arruinado

nuestra vida, sino también la de la pobre muchacha que nunca habría tenido la posibilidad de que alguno la amara de verdad, solo sufriría burlas y traiciones. Se lo dije, me opuse a ello. Marco seguía desvariando, diciendo que sería la solución ideal para nosotros, que yo no lo entendía —continúa contando con la voz apagada por la tristeza.

—¿Y después? ¿Te dejó? —Pregunto curiosa por saber cómo llegaron al momento en que lo puso en contra de toda la escuela.

Samuel mueve la cabeza.

—Fui yo el que lo dejó. Le dije que no tenía la menor intención de estar toda la vida con alguien que debía compartir con otra persona. Le expliqué que me tenía que dejar en paz y no volver a llamarme, que quería una vida auténtica. Llegados a ese punto, me amenazó: dijo que no podía dejarlo, que no me lo iba a permitir, que si lo hacía le diría a todos que era gay y lo estaba acosando. Yo me mantuve firme en mis decisiones, creía que era solo hablar por hablar, pero... Desde que se dio cuenta de que no iba a cambiar de idea, empezó a hacerme la vida un infierno. Creo que fue su modo de asegurarse de que nadie me creyera... Dios mío, a veces me encantaría decir la verdad, tengo miles de mensajes suyos. —Un destello de rabia le brilla en la mirada.

—No lo hagas, no lo necesitas. Él es el que está condenado a una vida de infelicidad, no tú. Es su elección y nosotros no somos malas personas como ellos. Pero, si de verdad quieres que lo pague, hay algo que puedes hacer. No ahora, sino cuando estemos a punto de irnos —sugiero, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Tú me crees de verdad? —Pregunta incrédulo.

—Claro que te creo —observo con una sonrisa.

—Pero ahora tengo la curiosidad de saber cuál es tu idea —me comenta.

—Le mandarás un mensaje diciéndole que lo perdonas: eso le dolerá más que nada de lo que te ha hecho y tú te sentirás libre. No te llesves el rencor, vamos a volver a empezar en serio —explico, esperando que me entienda.

Samuel me mira desconcertado, por un breve instante creo que me va a mandar al diablo y después sonrío.

—Tienes razón —aprueba asintiendo.

Estoy contenta porque ahora tengo ante mí un proyecto en lugar de un agujero negro, porque estoy ayudando a una persona que lo necesita de verdad, porque quizás en mi vida voy a conocer el significado de la palabra *amistad*. Puede que solo sea el sueño estúpido de una chica de dieciocho años o tal vez no. Dentro de unos meses lo descubriré.



CAPÍTULO 14

Viernes 20 de mayo

—Corre y mira, ¡quiero saber! —Exclama ansioso Samuel. Hoy salen los resultados de la prueba IELTS y teme no haberla superado.

Cuando llego a las notas, Samuel cierra los ojos: yo he aprobado con una puntuación de nueve de nueve, pero es bastante normal, ya que soy prácticamente bilingüe, mientras que él ha sacado siete de nueve.

—¡No está mal! —Exclamo, chocándole los cinco dedos.

—¿Y ahora qué? —Pregunta.

—Ahora tenemos que intentar que nos admitan en la Facultad de Arte de la universidad a través del UCAS, pero tenemos tiempo. Nos hace falta la nota de selectividad, el diploma y unas cuantas cosas que ya podemos ir preparando —le explico.

Samuel me mira confundido.

—Necesitamos el personal statement, una especie de Currículum Vitae, tenemos que presentarnos y explicar los motivos por los que queremos acceder al programa de estudios, hablar de nuestras capacidades, proyectos, experiencias, etc. También nos hace falta la Reference Letter. Necesitamos elegir a un profesor que nos la escriba, quizás explicándole que use las directrices del UCAS*^{ndr}: debe especificar las actividades que hemos realizado en horario lectivo y fuera de este, certificar nuestro rendimiento. En definitiva, hablar bien de nosotros —explico, firmando en una hoja todos los puntos.

—Eso parece muy fácil, siempre hemos tenido muy buenas notas —observa Samuel.

—Ya, ahora podríamos ir a hablar con tu madre, ¿Estará en casa? —Pregunto mientras lo miro.

—Sí... Uff, ahora que estamos a punto de hacerlo no creo que sea una buena idea, va a decir que estoy loco —se preocupa Samuel.

Me acerco y lo pongo delante del espejo.

—Mírate, no pareces tú. Vuelves a vestir bien, sonríes, ya no tienes ese aire triste, has vuelto a ser el chico guapo de siempre. Seguro que ha notado el cambio y le diremos que el motivo ha sido este proyecto —lo animo, abrazándolo.

También a mí me parece que el tiempo ha pasado volando. Ya estamos a finales de mayo, el examen de selectividad es importante, pero Samuel y yo estamos relajados, no tenemos suspensos atrasados y siempre hemos estudiado. En estas semanas, ha estado viniendo todos los días a mi casa y hemos empezado a preparar juntos la lengua, hablando en inglés en vez de italiano. Él ha vuelto a comer bien y a ir al gimnasio. Se está transformando en el chico guapo que estaba escondido por culpa de la maldad de nuestros compañeros. También en la escuela han cambiado las cosas: han dejado de acosarnos. La lección que les di en el gimnasio sirvió para aplacar los ánimos. Tania ya no ha vuelto a dar señales de vida, en la escuela finge no verme. Muchos la marginan esperando ganarse mi favor, pero yo los ignoro. No quiero la amistad de ciertas personas. Tengo a Samuel, soy feliz así.

La madre de Samuel nos abre la puerta con una sonrisa y no puedo dejar de pensar que yo eso nunca lo he vivido, ni lo viviré. Dejo la amargura a un lado, ahora ya no hace falta. Empiezo a explicarle nuestro proyecto con detalle, le cuento además que su hijo ya ha aprobado un examen, enseñándole también el certificado.

—Pero ¿cómo lo vais a hacer? ¿Será peligroso? ¿Dos chicos solos allí? ¿Y el dinero para la casa y los estudios? —Pregunta nerviosa.

—Señora, sabe que tanto Samuel como yo tenemos la cabeza sobre los hombros y nunca hemos hecho ninguna trastada. Mi madre vive en Londres, en caso de necesidad estará ella y ya me ha buscado una casa. No me gusta la idea de estar en un campus con un montón de desconocidos. No le voy a pedir a Samuel el dinero del alquiler, de todas formas la casa ya está reservada —explico, mintiendo en parte, para que se quede tranquila.

—De acuerdo, pero ¿y la matrícula de la universidad? —Pregunta la madre de Samuel—. Nosotros hemos ahorrado algo para que pueda seguir estudiando, pero no sé si será suficiente —vuelve a objetar.

—Buscaremos algún trabajillo, nos irá bien —intento tranquilizarla, sonriendo.

—Bueno, chicos... Iré al grano —dice, mirándonos a los dos.

Ahora estoy desorientada. Su cara y su expresión me está diciendo algo que no comprendo, parece sentirse incómoda. Se retuerce las manos, se ruboriza, resopla, luego mueve la cabeza y mira a Samuel.

—Tu padre y yo estamos muy contentos de que salgas con Freya, estás más en su casa que en la nuestra y nos parece bien, créeme —se pone las manos delante, sonriéndome antes de continuar—. Sé que ahora las cosas son distintas a cuando nosotros éramos jóvenes. Soy consciente de que probablemente entre vosotros... Bueno... Ya me habéis entendido. Pero ¿iros a vivir juntos? Me parece un paso muy grande. Daos un tiempo, quizás dentro de unos años... —Acaba su discurso y parece que se ha quedado sin respiración.

“¿C-c-cómo? No lo entiendo. ¿Esta mujer piensa que Samuel y yo estamos juntos?”.

La habitación se queda en el silencio más absoluto. No sé qué decir y también Samuel parece haberse quedado sin palabras.

—Cariño, no te enfades. Si tuvierais unos cuantos años más, habría dicho que sí —explica la madre de Samuel, acariciando la mano de su hijo.

Pero este se pone de pie apretando los puños con los brazos caídos.

—Mamá, Freya y yo no estamos juntos —estalla nervioso.

—Entiendo que ahora digas eso porque te quieres ir, pero vamos... — intenta calmarlo su madre.

—Mamá, ¡nunca he dicho que estemos juntos, joder! —Maldice, alzando la voz.

—Samuel, no hables así —alza el tono también la madre.

—Mamá, yo soy gay, ¿has entendido? ¡Gay! Es inútil que finjáis que no lo veis ni lo entendéis, que os hayáis inventado este mundo fantástico en el que Freya es mi novia. Soy *maricón*, *mariposón*, *sarasa* y todos los adjetivos que le dedicáis a esa gente cuando sale alguna noticia al respecto en el telediario —grita con la cara morada.

Su madre se ha puesto blanca y a mí me gustaría estar muy, muy lejos de aquí. No tenía ni idea de que sus padres no lo supieran. Nunca me ha hablado de lo que pensaba su familia del tema y yo no le he preguntado.

—¡No digas tonterías! —Grita, poniéndose de pie también ella.

Samuel se pasa la mano por el pelo nerviosamente y me mira.

—Vamos, Freya —me insta a levantarme con un gesto de la mano.

Hago lo que me dice. Me parece que, de repente, el aire de la habitación se ha vuelto irrespirable.

—Samuel —resuena su madre—, si sales de aquí sin pedir perdón por lo que has dicho, no volverás a pisar esta casa.

—¿Perdón por qué? ¿Por ser gay? —Es la respuesta sarcástica de mi amigo.

—¡No lo digas ni en broma! —Grita su madre, dándole una bofetada.

Me quedo blanca. Me gustaría escapar, pero debo quedarme, tengo que hacerlo por él.

—No es ninguna broma. Ya es hora de que os hagáis a la idea —responde, cogiendo la mano que le ofrezco para animarlo.

—¡Entonces, vete! —Grita la madre—. No quiero volverte a ver, no te quiero en esta casa. Búscate a uno como tú que te quiera dar alojamiento —añade con los ojos llenos de rabia.

—Te quedarás conmigo —me entrometo de inmediato.

Samuel se muestra impasible, asiente y me arrastra consigo. Vamos a su habitación y empieza a meter ropa en la bolsa sin ningún cuidado. Yo lo ayudo y me pongo a llenar una maleta pequeña con libros y cuadernos.

—Samuel, yo... —murmuro mientras lo ayudo.

—Luego hablamos, Freya. No te preocupes —susurra mientras sigue metiendo de todo en la bolsa.

Cuando salimos de la habitación, nos encontramos a su madre con los brazos cruzados, detrás de la puerta.

—Las llaves —murmura con voz gélida.

—No lo he cogido todo, tengo que volver a recuperar mis cosas —replica mi amigo, sin mirarla a la cara.

—No quiero volver a verte en la vida —objeta su madre, mirando al suelo.

—No te preocupes, me aseguraré de que no estéis en casa —la esquivo Samuel, cogiendo el patio que lleva a la puerta de la casa.

De inmediato, me siento culpable por el pensamiento que he tenido al llegar. Al ver el aspecto amable de la madre de Samuel, he pensado que él, al contrario que yo, vivía con una familia amorosa, pero da tanto asco como la mía.

Viernes 15 de julio

Samuel lleva ya casi dos meses viviendo en mi casa. No hemos sabido nada de sus padres, ni de los míos que ni siquiera han vuelto a Italia. Lo siento por él, pero parece que se lo ha tomado bien. Se lo esperaba, me ha contado que todos estos años han fingido no saber nada. En lo que a mí respecta, creo que es el periodo más feliz de mi vida, siento que Samuel es el hermano que nunca he tenido.

Los días han pasado en un suspiro. Llegó el examen de selectividad y pasó como un rayo, y todo lo demás ha tomado forma. Ya hemos enviado los documentos y la solicitud de inscripción, ahora solo nos queda esperar una respuesta. Nuestros compañeros nos han invitado a Samuel y a mí a la comida de fin de curso, pero lo hemos rechazado. Ha estado bien hacer como si no hubiera pasado nada y acabar el curso escolar en paz, además de haber conseguido que Tania y los demás me la pagaran pidiéndome perdón después de haberlos puesto en ridículo, pero no me apetecía irme de celebración con ellos. Ya que mis padres me obligaban a vivir con sonrisas falsas y pantomimas, no necesitaba más.

Estamos en Italia, pero nuestra escuela es privada y hoy tendrá lugar el discurso de fin de curso. Me han pedido que lo dé yo por mis buenas notas durante los cinco cursos escolares; mi primera intención fue rechazarlo, pero después pensé que sería una buena ocasión para hacer algo bueno. Aunque yo estoy a punto de irme, seguro que no soy ni la primera ni la última que sufre acoso.

Están todos en el gimnasio convertido en auditorio, incluido el cuerpo docente al completo.

—¿Crees que vas a poder? —Me aprieta la mano Samuel.

—Claro que sí —replico determinada, justo un momento antes de que el director anuncie mi nombre.

Cuando llego ante el micrófono, me sudan las manos. Levanto la mirada y distingo un montón de caras que me observan.

—¡Vaya mierda que se me ha ocurrido! —Pienso con un escalofrío de preocupación.

Todos me miran, esperando a que hable.

“Podría decir cuatro frases hechas improvisadas y acabar ahí, sería fácil”.

Vuelvo a observarlos a todos.

Mi mirada se posa en una chica regordeta de primero, en un chico de tercero que cojea y en una chica de segundo que siempre viste con ropa raída.

“No puedo, ellos serán los próximos. Ellos o cualquiera que sea diferente. Yo logré contenerlos amenazándolos con el trabajo de mi padre, otros puede que no tengan mi misma suerte”.

Me aclaro la voz y empiezo a hablar.

—Este podría ser un discurso como tantos otros. Podría disfrutar de la meta alcanzada, animaros con todas las oportunidades que se van a presentar a partir de ahora, pero no lo voy a hacer. Voy a hablar de un tema más comprometido. Os diré lo importante que es que aprendáis a escuchar un grito silencioso, que le prestéis vuestra voz para que se pueda oír. En los últimos meses, en estos pasillos, dentro de estas clases e incluso en el patio, he sido víctima de acoso. Ni una sola persona se puso de mi parte, ni un solo estudiante dijo una palabra o intentó intervenir, aunque no creo que todos estuvierais de acuerdo. No estoy enfadada con los agresores, los he perdonado. Después de todo, solo son chicos jóvenes, igual que yo y, sinceramente, presumo que tendrían problemas mucho más importantes que los míos. No estoy enfadada con quienes no dijeron ni una palabra, estoy convencida de que la mayoría se sentiría feliz por no estar en mi lugar y que os daba miedo que se pudieran fijar en vosotros. Es comprensible, pero inaceptable. Yo misma, unos meses antes, había presenciado algunas injusticias y me mantuve apartada por miedo a verme implicada. Tenéis que encontrar el valor de decir basta, no podéis permitir que algunos comportamientos os opriman y os arruinen la vida. Si no tenéis el valor de ayudar a un compañero, decídselo a los profesores, a vuestros padres, contádselo a alguien. Hay cosas que no se pueden hacer. Podría pasar horas explicándoos que el dolor era tan fuerte que tenía la sensación de haber dejado de vivir, que la agonía era tan devastadora que me llevaba a hacerme daño, hasta el punto de desear la muerte. Pero no lo voy a hacer. Ahora quiero ser libre, quiero perdonar y seguir viviendo. Buscad un modo saludable de sacar fuera todo eso que ya no podéis ocultar y gritad en voz alta pidiendo ayuda. Hacedlo también por los que son incapaces de ello, por el que está mudo y grita en silencio.

Me doy cuenta de que casi no se oye respirar en la sala: he captado toda su

atención.

—Tenéis que aprender a aceptar y amar las diversidades, las vuestras y las de los demás, no a verlas como defectos, sino como un modo de crecer, aprender y mejorar. Tenéis que amar lo que os hace falta para definiros a vosotros mismos. El chico que se viste de manera diferente no es divertido, está manifestando su forma de ser: descubrid lo hermoso que es por dentro. La chica con sobrepeso no está contenta de ello. Hacerle ver que es inferior cuando no es cierto no servirá para ayudarla, pero sí ofrecerle vuestra amistad. Puede que esa amistad sustituya el espacio vacío que llena con la comida y vosotros os enriqueceréis, aprenderéis que hacerle el bien a alguien también os mejora la vida, no solo la de la persona a la que habéis ayudado. Cultivad las diferencias, vuestras pasiones, aquello que os hace únicos porque no son defectos. Los defectos ajenos no son un espejito para vernos más guapos, fuertes o mejores. Humillando a una persona por haber cometido alguna equivocación, no borraremos el error cometido nosotros mismos, ni quedaremos libres de ser juzgados. Solo nos hará peores personas. Abríos a los demás, a las cosas que los caracterizan. La vida es un mar en el que nos sumergimos para aprender.

Cuando me paro, contengo la respiración mientras mi corazón en el pecho parece haber enloquecido.

Todo empieza con un tímido aplauso, después la sala estalla en un clamor y puedo percibir con claridad que muchas personas miran a Tania con reprobación, pero no me interesa.

Voy donde está Samuel, lo cojo del brazo y nos alejamos juntos de este lugar.

Para siempre.



***ndr** En realidad, este procedimiento estaría pensado con un año de anticipo, ya en primero de bachiller se debería preparar la solicitud de admisión para entrar en una universidad británica. He cambiado los tiempos para adaptarlos a mi historia.

CAPÍTULO 15

Miércoles 3 de agosto

Pocos días después del resultado de los exámenes, un chico de nuestra clase, Luca, me pidió salir con él y faltó poco para que me riera en su cara. Es ridículo el valor que tienen. Tania me ha demostrado que no ha aprendido nada: me encontré con una chica de nuestra clase que me preguntó cómo iban las cosas con Luca. Me quedé atónita y le respondí que lo había rechazado porque no me interesaba; ella se disculpó diciéndome que Tania iba contando por ahí que estoy saliendo con Luca para hacerle un desaire. Su comportamiento me pareció tan absurdo que ni siquiera me enfadé.

Samuel y yo nos hemos venido a pasar unos días de vacaciones en el refugio de montaña que tienen mis padres en Cortina. Ellos nunca lo usan, prefieren destinos más exóticos y a mí me gusta mucho: tiene una pequeña piscina y está bastante aislado.

Samuel está cambiando cada vez más. Se comporta y actúa como una persona segura de sí misma; ha perdido el halo de tristeza que siempre lo rodeaba, y yo me siento muy feliz por él. Se está encontrando a sí mismo y no se avergüenza de lo que siente. El sol de la montaña le ha teñido la piel con un bonito color chocolate, sus ojos avellana resaltan y el pelo castaño claro se le ha aclarado un poco. Cuando vamos al pueblo a comernos una pizza o a pasear, muchas chicas se vuelven para mirarlo y lo siento un poco por ellas.

El nerviosismo ante la espera de nuestros resultados está por las nubes; para no pensar, nadamos todo el día como locos, recorremos la piscina a lo largo y a lo ancho, y por la noche vemos montones de películas o cantamos karaoke, la mayoría de las veces *Lean on*, que se ha convertido oficialmente en la banda sonora de nuestras vacaciones.

Exactamente eso es lo que estamos haciendo Samuel y yo: nos estamos

cuidando el uno al otro.

No, jamás será una maravillosa historia de amor, sino la amistad más bonita que pueda existir.

Jueves 1 de septiembre

Suena el teléfono, se trata de una de las empleadas que quedan en Milán: han llegado nuestras cartas. La tentación de que nos las abra es fuerte, pero resistimos. Inés, que se ha venido con nosotros, nos prepara una cena especial para celebrarlo y me dice que la casa sin mí estará completamente vacía, me echará de menos.

Al día siguiente, volvemos a Milán; Samuel descarga las maletas presuroso, nos encerramos en mi habitación y miramos las dos cartas como si fueran bombas a punto de explotar.

—Primero tú —me anima Samuel.

—Juntos —respondo.

Cogemos los sobres y rompemos el papel, sacamos la carta, abriéndola con los ojos cerrados. Parecemos dos chiflados.

—Tres, dos, uno... —contamos al revés. El ruido del papel al crujir entre los dedos parece un disparo en el silencio.

—Abramos los ojos —murmuro con un suspiro y la voz temblorosa.

Los dos leemos el texto con avidez, saltando párrafos enormes para llegar al fin a la resolución.

Gritamos al mismo tiempo: lo hemos conseguido.

“University of London, ¡allá vamos!”

—Vale, ahora tenemos que buscar una casa —comento, cuando nos hemos calmado.

—¿Dónde piensas vivir? —Pregunta Samuel, apoyando el mentón en las dos manos juntas.

—Tenemos que buscar un sitio cómodo para ir a la universidad, ya que no tendremos medio de transporte —observo, encendiendo enseguida el ordenador.

—Me fío de ti; al fin y al cabo, pagas tú —se rinde, estirándose en la silla.

—¿Qué te parece Notting Hill? —Propongo, dando rienda suelta a mi loca fantasía. Samuel sabe de lo que hablo: durante las noches en que veíamos películas como locos, se la puse al menos cuatro veces. Después de todo, es la historia de una famosa actriz que se enamora de un simple librero, que también está bastante buenorro.

—Si tenemos que vivir de fantasías, vale la pena preparar bien el ambiente, ¿eh? —se burla de mí.

Pero no se opone y, en diez minutos, ya estamos en la página de una agencia inmobiliaria. Se alquila un piso en Kensington Park Road, en la tercera planta; el precio es alucinante, pero no me importa. Nunca he usado el dinero que mis padres han ido depositando en mi cuenta. Tengo la firme intención de ganar algo en cuanto llegue a Londres, pero, para empezar, su aportación vendrá bastante bien.

Marco el número de la agencia. El chico que me responde parece bastante reacio a alquilar la casa a dos universitarios, pero cuando le digo que estoy dispuesta a darle tres meses de alquiler anticipado, las cosas toman un cariz muy diferente. Me dice que ya está amueblada y se ofrece a mandarme algunas fotos. Además, me comunica que si nos interesa de verdad, la podremos ocupar a partir de la próxima semana. Cuando acabo la llamada, esperamos impacientes las fotografías y, en cuanto llega el correo, lo abro de inmediato. Las imágenes son increíbles. Mientras las voy pasando, empiezo a canturrear *Try* de P!nk y Samuel me imita.

La casa tiene dos dormitorios, una cocina-comedor, dos baños y un salón precioso. El suelo es de madera clara, las paredes blancas, algunas con los ladrillos rosas a la vista. Los techos son altos y tienen unos focos encastrados que proyectan la luz de forma bien estudiada. Las ventanas son grandes con unas cortinas magníficas que llegan hasta el suelo. Es inútil decir que se nos está cayendo la baba.

—¿Y el trabajo? —Me pregunta Samuel, interrumpiendo nuestro coro cantarín.

—Para eso tenemos que irnos allí y hacer más papeleo. Dudo que nos den trabajo por teléfono —replico, mientras sigo observando incrédula el precioso apartamento.

—¿Estás segura de que lo vamos a encontrar? —Pregunta dudoso.

—Pues claro, Londres está lleno de locales donde buscan camareros. Es el típico trabajo para los extranjeros y los estudiantes. Quédate tranquilo, algo encontraremos —respondo serena. No me apetece decirle que tengo bastante dinero para mantenernos los dos durante más de un año, no porque no me fie de él, sino porque no me gusta restregarle a nadie por la cara lo que tengo.

—Entonces, vuelve a llamar antes de que alguien nos la sople —me anima, guiñándome con la cabeza en dirección al monitor.

Marco el número otra vez y le pido los datos bancarios del encargado de la agencia. En pocos minutos, hago el ingreso y le envío el recibo por correo. El corazón me late con fuerza: la próxima semana estaré en Londres, firmaré un contrato de alquiler y empezaré una nueva vida. El siguiente paso es reservar el vuelo. Todavía no me lo creo cuando reservo las plazas del avión y no elijo un viaje de vuelta.

Después me doy cuenta de que no he dicho nada a mis padres. Cuando me gradué, no vino ninguno de los dos. Me hicieron sendos y abundantes ingresos en la cuenta corriente, diciendo que podía gastar el dinero en lo que quisiera. La verdad es que no tienen ni idea de lo que me gustaría, decirles a sus secretarias que me hagan un ingreso es más rápido que tomarse la molestia de pensar en un regalo. Cuando los veo, ya solo siento desagrado por su hipocresía y la farsa de la que se rodean todo el tiempo. El gilipollas de mi padre ni siquiera me preguntó lo que quería el día que lo llamé desesperada.

Intento llamarlo para decirle que su hija se va a vivir a otro país, pero, como siempre, el teléfono suena a hueco y salta el contestador automático. Le dejo un mensaje, aunque sé que se va a quedar impasible. Después me lleno de valor y llamo a mi madre: con ella suelo hablar y, aunque no me responda, vuelve a llamar. Por tanto, sé que debo enfrentarme a ella, mejor que me la quite de encima.

Es raro, pero me responde casi enseguida.

—Cariño, precisamente quería llamarte. No me has dicho qué vas a hacer ahora que has conseguido ese título inútil —suelta, preparada ya para atacar.

—La próxima semana me voy a vivir a Londres —replico directa.

—Estupendo. ¿Has comprendido ya que seguir mis consejos te será más útil que enterrarte en los libros? —Pregunta pensando que al fin quiero aceptar su propuesta.

—No. Me han aceptado en la Facultad de Arte de la University of London —aclaro, frenando su entusiasmo.

—¿Facultad de Arte? ¿De verdad quieres malgastar tu juventud, frescura y belleza, y tus posibilidades en un lúgubre edificio lleno de pringados? —
Pregunta, demostrando toda su superficialidad.

—Sí —confirmo sin añadir más.

—Si esta es tu manera de fastidiarme, que sepas que no sirve de nada: solo te estás haciendo daño a ti misma y a tu futuro. Dieciocho años ya son muchos para iniciarte como modelo, pero todavía estás a tiempo —me hace ver, aún con la esperanza de que me interese su bonito mundo de falsedad.

—No, pero gracias por tu generosa propuesta —rechazo.

—Antes o después vendrás a mí. Trata al menos de vivir de forma decente y no hagas que me avergüence —añade antes de colgarme.

Me alzo de hombros indiferente. No temía que su reacción fuera contraria, sino que se pusiera a discutir porque no quiero ser modelo. Ya se ha acostumbrado a mis negativas y ni siquiera tiene ganas de pelear.

Suena el teléfono y leo el mensaje que he recibido.

PAPÁ: Felicidades por tu nueva vida.

Tampoco a él le preocupa en lo más mínimo el lugar donde voy a vivir ni con quién. A veces, siento que solo soy un adorno para ellos, pero ya no me enfado como antes. Ahora sé que soy dueña de mí misma y de lo que quiero hacer.

Mientras Samuel y yo estamos cenando, suena el teléfono.

—Es para usted, señorita —me llama Inés.

No tengo ni idea de quién puede ser, dudo que mi padre quiera hablar conmigo y preguntar por mí, pero cojo el aparato.

—Freya, ¿eres tú? —Pregunta una voz que no reconozco.

—Sí, ¿quién habla? —Pregunto alertada.

—Soy la madre de Samuel. Te ruego, déjame hablar —responde enseguida.

Quiero decirle lo que pienso de ella y de su marido, pero opto por oír lo que quiere.

—Dígame —la animo.

—Mi marido y yo pensamos que nos hemos equivocado. Nos gustaría aclarar las cosas con Samuel y ayudarlo económicamente con los estudios —explica con brevedad.

—Estamos a punto de irnos, nos marchamos la semana que viene —le hago

saber.

—Por favor, te lo ruego, déjanos darle una sorpresa a Samuel. Dinos la hora del vuelo, nos gustaría ir a despedirnos —me implora.

Me vuelvo hacia el pasillo, pero no me escucha nadie. Espero que a Samuel le haga feliz la sorpresa.

—De acuerdo —acepto.

Miércoles 7 de septiembre

Los días pasan veloces.

Estamos en el aeropuerto y la emoción nos hace reír todo el tiempo como dos tontos.

—Samuel —una voz hace que nos volvamos.

Mi amigo abre los ojos de par en par; no se esperaba encontrarse con sus padres.

—¿Lo sabías? —Me pregunta directo.

—Quería darte una sorpresa. Habla con ellos, no guardes rencor, quizás las cosas todavía se puedan arreglar. Se equivocaron, pero parece que lo han entendido —le digo.

Samuel me mira lleno de incertidumbre. Tengo miedo de que se dé la vuelta sin dignarse a mirarlos, pero asiente y se dirige a ellos. Me quedo aparte, porque no quiero robarles el poco tiempo que queda y me acerco a Inés. La abrazo, ha hecho las veces de madre, creo que me va a echar de menos de verdad y le prometo que le voy a escribir.

Cuando al fin pasamos los controles y nos quedamos solos, no me parece verdad. Dentro de dos horas escasas, pisaré suelo británico.

El tiempo del vuelo pasa rápidamente, no dejamos de parlotear sobre lo que vamos a visitar en cuanto lleguemos, aunque sabemos que lo primero será ir a la agencia inmobiliaria para que nos acompañen a casa.

Tenemos una montaña de equipaje, así que en cuanto aterrizamos llamamos a un taxi. Cuando al fin entramos en nuestra nueva casa, nos quedamos sin palabras: es perfecta de verdad. El tipo de la agencia nos aconseja que no hagamos fiestas ruidosas porque el edificio está habitado por gente bien; lo tranquilizamos acerca de nuestras buenas intenciones y al fin logramos ponerlo en la puerta.

En algunas superficies, se han puesto a propósito jarrones con flores frescas, un difusor de aromas esparce una deliciosa fragancia de vainilla y cada habitación parece preparada para recibirnos. Decidimos vaciar las maletas y pedimos que nos traigan comida china para llevar de un local de este tipo que Samuel encuentra en TripAdvisor. Después de comer, vamos a inscribirnos en la agencia de trabajo. De hecho, sus ofertas no me interesan mucho, pero prefiero acabar cuanto antes con el papeleo.

Cuando volvemos a casa, mi portátil ya está cargado y puedo empezar a buscar en serio el trabajo que me interesa. Pido la lista de todos los locales que he reconocido por las fotos que Chase sube a las redes sociales y empiezo a llamar uno por uno. Se hacen las nueve sin que haya conseguido nada, todos tienen ya completo el personal de la temporada y ni siquiera están interesados en que nos conozcamos. No tengo en cuenta los restaurantes de lujo porque ya sé que buscan un perfil bastante especializado.

Samuel pide una pizza y algún dulce para zamparnos en el desayuno.

—Dos días más así y me encontraré con mis esculpidos abdominales transformados en una panza de sesentón —observa él, recogiendo las cajas.

—Mañana, antes de irnos a pasear, haremos la compra —lo tranquilizo durante la cena.

—Y buscaremos también un gimnasio —añade Samuel.

—De acuerdo —apruebo riéndome.

Después de la cena, continuo con mis llamadas, parece que no hay ningún puesto disponible para nosotros, hasta que llego deprimida al último local de mi lista. Se trata del *Garden Gate*, un sitio en Hampstead: la verdad es que el lugar es bonito, pero allí no hay fotos tuyas recientes. Las últimas son de hace meses, por eso lo había dejado como última opción. Marco el número y, por sorpresa, el dueño me dice que dos chicas acaban de terminar la carrera hace poco y no las ha reemplazado. Así que consigo una cita para la tarde siguiente y me pongo a rezar.

Compruebo con Samuel cómo hay que ir, más que nada para tranquilizarlo; yo me sé mover bien porque ya he estado otras veces, mientras que él siempre

teme que podamos perdernos. Le hago ver que con el metro podemos estar allí en poco tiempo y que es muy fácil llegar tanto desde aquí como desde la universidad.

Cuando nos acostamos, tengo esperanzas y estoy casi segura de que todo va a ir como la seda.



CAPÍTULO 16

Jueves 8 de septiembre

A las ocho ya estamos en pie. Queremos dar una vuelta por el barrio y hacer la compra, pero, sobre todo, empezar a acostumbrarnos a las calles y los trayectos, ya que la semana próxima empiezan las clases en la universidad. Después de desayunar con las porquerías de la pizzería de la noche anterior y bendecir la eficacia de la agencia inmobiliaria por haber comprado las cápsulas para la máquina del café, salimos a explorar nuestra nueva zona.

Vamos caminando con lentitud, saboreando la alegre variedad cromática de los edificios de colores llamativos y diferentes entre sí. Samuel y yo nos miramos con complicidad, sonriendo: todo es cierto, nos hemos venido a vivir aquí. Nos chocamos los cinco y, llenos de alegría, tomamos el segundo café del día en un local de estilo italiano que lo hace muy bueno.

Luego atravesamos Ladbroke Gardens y volvemos a subir a Kensington Park Road hasta cruzar la famosa Portobello Road. Decidimos hacer aquí la compra, pero, antes de cargarnos de bolsas, queremos echarle otro vistazo al barrio. Nos paramos en el 191 de Portobello Road donde se encuentra el Electric Cinema, una de las salas cinematográficas más antiguas de toda Inglaterra. Y continuamos en Talbot Road para visitar la All Saints Notting Hill, una maravillosa iglesia anglicana con decoraciones polícromas de estilo gótico victoriano. Seguimos todo recto delante del Gourmet Burger Kitchen: aunque se han hecho casi las once y es una auténtica tentación, hemos hecho la promesa de empezar a comer bien, pero sellamos el pacto de concedérselo como premio dentro de poco.

Al fin nos adentramos en la zona del mercado más famoso del mundo. Todavía recuerdo que de niña vi una película muy vieja, *La bruja Novata*, y, desde entonces, la calle se me quedó grabada. Los primeros ochocientos

metros están dedicados a los stands de antigüedades y Samuel y yo nos divertimos haciendo el tonto imaginando estas cosas en nuestra nueva casa tan moderna. Algunos objetos son realmente de calidad, pero muchos me parecen solo baratijas puestas allí a la buena de Dios para atraer a turistas ingenuos. Cuando nos cansamos, vamos a los puestos de fruta y verdura, y compramos una gran cantidad de productos saludables; también encontramos unos stands gastronómicos muy bonitos con especialidades internacionales y compramos cosas para llenar nuestro pobre frigorífico vacío.

Volvemos a casa cargados y felices, y nos preparamos una buena ensalada; después nos ponemos de nuevo en marcha para conocer el camino de la casa a la universidad. Cogemos el metro y en una media hora estamos ante la University of London. El imponente edificio inspira cierto respeto y siento que me emociono al pensar que vamos a estudiar aquí.

—Es un poco diferente a las universidades italianas —observa Samuel, abriendo mucho los ojos.

—Ya, vista así parece un lugar donde te fustigan cuando no sabes algo —bromeo, imitando una expresión asustada.

—No bromees mucho, me estoy poniendo nervioso —replica, mirando la fachada de arriba abajo.

—No seas tonto, estamos preparados. Y además, aquí a los estudiantes se les hace un auténtico seguimiento, no como en nuestros centros. Seguro que, una vez vencido el temor inicial, estarás encantado —lo animo.

—Son casi las cuatro —me recuerda Samuel.

—Es mejor que nos dirijamos al *Garden Gate*. Verás lo que te va a gustar Hampstead, pero antes vamos al pub.

Cogemos otro metro y llegamos a nuestro destino. Siguiendo las indicaciones de Google Maps, porque Samuel no se fía de mi sentido de la orientación, llegamos al pub. Desde el exterior, vemos la zona de las mesas al aire libre y el mostrador que, desde dentro, se asoma al jardín; las mesas están casi todas vacías a esta hora y el chico del mostrador nos sonríe.

—Déjame hablar a mí —le sugiero a Samuel, sabiendo que su emotividad podría influir de forma negativa en la impresión del propietario. Todavía le da apuro hablar en inglés; aunque lo sabe muy bien, se avergüenza de su acento.

—Me parece la opción más inteligente aprueba él enseguida.

Abro la puerta y un chico nos saluda, preguntándonos si somos dos; le explico que no hemos ido a tomarnos nada, sino para una entrevista y va a llamar al propietario. Aprovecho para mirar a mi alrededor, ya que solo he

visto el lugar en las fotos de Chase. El local es muy bonito y enseguida se ve que no es solo un pub para gente joven, sino un lugar cuidado hasta en el más mínimo detalle. El interior es de madera oscura, los techos pintados de rojo, los cristales recuerdan un poco a los de una iglesia, las mesas son de madera y bastante simples, y las sillas tienen un revestimiento adamascado rojo del mismo color que el techo. Voy lentamente hasta el balcón. Es grande y de madera oscura, y encima de ella cuelgan pantallas rojas; las paredes son casi todas blancas excepto un rincón del fondo en el que hay pintado un jardín.

Viene a nuestro encuentro un hombre de unos cuarenta años. Es alto, imponente y completamente afeitado al cero.

—Bill, encantado —se presenta dándonos la mano.

Samuel y yo le correspondemos, y nos lleva hasta su oficina. Percibo la agitación de mi amigo y, como le he prometido, tomo yo la palabra. Aunque Bill a primera vista puede inspirar temor con ese corpachón, en realidad es una persona amable y disponible, y, por suerte, sus exigencias coinciden con las horas que tenemos libres en la universidad.

—¿Cuándo podemos empezar? —Pregunto, con dificultad para esconder el tono emocionado de mi voz.

—Lo que tarde en resolver todos los asuntos del papeleo y podáis comenzar. Diría que el próximo lunes me parece la mejor fecha —acepta Bill—. Bienvenidos a bordo —nos aprieta la mano.

Después nos guía por el local y nos presenta a todo el personal presente. Nos da un plano con la lista de mesas y dos cartas para que nos las estudiemos.

Cuando salimos del local, estamos eufóricos.

—No me preocupa memorizar unos cuantos platos, pensaba que sería peor. Con todos los nombres y las fechas que hemos tenido que estudiar en estos años en la escuela, estoy bastante entrenado —dice Samuel, relajado al fin.

—¡Muy bien! Tienes que ser siempre optimista —apruebo, dándole una palmada en el hombro—. Ahora, sígueme sin protestar, verás qué bonito es este lugar —añado, guiñándole un ojo.

Yo ya he estado y me encanta. Hampstead Heath es un parque enorme, andar por aquí te hace perder la percepción del tiempo y el espacio. Ya no estás en Londres, una de las metrópolis más grandes y vibrantes de Europa, sino perdido en medio del brezal, en un lugar sin tiempo. Cuenta con cientos de hectáreas de pulmón en la ciudad cubiertas de un verde intenso, terrenos de bosques, numerosos lagos, una pista de atletismo, un zoo y un centro balneario

al aire libre.

Sin avisarlo de nada, lo llevo hasta una colina desde la que se puede admirar la silueta de la ciudad. Cuando llegamos a la parte más alta, Kite Hill, Samuel se queda sin aliento: los rascacielos reflejan los rayos del sol, adoptando el aspecto de resplandecientes trozos de cristales.

—Ese rascacielos es magnífico observa, refiriéndose a *The Shard*.

—Piensa que es de Renzo Piano le explico, —en los próximos días iremos añadido.

—¿Quieres decir que se puede visitar? —Pregunta Samuel.

—Por supuesto, es una atracción turística. Verás cómo te va a gustar — respondo sentándome en un banco. Admiro el cielo, me recuerda a los ojos de Chase y se me escapa un suspiro melancólico—. A esta colina también vienen los aficionados a las cometas, todos los fines de semana suben a volar sus propias creaciones —añado como si fuera una guía turística.

Pero Samuel me conoce y no muerde el anzuelo.

—Oye, tienes su número, ¿por qué no le mandas un mensaje y le dices que estás aquí? —Pregunta directo.

—Porque sería como decirle que he venido por él y no es lo que pretendo. Quiero encontrármelo por casualidad —respondo, dándole una patada a una piedrecita.

—Casualmente, ¡y un jamón! Has hecho que te contraten en uno de los locales que él frecuenta —me contesta Samuel, dándome un codazo de broma.

—Bueno, digamos que le he echado una mano al destino, pero no puedo saber cuándo vendrá, ni si lo hará. Una cosa es que me vea aquí y otra que le escriba diciéndole dónde encontrarme. Sería penoso. No le he escrito todavía por el error que cometió y por cómo fueron las cosas entre nosotros; si lo hiciera ahora, lo que quiero darle a entender perdería su significado —objeto, decidida a confiar en mi intuición.

—Vale. Es una cosa tuya y no quiero interferir; solo pienso que si te interesa, deberías dar el paso —sugiere Samuel.

—Tiene novia —respondo, alzándome de hombros.

Últimamente he vuelto a controlar sus distintas cuentas y, por desgracia, sé con seguridad que todavía está con Grace.

—De la que seguro que está locamente enamorado, visto que se acostó contigo —observa alzando una ceja—. Y no se quedó ahí... Luego te buscó. Claro, en un momento de mierda o quizás condenadamente increíble ya que te salvó la vida, pero, de todas formas, ha seguido pensando en ti. No fuiste un

polvo del que se olvidó al día siguiente —añade mirándome a los ojos.

—En cualquier caso, todavía sigue con ella. Si me vuelve a ver y me quiere todavía, tiene que entender que se está equivocando. —No tengo ninguna intención de pasar por alto ese punto, no quiero una persona que tenga el mismo estilo de vida que mis padres.

—Eres jodidamente fuerte... Queda con él y díselo —sugiere Samuel.

—No me apetece —rechazo.

—Como quieras. Yo estoy aquí para estudiar, ese es un proyecto tuyo y no quiero inmiscuirme. Solo quería hacerte entender que hay caminos más rápidos para obtener lo que quieres —se echa atrás Samuel.

—Ha hablado el que tardó cinco años en decirle a su chico que se estaba comportando como un gilipollas —rebato, dándole donde más le duele, porque yo también sé que dejar las cosas para después no sirve de mucho.

—En efecto, he comprendido que ha sido una gilipollez. En definitiva, solo quería decirte que si quieres vivir esto de verdad y no seguir haciéndolo solo en tu cabeza, te tienes que dar prisa —me acaricia un hombro, conciliador.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no quiero ayudarle mucho al destino. Oye, sé que es una locura, pero me parece que nuestras vidas están unidas por un hilo invisible, que hay algo más —explico, pensando que estoy loca.

—A esto no te respondo, podría ofenderte. De todas formas, es tu vida —dice para acabar con el tema.

Nos quedamos en silencio viendo el cielo teñirse de rojo durante un momento y después me decido a hablar, a decirle una cosa que me he callado durante mucho tiempo.

—Siento no haber intervenido cuando te pegaban, me avergüenzo de no haber dicho ni una palabra y no haberme dejado ver contigo. Tendría que haberlo hecho —suspiro, metiéndome el pelo detrás de la oreja.

—No importa, Freya. Además, has sido la única que te has acercado a mí. Tú, al principio, quisiste ayudarme —replica Samuel muy amable.

—Sí, pero me dejé influir por Tania y por lo que me dijo —no me resigno y sigo arruinándome el pelo.

—¿Sabes lo que más me duele? —Pregunta Samuel, mirándome fija e intensamente.

—Creo que lo sé —murmuro, recordando lo que me había sucedido en los últimos meses.

Samuel asiente, mira al horizonte y empieza a hablar.

— No son los golpes ni las patadas, eso no es nada. Los golpes y las patadas te dejan heridas que se curan pronto. Son los cardenales del alma los que se quedan para siempre. Las mismas personas que hasta el día anterior se habían reído contigo, comían a tu lado, compartían su vida con la tuya, un día después se están riendo de ti y se dan codazos cuando se cruzan contigo. Ese *maricón*, que te gritan a la espalda, los murmullos cada vez que te encuentras con alguien, sus ojos altivos —dice, revelando una realidad que no se diferencia en nada de lo que he vivido yo.

—Pues yo no sabía que eras gay. Hasta que no me lo dijo Tania no tenía la menor idea —le revelo con sinceridad.

—¿Porque no hablo de forma afeminada ni agito las manos? —Estalla Samuel.

Muevo la cabeza.

—Tienes razón, no son más que tópicos, ha sido una tontería decirlo —me disculpo, apurada.

—¿Ves?, ese es precisamente el problema, los estereotipos. Nuestros compañeros piensan que los gays somos personas raras —explica Samuel, gesticulando de manera tan cómica que parece una de las caricaturas más exageradas del universo. No puedo evitar reírme.

—Todos deberíamos querernos a nosotros mismos por lo que somos, pero, sobre todo, tendríamos que mirar a los demás con otros ojos, no asustarnos de lo que pueda ser distinto. Pero es más fácil marginar al diferente —le doy la razón.

Samuel me echa el brazo por el hombro.

—Por suerte no todo el mundo es así. Antes o después encontramos a alguien que se pone de nuestra parte. No te preocupes por lo que no hiciste en enero; tienes que estar orgullosa de ti por lo que lograste con mis padres. Primero me acogiste en tu casa y después nos diste la posibilidad de reconciliarnos —me sonrío.

—¿Cómo te va con ellos?

—Creo que han entendido que sigo siendo la misma persona. Se torturaban pensando que tenían la culpa o que se habían equivocado en algo conmigo y después han entendido que no había ninguna equivocación. He comprendido que yo también he cometido un error en todos estos años, porque era como si me pusiera una máscara y fingiera. La vida no es una comedia y todos tenemos derecho a que nos quieran por lo que somos —responde Samuel, mientras vamos hasta el metro.

—Me alegro de que lo hayáis aclarado —le sonrío, feliz porque las cosas están mejor.

—Sí, y ahora solo me falta encontrar un inglés buenorro —bromea, alzando una ceja.

Le doy un codazo.

—Venimos a estudiar en la universidad, no a ligar —me río.

—Habla por ti, *Virgen de Núremberg* —se burla de mí.

Levanto las manos como señal de rendición.

—Que sepas que no tengo intención de ligar con nadie, ni siquiera en el trabajo —aclaro.

Samuel se ríe.

—Eso no quita que, de todas formas, los vas a atraer como la miel a las abejas. En ese momento, me los dejas a mí.

—Eres incorregible —finjo que me indigno—. Y, de cualquier modo, aunque ya me lo había quitado de encima, ese apodo ya no me pega —añado, señalándome.

—Freya, tu eres la *Virgen de Núremberg* de corazón —murmura riendo.

Las escaleras que bajan al metro nos engullen junto a nuestras risotadas.

Me siento más feliz que nunca, segura de esta nueva vida.

Para los dos.



CAPÍTULO 17

Jueves 16 de septiembre

Los días se suceden a una velocidad tal que me parece casi irreal. Samuel y yo estamos disfrutando de Londres al máximo, porque, a partir de la próxima semana, empezará nuestro plan de estudio y trabajo, y ya no tendremos tiempo para hacer nada. Vamos por la calle del brazo, es divertido volver a descubrir estos lugares junto a él.

Samuel hace casi un millar de fotos mientras estamos en el London Eye y yo me veo obligada a suplicarle que lo deje y a arrastrarlo en dirección a Westminster. Pero, cuando nos encontramos delante de las dos cámaras del Parlamento inglés, empieza de nuevo a hacer fotos y perdemos otra media hora. Trato de recordarle que podemos volver siempre que quiera, pero no parece prestarme atención. Resulta gracioso. Para distraerlo de su obsesión, empiezo a contarle algunas curiosidades, con la esperanza de que tengan más éxito que las anteriores observaciones sobre nuestra nueva residencia.

—¿Sabes que la campana está programada para que suenen hasta cinco mil melodías diferentes? —Pregunto con aire complacido.

—No te rías de mí, mujer —me da un empujoncito de broma.

—No me estoy riendo —le saco la lengua.

—¿Lo dices en serio? —Abre los ojos de par en par.

Yo asiento.

—¿Crees que nos dejarían escuchar *alguna cosita*? —Pregunta, mientras me guiña un ojo en dirección a la abadía.

Al final, me veo obligada a arrastrarlo por un brazo para evitar que vaya a buscar a alguien a quien convencer para que nos deje escuchar *alguna cosita*. Es capaz.

Seguimos caminando, disfrutando de la arquitectura que nos rodea: todo

ese arte es un sueño para nosotros. Después de haber visto las atracciones principales, empezamos a deambular sin punto fijo, queremos descubrir algo característico que solo conozcan los londinenses. Mientras paseamos por Covent Garden, giramos por pura casualidad por un callejoncito que se llama Neal's Yard. Lo primero que encontramos es una plaza pequeña y, a medida que seguimos andando, vamos viendo un regocijo de balcones llenos de flores y edificios de todos los colores imaginables. Todo es vivaz y alegre, casi parece que más que en Londres estamos en España.

Entramos en el Wild Food Cafè y nos sentamos, disfrutando de las sugerentes vistas de los escaparates mientras pedimos y empezamos a preguntarnos el uno al otro la carta del local en el que vamos a trabajar. A veces, todavía nos equivocamos, pero será más fácil recordarlo todo con la práctica.

Domingo 18 de septiembre

De pronto, ya es domingo.

Me levanto y, descalza, al llegar a la ventana, descorro de golpe las cortinas. Fuera brilla el sol y el programa del día queda claro de inmediato: voy a llevar a Samuel a visitar *The Shard*, como le había prometido.

El rascacielos con forma de fragmentos de cristal surge en los alrededores de London Bridge; el sol de la tarde se refleja en los cristales, que parecen relucir. Subimos en ascensor y nos acercamos a las grandes ventanas a trescientos diez metros por encima de Londres. Las vistas te dejan sin aliento con la ciudad a nuestros pies. Mientras observo desde una perspectiva única la Torre de Londres, Westminster y la Catedral de Saint Paul, estoy perdida pensando en lo que deseo y quiero obtener: *a él*.

Sé que está aquí cerca y, al mismo tiempo, tan lejos.

La tentación de coger el móvil y escribirle es grande, pero pienso que solo

serviría para que él perdiera interés. Quiero que me vea y crea que no me importaría encontrármelo en absoluto, con la esperanza de que se pregunte que cómo es que estoy aquí y no lo he buscado. Está demasiado acostumbrado a tener a todo el mundo a sus pies y si yo hiciera lo mismo, la partida estaría perdida incluso antes de empezar.

—¿En qué piensas? Estás muy silenciosa —observa Samuel, acercándose a mí de nuevo.

Mientras yo estaba mirando a un punto perdido, él se ha recorrido toda la planta haciendo una gran cantidad de fotos, como de costumbre. Lo miro sonriendo y empiezo a canturrear indiferente.

Como en el texto de la canción, me gustaría hacer un viaje por la mente de Chase y descubrir lo que le gusta, saberlo todo de él para poder darle lo que desea. Samuel, para mi infortunio, conoce la canción.

—Vale, *It's You...* Seguro que no me la estás dedicando a mí —me interrumpe, moviendo la cabeza con aire afligido y arrancándome una carcajada.

—Has herido mi orgullo masculino —hace como si se secara una lágrima.

—¡Venga ya! Aparte de que no creo que te hubiera emocionado. —Le doy un codazo.

—La verdad es que no. Perdóname, te quiero mucho, pero desde ese punto de vista no me interesas. Aunque me habría halagado —continúa fingiendo que está ofendido.

Para seguirle el juego, me encojo de hombros mirándolo con suficiencia.

—Está bien, está bien —levanta las manos en señal de rendición—. Era una pregunta tonta, conozco la respuesta —me aprieta la nariz con los dedos.

—Mañana empezará la vida de verdad, el trabajo y la universidad, ¿estás preparado? —Le pregunto cambiando de tema, mientras me meto el pelo detrás de las orejas.

—Totalmente, antes tenía miedo, ahora estoy muy emocionado ante la idea de iniciar nuestra nueva vida. Y no te creas que no me he dado cuenta de que has cambiado de tema... —replica Samuel con aire avisado.

—Ven, dentro de poco podremos ver la puesta del sol —digo, arrastrándolo detrás.

Lo llevo hasta la planta setenta y dos, la más alta y totalmente al aire libre. El viento sopla muy fuerte, pero sin la barrera de los cristales todo es más auténtico. Nos quedamos agarrados mientras admiramos los colores del cielo que van cambiando y las luces que se reflejan en toda la ciudad.

Después nos vamos a casa, preparados para empezar de verdad.

Martes 4 de octubre

El otoño ha llegado en todo su esplendor: nunca creía que lo diría, pero me encanta el clima londinense en esta estación. Resulta que abro los ojos viendo una lluvia torrencial y me imagino que el día va a ser de lo más gris; pero, de repente, el tiempo cambia por completo y entre las nubes sale el sol. Es precioso. Sabes que siempre tienes la posibilidad de levantarte con el gris y luego ver un sol sofocante a medida que se va poniendo.

Pero, a veces, también ocurre lo contrario.

¿Recordáis los dibujos animados y las películas que habéis visto en los que siempre se confirma que en Londres hay que salir con paraguas? Pues no es ninguna leyenda urbana. A veces parece que hace un día tranquilo y, de repente, se forma el diluvio universal. Yo todavía no me he acostumbrado a ello y sigo *duchándome* sin que esté en el programa.

Hemos empezado a ambientarnos en la universidad y el trabajo en el local, que al principio resultaba agotador, está resultando divertido. Samuel y yo hemos entrado en un grupo de estudio y, en este momento, lo estoy viendo flirtear con Colin, un chico de nuestra edad con el pelo negro y ojos dulces color avellana. Cuando le habla, él le presta la máxima atención y empiezo a pensar que pronto va a surgir algo entre ellos.

Todos los chicos y las chicas del grupo son muy simpáticos. Nos han invitado a salir con ellos por la noche para tomar algo, pero siempre nos hemos negado por el trabajo. Me gustaría conocerlos mejor y empezar a hacer nuevas amistades, durante demasiado tiempo he permitido que el malestar que me causaba la falta de afecto de mis padres se apoderara de mí.

A pesar del excelente periodo de iniciación que estamos viviendo, empiezo a preocuparme porque todavía no *lo* he visto entrar en el pub y temo

no volver a verlo nunca más. Samuel sigue animándome a que me ponga en contacto con él en lugar de pasarme las horas libres viendo sus vídeos en YouTube y suspirando, pero yo sigo negándome a hacerlo. Cada vez que estoy por la sala y suena el timbre de la puerta anunciando la entrada de un nuevo cliente, me vuelvo llena de esperanza, pero nunca es él. Una vez, había un chico solo en una mesa. Estaba de espaldas y tenía su mismo corte y color de pelo, casi me da un infarto. Me fui hasta allí para apuntar el pedido con el corazón en la boca, pero cuando se volvió hacia mí, me di cuenta de que me había equivocado y me quedé muy decepcionada.

Estaba a punto de mandarle un mensaje, cuando, una noche, mientras me encontraba en la cama dando vueltas preocupada porque no lo veía, subió una actualización a Instagram. Contaba que había estado unas semanas en el Norte de Francia haciendo un desfile de moda. No especificaba nada en concreto, pero fue suficiente para devolverme la esperanza. No hace falta decir que Samuel me llamó loca furiosa doblemente.

Cuando alzo la mirada, veo que el reloj marca las cuatro: dentro de poco tendré que prepararme para ir al pub. Como desde hace unos días, cuando acaban las clases y no quedamos con el grupo de estudio, me vuelvo a casa a estudiar, mientras que Samuel se va a dar un paseo con Colin. Ayer me invitaron a ir con ellos porque se ha unido al grupo un chico nuevo: Evan. Es el primo de Colin y viene de Escocia. Tiene el pelo color bronce y los ojos verdes, es muy alto y guapo de cara. Por las miradas que le lanzan las chicas, he comprendido enseguida que lo ven muy atractivo, pero yo ni me he fijado.

Siento las vueltas de la llave y asomo la cabeza.

—¡Bienvenido de nuevo! —Recibo a mi amigo.

—Eh, ¿siempre estudiando? —Se burla de mí, dejando las llaves en el colgante.

—Alguien tendrá que hacerlo —me alzo de hombros y continúo.

—No quiero darle muchas vueltas —me mira Samuel, poniendo los codos en la mesa.

—¿Qué ha pasado? —Le presto toda mi atención, preocupada de inmediato.

—Colin y yo... Pues eso... Estamos juntos —me dice con cierto apuro.

—¡Pero si es una noticia estupenda! —Me pongo de pie de un salto, rodeando la mesa para abrazarlo.

Samuel parece trastornado.

—¿Qué pasa? —Pregunto perpleja.

—No pensaba que te lo fueras a tomar tan bien —replica, mirando a un punto en mis hombros.

—¿El qué? —Pregunto pasmada.

—¿Sabes? Una cosa es saber que tu amigo es gay y otra verlo andar por casa con su novio. ¿No me vas a pedir que no lo traiga aquí? ¿Que no haga ruidos molestos, que evite besuquearme delante de ti o que no lo vaya contando por ahí? —Pregunta, decidiéndose al fin a mirarme a la cara.

—¿Y por qué debería hacerlo? —Pregunto después, poniéndome de jarras y lanzándole una mirada.

—Vale, perdona. Me había equivocado. No te ofendas, Freya. A veces las personas parecen tolerantes, incluso que se implican, pero...

—¿Pero? —Lo interrumpo.

—Déjame acabar —me detiene—. Te decía que, a veces, son solo palabras bonitas; quizás no lo sabes hasta que no lo ves. Te pido perdón por haber dudado —acaba su discurso poniéndome las manos en los hombros.

Parece sinceramente disgustado y no puedo enfadarme con él, porque es posible que yo en su lugar hubiera tenido una duda similar. Ni siquiera puedo imaginar de lejos lo que habría pasado.

—Hoy Evan, antes de despedirnos, me ha vuelto a preguntar por ti —me informa.

—Por favor. —Levanto las manos, poniéndome a la defensiva.

Samuel se queda en silencio.

—Te lo ruego, sé que es el primo de Colin y no me gustaría crearte problemas ahora que eres tan feliz, pero no tengo intención de darle pie. No me interesa —aclaro tratando de mantener un tono sosegado.

—Lo sé, lo he entendido y sería erróneo por mi parte animarte, aunque me gustaría que pudiéramos salir los cuatro para estar juntos. Ya lo he arreglado yo: le he dicho que tienes pareja, pero que él está muy ocupado y solo os veis de forma ocasional —refiere Samuel, con una gran sonrisa.

—Gracias por la ocurrencia, al menos entenderá que no tiene sentido insistir —le sonrío agradecida.

—No hay de qué, ahora vámonos al local o Bill nos matará y adiós a mi historia de amor recién empezada —dice con un tono dramático que hace que me parta de la risa.

Estoy feliz por la forma en que van las cosas con Samuel, su amistad me está dando mucho más de lo que recibí de Tania durante años y años. Los dos nos entendemos a la perfección.

Jueves 13 de octubre

La mitad de octubre llega pronto y también el primer examen. Lo apruebo sin problemas y, como me apetece celebrarlo, me permito salir a dar un paseo sola. Me encanta el otoño y Londres está cambiando sus colores rápidamente por lo que decido disfrutarlos en un parque. Hyde Park y Kensington Gardens son los dos Royal Parks principales del centro de Londres. Juntos cubren un área muy amplia, que se extiende por diferentes barrios: Marble Arch, Notting Hill, South Kensington y el West End. Camino entre los árboles que se están tiñendo de oro, las hojas revolotean lentas antes de caer al suelo para formar una variopinta alfombra. A lo largo de las orillas del lago Serpentine, veo a gente que se entrena en bote; me acerco a la orilla y toco el agua: está helada y transparente. Allí se reflejan el cielo plomizo y los árboles, parece el paisaje de un libro sacado de otra época y me siento absurdamente feliz.

Me dirijo al local tras volver de mi paseo y, cuando llego, me encuentro ya a Samuel que me arrastra hasta una esquina del vestuario.

—¿Has pasado por la parte trasera? —Me pregunta enseguida con tono de conspiración.

—Sí, ¿por qué? —Pregunto, asustada por su evidente agitación.

—Bueno, yo he entrado hace cinco minutos por la puerta frontal... ¿Sabes quién está en el mostrador del bar? —Explica mi amigo, alzando una ceja y conteniendo la risa.

Mi corazón empieza a latir con furia y abro los ojos de par en par.

—Sí, lo has entendido —añade Samuel—. Ahora cámbiate y cálmate. No está solo. Lo acompaña una tipa morena y seca como un junco.

—Es Grace Lanther, su novia —replico fastidiada.

—Vaya, entonces no me lo puedo perder. ¡Date prisa! —me anima emocionado, como si estuviera a punto de asistir al estreno mundial de su película favorita.

Me pongo el polo blanco con el logotipo del local y me recojo el pelo en

una larga trenza que enrolla y sujeto en la nuca. Me miro al espejo y me ajusto la camiseta, pero no me siento nada satisfecha: sigue siendo un polo con el logotipo del pub, no es una prenda bonita ni nada rebuscada.

“Seguro que Grace estará mejor vestida que yo”, pienso de inmediato resoplando.

—¿Entonces? —Me anima Samuel, llegando por detrás.

—Doy pena —me miro en el espejo.

—¡Ah, no! De eso nada, ahora vas para allá. Eres tú la que has querido encontrártelo así —me arrastra hasta la puerta que conduce a la sala.

Me quedo plantada en la entrada con el corazón en la boca. Lo descubro enseguida: es tan guapo que se me corta la respiración. Me parece que el tiempo se ha detenido, que no siento otro ruido que el de los latidos de mi corazón enloquecidos.

Samuel se presenta de nuevo por detrás y me despierta de mi estupor.

—Vamos, ve ahora mismo. Llevas dando la lata desde la primavera con el destino y vuestro encuentro, ¿es que ahora te quieres echar atrás? ¿Acaso eres una cobarde? —Me pregunta, poniéndose de jarras.

—Ahora verás —respondo picada al sentir que su comentario me ha dado donde más me duele. Le voy a hacer ver que lo mío no ha sido nada más que un delirio.

Pero, al llegar a la mitad de la distancia que me separa de él, ya no estoy tan segura de mi plan. La verdad es que solo esperaba que entrara, pero nunca he pensado en la forma de gestionar el asunto. Cojo la lista de platos del día y finjo que estoy absorta estudiándola mientras me dirijo a él; está de espaldas charlando con Bill, pero todavía de pie. Espero que el jefe no me eche por lo que estoy a punto de hacer.

Alargo el paso y choco con él.

—¡Cuidado, Freya! —Exclama Bill, contrariado.

Chase, sin perder un segundo, me coge de un brazo para sujetarme e impedir que me caiga. Parece que el tiempo se ha detenido, nuestros ojos se cruzan y leo el estupor en su mirada. Sé que me ha reconocido.

Un rayo me fulmina de pleno. Me parece que el local ya no existe, que todo el mundo, más allá de nosotros dos, ha desaparecido. Es como si la tierra hubiese dejado de girar y el tiempo se hubiera detenido, congelando estos instantes en una dimensión que existe solo para nosotros, que nos da tiempo a mirarnos durante un segundo que parece eterno. De repente, ya nada importa. Estos meses separados nunca han existido, él siempre ha estado ahí, dentro de

mí. Al mismo tiempo, encontrarme de nuevo con sus ojos en persona es tan emocionante que me parece que es la primera vez, tengo la sensación de que solo hoy estoy viendo el mundo, que he estado ciega durante un tiempo eterno.

—Perdone —me apresuro a decir mientras me agacho para recoger la lista de los platos del día.

Él se agacha conmigo y la coge antes; al dármela, nuestros dedos se rozan. Siento que me traspasa una descarga eléctrica, aunque me recupero enseguida porque la voz aguda de Grace me atraviesa los tímpanos.

—¡Qué torpe! exclama —volviéndose hacia Bill—.Dónde la has encontrado? ¿Has puesto un anuncio diciendo “Se buscan incompetentes para ahorrar”? —Pregunta, con una risita.

—Freya, normalmente, es muy cuidadosa, ¿verdad? —Responde Bill, mirándome de lado.

—Perdona, pero hoy he tenido el primer examen y todavía estoy nerviosa —me justifico con expresión compungida.

—Esperemos que Samuel no sea tan emotivo como tú o esta noche vamos a estar jodidos —bromea él y me doy cuenta de que el momento difícil ya ha pasado.

—No, Bill, yo estoy muy tranquilo —añade Samuel con una sonrisita. Sé muy bien que ha disfrutado con la escena.

—Como disculpa haré el trabajo de Mattew para limpiar los baños en la mitad del turno, así se podrá ir antes a casa; está aquí desde el mediodía —añado para hacer propósito de enmienda.

—De acuerdo, ahora poneos a trabajar —nos insta Bill.

Voy hasta el mueble donde están las servilletas para preparar las mesas.

—Dios, ¡qué cara ha puesto la tía! Te habría fulminado —observa Samuel en italiano, riendo. Cuando decimos algo inoportuno, lo hacemos siempre en nuestra lengua, los ingleses solo la aprenderían por placer.

—Me ha reconocido —aclamo, demasiado emocionada para contenerme.

—Sí, te estaba comiendo con los ojos —afirma malicioso.

—¿Lo dices en serio? —Pregunto, sintiendo que se me encienden las mejillas.

—Oh, vamos, ¡no te hagas la tonta! —Me apunta un dedo contra el pecho.

—¡Chicos, las mesas! —Nos llama Bill.

—Por supuesto, Bill, perdona —replico muerta de vergüenza, me fastidia que me regañe el jefe.

Unos minutos después, encuentro un pedido para la mesa treinta que es una

de las mías, pero sé que no he acompañado a nadie hasta allí. Echo un vistazo en dirección a donde se encuentra y veo justo a la parejita. Deben haberle dejado el pedido a Bill antes de sentarse: una cerveza y una botellita de agua natural, no me cuesta mucho adivinar para quién es cada cosa.

Respiro y me dirijo a la mesa.

—Ten cuidado con no echarnos las cosas encima, torpe —me recibe Grace con expresión malvada.

Esta chica siempre me ha resultado antipática, incluso en las fotos, antes de que me echaran de la habitación del hotel porque se iba a presentar por sorpresa. Pero ahora puedo decir que es, de veras, detestable.

Pongo las bebidas sin responder.

—Gracias, Freya —dice Chase.

Hago un gesto con la cabeza y me alejo.

—No era necesario darle las gracias —siento la voz de ella reprendiéndolo.

Me pregunto cómo puede soportar a una tía tan gilipollas y me pregunto si no me habré engañado en cuanto a él y su verdadero carácter.

La noche continúa y los clientes llenan el local, me parece que no tengo ni un segundo y empiezo a sentir un calor terrible. En Londres ya hace frío, pero no aquí dentro: entre las luces y el continuo movimiento, no se puede respirar.

Cuando Bill me pide que salga a tirar la basura, suspiro aliviada, al menos podré refrescarme un segundo. Al volverme a la puerta, veo a Grace de pie a un lado de la entrada, está fumando.

—¿Has acertado a echarla en el cubo? —Me pregunta con desprecio.

—Sí replico —tratando de esquivarla para entrar.

—Eh, espera un momento —me para arañándome en un brazo—, tú no eres inglesa ¿verdad? —Pregunta.

—No, soy italiana. Ahora, si me disculpas, tengo que trabajar —replico, tratando de evitarla de nuevo.

—No tengas tanta prisa, no querrás que le diga a Bill que, además de torpe, también eres maleducada con los clientes —me bloquea la entrada.

Me cruzo de brazos y la miro, no tengo ni idea de lo que puede querer de mí.

—He visto cómo mirabas a mi novio. Bueno, olvídate de él... A las tías como tú ni las mira, no eres más que una “lavacopas” como tantas otras — afirma obstinada, mientras suelta una larga bocanada de humo.

—No sé de qué estás hablando —respondo decidida a poner fin a esta

conversación ridícula.

—Oh, lo sabes muy bien, como también sabes que es famoso. Todas las camareras universitarias tontas como tú lo saben y se tragan todos sus vídeos de YouTube —añade casi en un susurro.

—Se te ha quedado un trozo de ceniza encendida enganchada en la manga del abrigo —le hago ver con indiferencia.

—¡Maldita sea! —impreca, quitándosela—, no tienes idea de lo que cuesta este abrigo, ¿es de Vivien Lloyd! Pero qué puede saber una “lavacopas” como tú de una gran diseñadora —comenta, mirándome con suficiencia.

Siento curiosidad por saber lo que diría si le explicara que es mi madre y que el dinero con que lo ha pagado contribuye a mi mantenimiento, pero no lo hago. Ante todo, mi madre me mataría si alguien del mundo de la moda fuera diciendo que su hija trabaja de camarera. En segundo lugar, me llamaría mentirosa. Por eso la miro en silencio.

—No tengo nada más que decirte. No mires a Chase, no está a tu alcance, ¿has entendido? Ahora vete a limpiar retretes como le has prometido a Bill. Creo que ya estamos en la mitad del turno y ese es tu sitio —me liquida lanzándome una mirada asesina.

Ni siquiera le respondo y entro en el local. Me ha puesto bastante nerviosa y ponerme a limpiar ayudará a que se me pase la rabia. Bajo la escalera que lleva a los baños, espero a que salga una chica, coloco el cartel para que no entre nadie, me pongo los auriculares y empiezo a limpiar. Escucho una canción de las Little Mix, *DNA* y canturreo mientras paso la fregona para quitar las pisadas que hay por todas partes. Doy gracias al cielo por que nadie me pueda ver: estoy realmente cómica con la fregona en la mano como si fuera un micrófono y me deleito con mi actuación.

Cuando se repite el estribillo, sigo en lo mío y, al pasar delante de los espejos, lo veo que me mira divertido. Me quito los auriculares de las orejas de inmediato.

—¿Qué haces aquí? Es el baño de mujeres —pregunto, fastidiada porque me haya pillado in fraganti.

—Una interpretación excelente, sin duda alguna. —Ignora mi pregunta y se acerca.

De forma involuntaria, retrocedo y voy a chocar con la fila de los lavabos. De repente, la estancia me parece demasiado pequeña para que quepamos los dos.

No puedo evitar mirar sus labios carnosos, esa boca estupenda que he

besado, saboreado.

“Pésima idea, Freya. ¡Realmente estúpida!”.

—Te mandé un mensaje pero nunca me respondiste y ahora te vuelvo a ver aquí. Al menos podías haberme avisado de que te venías a vivir a Londres —susurra cuando ya está a un paso de mí.

Estoy a punto de darle una de esas respuestas que te dejan helado, pero levanto mi mirada hasta la suya. Sus ojos me turban más allá de todos los límites y parece que pueden leer mis pensamientos. Se acerca a mí, obligándome a retroceder de nuevo y, para hacerlo, me siento en los lavabos, pero él no cede: me coge la cara con las manos y se inclina para besarme.

Mi cerebro me dice que lo aparte, que es un bastardo y que arriba está su novia, pero mi cuerpo no obedece. Le enrosco los dedos entre el pelo y le enredo las piernas detrás de la espalda. Él me coge por la cintura, apretándome a su vez, mientras con la otra mano va bajando el pulgar por mi pómulo. Mi lengua responde a la suya. Nos estamos devorando.

—Tengo que entrar en el baño, ¿has acabado de limpiar o no? —Retumba una voz fuera de la puerta, debe ser una cliente.

—Escóndete en uno de los baños y no salgas hasta que no oigas que se va. No querrás que se extienda el rumor de que entras en los baños de mujeres —susurro, apartándolo de mí. Ahora que me he recuperado, me fustigo mentalmente por mi debilidad.

Él se ríe, pero hace lo que digo; al fin, me recompongo y le abro la puerta a la chica.

—Perdona, con la humedad que hay hoy ha tardado mucho en secarse. Cuando está mojado te puedes resbalar, por eso estaba cerrado —me justifico.

—No pasa nada, estás trabajando. Perdóname tú, pero me estoy meando viva —bromea ella.

“Una cliente que no es estirada”, pienso mientras le sonrío, comparándola con la gilipollas de la novia de Chase.

Enseguida vuelvo a poner la fregona y el cubo en un rincón, y corro hacia arriba antes de que la chica termine; no quiero volver a encontrarme con él a solas. No sé lo que habría ocurrido si no nos hubiera interrumpido.

—¿Has visto a Chase? —Pregunta Grace, mientras me estudia.

—No —replico con fastidio.

—Ha dicho que iba al baño, ¿no estabas limpiando los retretes? —Insiste retándome con la mirada.

—No creo que entre en los baños de mujeres, estaba limpiando ahí —

respondo irritada.

Me mira con mala cara.

—¿Qué pasa? —Pregunta él que ha llegado mientras tanto.

—Nada, tu novia creía que te había obligado a operarte, habías cambiado de sexo y entrado en el baño de mujeres —replico sarcástica. No puedo quedarme callada cuando me pongo histérica y esta chica me pone histérica. No la soporto.

—Creo que por esta noche ya he escuchado bastantes tonterías, podemos irnos. —Se pone de pie Grace, enfadada.

Me alejo sin dignarme a mirar a ninguno de los dos. Le cogería la cabeza y la usaría como fregona para limpiar los retretes, así tendría sentido que vaya por la vida como si estuviera oliendo algo desagradable. Pero me controlo.



CAPÍTULO 18

Viernes 14 de octubre

En el metro, Samuel me mira divertido.

—Has vuelto loca a la tía —observa complacido mientras juega con la cremallera de la chaqueta.

—Sí, me ha recordado que no soy más que una camarera y que las chicas como yo somos solo basura para él —respondo, más fastidiada de lo que me gustaría.

— Por la forma en que te ha mirado, yo no lo diría... Creo que se ha dado cuenta de algo y te lo ha dicho precisamente por eso —me hace saber Samuel, dándome un codazo.

—Qué pena ser tan insegura —comento, volviendo a pensar en la forma que tiene Grace de marcar el territorio.

—Bueno, ¿no me cuentas nada más? A ella le puedes haber dicho que no lo has visto en el baño, pero a mí no —replica él con expresión maliciosa.

—Soy una tonta, Samuel. Creía que lo tenía todo bajo control, que lo podía manejar, pero en cuanto se me acerca ya no entiendo nada. Es verdad, fue a buscarme al baño y nos besamos, ni siquiera traté de resistirme. ¡Dios mío! Le puse las piernas alrededor de los costados como una gata en celo —me desespero, escondiendo la cara entre las manos.

Mi amigo se muere de risa, mientras yo me ruborizo.

—No creo que él esté disgustado —me consuela dándome ligeros golpecitos en el hombro—. Por si te sirve de consuelo, yo también me frotaría como una gata en celo —añade, asintiendo con firmeza.

Lo recompensó con un codazo y él finge que le he dado un golpe mortal, doblándose en dos.

—No, pero no hay que olvidar que tiene novia: si me quisiera, estaría

conmigo, no con ella —respondo suspirando mientras vuelvo a lo que más me duele.

—Bueno, acaba de volverte a ver. Puede que la deje cuando se dé cuenta de que te interesa —me hace ver Samuel.

—¿Cómo te va con Colin? —Pregunto para cambiar de tema, ya llevan juntos algún tiempo.

—Nos hemos hecho íntimos... —dice Samuel con una risita socarrona.

No le pido que me lo cuente todo como habría hecho Tania, no soy tan entrometida. Pero, de todas formas, mi amigo me hace partícipe de lo que ha sentido y yo lo escucho de buen grado.

Al llegar a casa, nos ponemos el pijama y, cuando viene a mi habitación a darme las buenas noches, le echa más leña al fuego.

—Creo que en esto soy más experto que tú, podría aconsejarte —se ofrece Samuel.

—¡Samuel! —Exclamo, fingiendo indignación.

—Vamos, Freya, te entiendo... En suma, sé que son cosas tuyas, pero con un tío así... —Alza una ceja junto a una mirada maliciosa.

—Con un tío así, ¿qué? —Le lanzo una almohada.

—Uh... Estamos nerviositas, ¿eh? Bueno, después de un acercamiento así, pero sin llegar al final, creo que te pica la *margarita* —me guiña Samuel.

—¿Me pica la *margarita*? —Abro los ojos de par en par.

—La *cosita* que tienes entre las piernas —me indica.

Después de un gesto inicial de apuro, empiezo a reír como una loca.

—Vale, ¡se acabó la broma! No soy ninguna ninfómana, no me basta un beso para tener ese tipo de ganas —trato de contener la risa.

—Freya, no te hagas tanto la púdica. Yo me habría tirado sobre él en el lavabo —me hace saber—. Y, además, soy hombre, no te olvides de ese detalle. Sé lo que nos gusta, acepta mis consejos —choca las manos, dejándose caer sentado en mi cama.

—No he estado con ningún otro; pero, si volviera a suceder, no tengo intención de hacerle creer que soy una mujer de gran experiencia —respondo, cruzando los brazos en el pecho.

—No, no creo que sea inteligente darle a entender que después de él has ido saltando de un pito a otro, pero al menos puedo prepararte para lo que te espera; no quiero que te quedes paralizada. Por ejemplo, en mi opinión, le gustaría mucho que tú...

—¡Déjalo ya! exclamo, tapándome los oídos y poniéndome roja como un

tomate.

Samuel se ríe y se burla de mí haciéndose el signo de la cruz. Sé que debería decir que no con firmeza, pero la idea empieza a seducirme.

—Lo mismo ya no está interesado, no es seguro que vuelva a pasar —trato de desviar el tema.

—Por supuesto, está tan poco interesado que te ha metido la lengua en la boca a la primera de cambio —rebate él, sacudiendo la cabeza.

Observo el reloj para ponerle fin a la conversación más comprometida de todas recordándole que es tarde, pero, en ese mismo momento, mi móvil empieza a vibrar. Aún antes de cogerlo ya sé que es él, ninguno de mis nuevos compañeros tiene la suficiente confianza conmigo para permitirse escribirme a las dos de la mañana y nadie tiene mi número italiano.

Samuel me mira complacido mientras abro el mensaje.

CHASE: Te has escapado sin responder a mis preguntas.

Mientras lo leo, me doy cuenta de que todavía está escribiendo.

CHASE: Ah, olvidaba, tu boca es fabulosa.

Me da un ataque de pánico y mi amigo me quita el móvil de las manos para leerlo.

—Tienes que responder a esto o lo haré yo por ti —me conmina.

—Tiene novia —se lo recuerdo por si se le había olvidado en el trayecto del metro a casa.

—¿Qué te importa?, lo quieres ¿no? Además, ella es una gilipollas horrible, no una amiga, ¿por qué coño te preocupas tanto? Si no le das un poco de pie, nunca sabrás cómo va a acabar —me incita—. Si luego no quiere dejarla, podrás seguir haciéndote la recatada de por vida —añade, alzándose de hombros.

Miro el chat como si fuera algo peligroso. Lo veo en línea y empiezo a escribir el mensaje, pero lo borro una decena de veces. Probablemente pensará que le estoy escribiendo un tocho, pero se va a llevar una decepción.

FREYA: ¿Piensas que te mereces una respuesta a tus preguntas?

CHASE: ¡Sí!

Responde de inmediato, añadiendo el emoticón que guiña el ojo.

FREYA: En parte, ya te has respondido con lo que me escribiste la otra vez.

CHASE: Entonces ¿por qué me has besado?

—¡Qué gilipollas! —Exclamo, dirigiéndome a Samuel, que está leyendo la conversación y me guiña un ojo sin poder contenerse.

FREYA: ¡Me besaste tú!

CHASE: Y tú, desde luego, no te has echado a atrás...

FREYA: No mereces que te responda.

CHASE: ¡Espera! ¿Qué haces aparte de trabajar en el local de Bill? Estás estudiando, ¿verdad?

FREYA: Si tanto te interesa, descúbrela.

CHASE: Podría sorprenderte.

FREYA: No veo la hora.

Con una expresión sarcástica, apago el teléfono porque quiero que vea que ni siquiera espero una respuesta.

—¡Has estado estupenda! dice Samuel. —Cortante en su justa medida y misteriosa. Se estará muriendo de la curiosidad —me da una palmadita en la espalda.

—Sí, claro, con ella dormida al lado y lo mismo acaban de hacerlo —objeto, suspirando.

—Freya, no seas siempre tan melodramática, ¿quién te dice que viven juntos? Yo creo que estaba solo y pensando en el beso que os disteis —me anima Samuel.

—Bueno, si piensa que basta con seguirme a los baños para tenerme, está

totalmente equivocado —farfallo.

Pero, a pesar de haber fingido delante de Samuel que he superado la situación, una vez apagada la luz no consigo dormir y sigo pensando en él.

Parece que el cansancio de todo el día no me afecta, no consigo entender por qué hasta que la realidad resulta evidente: la vida, esta noche ha sido mejor que cualquier sueño, por eso es más fácil mantener los ojos abiertos que cerrados.

"¿Será esto el amor?".

Lunes 17 de octubre

Estoy en la universidad y debería prestar atención a la clase, pero mi mente vaga distraída. Han pasado tres días desde la noche que lo vi y ya no me ha mandado más mensajes ni ha vuelto a aparecer por el local. Empiezo a pensar que se ha cansado, quizás he tirado demasiado de la cuerda y he sido demasiado déspota.

Cuando termina la clase, mi amigo me detiene en la puerta del aula.

—Voy a comer con Colin, ¿te quieres venir? —Me invita.

—No, gracias, me voy a casa a seguir estudiando. He estado distraída durante toda la clase —rechazo amablemente.

—Freya, escucha... No pretendo ser un entrometido, créeme, pero tampoco quiero verte sufrir. O le hablas de manera clara y la situación va evolucionando o lo dejas estar. Como ya te he dicho, hay muchos chicos guapos por ahí —observa Samuel, poniéndome las manos en los hombros.

—No estoy buscando ningún chico guapo —resoplo, poniendo los ojos en blanco.

—Lo sé, lo sé. Está claro que lo quieres a él. Pero no puedes estar siempre a la expectativa. Trata de saber lo que quiere y toma tu propia decisión —me aconseja antes de dejarme marchar.

Me dirijo a la salida del campus y veo una gran cantidad de chicas que se agolpan alrededor de algo, pero desde aquí no logro entender de qué se trata. Me acerco pensando que alguien se ha podido sentir mal y distingo un *Maserati Gran Turismo MCStradale* negro resplandeciente.

Sé a quién pertenece, lo he visto en muchas fotografías.

Ahí está él, de pie, firmando autógrafos y haciéndose fotos; el corazón se me para.

—Freya —me llama al verme.

Me tiemblan las piernas, pero me lleno de valor y voy hacia él; las chicas me miran con curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —Pregunto, fingiendo indiferencia.

—Fuiste tú la que me dijiste que descubriera lo que estabas haciendo — replica él, alzándose de hombros.

—Por supuesto, me imagino lo que te habrá costado... Seguro que has hablado con Bill y te lo ha largado —le hago notar, resoplando.

—Aunque fuese así, lo he descubierto de todas formas. Ahora no puedes decir que no. ¿No quieres darte una vuelta conmigo en esta hermosura? —Dice abriendo la puerta del coche.

Siento la tentación de negarme y dejarlo ahí como un tonto, pero el deseo de entender por qué se está comportando así y qué quiere de mí es demasiado fuerte.

—¿No temes que alguien nos fotografíe y tu novia lo descubra? —Pregunto cortante, echándole un ojo a la multitud de chicas armadas con el móvil.

—Bueno, la ley no me prohíbe salir en coche con una mujer. No te he propuesto que vayamos a escondernos —observa insolente mientras alza una ceja.

Me subo resoplando y le arranco una divertida carcajada.

—Si vienes todos los días, harás feliz a muchas estudiantes —observo, mientras salimos del campus.

—A mí solo me interesa hacer feliz a una —responde él, lanzándome una mirada.

Siento que un escalofrío me baja por la espalda, pero me obligo a mantener la compostura: si no logro mantenerme fría e indiferente, nunca conseguiré las respuestas que quiero y acabaré por encontrarme en este coche en posición horizontal sin siquiera tener la posibilidad de comprender cómo he ido a parar allí.

—¿Tienes que pasarte por casa a coger algo para el trabajo? —Pregunta

lanzándome una mirada.

—No, ya tengo los vaqueros y unos zapatos cómodos, las camisetas están en el vestuario —respondo.

—De acuerdo —asiente mirando la carretera y luego se dirige a Hampstead.

Me pregunto si sabrá lo que me gusta este parque, pero me quedo en silencio hasta que aparca.

—He pensado que aquí estaremos más tranquilos y, como queda cerca del trabajo, no tendrás prisa —me explica.

Estoy a punto de abrir la puerta y bajar del coche cuando una gota enorme cae en el parabrisas. En un segundo, empieza a diluviar.

—¡Caramba! —Exclamo parpadeando.

Llueve tan fuerte que, a duras penas, veo a un metro del coche. Me siento incómoda, como en una trampa. En mi reducido espacio, percibo sus ojos sobre mí y el estrecho habitáculo en el que nos encontramos.

—Estamos en el Reino Unido y no en tu soleada Italia —me hace ver.

Me vuelvo hacia él: lleva unos vaqueros y una camisa lila, sobre el asiento trasero veo la chaqueta negra.

—¿Por eso has venido en coche? —Pregunto, más que nada por llenar el silencio.

—Empieza a hacer frío y, además, suponía que nos iba a hacer falta un lugar tranquilo para hablar —me hace ver, divertido.

Las ventanillas están empezando a empañarse y lo que me hacía intuir que estaba en el mundo real empieza a desaparecer poco a poco. Ya distingo con dificultad el verde del césped.

—Freya, ¿por qué en vez de seguir mirando fuera no me miras a mí? —Me pregunta con voz profunda.

Lo contento, volviéndome hacia a él con aire desafiante.

—¿Qué quieres de mí, Chase? —Pregunto, plantando mis ojos en los suyos.

—Quiero que respondas a las preguntas que te hice ayer por la noche. ¿Por qué nunca contestaste a mi mensaje? ¿Por qué no me has avisado de que estabas aquí? —Vuelve a preguntarme.

Esta vez no hay forma de escapar, a no ser que quiera huir bajo la lluvia que cae con gran intensidad; sus ojos no me dejan ni un instante, pero le sostengo la mirada para no darle la satisfacción de hacerme sentir incómoda.

—Cuando estuvimos juntos te dije lo que pensaba del amor. La verdad es

que aquella noche me abrí contigo mucho más que con personas que conocía desde hacía años. A la mañana siguiente, me diste los buenos días, demostrándome que eres igual que mis padres: tenías novia y ella estaba llegando para darte una sorpresa. Dos minutos antes, estábamos en la cama juntos, dos minutos después te desembarazaste de mí como si fuera una colilla —respondo más sincera y directa de lo que me habría gustado, dejándolo sin palabras—. ¿Para qué te iba a decir que estaba aquí? ¿Para que me echaras otro polvo? —Estallo, alisándome el pelo nerviosamente.

Él me mira, quizás sorprendido por mi franqueza y yo también lo estoy.

—Aunque te parezca mentira, no estoy acostumbrado a hacer ese tipo de cosas —responde, colocándose un mechón rebelde que se le ha caído delante de un ojo.

—Por supuesto —exclamo sarcástica—. Yo tampoco, es más, tú lo sabes muy bien. Imagino, además, que aquella noche tenías el preservativo solo por casualidad —dejo escapar.

—Freya, al menos déjame hablar —objeta, poniéndome una mano en la rodilla.

No logro controlarme y me sobresalto, ha sido como si me atravesara una descarga eléctrica.

—De acuerdo, escuchemos —lo animo, cruzándome de brazos y tratando de recuperar la compostura que ya sé que he perdido, por desgracia.

—Las cosas no iban bien entre Grace y yo, con mis giras y sus compromisos no nos estábamos viendo mucho y la última vez que habíamos estado juntos discutimos muy fuerte. No te estoy contando los hechos, pero tiene un carácter bastante difícil... Al principio estaba perdidamente enamorado y no le prestaba atención, pero poco después empezó a resultarme un poco pesada. La verdad es que los preservativos siempre los llevo conmigo. Grace y yo tenemos un trabajo en el que hay periodos en los que nos encontramos casi por casualidad. No los había comprado con la intención de llevarme a nadie a la cama —empieza diciendo.

Me quedo en silencio, no tengo nada que objetar con respecto a eso y me siento avergonzada por mi acusación. En efecto, su respuesta es más que lógica.

—Grace recibió una invitación de *Dolce & Gabbana* en el taller y decidió ir a buscarme, pero yo no tenía ni idea. Cuando mi hermano se presentó en la habitación para avisarme que estaba a punto de llegar, no supe qué hacer: no podía decirle que no tenía tiempo para verla o que no se viniera conmigo. Si te

hubiera visto, se habría armado una buena y no me parecía la mejor forma de dejarla. Acepté de buen grado la situación, esperando ponerle fin a la historia cuando volviéramos al Reino Unido. He pensado mucho en ti. Los primeros días me decía que se me pasaría, pero no dejaba de imaginarte entre mis brazos. Sabía que te había decepcionado y recordaba bien lo que me habías dicho, por eso no me puse en contacto contigo durante todo un mes. Hice el vídeo con la esperanza de que lo vieras y lo entendieras; he leído todos los comentarios, pero no había nada que me hiciera pensar que se trataba de ti. Por eso, decidí escribirte. Pensaba que ibas a responder, pero no lo hiciste...

Esas palabras me recuerdan lo que estaba a punto de hacer cuando leí lo que me escribió: si el mensaje hubiera llegado solo diez segundos después, habría tenido en el cuerpo al menos treinta somníferos. No puedo dejar de pensar que nuestras vidas están realmente entrelazadas. Ahora Chase está delante de mí, sin tener ni idea de que me salvó, de que me puede ver y hablar conmigo solo por haberme mandado unas cuantas líneas.

—Pero, no obstante, estamos casi en noviembre y todavía sigues con ella. En el vídeo no hay nada a lo que responder, bastaba con el comentario de Grace, ¿no? —replico sin darle tregua.

—Sí, han pasado siete meses desde que te conocí, Freya, pero, como ves, no te he olvidado y está claro que no podía impedirle que hiciera un comentario —me rebate él, acercándose.

Me aplasto la espalda contra la puerta del coche, porque si se acerca más, sé que no me podré resistir.

—¿Qué quieres de mí, Chase? —Vuelvo a preguntar.

—Una oportunidad —afirma bajando la mirada. Con las largas pestañas claras que le reflejan sombras oscuras en los pómulos, parece casi intimidado.

—¿Y le vas a decir a tu novia que quieres una oportunidad? —Le pregunto directa, tratando de no dejarme condicionar por lo que siento.

—Escucha, estoy con ella desde hace mucho tiempo, no es tan fácil como parece. Sé que tengo que dejarla, pero dame tiempo. Aunque no me creas, no eres un capricho pasajero. No has sido el pasatiempo de una noche y me gustaría que lo entendieras —dice, haciendo que mis defensas se derrumben casi por completo.

—Si soy tan importante para ti, ¿cómo es que te rendiste después del primer mensaje? —Pregunto, tratando de mantenerme todavía a la defensiva.

—Porque pensaba que ya no querías saber nada de mí, creía que te había decepcionado demasiado. Temía que me odiaras —responde, apretando las

manos que tiene apoyadas en las piernas.

No puedo creer que un hombre como él pueda pensar que alguien no lo quiera y, a pesar de ello, al mirarlo me doy cuenta de que no está fingiendo.

—¿Qué ha cambiado ahora? No me he venido a vivir aquí por ti —miento, porque no estoy dispuesta a admitir la verdad.

—Nunca lo he pensado, Freya. Si me quieres contar cómo has acabado aquí, estaré encantado de escucharte. Pero ayer por la noche, cuando acabaste encima de mí y nuestros ojos se encontraron, vi en ellos la misma chispa que yo sentía. No me puedes decir que no es así o no me habrías besado de ese modo —me está poniendo contra la pared.

De repente, la alfombrilla del coche me resulta muy interesante y la miro con insistencia, esperando que se anime, me envuelva y me teletransporte a otra parte. Su mano en la cara me obliga a darme la vuelta, está a pocos centímetros de mí y siento que me falta el aire. Con sus ojos en los míos, me sumerjo en ellos y me rindo como una tonta. Porque me gusta demasiado, porque en cuanto lo veo mi corazón brinca, porque el olor de su piel me hace perder la razón y, sobre todo, porque lo quiero como nunca he querido nada en la vida.

Me acerco a él justo cuando él lo hace a su vez y nuestros labios se juntan con vehemencia. No consigo controlarme, contenerme como habría querido. Fuera, la lluvia cae con fuerza en el coche y ese diluvio continuo me parece el latido de mi corazón que echa a volar. Mis manos se animan solas, le desabotonan la camisa y le acarician el pecho; él me coge por las nalgas, apretándome, haciéndome sentir que me desea tanto como yo a él.

Noto sus dedos que vuelven a subir por mi espalda, debajo de la camiseta y después pasan a la parte delantera, apartándome el sujetador y deslizándose en mi pecho. Mientras le muerdo el labio, me doy cuenta de algo horrible que me provoca un miedo mortal: en este momento, lo deseo más que ninguna otra cosa.

Con sus manos sobre mí, su lengua entrelazada con la mía, me resulta difícil razonar, imaginar cómo contener los impulsos de mi cuerpo completamente inexperto ante determinadas sensaciones. Me estoy frotando con desesperación contra la erección que le oprime dentro de los pantalones y creo que me podría correr solo con eso.

Mi teléfono empieza a sonar con fuerza en el bolso y me escurro hacia atrás volviendo a la realidad.

—Madre mía, ¡es tardísimo! —Exclamo.

—¿Qué era? —pregunta.

—La alarma. A veces el metro viene con algo de retraso y la he puesto a propósito. Si suena cuando todavía estoy en el tren, tengo que empezar a correr —explico, arreglándome la camiseta y el pelo, dispuesta a escurrirme hasta el local.

—Freya, ¿quieres ir a pie con este tiempo? Yo te llevo —se ofrece.

—Puede verte alguien —le advierto.

—Puede que no me importe nada. No estoy preso, puedo acompañar a una amiga al trabajo —responde mientras se vuelve a abrochar la camisa y cubre su imagen maravillosa.

“Mi Perseo era hermoso, pero no le hice justicia a la maravilla que es el cuerpo esculpido de Chase”, pienso para mí, al recordar mi dibujo.

—¿Una amiga? —Pregunto, mirándolo mal.

—Bueno, en ninguna parte está escrito que hasta hace un instante nos estábamos besando —se alza de hombros mientras hace girar la llave.

Ya se ha puesto en marcha y, en pocos minutos, estamos delante del local; miro el reloj y, por suerte, todavía faltan cinco minutos.

—Gracias —le digo, dándome la vuelta para bajar.

—Espera —me detiene—. Estaré fuera unos días. Tengo que repetir algunas instantáneas que no le gustan al fotógrafo, por lo que, probablemente, nos volveremos a ver a finales de mes. Había venido también para decírtelo, pero he perdido la razón por completo. A veces, cuando te beso, ya no me acuerdo ni de quién soy —concluye, haciendo que el corazón me explote en el pecho.

Me gustaría decirle que a mí me pasa lo mismo, que lo deseo con tanta intensidad que me duele, pero me quedo callada.

—Nos vemos a finales de mes, entonces —respondo, decidida a bajarme del coche y a alejarme antes de hablar demasiado.

Él me coge por sorpresa y se me acerca, me besa y se echa a un lado.

—Vete, son las seis, no quiero que Bill se enfade contigo por mi culpa —al fin me libera de su magnetismo.

Me bajo y corro hasta la puerta del local. Todavía llueve mucho, siento el ruido del coche al marcharse mientras abro la puerta del local, pero no me vuelvo a mirarlo otra vez, no le quiero conceder también eso.

Cuando paso delante del mostrador, me cruzo con la mirada de Bill.

—Haré como que no he reconocido ese coche, Freya —me saluda con una risita.

Me acerco a él y me siento en un taburete del mostrador.

—Si no querías que se viera conmigo, no deberías haberle dicho dónde estudio —respondo, desafiándolo con la mirada.

Bill se queda perplejo.

—Yo no se lo he dicho —afirma, dejándome de piedra.

“¿Cómo coño lo ha descubierto?”, no puedo evitar preguntarme.

—Ve a cambiarte, Freya —me incita Bill—. Los sueños con los ojos abiertos, déjalos para la noche se burla de mí.

Durante mi turno, no hago más que pensar en cómo ha podido descubrir dónde estudio, no consigo dejar de preguntármelo. Se lo cuento también a Samuel, pero él tampoco encuentra razones creíbles, así que, cuando llego a casa, decido escribirle.

—Podría estar con ella —me pincha Samuel.

—Bueno, no es mi problema, es él el que ha decidido molestarme —respondo, dispuesta a hacer lo que quiero.

FREYA: No te lo ha dicho Bill...

CHASE: En ningún momento he dicho que haya sido él.

FREYA: Pero hoy cuando he hecho la observación, no la has negado.

CHASE: ¡Está bien! Tu sueño era convertirte en dibujante profesional, he imaginado que te habrías matriculado en cualquier facultad de esas características. Como trabajas en el local y los turnos son bastante largos, he entendido que no debería estar muy lejos y me ha venido a la mente la University of London. Tengo algún amigo y he hecho un par de llamadas.

FREYA: Ni siquiera sabes mi apellido.

CHASE: Ahora sí. No ha sido difícil, he preguntado por Freya, una chica italiana de primero, no es que haya decenas.

FREYA: Peor que un acosador.

CHASE: Has sido tú la que me ha desafiado...

FREYA: ¿Cuándo te vas?

Cambio de tema para frenar su observación y evitar tener que darle la razón.

CHASE: Dentro de unas horas.

FREYA: ¿Estabas durmiendo?

Me siento terriblemente apurada al darme cuenta de que son las dos y media de la mañana.

CHASE: Sí, pero me alegro de que me hayas despertado.

El corazón empieza a bombearme en el pecho a una velocidad de locura, mientras miles de mariposas se agitan en mi barriga.

FREYA: Buen viaje, yo también me voy a dormir.

“No veo la hora de volverte a ver”, eso es lo que me gustaría decirle, pero evito hacerlo.

CHASE: Buenas noches, Freya.

Cuando escribe mi nombre, me parece que estoy escuchando cómo lo pronuncia: el modo en que suena al salir de sus labios hace que me parezca una palabra maravillosa.

Me duermo pensando en sus ojos y también mis sueños están llenos de él.



CAPÍTULO 19

Domingo 23 de octubre

Los días pasan más rápidos de lo que pensaba. Creía que, al saber que estaba lejos y tener la certeza de no poderlo ver, el tiempo se detendría, pero no es así. Los estudios me mantienen ocupada todo el día, por la tarde trabajo y de noche él me escribe. Debe haber calculado la hora a la que me recojo porque siempre me manda las buenas noches y el corazón me explota todas las veces.

La ciudad está cambiando de colores, octubre está llegando a su fin y todos los escaparates parecen haberse teñido de color naranja. Aquí se celebra mucho Halloween y a mí me encanta. También Samuel comparte mis gustos y saca fotos de casi todos los escaparates de las tiendas.

Hoy, como tenemos el día libre en la universidad, aprovechamos para dar una vuelta y buscar el traje para el treinta y uno de octubre. Bill nos ha dicho que el personal se tiene que disfrazar y nos ha pedido que lo hagamos bien; por eso estamos buscando alguna idea original. Damos vueltas por Camden Town perdiéndonos en el auténtico espíritu de Londres: aquí, lejos del esplendor de los palacios monárquicos y las prestigiosas calles de las compras, se extienden los mercados más originales de la ciudad.

Después de almorzar, nos permitimos un paseo por el Regent's Canal y luego nos adentramos en Camden High Street, la calle principal. Mis ojos empiezan a brillar. La calle está llena de tiendas muy originales. Creo que las cosas que se exponen en los escaparates son casi imposibles de encontrar en otro lugar en tal cantidad: objetos vintage, diseño futurista y cyberpunk, ropa gótica o tipo cabaret. En especial, me impresiona un escaparate en el que los maniquís tienen por cabeza una calabaza decorada como Jack O'Lantern y en su interior han metido a posta lucecitas para que parezca que están iluminadas por velas. La tienda se llama *Angelic Pretty* y he decidido que es aquí donde

voy a buscar mi disfraz de Halloween.

La empleada, muy amable, me explica el estilo de los trajes que se venden. Ella es oriental y me cuenta que se trata de una tienda que vende solamente ropa Gothic & Lolita: se trata de una moda japonesa que combina el estilo gótico, el moderno y el del siglo XIX. En pocos segundos, decido que esta va a ser una de mis tiendas preferidas y empiezo a probarme algunos de los trajes; pero cada uno resulta más bonito que el anterior y es difícil elegir. Corsés, faldas repletas de encaje, cortes delanteros y con cola detrás, medias y zapatos que parecen salidos de una novela de Jane Austen en versión gótica: me quedo prendada en este lugar.

Al mirarme al espejo, con el último conjunto, casi parezco la eterna niña victoriana. Parece que me he quedado suspendida sin tiempo ni edad, como Claudia de *Entrevista con el vampiro*. Me veo dulce e inocente, pero con un aire inquietante de fondo.

Lo quiero.

Samuel no está convencido del todo e invita a venir a Colin para que le aconseje; al final elige disfrazarse de vampiro sin más.

Nos tomamos un té con su chico antes de ir al trabajo y este saca el tema de Evan. Me cuenta que es su primo preferido, que desde niño siempre quería ir a Escocia para estar con él; incluso bromea sobre el hecho de que, cuando se dio cuenta de que era gay, Evan fue su primer amor. Cuando ve que no me importa ni hago comentarios sobre su aspecto, añade que cuando Samuel y yo estamos trabajando, ellos quedan a menudo. Sé que en la conversación no hay nada de malo y parece solo *hablar por hablar*, pero Colin, en el fondo, me está preguntando que por qué no le doy una oportunidad.

—Parece un buen chico —observo solo por decir algo agradable—. He visto que nuestras compañeras de clase se lo comen con los ojos. Quizás, si no estuviera enamorada, yo también lo haría —explico, para dejar las cosas claras.

Cuando nos quedamos solos no me enfado con Samuel, sé que él no tiene nada que ver.

—¿Cómo va con Chase? —Pregunta, mientras nos cambiamos en los vestuarios.

—Me escribe siempre, pero la situación está estancada —replico sincera, ajustándome el polo.

—Escucha, Freya, sé que te tiene muy pillada, pero estoy preocupado por ti. Quiero pensar que las cosas van a ir como te ha dicho y va a dejar a su

novia, pero tengo miedo de que alguien te vuelva a hacer daño. Quizás si te fijaras en Evan... Al menos él está libre y te quiere a ti —dice, poniéndome una mano en el hombro.

—¿No eras tú el que me daba la lata para que le mandara un mensaje? —
Le recuerdo, resoplando con fuerza.

—Sí, porque todo este asunto del destino sonaba un poco a tontería, pero ahora habéis hablado y quiero pensar que al final se quedará contigo —
explica Samuel, mientras se ata los zapatos.

—Estoy segura de que hablaremos cuando vuelva —respondo, tratando de mostrarme convincente. En realidad, todavía no sé mucho, pero tampoco quiero preocupar a Samuel con mis dramas ni animarlo a que me haga quedar con Evan. Por favor.

Acabamos de prepararnos y vamos a la sala. Le contamos a Bill lo de nuestros disfraces y este parece satisfecho, dice que temía que no captáramos el espíritu de una fiesta tan diferente a las nuestras. Cuanto más se acerca Halloween, más nervioso se pone por la apertura especial, dice que para él es más importante que Año Nuevo. El local está precioso: las paredes se han llenado de arañas de mentira, esqueletos y decoración gótica. En cada mesita, hemos puesto una pequeña calabaza con una vela y el jardín está lleno de Jack O'Lantern.

Me encanta vivir en Londres.

Lunes 31 de octubre

La mañana del treinta y uno me llega un mensaje a las cinco y media.

CHASE: Estoy regresando al Reino Unido. Esta noche estaré allí, pequeña.

Mi corazón da un brinco. En estos días, me había prometido que haría lo posible por celebrar Halloween conmigo, intento frenar mi entusiasmo y no exaltarme demasiado ante la idea, más que nada por no decepcionarme demasiado. Me pondría a saltar por la habitación si no fuera de madrugada. No me da tiempo a recuperarme del aturdimiento del sueño cuando me llega otro mensaje.

CHASE: Te mando esto, mientras sueño con besar tus labios.

Escribe, acompañado con el emoticón del beso.

FREYA: Buenos días, que tengas buen viaje. ¡Hasta la noche!

Lo sé, Samuel diría que es el mensaje de una frígida, pero no puedo comprometerme mucho. Estoy aterrorizada. Lo que siento por él me da demasiado miedo. En estos días, me ha llenado de mensajes bonitos, pero todavía no consigo calmarme, creer que realmente siente algo por mí y que no me está gastando una broma.

El día pasa como un rayo y las cinco llegan pronto; Bill nos pone enseguida bajo presión y empezamos a trabajar duro. Se hacen las ocho y, en un santiamén, el local empieza a llenarse.

Y él también llega.

Está guapísimo.

Ha elegido el mismo estilo que yo: parece un lord gótico: se ha puesto en la cara algo para parecer más pálido y se ha teñido el pelo de negro para la ocasión; sus ojos celestes resaltan como dos faros. Por desgracia, me doy cuenta de inmediato de que no solo está con amigos, sino también con ella, la gilipollas de Grace Lanther. Es evidente que, en los últimos tiempos, la mala suerte ha decidido ensañarse conmigo porque la mesa que han reservado es mía, por lo que además me tocará servirles.

Me acerco para coger el pedido y él me saluda.

—Hola, Freya.

Leo algo en su mirada, casi parece que con ese saludo se quiere disculpar, pero lo ignoro y sonrío a los demás, tratándolos como clientes normales.

—Hola, Freya, ¿te has vestido de prostituta victoriana? ¿Bill te paga poco y cuando acabes el turno esperas sacarte un dinerillo extra? —Pregunta sarcástica Grace—. Esta es la camarera torpe de la que os he hablado. Es realmente terrible, tened cuidado —luego guiña un ojo volviéndose hacia los demás.

Noto la mirada de Will, el hermano de Chase; sé que me ha reconocido, me doy cuenta por la forma en que me observa.

—Tenía en el armario un viejo disfraz de vampira, pero he pensado que era demasiado simplón y pasado de moda; quizás he exagerado —finjo que le sigo la broma, pero sobre todo le pincho, ya que ella va vestida justo así.

—Yo quiero un tercio de grifo —interviene Will, que tal vez ha advertido la inminente discusión.

Todo el mundo pide lo que quiere y me alejo, después le ruego a Samuel que les sirva en mi lugar y trato de mantenerme lejos de la mesa. Sé que no debería haberle respondido de ese modo, habría sido mejor ignorarla, pero no he podido evitarlo. Me ha dolido volver a verlo con ella, después de todo lo que me ha escrito durante su ausencia. Puede que en estos días solo me haya ilusionado.

Hacia las once, empiezo a pensar que me voy a volver loca. El local está lleno y, a pesar del frío, hay personas sentadas incluso en las mesas de afuera. Estoy rodeada de vampiros, esqueletos, monstruos de diferentes tipos, zombies y cosas que ni siquiera reconozco. La gente baila, se mueve y debo estar muy atenta para no chocar con nadie, pero el ambiente me gusta. Si no fuera por Grace, estaría encantada: es mi primer Halloween de verdad y lo esperaba desde hace mucho tiempo.

Salgo a tirar la basura, cojo dos bolsas enormes pero no he calculado bien el peso y corro el riesgo de acabar con el culo en el suelo. Voy arrastrándome por el sendero del jardín cuando, de repente, alguien me quita una bolsa de las manos.

—No deberías llevar todo este peso tú sola —dice Chase, acercándose a mí.

—¿Por qué? En el fondo no soy más que una camarera —respondo enfadada. Sé que me estoy comportando como una niña, pero es más fuerte que yo.

—Freya... Estaba impaciente por volverte a ver. Siento lo que te ha dicho Grace. En lo que a mí respecta, tu disfraz es maravilloso —trata de calmarme.

—Gracias, lo sé —replico, sin siquiera mirarlo, mientras me empeño en arrastrar la pesadísima bolsa y resoplo casi como el toro delante de una mula.

—Freya, te lo ruego. De verdad, tenía ganas de pasar un rato contigo... —trata de justificarse.

—Si tu idea de pasar un rato conmigo es buscarme a escondidas en los retretes o darme un beso detrás de los contenedores de la basura, creo que te has equivocado de persona —lo interrumpo con brusquedad.

—Esta noche no tenía que venir. Me había dicho que iba a una fiesta con unas amigas, pero después ha cambiado de idea —ignora mi comentario malicioso.

—Chase, yo no puedo vivir según el humor de tu novia. Si de verdad te importo, deberías comportarte de otra forma —interrumpo sus excusas y sigo con mi propia corrida. El contenedor es mi torero y ahí es donde tengo que apuntar. Chase no está, no existe, es solo una distracción. Y, si no estoy atenta, me va a clavar una banderilla.

—Me gustaría ir a recogerte todos los días al salir de la universidad, ese momento sería solo nuestro —propone, tratando de quitarme también la otra bolsa.

Lo miro desconfiada, pero me empeño en llevar la bolsa sola hasta el contenedor.

—Te lo ruego, te prometo que la voy a dejar, solo necesito algo de tiempo —insiste en tono suplicante.

Su mano me obliga a mirarlo y no sé qué hacer para decirle que no. Sus labios están helados por el frío, pero, en cuanto los apoya en los míos, arden como carbones. Me abrazo a él, dándome cuenta en este momento de lo mucho que lo he echado de menos, de las ganas que tenía de besarlo yo también.

Después me aparto de mala gana.

—Tengo que volver a entrar, esta noche hay mucho jaleo —observo, dando un paso hacia atrás y poniendo distancia física entre los dos. Estar tan cerca de él no me ayuda a razonar de forma lúcida.

—De acuerdo. Te lo ruego, no respondas a sus provocaciones, no quiero que te cree problemas —murmura antes de dejarme ir.

Cuando vuelvo al local, noto cierto alboroto en torno a la zona del karaoke. Parece que Grace quiere cantar una canción y está esperando porque

no encuentra a Chase. Cuando me ve entrar, me fulmina con la mirada, pero yo sigo con mis tareas sin prestarle atención. Poco después empieza la música y deduzco que él también ha vuelto. Me quedo pasmada ante el mal gusto de esta chica: la canción es tan explícita como simplona y además canta de forma bastante mediocre.

—Bill, ¿por qué no le dices a tu nueva chica que nos deleite con una canción? Es torpe con la bandeja en la mano, pero lo mismo posee un talento oculto —grita ella por el micrófono, refiriéndose a mí claramente.

Alzo la mirada y me cruzo con la de Bill; intento implorarlo con los ojos. De verdad, tengo ninguna gana de ser el centro de atención, pero él me hace un gesto con la cabeza en dirección al escenario.

—Sorpréndenos —se ríe Grace maliciosa, pasándome el micrófono.

“Maldita gilipollas”, pienso, “¡ahora vas a ver!”.

Había pensado cantar algo ligero y quitarme de en medio, pero decido humillarla; así que me acerco al encargado de la instrumentación y le pido una canción concreta. Cuando empieza la música, noto la estupefacción en su mirada y le dedico una sonrisa: es absurdo, lo sé, pero no me puedo resistir.

Mientras empiezo a cantar la primera estrofa de *Bring me to life* mantengo la mirada baja y dejo que suenen mis cuerdas vocales. Después alzo los ojos y lo miro a él directamente, sin importarme lo que puedan pensar.

Casi parece que, como en el texto de la canción, le estoy suplicando que me despierte por dentro, me llame por mi nombre y me salve de la oscuridad, igual que cuando me libró de la muerte sin siquiera saberlo.

Sigo con la segunda estrofa, dejo que mi mirada deambule por todos los presentes, pero sin fijarme en nadie en concreto. Es un riesgo, pero me gusta que quede claro que al único que miro de verdad cuando canto es a él. Después hay un inciso, mi parte favorita, y vuelvo a posar los ojos en él. Siento nuestra atracción en el aire y leo en sus ojos lo que siente.

Cada una de las palabras se las dedico a él, porque eso ha sido para mí: la vida en la muerte.

Cuando termina la canción, me veo envuelta en un estrepitoso aplauso. Hay incluso quienes me animan a hacer un bis, pero yo, sin entretenerme más, dejo el micrófono y vuelvo a mi trabajo. Mientras siento que los brazos me duelen terriblemente por culpa de las pesadas bandejas que llevo de aquí para allá, me pregunto si le habrá gustado, pero no tengo el valor de volver la mirada hacia donde está por miedo a toparme con su decepción. Pero cuando me arriesgo a hacerlo, me encuentro con los ojos de Grace: me

fulmina, me guiña un ojo y se cuelga de él metiéndole la lengua en la boca.

Me vuelvo enseguida y me llamo idiota yo sola. Hace un momento, creía que se la había devuelto, pero en realidad es ella la que tiene más posibilidades de herirme y humillarme. Ahora sé que no debería haberla desafiado. Para no pensar que el chico del que estoy enamorada se está morreando con otra delante de mí, me pongo a trabajar con más vehemencia; al menos, Bill estará contento conmigo, soy la camarera más activa de la sala.

Samuel, a un cierto punto, me golpea en el hombro.

—Tienes que ir a su mesa —me grita en la oreja para elevar la voz en medio del caos.

—Te lo ruego, ¿no puedes seguir sirviéndoles tú? Si lo haces, te sirvo yo otras dos mesas —le imploro, juntando las manos como si rezara.

—Freya, lo estaba haciendo, pero la gilipollas dice que no entiendo bien el inglés. Me ha faltado poco para estrellarle la bandeja en esa cara de... Te quiere a ti, lo siento —explica Samuel, abriendo los brazos desesperado.

Me trago la bilis que siento que me sube y me dirijo a la mesa. Está sentada sobre sus rodillas y lo tienes rodeado con los brazos en el cuello; en cuanto me acerco y le pregunto lo que quiere, le vuelve a meter la lengua en la boca y me lo dice entre un beso y otro. Lo apunto todo y, sin levantar la mirada, llevo de inmediato el pedido.

Poco después, voy a recogerlo, pero olvido pedirle a Samuel que lo lleve; estoy en medio de la sala, sin saber si volverme o no atrás. Entonces lo veo en la otra punta del local atareado con una mesa de ocho personas que acaba de ser ocupada, así que decido hacer de tripas corazón. Cuando me estoy acercando, noto claramente que un pie sobresale de repente delante de los míos. Es una fracción de segundo, no tengo tiempo de esquivarlo.

—¡Lo has hecho aposta! ¡Idiota! ¿Tienes idea de cuánto cuesta lo que llevo puesto? —Se pone de pie, chillando como una loca.

Quisiera responderle que la he visto, que sé que ha sido ella la que me ha hecho caer, pero no puedo. La situación ya es bastante trágica y veo a Bill que viene hasta nosotros.

—Lo siento, te lo pagaré todo, no lo he hecho a propósito —me disculpo para tratar de tranquilizarla.

—Bill —se dirige con voz estridente a mi jefe—, esta imbécil me ha tirado encima todo el contenido de la bandeja, ¡no quiero volver a verla cerca de mi mesa ni merodear por este local! Es una loca, lo ha hecho aposta porque está enamorada de mi novio. ¡En lugar de mirar por dónde va, lo mira a él! —

Exclama, señalándome con el dedo.

—Freya, ¿no tienes nada que decir al respecto? —me reprocha Bill.

—Ya he pedido disculpas y le he explicado que he tropezado. No tenía ninguna intención de estropearle la ropa a la señorita y me he ofrecido a pagársela. Lo que afirma no es verdad en absoluto —me defiende poniéndome de pie. Tengo un dolor terrible en el costado y creo que mañana me despertaré con un enorme moratón.

—No pienso volver a un local donde las camareras se permiten tener ciertos comportamientos con los clientes. O se toman medidas con respecto a esta chica o no volveremos a pisar este lugar —alza la voz histérica.

La mirada de Bill nos atraviesa primero a mí y luego a ella.

—Freya... —empieza a hablar.

—Ya está bien de tonterías. Lo siento, Bill. Grace está celosa de todas las chicas guapas que pasan por mi lado, Freya no ha hecho nada. Te pido por favor que no la despidas, de lo contrario seré yo el que no volverá a poner un pie aquí. No voy a permitir que unos celos estúpidos sean la causa de que una estudiante universitaria pierda su trabajo —interviene Chase, poniéndose de pie a su vez.

Grace lo fulmina con la mirada.

—Chase —se entromete.

—¡Cállate! —Exclama él—. Por esta noche ya has hablado bastante —le cierra la boca.

Yo me pongo a limpiar el desastre que hay por el suelo y, por el rabillo del ojo, veo que coge a Bill del brazo. No tengo ni idea de lo que le está diciendo a mi jefe, pero durante el resto de la noche no me busca. Por eso, imagino que ha decidido no echarme del local.

Muy pronto se hacen las cuatro y, poco a poco, el local se empieza a vaciar. Estoy limpiando las mesas cuando Bill se me vuelve a acercar.

—Freya, ¿puedes venir un segundo a mi oficina? —Pregunta, poniéndome una mano en el hombro.

—Claro —lo sigo, pensando que me va a echar.

Cuando se cierra la puerta, nuestras miradas se cruzan.

—Escucha, lo que hagas en tu vida privada es asunto tuyo y, por supuesto, no soy tu padre, pero ¿puedo saber qué está pasando? —Pregunta directo.

—Si quieres que me vaya, no tienes más que decirlo —replico enseguida.

—No. Aparte de la intervención de Chase, eres una de las mejores camareras que he tenido nunca: puntual, rápida, precisa y voluntariosa. Solo

estoy preocupado por el lío en el que te estás metiendo; me pareces una buena chica y no entiendo lo que está sucediendo. Eres consciente de que ese chico en un personaje público, ¿verdad? ¿Tienes claro que las personas como él solo salen con gente de su nivel? Estoy seguro de que le interesas, de lo contrario, ni siquiera habría intervenido. Pero también deberías tener en cuenta que dentro de poco se le podría pasar y fijarse en otra —explica con amabilidad, sin poderse imaginar lo bien que conozco ese tipo de mundo. Casi logra conmoverme, mis padres nunca han expresado ese tipo de preocupación por mí.

—Es complicado —respondo a la defensiva mientras me retuerzo las manos, agradecida por su afecto y, al mismo tiempo, con cierta incomodidad.

—Como ya he dicho, no quiero meterme en tus cosas, pero ten cuidado, no me gustaría que volviera a ocurrir. Ya te puedes ir a casa si quieres, esta noche has estado muy bien —me despacha.

Poco después, Samuel y yo vamos sentados juntos en el metro, exhaustos, camino de casa.

—Ahora he entendido por qué insistía: quería que les sirvieras tú para gastarte la bromita —observa Samuel enfadado.

—Sí —replico, todavía confusa.

—¿Qué pasa, Freya? Él ha intervenido para defenderte... Igual esta noche la deja —añade, consolándome con una caricia en el pelo.

—Sí, pero... No sé qué hacer —replico, con las palabras de Bill rondándome en la cabeza.

Samuel me observa esperando que continúe.

—Él me busca y, en cuanto lo veo, ya no entiendo nada, siempre acabo cediendo. Esta noche ha sido horrible: mientras me hacía el pedido, estaba sentada en sus piernas besuqueándolo... Es desgarrador ver a la persona que te gusta besando a otra —aclaro, con una lágrima que me corre por la mejilla.

—Sabías que iba a ser así, lo hablamos hace poco. Si te hace demasiado daño, déjalo estar. ¿Qué quieres? ¿Qué sientes realmente? —Me pregunta.

—Siento que mi corazón no lo va a soportar mucho tiempo. Con la cabeza intento obligarme a decirle que no, pero mi corazón me dice que pruebe, que le dé tiempo para ver cómo va —respondo con sinceridad.

—Entonces actúa y ya está, Freya. Si tienes que llorar por ello, lo harás después. Has querido venir hasta aquí por él, si lo dejas ir, nunca sabrás cómo puede acabar. Eres joven y muy guapa, no te costaría nada encontrar a un chico en condiciones —me anima Samuel, apretándome la mano.

Entramos en casa después de las cinco, pero, de todas formas, decido darme una ducha caliente. Cuando vuelvo a mi habitación y me meto en la cama, cojo el teléfono y veo un nuevo mensaje.

Es suyo.

CHASE: ¿La canción era para mí?

“No sabes cuánto...”, pienso, recordando que su mensaje me salvó la vida. No la he elegido por casualidad, estaba dedicada a él, para darle las gracias por algo que no sabe, porque solo él me hace sentir viva. Literalmente, me devolvió a la vida; yo sentía que no era nada, una nulidad, una porquería por todo lo que me decían mis compañeros.

Estoy a punto de contestarle que me deje en paz, pero me acuerdo de sus labios, de la forma en que me ha defendido y no me resisto.

FREYA: Si te empeñas lo suficiente, un día lo podrás saber.

Aunque hace ya media hora que me lo ha mandado, lo ve al momento.

CHASE: Entonces, antes o después lo descubriré.

CHASE: Siento todo lo que ha sucedido, lo que te ha dicho, pero, sobre todo, lo que has tenido que ver.

No sé qué responder, me gustaría decirle que me ha herido, hacerle saber lo mal que me ha hecho sentir, pero me parece que es darle demasiada información.

FREYA: Tú no eres mío. Ahora estoy cansada, buenas noches.

Pongo fin a la conversación. No quiero parecer una niña quejica ni hacerle ver que estoy mal por todo lo que hace. La verdad es que no entiendo por qué no la deja, si me quiere a mí. En suma, comprendo que lleva mucho tiempo con ella y quiere encontrar el momento preciso, pero no lo veo como algo tan trágico. Bastaría con decirle que ya no la quiere; por lo que me contado, ni

siquiera debería ser una gran sorpresa, hace mucho tiempo que las cosas no van bien entre ellos.

“Le daré un mes”, tomo una decisión.

Aceptaré su propuesta y le daré un tiempo, pero, si no la deja antes de diciembre, acabaré con él.



CAPÍTULO 20

Miércoles 2 de noviembre

Estoy mirando el exterior por la ventana, en lugar del vídeo que nos ha puesto el profesor; no ha corrido las cortinas porque está bastante oscuro; fuera llueve a mares. El agua golpea en los cristales y se funde en múltiples riachuelos. Su repiqueteo me acuna confortante, casi parece una melodía que acompaña mis pensamientos a la perfección.

Han pasado dos días desde la noche de Halloween y no he vuelto a saber de él.

“Quizás he exagerado”, me reprocho.

“Si es tan fácil olvidarlo, te conviene dejar de ilusionarte”, trato de consolarme, resoplando.

Me siento como una idiota: hago de todo para mantenerme fría, pero después dejo que la duda me corra. Ahora ni siquiera puedo escribirle porque, si lo hiciera, le demostraría que estoy esperando a que dé señales de vida.

Cuando al fin termina la clase, me dirijo a la salida de la facultad, pero la lluvia con su repiqueteo me impide salir. Me he preparado una ensalada con la idea de unirme a Samuel y a Colin, pero la verdad es que estoy demasiado deprimida y no sería una buena compañía, prefiero estar sola.

Miro el cielo: está muy negro, dudo que deje de llover pronto y, como siempre, me he olvidado del paraguas.

“Es mejor desafiar cuanto antes la intemperie, en casa podré cambiarme y ponerme a estudiar antes de ir al local. ¡Igual esta vez me acuerdo al fin de coger un paraguas!”.

Me pongo la capucha y echo a andar a paso rápido, con la cabeza bajada para evitar que el agua entre en el cuello de la cazadora. De repente, el agua

ya no me moja, un paraguas me está cubriendo. Vuelvo la cabeza hacia arriba y veo el cielo más hermoso de todo el Reino Unido: los ojos de Chase.

—¿Les has declarado la guerra a los paraguas? —Pregunta sonriente.

—¿Qué quieres que haga? Todavía estoy acostumbrada a mi clima — respondo alzándome de hombros—. ¿Hoy no hay entrada triunfal? —le pincho, al no ver el coche.

—Está aquí al lado, no vengo a montar ningún espectáculo ni a llamar la atención, solo a buscarte. Vamos —no percibe mi sarcasmo.

Mientras lo sigo, los latidos de mi corazón se aceleran. No me creo que esté aquí, que haya venido de verdad y quiera respetar el acuerdo que me ha propuesto.

Antes de subir al coche, me quito la chaqueta empapada y la pongo en el asiento trasero.

—¿Quieres ir a comer a algún sitio? —Pregunta al entrar.

—No, gracias, no es necesario —respondo, metiendo una mano en el bolso y enseñándole la fiambarrera.

Se pone en marcha y me vuelve a llevar a la colina de Hampstead. Increíblemente, cuando llegamos allí, deja de llover.

—¿Te apetece dar un paseo? —Pregunta señalando con la cabeza el exterior del coche.

—Claro —consiento, estoy impaciente por salir de este ambiente reprimido, porque quedarme en un espacio tan pequeño con él reduce a cero mis facultades mentales.

Veo que coge un bolso de viaje del maletero; no tengo ni idea de lo que es, pero no hago preguntas. Recorremos un corto trayecto y se vuelve en dirección a un camino secundario, sale a un espacio abierto protegido por altos árboles: parece un reino encantado. Las hojas, todavía empapadas de agua, están envueltas por minúsculas gotitas que las hacen resplandecer; el olor a tierra mojada y a naturaleza es muy intenso. En el centro, hay una pequeña mesa de madera y bancos.

Lo observo mientras abre el bolso, saca una manta y la pone encima del banco.

—Así no nos mojaremos con la madera húmeda —explica sonriéndome, mientras me hace un gesto para que me siente.

Me acomodo a su lado y lo examino. No sé qué decir después de la forma en que le contesté la última vez.

—¿No comes? —Quiere saber, volviendo la mirada hacia mi bolso.

No me apetece nada comer delante de él, no sé por qué me da apuro, es absurdo. Trato de vencer mi timidez y saco la fiambarrera del bolso. Concentro la atención en la ensalada de pollo para no mirarlo: si lo hiciera, no podría tragar nada.

—Siento mucho lo que tuviste que presenciar —interrumpe el silencio, volviendo al tema del que intentó hablarme la otra noche.

Dejo el tenedor de plástico y me vuelvo hacia él.

—Es tu novia, tiene todo el derecho a besarte —observo, tratando de mantener un tono tranquilo.

—Freya, sabes bien que esa no es la cuestión. No es justo que te esté obligando a pasar por esto, lo sé, pero no puedo dejarla de un día para otro. Existen razones, cosas que no sabes. Pero no me gusta que lo tengas que ver —insiste—. Mientras habla noto su nerviosismo, especialmente cuando hace referencia a las cosas que no sé y lo veo apretando los puños. Es solo un instante y no puedo dejar de preguntarme por el motivo de su agitación.

—¿Sabes lo que no me gusta a mí? —Estallo, incapaz de contenerme—. Que esa boca, menos de una hora antes, hubiera estado pegada a la mía. Que compartas cama con ella. Que me escribas con ella dormida al lado. — Cuando acabo la letanía, me bloqueo y miro los restos de la fiambarrera: me he enfadado más de lo que me hubiera gustado y todavía no puedo mirarlo

Se me acerca, lo siento, pero no me vuelvo porque tengo miedo de que se deslice la lágrima que estoy tratando de contener con desesperación. Me coge la cara con las dos manos y me obliga a volverla hacia él, pero soy más tozuda de lo que cree y, en lugar de mirarlo a los ojos, me centro en los labios.

—Freya, no vivo con ella, no te escribo mientras estoy en la cama con ella y la última vez que practicamos sexo fue antes de que tú y yo nos volviéramos a ver —me susurra cerca de la cara. A pesar de que no lo estoy mirando, parece que no tiene ninguna intención de soltarme la cara.

—Sí, claro, hace más de un mes que no te acuestas con ella... —respondo, con la voz llena de sarcasmo.

— Cuando la acompaño a casa, ni siquiera subo, la dejo abajo y me voy. No me apetece lo más mínimo, es la verdad —insiste, sin quitarme las manos de la cara.

Alzo la mirada hacia él y mis ojos se cruzan con los suyos, no leo ninguna mentira, pero no sé decir si es porque me está diciendo la verdad o porque quiero creerlo desesperadamente.

—No tengo intención de acostarme contigo —se me escapa de la boca y

las mejillas se me tiñen de color púrpura.

Él me mira estupefacto.

—¿Crees que estoy tratando de llevarte a la cama?

—No importa lo que yo piense, la verdad es que no lo sé y, hasta que no lo sepa, no tengo intención de hacerlo. No quiero ser tu juguete —rebato, decidida a no dejar pasar nada. Ya he hablado más de la cuenta, lo mismo da soltarlo todo.

—Nunca he pensado que lo fueras. Siempre te muestras fría conmigo. Sé que es porque no acabas de creerme y puedo entenderlo, pero he seguido estando aquí a pesar de tu forma de comportarte. ¿Crees que para mí es difícil encontrar a alguna con quien echar un polvo rápido? —Pregunta sin apartar sus ojos de los míos.

Bajo la mirada sintiéndome idiota, porque al menos la mitad de las chicas de la universidad estaría dispuesta a abrir las piernas en cuanto se lo pidiera.

No sé qué decir, después se me ocurre una de mis extravagantes ideas y digo sin ton ni son.

—“Si quieres un amigo, domesticame” —cito el libro que tanto me gusta.

Chase me mira perplejo, parece que no lo ha entendido.

—¿Qué quieres decir? —Replica alzando una ceja.

“¡Maldita bocazas!”.

—“Hay que ser muy paciente. Te sentarás al principio más bien lejos de mí, así, en la hierba. Yo te miraré de reajo y no dirás nada. El lenguaje es fuente de malentendidos. Pero cada día podrás sentarte un poco más cerca...”

—sigo citando *El Principito*.

Chase me mira todavía en silencio, creo que en ese momento hay dos posibilidades: que escape a toda prisa pensando que se me ha ido la cabeza o que me pregunte de qué estoy hablando.

—¿Es algo que debería saber? —Pregunta perplejo.

—*El Principito* es un libro bastante famoso. Se trata de un texto para niños, pero yo creo que también puede enseñarles mucho a los adultos. Te recuerda cosas que se nos han olvidado, que todos olvidamos al crecer —explico jugueteando con el borde de la tapadera.

—El título lo conozco, pero nunca lo he leído —responde Chase, dándole vueltas al aro que tiene en la oreja—. ¿Qué querías decir? —pregunta, tras una pequeña pausa.

—Te lo explicaré como lo hizo el zorro, —respondo, mirándolo a los ojos—. Para mí eres un chico muy guapo, podrías ser igual a otros cien mil chicos

guapos. Yo no te necesito y tú no me necesitas. Soy solo una jovencita a la que conociste en un evento, igual a otras cien mil —empiezo a explicar hostigándome el pelo para contener la creciente incomodidad.

—Nunca lo has sido —me interrumpe él.

—Déjame acabar —le pongo una mano en el brazo.

—De acuerdo —decide seguirme el juego.

—“Domesticar significa crear lazos. Todavía no eres para mí más que un niño parecido a otros cien mil niños. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro parecido a otros cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo. Yo seré para ti único en el mundo. El zorro huye cuando escucha el ruido de los pasos de los hombres: estos le dan caza. Pero cuando el principito lo haya domesticado, él reconocerá el ruido de sus pasos, será único. En lugar de huir a su madriguera, ese ruido lo llevará a salir como si fuera música celestial” —sigo explicando.

—¿Es cuestión de confianza? —Pregunta él, empezando a entender.

—Sí, pero no solo eso. Es cuestión de exclusividad. Mira, por ejemplo, nunca me ha gustado la miel, siempre me ha parecido nauseabunda, pero tu pelo es del color de la miel. A partir de ahora, será especial para mí y, cada vez que la vea, pensaré en tu pelo. O también, piensa en las estrellas: siempre me ha parecido triste mirarlas, pero tu pelo brilla igual que ellas cuando les da la luz. Ahora sonreiré a las estrellas —intento hacerle entender lo que quiero decir, ruborizándome.

—Creo que debería leerlo —me observa de reojo.

—¿Por qué soy para ti tan diferente al resto? Cuando me hayas conseguido, también te cansarás de mí —le hago ver.

—Porque eres lo único en mi vida que siento que es solo mío —me sorprende susurrando las palabras como si se le escaparan de la boca.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que las cosas no van a cambiar en cuanto deje de ser una novedad? —Me empeño en no darle tregua.

—Yo vivo de instintos, quizás sea peligroso; puede llevarme a cometer graves errores, pero me fío ciegamente de todo lo que mi alma elige, incluso antes de tener tiempo para formular un pensamiento coherente y tú... Tú te has metido en mi corazón —replica, mirándome de una forma que me hace arder como si hiciera cuarenta grados.

Lo miro esperando que añada algo más, porque lo que ha dicho me ha turbado más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Todo lo que soy le pertenece al mundo, mi éxito no es mío, pertenece a las personas que me siguen. Mis relaciones son siempre carnaza para los medios de comunicación. A menudo son solo farsas para mantener una fachada o para que funcione mejor que cualquier campaña de marketing. Es verdad que cuando hago los vídeos digo todo lo que pienso y destrozo cosas, pero es el único momento en el que este frívolo mundo lo consiente. Las pocas veces que intento ser yo mismo en público no está bien visto. Soy yo mismo solo con mis amigos y contigo, Freya. *Defluencer* es un personaje, pero yo soy Chase. Tú me perteneces solo a mí, eres pura, no te interesa quién soy, lo que represento, lo siento así. Yo... No sé lo que me pasó aquella noche de marzo, pero no consigo olvidarme de ello. —Me mira, quiere entender mis reacciones.

Sus palabras me han encendido, demasiado. Siento el corazón en la boca, quiero creer cada sílaba, lo deseo con todo mi corazón, pero, al mismo tiempo, estoy más asustada que un conejo delante de los faros de un coche.

—Tus tatuajes cuentan una historia diferente —observo para llenar el silencio que me está consumiendo, para reprimir lo que siento.

—Yo no soy lo que parezco, el chico sin escrúpulos y sin miedos. Soy jodidamente extraño y también muy malhumorado a veces. Yo... Lo que quiero decir es que la belleza es un regalo, no una virtud. Si no me hubiera hecho famoso, probablemente sería un canalla y la gente se mantendría lejos de mí. En la vida real, hay muchos chicos como yo que sufren porque se les considera extraños, pero yo puedo enseñarles a ser únicos, a sentirse únicos —se pone al descubierto a sí mismo.

Lo observo, sigo sus ojos mientras me desvela esa parte tan personal: es increíblemente sincero. Nunca habría esperado escuchar cosas de ese tipo. Es tan guapo que parece un dibujo, si no lo tuviera delante pensaría que es producto de mi fantasía, e incluso él se siente diferente y piensa en las personas que lo son.

Mi mano huye del control de mi mente, se posa en su cara: quiero sentirlo, lo necesito. Cuando le rozo la piel, me estremezco y sus labios están sobre los míos. Nuestras bocas casi chocan una contra otra, siento su mano detrás de la nuca que se desliza por mi pelo, me araña, me mordisquea el labio y me explora. Mi cuerpo se vuelve de gelatina, ya casi no lo siento y mis manos se van hacia él sin que pueda controlarlas. Las meto en caliente, debajo de su chaqueta, y la lana del jersey resbala debajo de mis dedos. Chase me aprieta más fuerte y su perfume me aturde. Me doy cuenta de que he sido yo la que le ha sacado la camisa de los pantalones y ha buscado su piel, soy yo quien

acaricia ávida su vientre plano y esculpido; él, aparte de abrazarme, no ha hecho nada.

Quito los dedos, apurada, pero él los sujeta, deteniéndolos.

—Déjalos —me susurra en la boca.

—Pero... Yo... —trato de decir.

—Tócame, por favor —insiste, sujetándome todavía las manos.

Cuando vuelve a besarme, las suelta y yo todavía siento la tentación de quitarlas, después mando a la mierda cualquier idea de autocontrol. Le toco los abdominales planos, subo por la espalda escultural, le acaricio los dorsales que percibo en cada uno de sus movimientos.

Me horrorizo cuando me doy cuenta de que acabo de decirle que no me quería acostar con él y me detengo, apartándome de su boca.

—No sabes lo que me gusta que me toques —revela con voz profunda y sus ojos en los míos.

—Sí, soy todo un personaje: primero te digo que no tengo ninguna intención de acostarme contigo y después me lanzo sobre ti —murmuro, bastante apurada.

—¿Qué problema hay? Has dicho que no te ibas a acostar conmigo, no que no me ibas a tocar —me justifica socarrón.

Siento que las mejillas se me encienden y me avergüenzo de mí misma, de mi forma de reaccionar en cuanto está cerca. Me pregunto cómo voy a resistir el mes que me he dado, si esa es mi fuerza de voluntad.

—Dentro de poco, empiezo el turno —digo insegura, sobre todo para escapar de la situación que se ha creado.

—A propósito de tu trabajo, el sábado por la noche es el cumpleaños de un amigo, no podré pasarme, pero el domingo vendré. Lo siento —me informa llevándose una mano detrás del cuello.

Me siento mal porque sé que a la fiesta irá con ella, pero no me afecta mucho porque cuando va a verme al local tampoco podemos estar juntos.

—Entonces tampoco nos veremos el domingo —trato de bromear—. Es mi primer domingo libre desde que estoy trabajando, esta vez me toca a mí —aclaro.

—¿Es tu primer domingo libre y no me lo dices? —Indaga con expresión de sorpresa.

Lo miro interrogante.

—Entonces, nos vemos por la mañana y vamos a algún sitio. Al fin vamos a pasar un rato juntos —propone como si fuese la cosa más fácil y obvia del

mundo.

—¿Estás seguro? —Pregunto, preparada ya para sentirme mal cuando me diga que no puede y se tiene que quedar con ella.

—No te he dicho que las cosas con Grace van mal solo para que te alegres, intento pasar con ella el menor tiempo posible. Es más, mira... — responde.

Lo veo que saca el móvil y abre el chat que tiene con ella.

CHASE: El domingo tengo un compromiso, no voy a estar. Si quieres organizarte para salir con tus amigas, hazlo.

Envía de inmediato el mensaje y, después, sin siquiera esperar respuesta, guarda el teléfono.

—Hecho —dice volviéndose hacia mí—, ahora solo me tienes que decir dónde vives e iré a recogerte —me mete un mechón de pelo detrás de la oreja, mientras sonrío.

No sé por qué, pero no me apetece decirle dónde vivo. Notting Hill es un lugar demasiado caro para dos estudiantes que trabajan en un pub, temo que pueda darse cuenta de que hay algo que no le cuadra. Es absurdo, no me fío de él por su relación con Grace, pero yo le estoy ocultando muchas cosas de mí.

—Nos veremos en frente del local, lo prefiero así —respondo con una media sonrisa.

—¿Quieres hacerte la misteriosa? —Bromea mientras juguetea con mi pelo.

—No sabes cuánto —le sigo la corriente para desviar su atención—. Las chicas misteriosas despiertan más interés. —Le lanzo una mirada maliciosa.

Él sonrío, sin saber cuál es el verdadero motivo por el que no quiero decirle dónde vivo. Me siento culpable, pero ya he decidido que se lo contaré todo cuando las cosas estén más claras entre nosotros. En el fondo, ya le había dicho que mi vida no era precisamente feliz y que mis padres tenían un trabajo que no les dejaba tiempo ni espacio para mí, por lo cual no estoy mintiendo. Solo estoy recreando la realidad ¿o estoy equivocada?

Domingo 6 de noviembre

Estoy en pie desde las seis y tengo a Samuel a mi lado.

—Freya, ¿tienes claro lo que estás haciendo? —Inquiere, cruzando los brazos en el pecho.

—Sí, ¿por qué? —Pregunto preocupada por su tono.

—Porque me da un poco de miedo por ti. Te estás implicando mucho y él todavía no te ha dado ninguna garantía —suelta, con una mirada de preocupación.

Lo abrazo por instinto.

—Tengo que intentarlo a la fuerza. A finales de mes, si no rompe con Grace, le diré que no vuelva a buscarme —intento tranquilizarlo.

—¿Y, de verdad, no le vas a dar la opción de alargar las cosas eternamente? —Pregunta escéptico.

—De verdad.

Al instante, estoy dándole la lata con la ropa. Después de rechazarme el quinto modelo, me presento con unas botas anfibio hasta las rodillas, los vaqueros metidos por dentro y un jersey color crema: simple, pero con un toque agresivo.

—No, no y no —explota Samuel—, lo único que va bien son las botas, espectaculares, pero el resto está pasado de moda —me rechaza el conjunto.

—¿Por qué? Son vaqueros simples y cómodos, y el jersey es informal —me justifico, porque el modelo anterior había sido rechazado por resultar demasiado formal.

—Porque pareces una estudiante, Freya. ¿No quieres poner un poco cachondo a este tío? —Pregunta cruzándose de brazos.

—Te he explicado que no quiero acostarme con él —me empecino, cruzándome de brazos yo también—. Y, además, ¿no eras tú el que hace poco me ponías en guardia? —Pregunto mosqueada.

—Nadie dice que lo tengas que hacer, pero volverlo loco es otra cosa totalmente distinta. Enséñale lo que se pierde si sigue dando rodeos, tíéntalo. Actúa de forma que entienda que tiene que decidirse a dejar a la gilipollas si quiere disfrutar de toda esta belleza. Joder, Freya, con lo guapa que eres y no

sabes aprovecharlo. Me rindo, tengo algo perfecto para ti —responde, corriendo a su cuarto.

No tengo ni idea de lo que me va a traer.

Cuando vuelve, me da un paquete.

—Ábrelo, es tu regalo de Navidad, lo vi hace unos días y no me pude resistir, te va a encantar.

—Pero acabas de decir que es tu regalo de Navidad, no me gusta abrirlo antes —replico indecisa.

—Es una emergencia, no te voy a dejar ir hecha una facha —insiste Samuel.

Se me escapa una carcajada al ver su seriedad y abro la caja. Samuel tiene razón: me encanta. Es un vestido mini de tejido elástico, con una fantasía de tartán rosa y negra. En la parte trasera, hay lazos tipo corsé para ajustarlo y hacer que se marquen más las curvas; por delante, tiene una cremallera que va de arriba abajo, junto con varios cinturones de adorno.

—¡Es magnífico! —Le agradezco.

—Lo sé. Tengo buen gusto. Si yo pudiera ponerme algunos vestidos... ¡Qué vida más ingrata! —Se hace el gracioso—. Pruébatelo —me anima después.

Cuando me lo pongo, me doy cuenta de que me queda como un guante, pero es muy corto.

—Me pondré unas mallas debajo —observo.

—No digas tonterías, tienes unas piernas maravillosas, deja que las vea. Te vas a poner unos pantis transparentes y las botas anfibio. ¡Serás la bomba! —Insiste Samuel.

Hago lo que me dice para que no se enfade y al mirarme al espejo me doy cuenta de que tiene razón: estoy muy bien.

—Ahora la cremallera —se acerca mi amigo y me la baja.

—¡Samuel! —Exclamo, echándome hacia atrás.

—Hoy eres una creación mía y me vas a escuchar. Tienes dos tetas fantásticas, no podrá dejar de mirártelas embobado. ¿Qué talla usas? —Pregunta luego.

—La cien —replico—. Si no fueras gay, en este momento tendrías mis cinco dedos estampados en la cara.

—No quiero verte las tetas, pero me gustaría tenerlas —se ríe Samuel, mientras sigue trajinando con la cremallera—. Vas a hacerlo enloquecer. Acostumbrado a esa tía seca, no podrá resistirse —insiste complacido con su

obra y me abrocha un pequeño collar que parece incitar a un hipotético interlocutor a centrarse en el canalillo de mis senos.

—Ahora estás hecha una preciosidad, Freya. Sexy, simple, deportiva y rompedora a la vez —bailotea Samuel, aplaudiéndose a sí mismo.

Me doy cuenta de que son casi las siete y veinte, la cita con él es a las ocho delante del local y no quiero llegar tarde.

—Llama a un taxi —sugiere Samuel.

Le doy la razón y, a las ocho menos cinco, estoy esperando delante de mi trabajo. Me siento muy emocionada, exaltada y llena de expectativas, todavía no me parece verdad que hoy vaya a pasar todo el día con él.

A las ocho y cinco, mi humor empieza a caer en picado: no hay ni señas de él. Empiezo a pensar que se ha olvidado o que ella le ha impedido venir, pero me obligo a esperar un poco más antes de darme por vencida.

A las ocho y cuarto me falta poco para ponerme a llorar por la decepción y me dirijo a la parada del metro para volver a casa.

Entonces el móvil empieza a vibrar.

CHASE: Perdona por el retraso, un capullo ha puesto el coche en segunda fila delante de mi aparcamiento. En veinte minutos como máximo estoy allí.

Los latidos se me aceleran enloquecidos, me parece que he renacido. Se me ha pasado el malhumor y creo que va a ser el día más bonito de mi vida. Estoy desvariando.

Reconozco el ruido de su coche antes de que aparezca detrás de la curva y mi corazón da un vuelco cuando gira, se para lentamente junto a mí y baja la ventanilla.

—¿Crees que tendré la suerte de convencer a esta chica tan guapa para que suba? —Me pregunta con una sonrisa que hace que mis piernas se echen a temblar.

—Hoy es tu día de suerte —replico abriendo la puerta y deslizándome en el asiento.

Antes de echar a andar, sus ojos se fijan en mis piernas y me digo que, por lo que veo, Samuel tenía razón. Después se vuelve a la carretera y pone en marcha el coche.

—¿Estás enfadada por el retraso? —Pregunta cuando dejamos atrás el

local.

—Un poco. ¿Sabes? los buenos hábitos se deberían respetar —murmullo fingiéndome decepcionada.

—¿Qué quieres decir? —Inquiere volviendo la mirada hacia mí, está tratando de comprender mi expresión.

— Hubiese sido mejor regresar a la misma hora. Si vienes, por ejemplo, a las ocho de la mañana, ya desde las siete comenzaré a estar feliz. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. Al llegar las ocho, me agitaré y me inquietaré; ¡descubriré el precio de la felicidad! Es lo que hace que un día sea diferente de los otros días, una hora de las otras horas —explico, observando su perfil.

La sombra de una sonrisa le hace mover el labio.

—¿También de El Principito? —Pregunta divertido.

—Obviamente —replico sonriéndole a su perfil.

—¿Todavía tienes que desayunar? —Interroga poco después.

—Sí —confirmo.

—Entonces, dentro de poco nos pararemos en algún lugar de la carretera. Dejamos Londres atrás y nos dirigimos al Sudoeste.

—¿Adónde vamos? —Pregunto curiosa.

—Es una sorpresa, espero que te guste —dice mostrándose evasivo.

Media hora después, aparca en una explanada donde hay un *Starbucks* y bajamos para desayunar. El local es muy bonito, hay un enorme mostrador central y alrededor, junto a las cristaleras, mesas altas con taburetes.

—¿Qué quieres? —Me consulta.

—Un cappuccino con caramelo y un muffin de arándanos —respondo.

—Siéntate, yo voy a pedir. —Me hace un gesto para que me acomode.

Me subo en el taburete, pero poco después me bajo: hace un calor terrible y no quiero coger frío al salir, así que me quito el abrigo. Estoy tan emocionada con la situación y perdida en mi sueño con los ojos abiertos que me olvido de cómo voy vestida debajo del abrigo. Mientras estoy a punto de volver a sentarme, capto su mirada y no puedo más que darle las gracias a Samuel. Parece que me está comiendo con los ojos.

Cuando volvemos a subir en el coche, decido no volver a ponerme el abrigo, lo dejo en el asiento trasero y me quedo con mi vestido mini.

—¿Es nuevo el vestido? Nunca te lo he visto —Quiere saber, haciéndose el indiferente.

—Desde luego, no me visto así para ir a la universidad —esquivo la

pregunta. No soy muy experta, pero imagino que contarle que Samuel me ha dado su regalo de Navidad con bastante anticipo para ayudarme a prepararme no es una gran idea.

—En efecto, tienes razón. Mejor que no —observa él, con una risita.

—Ah, ¿estás de acuerdo? ¿Y cómo es eso? —Interrogo curiosa por saber lo que me va a responder.

—Nadie prestaría atención a la lección, todos te mirarían las piernas — responde directo.

Me sonrojo hasta la raíz del pelo y me siento una idiota. No es muy coherente que me haga la sexy si ni siquiera puedo aguantar un comentario sin ponerme colorada. Caigo en un silencio incómodo mientras la carretera corre veloz y la campiña inglesa llena mi campo visual.

—¿Ya no hablas? —Me pincha un poco después.

—Soy un desastre resoplo, —metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué? —Pregunta él.

—Por nada —replico mirando por la ventana.

—¿Piensas que no eres sexy porque te sonrojas? Tu total ignorancia con respecto a lo bella que eres, unida a tu falta de experiencia, te hace todavía más deseable —afirma, leyéndome el pensamiento.

—¿Falta mucho todavía? —Pregunto para cambiar de tema y porque me parece que en ese coche estamos a cuarenta grados.

—No —responde y se ríe.

Poco después, entra en un camino sin asfaltar y se para delante de una preciosa casita de campo.

—¡Bienvenida al Somerset! —Exclama, abriéndome la puerta.

—¡Es preciosa! —Abro los ojos de par en par, mirando a mi alrededor.

La casita está rodeada de un jardín bien cuidado. Un manzano le da sombra a la casa y, a lo lejos, me parece percibir un rumor de agua. Vuelvo la cabeza a derecha e izquierda tratando de descubrir de dónde viene.

—Estamos cerca del río Avon, hay un pequeño sendero detrás de la casa que conduce a un espacio abierto a su orilla —explica Chase, interpretando mi curiosidad.

—Es realmente fantástica, parece escapada de una postal de otros tiempos o de un mundo mágico —afirmo, señalando la casa con la cabeza.

—Me alegra que te guste. Es mía, cuando tengo necesidad de desconectar vengo aquí. Quería estar solo contigo en un sitio tranquilo —explica

señalando con la cabeza la vivienda.

—Has tenido una magnífica idea —le concedo mientras me conduce a la casita.

Vamos a encender la calefacción para que cuando volvamos esté caliente el interior y luego vamos a hacer la compra en un pequeño almacén al final de la carretera. En los alrededores hay alguna casita aislada como la suya y un pequeño centro comercial con algunas tiendecitas.

—Es justo el espacio indispensable, estamos a pocos kilómetros de Bath. Cuando elegí la casa, prefería que estuviera aislada —explica Chase, mientras desandamos nuestros pasos.

Durante todo el trayecto me lleva cogida de la mano y siento el estómago poblado de mil mariposas que revolotean de un lado a otro. Es tan bonito estar aquí con él, saber que tenemos todo el tiempo del mundo, sentir su pulgar rozando el dorso de mi mano... Tengo que controlar estas emociones, no puedo permitirme que me tomen la delantera o lo arruinaré todo. Si dejo que mi corazón se pierda por completo, me quedaré sola recogiendo los pedacitos.

—¿Va todo bien? —Me interroga, delante de la casa.

Abandonando los pensamientos tristes, decido disfrutar del momento.

—Sí replico —dedicándole una sonrisa.

El interior es cálido y acogedor. En la cocina hay unos muebles de madera preciosos, la mesa está rodeada por un gran banco y el suelo adornado con una alegre alfombra roja.

—El almuerzo lo preparo yo, pero la cena la haremos juntos —me guiña un ojo, mientras saca las provisiones de la bolsa.

—¿La cena? —Pregunto perpleja.

—¿No te querrás ir por la tarde temprano? —Inquiere con expresión decepcionada.

—La verdad es que no, aquí se está realmente bien —acepto, llena de entusiasmo. No sé por qué, pero creía que él no le daba tanta importancia a este día como yo o que tenía que volver con Grace.

Chase prepara el pollo al curry y, aunque tenía mis reservas y me he burlado de él todo el tiempo mientras cocinaba, tengo que admitir que está delicioso.

—¿Has visto, desconfiada? —bromea—. Ahora tendrás que hacer todo lo que yo quiera para que te perdone —dice apuntándome con el tenedor.

—Veamos, ¿cuál sería la propuesta? —Le pregunto, siguiendo el juego.

—Hoy por la tarde me gustaría bajar al río. El sol es bonito y cálido, y,

aunque estemos en noviembre, resulta agradable. ¿Te apetece? —Pregunta, empezando a recoger.

—Claro —asiento emocionada ante la idea de ver el pequeño espacio abierto del que me ha hablado. Desde que he escuchado el rumor del agua a lo lejos, quiero bajar y disfrutar del espectáculo de cerca.

Después de haber fregado los platos, salimos y empezamos a bajar por el sendero que me había dicho. Me lleva todo el tiempo de la mano y el corazón se me llena de alegría una vez más.

Un sauce frondoso, al fondo del camino, cubre el paisaje; Chase aparta las hojas haciéndolas crujir y, como un telón mágico, un mundo encantado se abre ante mis ojos. Los rayos del sol se reflejan en el río haciéndolo brillar, el murmullo del agua resuena como música y el olor a hierba mojada y naturaleza me hace sentir viva. El paisaje parece sacado de una postal.

—Si no fuera otoño te propondría que nos diéramos un buen baño, pero ahora no es el momento —bromea Chase, extendiendo una manta de viaje en la hierba.

Me siento, imitándolo y, durante unos minutos, observo el entorno; pero cuando me vuelvo hacia él, me doy cuenta de que me está mirando. Me siento terriblemente incómoda y bajo la vista, poniéndola en mis manos.

—Me gusta mirarte, tienes una expresión tan feliz ahora —dice obligándome a alzar los ojos.

Ya estamos, otra vez el maldito calor.

—No hace falta que digas nada, sigue disfrutando del sol y del paisaje —me anima—. Estoy haciendo lo que dice el zorro, ¿no? Estoy sentado aquí, entre la hierba, y te miro en silencio —añade, aliviando mi incomodidad.

“¡Ha estado escuchando mis tonterías!”, no puedo evitar que mi corazón se caldee. Una sonrisa aparece de forma espontánea en mis labios y vuelvo la mirada al sol que brilla alto en el cielo.

Poco después, me quito el abrigo y, cuando trato de sentarme de nuevo, me invita a hacerlo apoyándome en él. Le doy la espalda para contentarlo; me rodea la cintura con los brazos y se me acerca a la oreja. El corazón se me acelera, casi temo que lo pueda escuchar. Su aliento cálido me calienta la piel cuando empieza a cantar una canción. Al principio no la reconozco, pero, poco después me doy cuenta de que se trata de *Die for you* de los Starset, una de mis preferidas.

Su voz hace que me estremezca por toda la espalda, advierto que mi cuerpo se derrite al percibir esa sensación de languidez que solo experimento

entre sus brazos. Apoyo la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara y encuentro esos ojos que me atraviesan el alma.

—Me había prometido a mí mismo portarme bien, pero contigo no soy capaz, Freya. Me muero de ganas de besarte, lo deseo desde que esta mañana te subiste al coche —dice.

No puedo hacer nada que no sea mirar sus labios con la respiración agitada, la boca seca. Quiero que me bese.

“¡Díselo, idiota!”, retumba una voz dentro de mí.

Por un momento pienso en escucharla y hacerlo, pero no soy lo bastante desinhibida. Por suerte, él no se deja desanimar por mi mutismo y me besa. Sus labios en los míos son suaves y delicados; mientras me llena de pequeños besos, me mira a los ojos, casi como si buscara algo que lo lleve a detenerse, pero no lo encuentra. El beso se hace más íntimo, sus brazos me sujetan con más fuerza y yo le sigo la corriente, incapaz de resistirme.

Siento que sus manos vuelven a subir y el corazón me retumba furioso en el pecho; imagino que dentro de poco lo sentiré en los senos y ya noto la languidez que se apodera de mí en esos momentos. Sé que no debería, pero me basta con tenerlo cerca para perder toda la contención que he guardado durante casi dieciocho años.

Pero, para mi sorpresa y con un poco de desilusión, lo siento volver a bajar hasta mi cintura.

—Es mejor que regresemos. Dentro de poco bajarán las temperaturas y hará frío, el sol está descendiendo —susurra en mis labios, poniéndole fin al beso.

Perpleja, le acepto la mano mientras me ayuda a volver a levantarme. Él me observa y me pregunto si habrá comprendido lo que estoy pensando, pero no dice nada. Me llamo idiota a mí misma: fui yo la que le dije que no tenía intención de hacer nada con él y es obvio que ahora no me puedo quejar si respeta mis condiciones.

—¿Va todo bien? —Pregunta, al notar mi mutismo.

—Sí, ha sido muy agradable estar a la orilla del río, qué pena haber tenido que irnos —miento para ocultar mis pensamientos reales. No me favorecería nada decirle que hubiera preferido que no se detuviese.

—Cuando quieras podemos volver —replica, haciendo que el sol resplandezca en mi vida.

En casa hace un calorcito acogedor y, en efecto, solo ahora que estoy dentro noto la diferencia de temperatura respecto a un momento antes. Es

increíble cómo el simple hecho de tenerlo cerca puede incluso confundir mi percepción del frío y el calor.

—Si te quieres quitar las botas, ahí hay zapatillas —sugiere indicando una puertecita junto al perchero.

Acepto su consejo porque el calzado es precioso, pero empieza a cansarme, después voy a buscarlo a la cocina donde ya se ha puesto a trabajar para preparar lo que hemos elegido para la cena. Empezamos a cocinar juntos y es divertido, íntimo, tal vez más íntimo que el sexo. No sé por qué me emociona tanto, quizás porque nunca lo he hecho con nadie o porque todo lo que hago con él me parece mágico. Incluso la comida, una vez preparada, me parecía más sabrosa.

Al mirar el reloj, me doy cuenta de que se han hecho las ocho y media.

—Dentro de poco tendremos que irnos —se me escapa de la boca con un tono más decepcionado del que hubiera querido expresar.

—¿Te molesta? —Pregunta, poniendo los cubiertos hacia abajo y llevándose las manos debajo del mentón.

—Un poco, se está tan bien aquí —admito, apartando la mirada al plato para disimular la incomodidad.

—Vamos a quedarnos, entonces —propone.

Lo miro extrañada.

—No estamos tan lejos para no poderlo hacer. Si tienes alguna muda en el local, puedo llevarte allí, esperar a que te cambies y acompañarte a la universidad —explica su idea.

Me paro un momento a pensar. En el *Garden Gate* tengo unos vaqueros limpios y un jersey en la taquilla, estoy segura. Me los llevé por si me manchaba, pero la cuestión no es esa, sino si yo me quiero quedar de verdad. Estoy perdiéndome en un millar de reflexiones, pero luego me encuentro con sus ojos y mando al diablo todos mis propósitos. Lo tengo aquí conmigo y hace meses que quiero estar con él para tener la posibilidad de cambiar las cosas. Si no disfruto de cada segundo del que dispongo, después me voy a arrepentir.

—De acuerdo, le mando un mensaje a Samuel para avisarlo. No quiero que cuando vuelva a casa piense que me has raptado —bromeo.

—Samuel, ¿el chico que trabaja en el local? —Pregunta con expresión extraña.

—Sí, iba a mi misma escuela, nos graduamos y nos vinimos aquí a vivir juntos —explico. No sé por qué, pero había dado por hecho que lo sabía.

—¿Y vives con él? —Quiere saber, alzando una ceja.

—Sí, así ha sido más fácil el traslado para los dos. No es fácil empezar solo en un país extranjero —explico mientras escribo rápidamente el mensaje en el móvil.

—Desde luego —murmura Chase con tono extraño.

Estoy a punto de pedirle explicaciones, pero cuando alzo la mirada, me doy cuenta de que se ha puesto de pie y está recogiendo, así que dejo el tema.

Después de acabar de arreglar la cocina, nos vamos al gran sofá de la sala de estar. Enciende la televisión y el satélite nos lleva a un canal ruso donde están poniendo una película de época, aunque no tengo ni idea de cuál es el tema. Chase está a punto de cambiar de canal, pero lo detengo.

—¿También sabes ruso? —Pregunta extrañado.

—No. ¿Te apetece jugar a algo? —Lo interpele con una sonrisita.

—Veamos —acepta él.

—Vamos a inventarnos lo que dice cada uno, yo hago de ella y tú de él. Cuando vayan cambiando las escenas, vamos eligiendo a quién interpretar —explico señalando la televisión.

—Te puedo dar una paliza, soy un actor estupendo, ya lo sabes —se burla de mí.

—Puede que tengas razón, pero yo soy más experta que tú en este juego —insisto retándolo.

Empezamos a hacer bromas y nos divertimos como locos, son increíbles las cosas absurdas que pueden salir fuera cuando se juega a esto. En muy poco tiempo, resulta natural meterse en situación y decir cosas cada vez más descabelladas para poner en dificultad al que tenga que responder.

Cuando empieza el descanso para la publicidad, estamos ambos partidos en dos de la risa.

—Está bien, esta vuelta la has ganado tú. Voy a hacer palomitas como castigo por haber perdido —propone, poniéndose de pie.

Cuando vuelve, la película ha vuelto a empezar hace un momento, pero no tiene ninguna importancia, dado que no entendemos nada.

—Svetlana cállate o te meto la cabeza en la lavadora, ¡ya estoy harto de ti! —Exclama, en una escena en que la pareja está discutiendo.

Me parto de risa como una loca y después me doy cuenta de que he perdido mi turno en el juego y trato de calmarme, sin conseguirlo.

—¡Has perdido! —Exclama—. Ahora tendrás que pagar una prenda —me apunta con el dedo.

—Para nada, me has cogido por sorpresa. En el tiempo en que está ambientada la película no existía la lavadora, no podías decirlo —objeto, negando que he perdido.

—Pero bueno —extiende los brazos como si tuviera un público imaginario —, no reconoces que has perdido —se burla de mí.

—No es verdad —replico lanzándole las palomitas que tengo en la mano.

Finge él con cara de estupefacción y luego hace lo mismo. Al darme cuenta de que estamos montando un caos con las palomitas en la estancia, cojo uno de los cojines del sofá y se lo lanzo.

—Si quieres que pasemos a la violencia... —responde, cogiéndome por un brazo y empieza a hacerme cosquillas aunque, para su desgracia, es algo que no me afecta.

Cogiéndolo por sorpresa, paso al contraataque haciendo lo mismo. Estoy tan metida en situación que, solo cuando nos paramos jadeantes, me doy cuenta de que estoy sentada con las piernas abiertas encima de él y que mi vestido se ha levantado dejando ver el volante de encaje de los pantis. Nuestros ojos se cruzan, se están hablando, se están diciendo que algo ha cambiado y...

Su boca está en la mía.

Me abraso en un santiamén, le deslizo los dedos por el pelo mientras él me aprieta contra sí, su lengua me explora y yo hago lo mismo. Siento su mano subiendo de nuevo por mi pecho, pero también esta vez duda, parece que está a punto de bajar; pero yo, yendo contra todo lo que me he prometido, me arqueo contra él para darle a entender que lo quiero, que deseo que me toque. Lo note que vuelve a subir hasta mi pecho, me gustaría estar desnuda, sentirlo en la piel y no a través de la tela.

Le desabrocho la camisa y empiezo a moverme por su abdomen escultural, su cuerpo me envía al éxtasis, el olor de su piel me hace enloquecer. Percibo su mano deslizándose dentro de mi escote e insinuarse entre la copa del sujetador y la piel. Sus dedos juegan con mis pezones, haciéndome explotar y que se me escape un gemido de la boca; con la otra mano, baja por completo la cremallera del vestido y se separa de mis labios para mirarme.

De repente, soy consciente de mi cuerpo y de que estoy casi desnuda delante de él. Me vuelve a la mente su novia, lo delgada y perfecta que es, y me siento insignificante. En un reflejo incondicionado de protección, cruzo los brazos tirando de los bajos del vestido para taparme.

—Eh, ¿va todo bien? —Busca mis ojos—. Si no quieres, no hay ningún problema. No lo había programado y he tratado de tener las manos quietas

todo el tiempo, pero no soy de piedra. Si he ido demasiado lejos, perdóname.

—No es eso... —murmuro, mirando a un punto perdido de la pared que hay a sus espaldas.

—¿Y entonces qué pasa, Freya? —Me interroga, poniéndome una mano en la cara y obligándome a mirarlo a los ojos.

—Yo no soy como las chicas perfectas a las que estás acostumbrado —digo incapaz de inventar algo para ocultar mi inseguridad.

—En efecto, eres mucho, mucho, mucho más guapa. Ahora quita esas manos y no te tapes nunca más cuando estés conmigo —responde con sinceridad.

Mi corazón parece explotar, siento el calor del rubor que se me sube a la cara, pero no pienso en ello, dejo caer los brazos a lo largo de los costados, permitiendo que los bajos del vestido se abran.

Atrae mi cara hasta sus labios.

—Eres guapísima, Freya —susurra.

Sus manos bajan de la cara al cuello, para acabar deteniéndose en el pecho y en ese pequeño gancho que lo separa de mi piel. Sondea mi mirada para ver si todo va bien, pero yo estoy ardiendo, necesito que haga algo y no sé cómo decírselo. Acerca la cara a mi cuerpo y sus labios rodean uno de mis pezones mientras me hurga en el otro con los dedos. El calor que me parecía sentir antes no es nada comparado con lo que estoy experimentando ahora, no estaba preparada para ello: ver sus labios en mi pecho me hace perder la cabeza.

Me bloqueo avergonzada, tratando de frenarme; cierro los ojos para intentar distanciarme y contenerme, pero Chase parece no estar de acuerdo con ello.

—Freya, no cierres los ojos. Quédate conmigo —su voz me devuelve al momento que estoy viviendo.

Un escalofrío me sube por la espalda y se propaga por todo el cuerpo haciéndome temblar. No sé si son las sensaciones que advierto o ver lo que me está haciendo, pero pierdo todo el control: mi cuerpo actúa solo y se mueve contra el suyo, mientras de mi boca escapan gemidos que quiero contener.

Se detiene y me mira con aire insolente.

—Ni siquiera tú sabes lo que quieres, ¿verdad? Sientes un fuerte calor aquí —continúa pasándome una mano por el vientre—. Quieres que te haga algo para que se te pase la agitación, ¿no es cierto? —Me pregunta, dejándome la boca seca y, a pesar de mi mutismo, prosigue—. Veamos si tengo razón dice, —mientras va bajando la mano.

Estoy tan excitada que ni siquiera puedo hablar y, cuando uno de sus dedos se desliza dentro de mí, a duras penas contengo un grito.

—¿Qué quieres, Freya? Si no me lo dices, no sé qué hacer, no sé si seguir adelante —me obliga a hablar.

No puedo más, siento que estoy a punto de explotar, noto sus manos en mí, una en el pecho y la otra entre las piernas, pero están quietas y yo quiero que me toque.

—Te lo ruego —se me escapa de la boca, mientras trato de frotarme contra esa mano que percibo que es lo único que puede calmar mi inquietud.

—No tan rápido —dice mientras me saca el dedo, arrancándome una queja de insatisfacción.

Por sorpresa, me empuja hasta tumbarme en el sofá.

—Esta noche tenemos tiempo y hay miles de cosas que te quiero hacer —susurra, provocándome un escalofrío.

—Esto no nos hace falta para lo que tengo en mente —dice, quitándome las bragas.

Lo dejo hacer, ya no me da vergüenza, ni sería capaz de articular palabra para oponerme. Me separa las rodillas, obligándome a abrir las piernas, alarga las manos hasta mis pechos frotándolos y no puedo evitar que mi cuerpo se alce arqueándose, mientras abro aún más los muslos en una clara invitación a que me posea.

—¿Estás preparada? —pregunta, sin darme alivio.

—Te lo ruego —le vuelvo a suplicar.

Imagino que se está desabrochando los pantalones, pero lo veo bajar la cara por mi cuerpo. No tengo ni idea de lo que va a hacer hasta que una descarga de placer me estalla en el cerebro y su boca se posa en mis partes íntimas. No puedo apartar los ojos de él; a pesar del apuro que siento, me resulta imposible dejar de mirar los labios que adoro mientras me están explorando.

El orgasmo me envuelve poco después, me retuerzo debajo de él mientras sigue lamiéndome de forma implacable, provocándome oleadas de placer, una tras otra.

Cuando mi cuerpo se calma, me siento exhausta.

—Te llevo arriba —me dice, tomándome en brazos.

No digo nada, solo me agarro a su cuerpo y le beso el cuello. Me deposita en la cama y empieza a quitarme el vestido.

—Esto lo vamos a quitar, no me gustaría estropear un vestido tan

precioso... Pero te prohíbo que te lo pongas si no estás conmigo —bromea, mientras me desnuda por completo—. Me encanta ser el único que pueda disfrutar de esta maravilla —dice pasándome una mano por todo el cuerpo.

Siento que yo también tengo que hacer algo, no quiero parecerle una muñeca de trapo, pero como no sé nada, hago lo único que puedo: empiezo a desnudarlo.

“Tendría que haber escuchado a Samuel cuando quería aconsejarme... ¡Qué tonta soy!”.

Le desabrocho los pantalones y le quito los calzoncillos, después pienso en todas las porquerías que me ha contado Tania durante los años en que fuimos amigas y empiezo a acariciarlo con inseguridad.

—¡Para! Joder, no puedes ni imaginar cómo me pongo cuando me tocas — me detiene a los pocos segundos—. No me quiero correr así, prefiero hacerlo dentro de ti, son meses que sueño con ello y, desde que te volví a ver, la situación ha empeorado, si es posible.

Se pone el preservativo y luego, lentamente, empieza a deslizarse dentro de mí.

—Qué estrecha eres, me haces enloquecer —me susurra en los labios antes de besarme.

Dejo que mis manos se deslicen por su espalda hasta llegar a sus nalgas, que son firmes como el resto de su cuerpo perfecto. Lo aprieto contra mí, quiero sentirlo cada vez más, más y más dentro. Como la primera vez, noto una sensación de plenitud que nunca he experimentado y siento que me invade la felicidad. Él me satisface y me penetra cada vez más profundo, cada vez más rápido. Dice mi nombre mientras se corre y me llena la cara de besos.

Nos duchamos juntos, acariciándome suavemente y, después, debajo de las mantas me toma entre sus brazos. No estoy arrepentida de haber cedido, de haber hecho el amor con él, aunque me había prometido no hacerlo hasta que no dejara a Grace. Es absurdo y me podría herir, pero no quiero arrepentirme toda la vida de no haber vivido estas emociones.

No sé por qué, en un momento tan maravilloso, me vuelve a la mente la desagradable conversación que tuve con Tania por teléfono, en la que me decía que probablemente era la primera virgen con la que había estado y que eso seguro que le había divertido. Incapaz de estar callada, digo mis pensamientos en voz alta.

—¿Te resultó divertido el hecho de que yo fuera virgen cuando lo hicimos la primera vez? —Pregunto.

Él me mira perplejo.

—¿Por qué debía haberme divertido? —Pregunta a su vez.

—Por nada... Era solo curiosidad —replico, arrepentida de haber abierto la boca.

—No me pareció una cosa divertida ni nada de lo que presumir, si es a eso a lo que te refieres, Freya. En ese momento me impresionó, es verdad, después lo entendí. Ya te lo dije hace unos días y te lo he repetido también antes: me vuelve loco que seas solo mía. A veces me parece que todo se ha acabado, que nada me pertenece de veras, pero tú eres de verdad pura y auténtica —aclara, besándome tiernamente.

Me parece imposible que sea tan perfecto para mí, que entienda, sin saberlo, todo lo que siento. Durante años he detestado a mis padres por el mundo de ficción en el que vivían y me obligaban a vivir; él, como ellos, forma parte de esa realidad, pero sin la patina de ficción que los rodea. Es una estrella fuera del star system, un outsider. Como yo.

Y yo me he enamorado de él.

Siento que me falta la respiración, cuando me azota un pensamiento. He intentado negármelo a mí misma durante mucho, demasiado tiempo, pero la verdad es esa: estoy locamente enamorada de él. Justo yo, que había guardado el corazón con llave, que había escondido muy bien mis sentimientos en una caja fuerte, he caído. Yendo en contra de todo sentido de supervivencia, lo he buscado y me he vuelto a entregar a él, a pesar de estar ligado a otra, aún sabiendo que el precio que posiblemente tendré que pagar por mi alma será muy elevado. Y, sin embargo, mientras sus labios se funden con los míos en tiernos besos acompañados de mimos y caricias, me digo que algunas cosas hay que vivirlas, porque, a veces, al querer protegernos demasiado a nosotros mismos, nos olvidamos de hacerlo y seguimos adelante por inercia como lo estaba haciendo yo antes de que él revolucionara toda mi existencia.

—Me pasaría toda la noche besándote, pero será mejor que tratemos de dormir.

“Sí, mañana... Mañana volvemos a la realidad”, no puedo dejar de pensar.

—¿Te pasa algo, Freya? —Pregunta de inmediato—. Aunque no he dicho ni una palabra, mi mirada debe haber hablado por sí sola.

—No, nada —miento, fingiendo un bostezo—, es solo que tengo sueño.

Pero él no se lo cree y me quita la mano con la que estoy tapando el falso bostezo.

—Me lo vas a decir ahora —me mira a los ojos, impidiéndome escapar.

—Solo pensaba que he hecho lo que me había prometido no hacer hasta que no fueras mío de verdad y ahora... —empiezo a explicar.

—Joder, Freya, ¿de verdad? me interrumpe de malos modos, —parece que se lo ha tomado muy mal.

—Lo siento —murmuro incapaz de decir nada más.

—Escucha, comprendo que no es la situación ideal y que tienes miles de motivos para no fiarte de mí, pero ya no sé cómo decirlo. Te quiero a ti. Solo necesito un poco de tiempo. Y además... Tampoco tú, en tu situación, deberías decir nada.

La primera parte me ha hecho latir el corazón, pero la segunda no la comprendo.

—¿La situación en la que estoy? —Lo interrogo, mientras lo miro buscando respuestas.

Chase se pasa nerviosamente la mano por el pelo, maldice por lo bajo y vuelve a mirarme.

—Me había prometido estar callado, por el *tema de Grace*, pero visto que no te fías de mí, es igual que hable de ello. Ya te he explicado que no vivo con ella y que trato de verla lo menos posible, mientras que tú... Tú vives con un chico, Freya. Ahora me vas a decir que solo sois amigos, que tengo que fiarme de ti, pero te darás cuenta de que no es fácil de digerir —aclara con una luz dura en la mirada.

“¿Samuel? Está hablando de Samuel” es mi primer pensamiento.

“¿De verdad está celoso de mí?”, el segundo.

No puedo evitar que mis labios se curven en una sonrisa.

—No creo que la cosa sea divertida, Freya. —Me lanza una mirada asesina.

La seriedad con la que lo dice me lleva a reír de verdad. Pero, como Chase no sabes de lo que está hablando, se queda cada vez más pasmado y me mira como si estuviera loca.

—Perdóname —intento parar—. Créeme si te digo que Samuel no supone ningún peligro para ti, es incluso mejor que si viviera con una mujer. Si él quisiera ligar, ten por seguro que yo no sería su presa. Además, en este momento está ocupado. Y, de todas formas, no soy su tipo —empiezo a explicar, conteniendo la risa a duras penas.

—Todos dicen lo mismo. “Solo somos amigos, no eres mi tipo”. Me gustaría que te miraras mejor al espejo y vieras cómo eres —objeta Chase que todavía no lo ha entendido.

—Chase, a Samuel no le gusto ni le voy a gustar nunca. Es gay —revelo, tratando de ser lo más clara posible.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

—En serio. Antes de venirnos aquí, ya vivía en mi casa: sus padres lo habían echado de casa porque no lo aceptaban —explico.

—Qué gilipollas dice con desprecio, —y eso, si cabe, hace que me guste todavía más.

Se pasa nerviosamente las manos por el pelo.

—Dios mío, qué ridículo he hecho —murmura mirando al techo.

Le cojo la cara entre las manos.

—No lo podías saber, nunca me he parado a hablarte de nosotros ni de nuestra amistad. Samuel es, de verdad, muy especial para mí —susurro.

—No tenía que haber dudado de ti. Tú eres realmente diferente de las personas falsas que me rodean. Es que... Contigo todo es diferentes, me parece que no estoy seguro de nada —replica rodeándome con sus brazos.

“Cómo me gustaría creerte... Me parece imposible que alguien como Chase, un chico que, aparte de ser estupendo y superfamoso, se pueda sentir inseguro en mi presencia”.

Nos dormimos abrazados el uno al otro, mi corazón latiendo junto al suyo, la felicidad y la plenitud que me acunan me parecen irreales.

Lunes 7 de noviembre

—Buenos días, dormilona —me despierta con un beso.

—¿Qué hora es? —pregunto, abrazándolo.

—Son las seis. Si quieres llegar pronto a la universidad, tenemos que movernos —me explica y me ofrece una taza de café humeante—. Como no había previsto que dormiríamos aquí, no hemos comprado nada para

desayunar, café es lo único que hay.

—Gracias, es más que suficiente —replico cogiendo la taza y sonriéndole. Pero mi corazón se llena de alegría ante la idea de que haya tenido ese pequeño detalle conmigo.

Poco después salimos ya de vuelta y me siento mal solo al pensar que esta “pausa” de la realidad ya se ha terminado.

—¿Estás bien? ¿Cómo es que vas tan silenciosa? —Pregunta, lanzándome una mirada.

—Siento que el día haya acabado —admito sincera.

—Habrá muchos otros, todavía más bonitos —me sonrío.

Cuando llegamos al local, entro por la parte trasera y voy enseguida a los vestuarios. Por suerte, no me encuentro con mis compañeras de trabajo, así no tengo que dar explicaciones; me cambio y me lanzo al coche, preparada para ir a la universidad. No tengo ningún cuaderno, pero espero encontrar algún folio y un bolígrafo para coger apuntes.

En breve estamos delante de la facultad y llega realmente el momento de irse. Él me acaricia la cara y me da un beso.

—Te voy a echar de menos hoy —dice—, no voy a poder pasarme a recogerte cuando salgas. Tengo una entrevista esta tarde temprano y no sé lo que va a durar. Me han elegido como modelo principal de unas cuantas casas de moda y creo que querrán hacerme las típicas preguntas tontas. ¿Nos vemos mañana? —Pregunta, acariciándome la cara.

—Sí —acepto enseguida, sería absurdo hacerme la dura después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

Cuando lo beso, antes de bajar, no puedo evitar preguntarme si las cosas irán como yo deseo o si solo será una pompa de jabón. Observo su coche hasta que desaparece tras la esquina y entro en la facultad tratando de dejar a un lado los pensamientos negativos.



CAPÍTULO 21

Viernes 18 de noviembre

Los días pasan, el frío es cada vez más intenso, los estudios resultan más complicados y el trabajo más pesado. Mientras se acerca el invierno, ha crecido el número de personas que se resguardan en los pubs por la tarde, incluso entre semana y, como consecuencia, también aumenta mi cansancio.

Con Chase las cosas van bien: estamos juntos todas las tardes a primera hora, hablamos o nos pasamos las horas encerrados en el coche besándonos sin más. A veces, me parece que tengo dos vidas y que nunca van a coincidir; pero otras veces creo que mi sueño se podría hacer realidad. Por la tarde viene mucho menos al pub porque dice que los momentos auténticos que puede pasar conmigo son otros. A menudo, creo que me quiere mantener lejos de Grace y de la relación que tiene con ella, pero quizás soy demasiado paranoica.

Dentro de cuatro días será su cumpleaños y estoy impaciente por enseñarle la sorpresa que le he preparado y celebrarlo juntos.

—¿El martes vendrás a buscarme como todos los días? —Pregunto con una sonrisita.

—Claro —replica, dándome un beso en los labios.

—Tendrás que venir a recogerme aquí al trabajo, no a la universidad —explico, mientras cojo el bolso del asiento trasero del coche.

—¿Y eso por qué? —Me pregunta curioso.

—Es una sorpresa —respondo, guiñándole un ojo.

—De acuerdo, entonces ya no te pregunto más —consiente con una extraña luz en la mirada.

Parece feliz y emocionado de veras con mi idea, y yo siento que me invade una alegría inexplicable. Por eso, lo abrazo de repente. Por lo general, trato de

contenerme al máximo. Todavía no le he dicho lo que siento por él; no puedo, temo exponerme demasiado, asustarlo o hacerme daño.

—Gracias —me susurra al oído antes de dejarme bajar del coche.

Martes 22 de noviembre

El cumpleaños de Chase llega volando, porque, además, me paso la noche cocinando. He decidido que nos vamos a ir de picnic al parque y allí le daré mi regalo. También he preparado una tarta pequeña decorada con pasta de azúcar. Estoy muy emocionada.

Cuando Samuel llega a la cocina a prepararse el café, me mira pasmado.

—¿Se ha rodado aquí esta noche un programa de *Masterchef*? —Pregunta riéndose.

—Es mi sorpresa para Chase —replico, ruborizándome.

—Lo sé, te has esforzado mucho. Has preparado sushi e incluso una tarta. ¡Vaya tela! —Me felicita.

—Voy contigo a la facultad. Saldré antes para volver a casa, cambiarme, coger las cosas e ir al pub para que me recoja allí —explico, emocionada.

—Lo sé, Freya, me lo has dicho cincuenta veces. —Se ríe con gusto—. Acuérdate también del tubo de los dibujos —añade.

—Jolines, tienes razón —exclamo jadeante, mientras voy a cogerlo a mi habitación y lo pongo delante del frigorífico para que no se me olvide.

Después de mucho preguntarme qué le puedo regalar a alguien que tiene todo lo que quiere sin problemas, me decidí por no comprar nada. He dibujado en un folio A3 un grupo de escenas de los dos desde que lo conocí hasta hoy, espero que le guste.

Estoy muy nerviosa, tengo el corazón a tope.

—¿No crees que es muy poco? —Le pregunto a Samuel por enésima vez en el metro, mientras vamos a la universidad.

—No es poco. Es algo de corazón que has hecho tú misma. ¿Qué le podrías haber comprado? ¿Un jersey? Tendrá miles —observa mi amigo.

A veces me pregunto cómo me soporta.

Entro en la facultad y me dirijo a mi sitio, tengo la sensación de ir andando entre las nubes. Las horas pasan como un rayo y, cuanto más se acerca el momento, mayor es mi emoción. Me siento tan inmersa en la felicidad como el zorro del principito.

Dejo la facultad una hora y medio antes de lo habitual para ir a coger las cosas y prepararme. En la puerta, me encuentro a Evan que se está fumando un cigarro.

—Hola, Freya —me saluda, deteniéndome.

—Hola —contesto con la esperanza de librarme de él lo antes posible.

—Hace tiempo que no vienes al grupo de estudio, ¿todo bien? —Indaga, soltando el humo, que se dispersa volando hacia arriba.

—Sí, muy bien —corto sin más.

—Me preguntaba si te apetecería que algún día nos tomáramos un café juntos —pregunta con amabilidad.

Siento que me ha cogido desprevenida: Evan es un chico estupendo y también muy deseado, pero a mí no me interesa y no me apetece ser grosera. Creo que si sigo perdiendo el tiempo, me va a entretener mucho y tengo que escapar.

—Evan, el motivo por el que voy poco al grupo es porque a esa hora puedo ver a mi chico, lo siento —le aclaro con un tono amable y firme a la vez.

—Ya, el famoso novio secreto. Colin, que va mucho a vuestra casa, me ha dicho que nunca se lo ha cruzado —insiste y parece que no se da por vencido.

—Evan, ten paciencia, quizás otro día podamos hablar. Ahora tengo que salir corriendo —le doy la espalda y acelero el paso. Si pierdo este tren, será un desastre: llegaré tarde a casa y a la cita con Chase.

Por suerte, consigo entrar en el metro pocos segundos antes de que se cierren las puertas y suspiro aliviada. Ya en mi parada, salto fuera como un rayo y corro a casa.

Lo primero que hago es cambiarme y, gracias al cielo, he sido previsoras: esta mañana he dejado encima de la cama la ropa que he elegido para la ocasión. Me pongo las medias, una faldita negra cruzada, las botas y una camiseta negra de las que dejan los hombros descubiertos. Me miro al espejo y me siento feliz con el resultado. Corro a la cocina y meto en la bolsa de

refrigeración el sushi, la tarta y una mini botella de champán. Me la pongo en bandolera, cojo el tubo y ya estoy lista para ponerme en marcha.

Subo al metro en dirección a Hampstead con el corazón a tope. Cuando bajo, me dirijo a paso rápido al local: faltan diez minutos para nuestra cita y me muero de impaciencia. Pero, tras media hora de retraso, empiezo a ponerme nerviosa. Me parece extraño porque, por lo general, siempre llega antes de que yo salga de la universidad. Trato de telefonarlo, pero hace la llamada hasta que se corta; también le mando un mensaje, aunque no está en línea desde esta mañana. Pruebo a llamarlo de nuevo, luego me doy por vencida y me meto en el vestuario del pub. Después de guardar en el armario mi regalo y la comida en un frigorífico, me dejo caer en un banco.

Me siento tan tonta... Una lágrima me resbala por la mejilla mientras pienso en todo lo que he preparado, en el tiempo que he empleado, en el dibujo y lo que significa para mí. Me queda muy claro lo que ha ocurrido: ha preferido pasar el día con Grace. Igual ella ha organizado algo para enredarlo.

Me pongo los auriculares, buscando el consuelo de la música. Parece que lo sucedido me quiere mandar un mensaje con la canción de Emmelie De Forest.

Es verdad que, a veces, llega el momento de darse por vencido, mandarlo todo al infierno y romper en pedacitos el sueño destrozado para después barrerlo, como dice el texto de *Letitfall*.

Se me escapa un sollozo y me tapo la boca con la mano, con la esperanza de que no me haya escuchado nadie, porque no se me ocurre qué inventar para justificar mi presencia ni mi llanto. No puedo perdonarlo por esto: mientras esté con ella estas cosas seguirán pasando. Grace va a estar siempre antes que yo y ya estoy cansada de ser solo un pasatiempo, un plato de segunda mesa. Lo he sido toda la vida para mis padres, no quiero serlo también para él.

Me paso las primeras horas de la tarde inmóvil, como congelada, con el móvil en la mano, abierto en el chat que tengo con él esperando que me escriba algo. La canción que me bombea en los oídos una y otra vez, tratando de convencerme de que me olvide de él es la mejor elección.

Cuando llega Samuel para empezar su turno, me encuentra todavía en la misma postura, con las rodillas dobladas, los brazos envolviéndolas y la mirada perdida. Y, de inmediato, se agacha a mi lado, preocupado.

—Cariño, ¿estás bien? —Pregunta, poniéndome delicadamente una mano en el hombro.

—Sí —digo, encontrando las fuerzas para ponerme de pie—. Me cambio y

empezamos.

—Freya, ¿qué te ha pasado? ¿Te ha dejado? —Pregunta sin darme un respiro.

—No puede dejarme, porque nunca hemos estado juntos. Soy una idiota. No ha aparecido, no me ha escrito ni ha respondido a mis llamadas. Creo que, al final, hoy ha decidido pasar el día con ella —explico, tratando de contener las lágrimas, pero mi cara muestra el rubor que me produce la humillación.

—No lo puedes saber me contradice Samuel, tal vez no ha tenido otra opción —trata de dorarme la píldora.

—Siempre hay otras opciones y, está claro, que no me ha elegido a mí — doy el tema por concluido y me pongo el uniforme.

—Freya, esto era justo lo que me temía. Sabía que antes o después podía suceder y lo cierto es que me encantaría partirlle su cara bonita —explota Samuel enfadado.

—Es lo mismo, ya sabía a lo que me enfrentaba —le pongo una mano en el brazo—. Ahora vamos a trabajar.

Entro en la sala y me meto de lleno en el trabajo, sobre todo para no pensar, para tratar de anestesiar mi cerebro. Katy, una chica que tiene que acabar el turno a las diez, no se encuentra bien y le digo que se vaya a casa, que yo me ocupo de sus mesas. Me mato trabajando para impedir que mi mente piense en él.

Hacia las once, Bill me llama diciéndome que hay una llamada para mí; pregunto de quién se trata, sospechando que pueda ser Chase y así me lo confirma. Le pido que le diga que no tengo tiempo y vuelvo al trabajo. No ha entendido con quién está tratando

Pero, poco después, se presenta en el local.

—Háblale tú —le imploro a Samuel.

—Bueno, ¿me das carta blanca? —Pregunta mi amigo.

—Dile que se vaya, que esta vez sus mentiras ya no cuelan —le explico antes de meterme en los vestuarios.

Veo que mi amigo se dirige hasta él, le dice algo y salen juntos. Deseo de veras que no lleguen a las manos, pero Samuel no me parece una persona que se meta en peleas. De vez en cuando, echo una mirada fuera y los veo parlotear.

Cuando Samuel vuelve a entrar, parece que ya no hay señas de Chase, por eso me acerco a él para ver lo que ha pasado.

—¿Qué le has dicho? ¡Habéis hablado un montón! —Indago.

—Freya, me parece que Samuel ya ha descansado bastante, luego habláis —Bill interrumpe el tema.

Hacia la una y media, al fin acabamos de limpiar y me dirijo al vestuario, destrozada.

—Casi prefiero no cambiarme —le digo a Samuel señalándome.

—Tienes los vaqueros manchados por todas partes, vuelve a ponerte la falda. Vamos a un bonito local al aire libre y te ligas a algún camarero buenorro para olvidarte del rubito —bromea Samuel, guiñando un ojo.

Estamos tan cansados que no podríamos dar cuatro pasos seguidos, no digamos ya irnos de pubs, pero sé que lo dice para levantarme la moral. Al final, me cambio: en los pantalones hay una mancha de cerveza y apestan, no me apetece que en el metro me tomen por una borracha.

Salgo del local del brazo de Samuel, tengo en el hombro el tubo para los dibujos y en bandolera la bolsa de refrigeración: creo que lo voy a tirar todo a la basura.

—Entonces, ¿qué habéis hablado? —Vuelvo a preguntar.

—Freya —me pilla por sorpresa una voz que me hace temblar el corazón, mientras una mano se me posa en el hombro.

Quito el brazo y sigo adelante, sin soltar a Samuel.

—Freya, ¡espera! —Me detiene el paso.

—¿Qué haces aquí? ¿Has terminado de celebrar tu cumpleaños con gente digna de tu compañía y te has acordado de mí? —Pregunto nerviosa.

—No es así y lo sabes bien —insiste sin quitarse de en medio.

—¡No sé una mierda! Y ahora nos gustaría irnos a casa —replico furiosa, sobre todo porque las lágrimas amenazan con volver a desbordar mis ojos.

—Freya, te lo ruego. No he podido dejar de pensar en ti ni un momento. Llevo aquí fuera dos horas, no me he ido después de haber hablado con él —no se da por vencido y viene detrás de nosotros.

Me vuelvo hacia Samuel de repente.

—Es verdad —admite mi amigo, alzándose de hombros y haciéndose el indiferente.

Lo miro de lado: ahora entiendo por qué me ha convencido para que me cambie y no me ha dicho lo que han hablado.

—Escúchalo, oye lo que tiene que decirte. Después te bajas del coche y le dices que no lo quieres volver a ver más y que se vaya al infierno. Pero yo no dejaría que se acabara todo por un simple equívoco —me anima Samuel en italiano.

Chase lo mira perplejo, sin poder entender lo que me dice.

—¿Para que me llene de mentiras y me vuelva a ilusionar? Tenías que haberme dicho que estaba aquí fuera y habríamos salido por detrás —replico con frialdad.

—Freya, estás enamorada de él aunque finjas lo contrario. Mañana no dejarás de tener esos sentimientos. Acláralo, al menos sabrás lo que ha pasado. No te va a mentir, fíate. Le importas de verdad —insiste Samuel.

Le lanzo una mirada fulminante y estoy a punto de rebatirle, pero la voz de Chase me detiene.

—Te ruego, Freya —murmura hablándome por detrás.

Lentamente me vuelvo hacia él.

—Procura que sea una explicación convincente —digo cruzándome de brazos.

—Sube en el coche y vámonos de aquí, te lo voy a explicar todo. —Me abre camino.

Lo sigo y, cuando me abre la puerta, lanzo en el asiento trasero las cosas que llevo conmigo. Estoy demasiado nerviosa para contener ese absurdo gesto de rabia. Por desgracia, uno de los ganchos del tubo para los dibujos se clava en la piel del asiento y lo rasga. Me quedo petrificada. Me vuelvo hacia él, todavía de pie detrás de mí mientras sujeta la puerta.

—¿No subes? —Pregunta.

—¿Todavía quieres que suba? —Replico indicándole la marca, por si no se ha dado cuenta.

—Es solo un coche. Ahora mismo no me interesa, solo quiero estar contigo. Sube y vámonos de aquí, te lo ruego —me acaricia la cara.

—¿Necesitamos una mesa? —Pregunta cuando salimos.

—Para lo que sirve ahora —exploto, retorciéndome un mechón de pelo en el dedo.

—¿Sí o no? —Pregunta, ignorando mi malhumor.

—Sí.

Aparca cerca del pequeño claro del parque donde estuvimos hace tiempo, coge una linterna del coche y vamos hacia allí en silencio. Este lugar aislado siempre me fascina, incluso ahora que es de noche tiene un aspecto mágico. Los árboles se mueven con la leve brisa y las hojas crujen, produciendo una cantarina armonía.

Me siento en el banco, poniendo la bolsa de refrigeración y el tubo en la mesa.

—¿Qué ha pasado? —Pregunto mirando las vetas de la madera de la mesa. Parece que se toma tiempo y su silencio me obliga a fijar mi atención en sus ojos. Me estudia por un instante y empieza a hablar.

—Esta mañana me he encontrado a Grace en casa a las once. Cuando ha llegado, me ha dicho que por la noche tenía un compromiso y que había ido a felicitarme. Yo, pensando que me libraría pronto de ella, no me he opuesto. Creía que en una hora o así se marcharía —explica.

—¿Pero? —Pregunto con sequedad.

—Hacia mediodía ha recibido una llamada y, cinco minutos después, me he encontrado en casa a mi madre, mi padre y mi hermano. Me han preparado una fiesta sorpresa y me han llevado a comer fuera. No sabía cómo salir de ahí, ¿cómo le iba a decir a mi familia que tenía otra cosa que hacer y no quería estar con ellos? Pensaba que te podría mandar un mensaje para avisarte... —Empieza a justificar su ausencia dándole vueltas al teléfono entre las manos.

—Claro, en efecto, al menos podías haber tenido la decencia de escribirme —lo interrumpo, exasperada después de haber esperado como una idiota con todas las cosas encima.

—Déjame acabar, Freya. He buscado en el coche el móvil para escribirte, pero no estaba. Estoy seguro de que lo he cogido, pero no lo he encontrado. No sabía si lo había perdido y he estado pensando en ti todo el tiempo, en cómo te habrías quedado, lo que habrías pensado de mí y lo mucho que te habría dolido mi actitud. Se nos han hecho las tantas, hacía siglos que no veía a mis padres. Cuando al fin he vuelto a casa, he encontrado el teléfono en la mesita de la entrada y he visto tus llamadas. He telefoneado enseguida al pub, pero no has querido hablar conmigo. Supongo que Grace me lo habrá sacado del bolsillo. Yo creo que sospecha de nosotros, pero no me importa demasiado.

Las lágrimas empiezan a caer solas, no consigo detenerlas aunque quiera. No lloro solo por él, sino por todas las heridas que he sufrido en la vida: siempre he estado en segundo plano con respecto a los compromisos de mis padres, incluso cuando era niña y los necesitaba. No dejo de pensar que ella es su mujer, le ha organizado una fiesta con la familia y estaba con él como su novia. Mientras que yo soy la otra, abandonada en el lugar de la cita y esperando como una tonta. Aunque no lo haya hecho aposta, mientras las cosas estén así, seguirá ocurriendo una y otra vez.

Se acerca y me abraza.

—No sabes cuánto lo siento y cómo me habría gustado pasar contigo todo

el tiempo, pero no he podido, de verdad —me susurra al oído.

—Sé que no estás mintiendo, pero me has hecho daño. Durante toda la vida, mi familia siempre me ha dejado de lado y ahora tú estás haciendo lo mismo. Aunque no quieras, es así y no sé cuánto tiempo voy a poder soportarlo —soy sincera hasta la médula, no sabría inventarme nada y ni siquiera tendría sentido.

—No será así por mucho tiempo, Freya. Yo te quiero a ti y las cosas van a cambiar pronto, te lo juro —promete cogiéndome la cara entre las manos, después me besa y el mundo pierde el sentido.

Toda la rabia, la frustración y la desilusión desaparecen al simple contacto con sus labios, fríos por el hielo de la noche. No puedo evitar abrazarlo, agarrarme a él con fuerza, porque tengo la sensación de que se puede desvanecer de un momento a otro y dejarme aquí abandonada.

Se separa de mis labios.

—¿Qué hay ahí dentro? —Pregunta curioso.

—Algo que había preparado para ti, pero hoy habrás recibido y comido cosas mucho mejores —replico bajando la mirada, avergonzada por mi mísero almuerzo sorpresa.

—No creo que nada me pueda saber mejor que algo que tú hayas hecho para mí —observa, acariciándome—. Anda, enséñame, regálame el cumpleaños que me habría gustado vivir, aunque sea con retraso —me anima.

Lo satisfago porque no soy capaz de decirle que no y saco la fiambreira con el sushi y los palillos que he comprado a posta.

—Lo he hecho yo. Es la primera vez, espero que no sea una porquería —explico con embarazo.

Para mi sorpresa, el aspecto no es tan malo como me esperaba. Él no se deja desanimar por mi abatimiento, coge una pieza y se la lleva a la boca.

—Está bueno —me felicita.

—Solo lo dices para que te perdone —reacciono, mirándome los zapatos.

—Entonces pruébalo, así te darás cuenta de que no miento. Está bueno de veras y lo has hecho para mí —dice, haciendo que se me aceleren los latidos del corazón.

Yo también cojo una pieza: en efecto, me quedo pasmada ante el resultado, no está malo para nada.

—Entonces yo no era el único del que dudabas como cocinero —observa, al ver mi expresión de sorpresa.

—No me parecía suficiente —admito—, estarás acostumbrado a cosas

mucho mejores y de otro nivel.

—Para mí, en cambio, lo es todo, Freya. No me importan nada las cosas, tengo de sobra. Están vacías y no sirven para nada. Esto es real, tangible, auténtico. Me hace sentir especial, único. Estas son las emociones que todo el mundo debería recibir en su cumpleaños, no un montón de cosas materiales sin significado —me sorprende observándome intensamente.

Cuando saco la pequeña tarta, soy menos pesimista y su sonrisa me compensa toda la amargura que he sufrido durante el día. Soy demasiado débil, lo sé. Basta que me mire para que ya no sepa lo que está bien o mal y no debería ser así.

—¿Y qué hay en ese tubo? ¿Es un arma para pegarme por mi pésimo comportamiento? —Bromea, metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Es tu regalo —le digo mientras se lo doy.

Lo abre con curiosidad. Se queda mirándolo durante más de 1 minuto, parece que está estudiando cada una de las escenas que he dibujado.

—Me habías hablado de lo mucho que te gusta dibujar, pero esto va más allá de mi imaginación, es mejor que las fotos. Es fantástico, Freya, cada momento que has dibujado me transmite todas las emociones que sentí al vivirlas —me agradece.

Parece sinceramente impresionado y no puedo evitar derretirme.

—Dentro de poco podré, al fin, colgarlo en casa —continúa.

En mi corazón se enciende enseguida la esperanza de que haya decidido dejarla y estar conmigo a todos los efectos. Nos besamos y me parece imposible que las cosas no vayan como deberían. Algo helado me roza la nariz y me separo de él, levantando la cara, estupefacta. Unas pequeñas bolitas blancas revolotean por el aire, parecen minúsculos pedacitos de algodón reluciente: es mi primera nevada en Londres.

Me pongo de pie, emocionada por el espectáculo.

—¡Está nevando! —Exclamo feliz.

—Qué pena que no haya mucha nieve, de lo contrario te aplastaría en una batalla de bolas y tendrías que pagar una prenda —observa él.

Le doy un empujoncito en broma.

—Ya sé que harías trampas como en el juego de la película.

—¿Otra vez con lo mismo? No hice trampas, ¡acepta el reto! —Se burla de mí.

Me escondo detrás de un árbol y hacemos el tonto durante unos minutos,

persiguiéndonos en medio de la nieve que se arremolina ligera. Estos son los momentos que más me gustan.

—Volvamos al coche, hace mucho frío y no quiero que te enfermes —aconseja, en un momento dado.

Mientras vamos caminando de la mano hasta el coche, volvemos a charlar. Sé que debería olvidarlo, que preguntar me va a hacer daño, pero es más fuerte que yo: tengo que saber lo que ha hecho.

—¿Cómo es que se os han hecho las once de la noche? ¿Habéis ido a comer muy lejos? —Pregunto, haciendo ver que me es indiferente.

—Freya... —Vacila.

—Si no me lo quieres decir, no importa. En el fondo no me incumbe —replico desconfiada.

—Sabes que no es verdad, pero no me gusta hablarte de estas cosas. Me habría encantado que estuvieras conmigo —se defiende.

Lo miro a la espera de que satisfaga mi curiosidad.

—Grace había programado un día en el Somerset... —Empieza a hablar.

En cuanto la palabra llega a mis oídos, le suelto la mano enseguida: me quedo helada y no es por las bajas temperaturas. Ha ido a celebrar su cumpleaños con ella y su familia a la misma casa donde me llevó a mí, donde hicimos el amor. Sin darle tiempo a añadir nada más, huyo hasta la carretera, por desgracia, hacia su coche.

Él me alcanza y me coge por un brazo.

—Freya, joder, si me preguntas que te cuente algo, déjame que acabe de hablar.

—No me interesa, déjame. —Doy un tirón.

—Ni pensarlo, ahora entra en el coche y me escuchas —no me suelta.

Sin darme la posibilidad de escapar, acciona el mando que tiene en el bolsillo del chaquetón, abre la puerta, se sienta, me hace entrar y me obliga a sentarme en sus rodillas.

—Freya, no les he llevado a la casa, ¿vale? Ella quería ir, pero le he mentado, he dicho que estaban haciendo obras y no podíamos entrar. Hemos ido a un restaurante en Bath y después a pasear, ni siquiera les he dejado acercarse a la casa. ¡Joder, a veces haces que me sienta un monstruo! —Grita con tono amargo.

Incapaz de hablar, me vuelvo hacia él, poniéndome de frente: quiero mirarlo a la cara.

—No tenía ningún deseo de entrar con ella allí, de llevarla a la casa donde

había estado contigo pocos días antes y verla sentada en la misma mesa en tu lugar. No es ningún juego, Freya, me gustaría que lo entendieras —prosigue.

—Perdona —es lo único que puedo decir y una lágrima que no consigo retener me resbala por la mejilla, pero él me la quita con un dedo.

—No quiero que llores —susurra y me besa con delicadeza—. ¿Estás bien? —Pregunta, apartándose.

—Sí, ¿por qué? —Inquiero sin apartar mis ojos de los suyos.

—Estás temblando —replica, abrazándome por la cintura.

No sé si es por el frío o por él.

—Espera, vamos a solucionarlo —alarga una mano e inserta las llaves para poner en marcha la calefacción, al mismo tiempo se enciende la radio a todo volumen.

—Perdona —trata de estirarse para apagarla.

—No. —Le sujeto la mano—. Es una de mis canciones preferidas.

Él me mira en silencio, yo hago lo mismo y nos dejamos envolver por la música.

Las palabras de *Don't let me go* de RAIN, me resuenan por dentro.

—No me dejes marchar también tú Chase, no lo permitas. *Le cojo la cara entre las manos y le susurro en los labios.*

Esta vez soy yo quien busca su boca, me abrazo a él y le meto las manos debajo del abrigo. Incapaz de resistirme, busco su piel cálida debajo de las distintas capas de tela. Necesito tocarlo, sentir que es mío. Sus manos suben por mis medias, se meten debajo de la falda, pasan por el volante de encaje de los pantalones y llegan hasta mi piel.

Me acaricia las nalgas, apretándome contra su cuerpo y percibo claramente, incluso a través de la ropa, el efecto que le estoy causando. De los labios, se me escapa un grito sofocado.

Lo deseo.

Me aparta hacia un lado el tanga y sus dedos me penetran; siento el cuerpo flojo y completamente a merced de lo que me quiera hacer. No puedo resistirme, lo deseo demasiado. Me agarro a sus hombros para ponerme en posición erecta mientras él sigue acariciándome cada vez más rápido y me olvido por completo de dónde estoy. Ya no me encuentro en un coche, dentro de un parque público, de noche, en medio de la carretera. Estoy en mi mundo con él, ese universo en el que nos pertenecemos el uno al otro.

Mi respiración es jadeante y siento un calor cada vez más fuerte que se me extiende por el vientre. Cuando su otra mano se mete debajo de la copa de mi

sujetador, pierdo el control y me lanzo, pero él sigue tocándome hasta que me dejo llevar contra su cuerpo.

—Vamos a mi casa, quiero quitarte la ropa —me dice en los labios.

Acepto y me paso al asiento del copiloto. En cuanto se pone en marcha, le mando a Samuel un mensaje para avisarlo y me vuelvo hacia él: me está mirando y percibo la tensión que hay entre los dos, es un escalofrío cálido y frío que pasa con una frecuencia que no logro experimentar cuando no lo tengo delante.

Cuando aparca el coche y me doy cuenta de lo cerca que vive de mi zona, casi me echo a reír: podría irme a casa andando sin problemas. Subimos en silencio. Parquet, paredes blancas, algunas fotos suyas en las paredes: todo está muy ordenado.

—No me esperaba tanto orden —observo, mirando a mi alrededor.

—No te fies, acaba de pasar la señora de la limpieza, de lo contrario, esto sería un caos. A veces me avergüenzo de lo desordenado que soy y lo soluciono antes de que venga —se ríe.

—¿Quieres algo de beber? —Pregunta luego.

Levanto la bolsa de refrigeración, la botella todavía está dentro.

—Está el champán que había cogido para ti, podríamos llevárnoslo a la habitación —rebato, acercándome a él.

Chase me coge en brazos mientras le cruzo las piernas en torno al busto y pego mi boca a la suya. Me lleva a la habitación sin siquiera encender la luz y me deja en la cama. Se pone encima de mí y empieza a desnudarme. Cuando estoy casi desnuda, solo llevo los pantalís, lo detengo.

No quiero que sea como las otras veces, me gustaría demostrarle cuánto lo quiero. Recorro a todo mi valor y de nuevo echo mano a los recuerdos de las tardes que pasaba escuchando las proezas sexuales de Tania. Sé el asco que me daba lo que me contaba, pero también sé que con él no va a ser así, no puede serlo. Mientras le suelto el cinturón y empiezo a desabotonarle los pantalones, vuelvo a ver a Tania despatarrada en la cama de mi casa. Esa tarde trataba de enseñarme a hacer sexo oral y de convencerme de que lo practicara con alguno de nuestros compañeros. Tenía un chupachús y se dedicaba a metérselo y sacárselo de la boca, acompañando el movimiento con la lengua.

Empujo a Chase con delicadeza para que se tumbe y yo me pongo encima. Es tan perfecto que no me parece real: los costados estrechos, el vientre plano marcado por los abdominales, los pectorales perfectamente delineados, aunque apenas insinuados. Chase me deja hacer, quizás llevado por la

curiosidad de mi iniciativa; me quedo un momento dudando y luego me dejo guiar por lo que siento. Lo beso en los labios y voy bajando por el cuello, me paso a sus pectorales, recorro cada centímetro de su cuerpo con la boca. Estoy muy agitada y espero no hacer ninguna tontería.

Bajo cada vez más y, cuando llego a su abdomen plano, siento que se estremece. Saco la lengua y empiezo a deslizarla. No me pregunto si es correcto o no, pero me gusta y no quiero pararme. Bajo todavía más y casi parece que se está conteniendo.

—¿Qué pretendes hacer, Freya? —Pregunta en un momento dado.

No le respondo, bajo más y, entreabriendo los labios, lo absorbo. Lo siento inspirar fuerte mientras empiezo a moverme. Ya no pienso en Tania, sigo mi instinto y las ganas que tengo de él. El olor de su piel me invade el alma, el sabor de su cuerpo en la boca no me da asco en absoluto, me gusta.

Él extiende una mano y me la pone en la cabeza; sigue mis movimientos y dice mi nombre mientras yo continúo. En un momento dado, me sujeta delicadamente por el pelo y me detiene.

—Para —ordena, obligándome a ponerme a horcajadas sobre él—. Quédate quieta ahí —dice, mientras coge el ya familiar paquetito plateado.

Cuando se lo pone, intento tumbarme, pero me detiene.

—Te quiero encima de mí.

Siento que me penetra despacito. Es extraño, me parece que me penetra mucho más profundo. Cuando ya está todo dentro, lo miro y me pone las manos en la cintura.

—Haz lo que te apetezca, muévete como te guste.

Empiezo a subir y bajar encima de él, no sé describir lo que siento. Me gusta tenerlo encima y que me abrace besándome, pero esto también me encanta. Puedo mirarlo y tocarlo mientras está dentro de mí, estudiar su rostro, sentir su mirada y detener mis ojos en los suyos.

Chase extiende las manos sobre mí, empieza a tocarme y siento que voy a explotar. Un escalofrío me baja por la espina dorsal y me tenso arqueándome contra sus dedos. Se me escapa un grito de la boca y, mientras alcanzo el clímax, él me sujeta por las nalgas hundiéndose cada vez más en mi cuerpo.

No hay forma de explicar lo que siento, de decir lo hermoso que es, de contar la sensación. Sería trivializarlo. No es el sexo lo que me da placer: él es el placer en sí mismo, ser suya es un placer, pertenecerle y estar con él.

—Freya, me vas a volver loco, lo sabes, ¿verdad? —Pregunta, dándome un sonoro beso—. ¿Lo habías hecho antes? —Quiere saber después.

Por un momento, me quedo perpleja ante la pregunta.

—No —replico estupefacta.

—No me refería a lo de estar encima, sino a lo que has hecho antes — aclara.

Me viene de nuevo a la mente Tania cuando me decía que, si quería seguir siendo virgen, podía hacer todo el sexo oral que me apeteciera. Pensarlo ahora me parece fuera de lugar, pero no puedo evitar darme cuenta de lo poco que me conocía la que yo creía mi mejor amiga. Yo no tenía relaciones con nadie porque no me apetecía, no porque me importase mi virginidad.

—Si no te apetece hablar de ello, no hay ningún problema, era solo curiosidad —le quita importancia, mirando un punto perdido detrás de mí.

Me doy cuenta de que, aunque se haga el indiferente, es importante para él.

—No lo había hecho nunca. Me ha cogido desprevenida porque pensaba que lo había hecho muy mal al ser la primera vez —comienzo a explicar.

Él fija la mirada en mí. Por el modo en que me observa, casi parece que no me cree y no me lo explico.

—Para haber sido la primera vez... Tengo que decir que lo has hecho endiabladamente bien —comenta.

Decido que ha llegado el momento de sacar la historia del chupachús, quedar en ridículo y humillarme siempre es mejor que parecer una profesional del sexo.

—Sinceramente, creía que no iba a ser capaz. Solo lo he intentado porque yo también quería hacerte algo. No tenía ni idea de cómo saldría, ni sabía si me iba a gustar. Bueno, te voy a contar una cosa humillante, pero no te rías —trato de explicarle, perdiendo el hilo por culpa de la vergüenza.

Él levanta una ceja.

—Tania, la amiga que estaba conmigo en el evento, era un poco....

—Zorra —me interrumpe él.

Lo miro pasmada.

—No estoy ciego y la forma en que guiñan las mujeres me resulta evidente. No creo que tú te dieras cuenta, pero me pasó un papelito bastante explícito. Bueno, sígue —aclara sin añadir nada más.

“¡Qué gilipollas! ¡Me arruinó la vida y me llamó puta por la noche que pasé con él, cuando ella misma lo había intentado sin que ni siquiera me diera cuenta!”.

—Yo creía que era mi mejor amiga, pero Tania solo estaba conmigo para aprovecharse de mí, nunca me ha entendido en lo más mínimo. No quiero ni

pensar en ello. De todas formas, un día se pasó toda la tarde explicándome cómo hacer sexo oral. Intentaba convencerme de que lo practicara, decía que así seguiría siendo virgen. No entendía los verdaderos motivos por los que yo no tenía relaciones con nadie. A mí no me importaba nada la virginidad en sí, no quería tener relaciones y ya está. Así que cogió un chupachús y se puso a enseñarme cómo se hacía —revelo el humillante detalle que he tratado de guardarme para mí.

Veo que un ángulo de la boca se le curva hacia arriba, pero sigo hablando.

—Era una escena horrible. Sujetaba el chupachús de fresa y no paraba de metérselo y sacárselo de la boca con una expresión seductora, pero yo solo tenía ganas de vomitar.

—¿Y? —Me apremia él.

—Y nada. Lo he intentado. Yo... Bueno, no he pensado en las lecciones de Tania. He seguido mi instinto, quizás no debería haberlo hecho —termino con las explicaciones.

—Me has dejado pasmado. Yo... No me esperaba que hicieras algo así. Un chupachús, ¿eh?... —Responde mientras se ríe.

Desde que estoy aquí, tengo la sensación de que esa parte de mi vida nunca ha existido y, por mi salud mental, prefiero mantenerla lejos de mí.

Chase coge la botella de champán que está junto a la cama, la abre y bebemos los dos pegándonos el uno al otro, mientras intercambiamos besos y caricias. Cuando estoy con él todo es siempre tan perfecto que no me parece posible que haya momentos en los que no seamos el uno del otro. Por el contrario, cuando me encuentro sola, trabajando o en casa me asaltan los miedos de siempre.

Nos dormimos abrazados y, cuando me despierto, mi cara está apoyada justo encima de su corazón. Lo escucho en el silencio de la habitación y sincronizo mi respiración porque, al volver a mi realidad, me gusta pensar que todavía estoy respirando al mismo tiempo que él. Es tan guapo cuando duerme: su cara está relajada y me rodea con los brazos suavemente con la boca un poco entreabierta. Siento la tentación de besarlo, pero sé que si lo hiciera, lo despertaría y me tengo que marchar.

Al contrario de cuando estaba en el instituto, me he convertido en una pésima estudiante o, mejor dicho, apruebo los exámenes, pero de forma bastante mediocre. Por la tarde trabajo, el mediodía lo paso con él y por la noche duermo poco. Lo único que sé es lo que aprendo en clase y si empezara a faltar sería el remate.

Me visto enseguida y le dejo una nota en la mesita de noche.

Tengo que ir a la universidad.
Me ha costado mucho dejarte dormido,
me encanta mirarte mientras estás envuelto en los sueños.
Espero ser uno de ellos,
para poder seguir estando contigo aunque me haya ido.
Hasta luego,

Freya

Lo vuelvo a mirar y me voy corriendo a casa a cambiarme para ir a clase con Samuel.

Lo encuentro de pie, desayunando y me lanza una mirada maliciosa.

—Alguien ha hecho *cositas sucias* esta noche. —Me guiña el ojo, insinuante.

—Ese alguien se tiene que dar una ducha relámpago y cambiarse para hacer algo que cada vez hace menos: estudiar —replico, corriendo al baño.

Samuel entra en el antebañño mientras estoy en la ducha, pero no me importa porque el vapor lo cubre todo, además de que él no tiene ningún interés en verme.

—Freya, esta edad la vas a tener solo una vez, has sido una estudiante modelo toda tu vida, diviértete. Tampoco mis padres son los mejores, pero, bueno, quiero disfrutar de todos los años perdidos durante la adolescencia en la que era el patético novio secreto del hijo de puta que se follaba a todas nuestras compañeras —me aconseja mi amigo.

—Tienes razón, aunque, a veces, es difícil dejarse llevar —me justifico.

—Lo haces, pero enseguida te pones tensa. Casi parece que te quieras castigar por haber sido feliz. Disfrútalo, a miles de chicas les gustaría estar en tu lugar, aunque solo fuera una noche —me hace ver.

—Sí, es verdad, el problema es cuando entran en juego los sentimientos —replico mientras me enjuago el pelo.

—Estás enamorada, ¿verdad? —Pregunta Samuel, directo.

—Más de lo que estoy dispuesta a admitirme incluso a mí misma —le confío a mi único amigo verdadero.

"Me hubiera gustado tener el valor de admitírmelo a mí misma cuando, con

tal de estar junto a él, empecé a comportarme de forma totalmente autodestructiva, oponiéndome a cualquier forma de supervivencia. Ahí tenía que haber comprendido que estaba enamorada: desde la primera vez que lo seguí sin preguntarme hasta qué punto aquella noche me iba a destrozar", reflexiono con un poco de amargura.

—Por cierto, ¿cómo es que lo has ayudado a que me viera? Creía que no te gustaba. Entonces, ¿me cuentas lo que habéis hablado? —Indago.

—Cosas de hombres —murmura de forma escueta.

—Samuel —lo incito a hablar.

—Escúchame, siempre te he dicho que tengas cuidado y te he desanimado alguna vez. No importa lo que hayamos hablado, sino la impresión que me ha dado. Antes me has dicho que estabas enamorada, ¿no? —Replica Samuel sin revelarme nada.

—Si no lo estuviera, ya lo habría mandado a la mierda —confirmo bajo el agua torrencial de la ducha.

—Entonces, lánzate a ver cómo van las cosas. Si de verdad has cambiado como dices, si has decidido dejar atrás a la chica que no permitía que nadie se le acercara, es el momento de demostrarlo. Disfruta cada instante. Ya veremos cómo sale, aunque, mientras tanto, al menos habrás sido feliz —sugiere.

Y acepto su consejo más de lo que me gustaría.



CAPÍTULO 22

Jueves 1 de diciembre

Llega diciembre y trae consigo la alegría. Me apasiona este periodo del año: las luces de colores, las tiendas adornadas, las calles vestidas de fiesta, los regalos, los árboles de Navidad y el aire mágico que se respira. La nieve ha llegado y desaparecido para volver de nuevo. El centro de Londres está adornado con mil colores, los contornos de las calles parece que brillan con piedras preciosas y el London Eye iluminado se refleja en el Támesis. Me encanta pasear por el Millennium Bridge y disfrutar de todo eso mientras la nieve revolotea en el aire.

A menudo, duermo en casa de Chase y por la mañana salgo corriendo a la universidad. Samuel, por su parte, queda con Colin en el pub y se lo lleva a dormir a la nuestra. Dentro de poco, se va a celebrar la Navidad con su familia y Colin lo va a acompañar porque sus padres quieren conocerlo. Estoy muy contenta por él. Lo voy a echar de menos los días en que esté completamente sola, pero para mí volver a Italia no tiene ningún sentido porque estaría lejos de *él*, aparte de que en casa no me espera nadie.

Me llega un paquete de Italia, es de Inés. Samuel y yo saltamos de alegría cuando vemos el contenido: mi querida ama de llaves nos ha mandado un panettone y un pandoro hechos con sus propias manos.

—Eh, pero si todavía no hemos adornado la casa —me señala Samuel.

—Tienes razón, ¡me encantará hacerlo! El domingo por la mañana iremos a Ikea a comprar un árbol y el resto de los adornos —replico con entusiasmo.

—Colin estará encantado de acompañarnos con el coche. ¿Quieres invitar a Chase? —Pregunta Samuel.

—No —me entristezco—, estará fuera en una sesión fotográfica. —Suspiro.

—Venga, tendréis tiempo durante las fiestas. Tú también estás de vacaciones, ¿no? —Me recuerda mi amigo.

Bill, por sorpresa, nos deja librar del veintitrés de diciembre al siete de enero, es su regalo de Navidad. Como no conoce mi situación, ha dado por hecho que me quiero ir a Italia con mi familia. Por un lado, estoy contenta porque podré ver a Chase siempre que esté libre, sin la ansiedad de tener que irme a trabajar. Pero por otro, sin Samuel estaré sola durante mucho tiempo y ya sé que me pasaré los días mortificándome.

—Tienes razón —replico, aunque no quiero que Samuel se sienta culpable por volver a Italia. —¡Será una Navidad preciosa! —Me esfuerzo por exclamar con alegría.

Nuestro tiempo robado también está afectando la vida de Chase. No puedo enfadarme con él, porque, además, debido a todo el tiempo que pasa conmigo, cada vez hace menos vídeos y muchos de sus seguidores se están quejando.

Domingo 4 de diciembre

Estamos perdidos por el laberinto de Ikea buscando el árbol de Navidad y los adornos. Además de Colin, se ha presentado también Evan. Samuel no lo sabía, ha sido idea de su novio. Ante su amabilidad, trato de no mostrarme demasiado fría. En el fondo, Evan me resulta simpático y además es una compañía agradable. Si no estuviera enamorado de mí, sería todo más fácil.

—También tenemos que elegir la ropa para la fiesta de Navidad del pub —dice Samuel, en un momento dado.

—Tienes razón, lo había olvidado, pero temo que hoy no nos va a dar tiempo —respondo, alzándome de hombros.

—¿Te va a acompañar tu novio a elegir el vestido? —Se entromete Evan.

—Pensaba comprarlo con Samuel, así lo escogemos del mismo estilo —respondo.

—Claro, del mismo estilo... Freya tendrá una imagen sexy, mientras yo pareceré un capullo idiota vestido de rojo. No me gusta ir uniformado, quiero ser yo mismo —afirma Samuel con tono desconsolado.

—Entonces, ¡vístete de rojo, pero de la forma que te guste! —Sugiero yo, divertida.

—¿Por qué vas con Samuel? ¿Tu novio está demasiado ocupado para acompañarte? ¿No podía venir hoy? —Me provoca Evan.

—Tenía que trabajar —explico sin entrar en detalles.

—Si yo tuviera una novia tan guapa, no la dejaría ir por ahí sola con otros chicos —deja caer Evan.

—Él liga más que yo, puedes estar seguro —rebato más cortante de lo que me habría gustado.

—Ah, ¿en esas estamos? ¿Tienes una relación en la que él es el centro del mundo y tú no vales nada? Eso no es saludable, Freya —prosigue Evan sin captar mi decepción.

—Perdona, pero ¿qué sabes tú del tipo de relación que tengo? Has recurrido a un tópico bastante ridículo, propio de un cavernícola y yo te he respondido —exploto, incapaz de contenerme.

—Chicos, no os peleéis, no es el caso de que nos arruinéis el día —interviene Samuel, que ha entendido mi nerviosismo.

—Perdona, Freya, lo siento por ti, no quería ser pesado. Es solo que, a menudo, te veo triste o ausente, incluso en la universidad. A veces, tengo la impresión de que estás en vilo en un precipicio y pareces desesperada, en lugar de ser feliz de verdad. Y me preguntaba cómo te sentías en realidad —Evan hunde el dedo en la llaga.

—Te agradezco la preocupación. No es el centro de mi vida, también tengo otras preocupaciones, por ejemplo: una familia de mierda. Esa es otra razón por la que no vuelvo a Italia en Navidad. Hay cosas de las que no me gusta hablar —me defiendo, cortando la conversación.

El resto del día pasa rápido y compramos todo lo que necesitamos con alegría. Por suerte, Evan ha captado la indirecta y no ha vuelto a sacar el tema, aunque, para mi incomodidad, ha estado todo el tiempo tirándome los tejos sin ningún pudor.

Cuando al fin nos quedamos solos y vamos camino del pub, aclaro las cosas con Samuel.

—Escucha, yo te quiero mucho y me alegra que estés con Colin, pero dile que no vuelva a organizar otra quedada. No quiero encontrarme en esta

situación, no me interesa —explico más irritada de lo que me hubiera gustado, aunque no estoy enfadada con él.

—Lo sé, Freya, pero no ha sido idea mía —se defiende.

—No estoy enfadada contigo, solo te pido que se lo dejes claro a Colin. Dile que no hay ninguna esperanza —respondo con un gesto seco de la mano.

Al llegar al pub, nos olvidamos del tema. Está lloviendo y ya hay jaleo, así que nos cambiamos corriendo y empezamos a trabajar.

Hacia las ocho y media, de repente, veo que entra Chase y con él también está Grace. Hacía mucho que no se dejaban ver juntos por aquí. Como siempre, verlos así me hace daño y me obliga a aceptar la realidad de las cosas: él no está conmigo. Las palabras de Evan me han afectado más de lo que yo hubiera querido: con tal de verlo, me he olvidado de lo que quería realmente de él. Pero todo es una ficción.

Son las nueve y media cuando Grace se pone de pie, gritando como una gallina. —Sube el volumen, Bill. ¡Están dando la entrevista!

No entiendo de qué está hablando hasta que no me doy la vuelta. Se trata de una entrevista a Chase, por la fecha de grabación que destaca a primera vista comprendo que se trata del lunes siguiente al domingo que pasamos en el Somerset. Lo escucho responder a las típicas preguntas simplonas de las revistas mientras limpio una mesa bastante grande. No alzo la mirada hacia la televisión para no darle a la gilipollas la satisfacción de pillarme mirándola.

Pero, llega un momento en que noto un cambio de rumbo en la conversación: la periodista ahora está hablando con Grace. Estoy a punto de desconectar y dedicarme solo al trabajo, cuando una pregunta me sacude.

—Entonces, Grace, hace mucho que estáis juntos y vuestra relación debe ser muy estable, ¿habéis hablado alguna vez de matrimonio? —Pregunta la entrevistadora con picardía.

—Todavía no, pero no creo que falte mucho —replica ella, fingiendo una expresión tímida.

—¿Quieres contarnos algo más? —La anima la otra.

—Como tú misma has dicho, ya llevamos juntos mucho tiempo y compartimos un grado de confianza y comprensión que es difícil de alcanzar —empieza a explicar la bruja.

—¿Por ejemplo? —Pregunta la periodista, acercándose como si pudiera sacarle las palabras de la boca.

—Te voy a contar una anécdota para que lo entiendas. El sábado por la noche habíamos ido a la fiesta de un amigo y estábamos con el coche de

Chase. Él se emborrachó y me lo llevé a mi casa —empieza a contar y se pone una mano delante de la boca, casi como si fingiera algo secreto o una confidencia—. Por suerte, se despertó y bueno... Nosotros también nos entendemos muy bien en la cama. Por la mañana sabía que tenía un compromiso y, por suerte, me desperté y lo pude llamar. A las ocho debía estar en el lugar de la cita, pero todavía seguía desnudo en mi cama —se ríe de forma grosera—. Si no hubiera estado yo, ni siquiera se habría presentado. Lo mismo se habría despertado a las once —concluye.

—En suma, le salvaste un compromiso de trabajo. ¿Eres una novia que se preocupa también por su agenda a pesar de tus compromisos como modelo? —Pregunta la periodista.

Pero yo ya no estoy escuchando. Me he cruzado con los ojos de Chase y he intuido su mirada helada, el miedo por lo que ha salido a la luz. Yo me siento literalmente congelada, ni siquiera sé qué hacer para moverme y seguir trabajando. La noche antes de pasar el día conmigo se había emborrachado, había estado en la cama con Grace. Y no solo eso: por la mañana, si no lo hubiera despertado ella, me habría dejado plantada. No había ningún coche aparcado detrás del suyo.

Me parece que la habitación ha empezado a dar vueltas y no se para. Ni siquiera me doy cuenta de que voy tambaleándome hasta que me cogen los fuertes brazos de Bill.

—¿Estás bien, Freya? —Pregunta preocupado—. Parecía que te ibas a caer al suelo.

—Sí, perdona. Una bajada de tensión. Hoy había mucho lío y no he podido comer nada —miento.

—Vete diez minutos a los vestuarios y quédate allí, voy a mandar que te lleven algo —me ordena él.

Hago lo que me dice, quiero escapar de esa estancia, de sus ojos, de su presencia.

—Joder, Freya, ¿estás bien? Parecías un cadáver, te has puesto muy pálida —me dice Samuel que viene con una bandeja con pollo y patatas fritas.

—No estoy bien, no quiero volver allí, quiero irme a casa —replico entre lágrimas.

Samuel me pone una mano en el hombro y explota. Llora tan fuerte que me da miedo que alguien me pueda escuchar incluso en la sala.

—Yo hablaré con Bill, llama a un taxi que te venga a recoger por la parte trasera y te vas a casa. En cuanto pueda, me voy contigo —me aconseja al ver

mi estado.

Pienso que debería terminar el trabajo, pero no puedo. Me siento la cabeza vacía, el corazón muerto, me parece que ya ni siquiera estoy respirando.

Entro en casa y corro al váter. Vomito todo lo que he comido. Delante de los ojos, me bailan imágenes de los dos abrazados en la cama. Si pienso que la noche antes de nuestra pequeña fuga romántica estuvo en la calle con ella, me vuelven de nuevo las náuseas. Me lavo los dientes y me echo en la cama vestida mientras miro el techo oscuro, incapaz de moverme.

Cuando siento las llaves de casa que giran en el ojo de la cerradura, ni siquiera puedo responder al saludo de Samuel y él, asustado, entra corriendo en mi habitación. Le hago ver la fecha de la entrevista y él entiende a la perfección mi estado. Me siento desgarrada, burlada, humillada.

Cuando el móvil vibra en la mesita de noche, lo cojo y lo tiro al suelo.

Samuel lo recoge.

—¿No lo quieres leer?

—¿Para qué? ¿Para escuchar más mentiras? —Pregunto enfadada.

Samuel, a pesar de todo, abre el mensaje y lo lee.

—Dice que las cosas no son como parecen —explica con un tono monótono.

Imagino que también siente un poco que se ha burlado de él, porque cuando el episodio del cumpleaños lo había creído y apoyado.

—Con él, las cosas nunca son como parecen. Me ha hecho ver un mundo que no existe, ¡no le voy a permitir seguir haciéndolo! —Exclamo con rabia—. Dame el teléfono.

Abro nuestro chat, ni siquiera leo lo que me ha escrito y le doy directamente al micrófono para grabar un mensaje de voz.

—No quiero verte, no quiero escucharte ni leerte. Si te preocupas por mí y por mi bienestar, y no me quieres destruir más de lo que ya lo has hecho, no te presentes mañana en la universidad ni vuelvas al pub. Ten al menos la decencia de salir de mi vida sin hacerme más daño. Basta, Chase, se ha acabado. Me das asco, tus mentiras me dan asco, tu vida me desagrada. No quiero volver a verte nunca más.

Veo que lee de inmediato el mensaje. El chat se anima, me dice que está escribiendo. Después se para. No llega nada.

Y yo apago el teléfono y la mente.

Los días que siguen me parecen un túnel negro sin fin. Por suerte, Chase no se ha vuelto a presentar en el local ni fuera de la cancela de la universidad; no

habría soportado encontrármelo delante. Nuestro chat está lleno de mensajes pero no lo he vuelto a abrir, no quiero leerlos.

Samuel me sigue como una sombra, teme que pueda cometer alguna locura e incluso controla lo que como. A veces me conmueve: como nunca he tenido una madre que tuviera esas atenciones conmigo, me siento mimada como nunca en mi vida.

La noche del trece de diciembre estamos muertos de cansancio y Bill nos ha llegado a gritar porque todavía no hemos comprado la ropa para la fiesta del día dieciséis.

—Mañana por la tarde temprano los compraremos, así dejará de darnos la lata —le digo a mi amigo, dejando caer el abrigo en el sofá. Estoy tan cansada que me resulta difícil imaginar que llego a la cama.

—Freya, tengo que decirte una cosa —comenta Samuel con una voz que no me gusta nada. Enseguida me doy cuenta de que lo que debe decirme no tiene nada que ver con la elección de nuestros trajes para la fiesta.

—Habla —lo animo, cruzando los brazos.

—Esta noche he visto las reservas para la noche del dieciséis. Esperaba con todas mis fuerzas encontrar la mesa finalmente libre o reservada con otro nombre, pero Chase no la ha anulado. Van a ser ocho. ¿Quieres que lo llame con tu teléfono para pedirle que anule la reserva? —Pregunta preocupado.

Estoy a punto de decirle que lo haré yo directamente, pero un brillo de rabia resplandece en mi ánimo herido.

—No. Tengo una idea mejor. Que venga, entenderá que me ha perdido para siempre —replico furibunda.

Samuel me mira de forma extraña.

—Cuando te pones así, me das miedo. ¿Qué se te ha ocurrido? —Pregunta.

—¿Evan sigue enamorado de mí? —Pregunto, mientras una idea diabólica se me va formando en la mente.

—Sí, ¿has decidido darle una oportunidad? —Pregunta Samuel perplejo.

—No. No sé cuándo ni si dejaré de amar a Chase, pero me gustaría que viera que hay otros chicos —explico.

—No querrás usar a Evan, ¿verdad? Podrías hacerle daño. Sé que estás enfadada, pero él no tiene nada que ver y no merece pagar por el daño que te ha hecho Chase —objeta mi amigo.

—Para nada, no soy ese tipo de persona. No tengo intención de ilusionarlo ni de hacerle daño. Colin no ha ido nunca por la noche al local porque solo se habría aburrido y tú nunca le has dicho que se lleve a Evan porque sabías que

me habría molestado. Invítalo a la fiesta, solo seré más agradable con él de lo habitual, no pretendo hacer nada más; no lo voy a besar ni a hacerle creer que me interesa. Simplemente, seré un poco más expansiva de lo habitual y... Me compraré un bonito traje navideño —aclaro.

—No sé si es una buena idea, basta que no finjas que quieres estar con él y luego te lo quites de encima —pone como condición Samuel.

—Ni se me ocurre, solo quiero que Chase piense que he ido más lejos y que yo también estoy con otra persona —rebato con énfasis.

—Vale, preparo las palomitas —ríe Samuel—. Escucha, Freya, puedo llamar a mis padres y decirles que voy a pasar aquí la Navidad. ¿Estás segura de que te quieres quedar sola? —Pregunta luego con expresión preocupada.

Casi me conmuevo.

—Samuel, ni pensarlo. No quiero que renuncies. Necesitas estar con tus padres, tendréis mucho que contaros. —La idea de que hayan aceptado a Colin me llena de felicidad—. ¿Cómo fue? —Pregunto, participando de su alegría.

—En estos meses nos hemos escrito, ha sido más fácil que hablarlo en persona. Decidí que era el momento de contarles lo de Colin, porque me preguntaban siempre por la Navidad y yo no quería estar tantos días sin verlo. Temía disgustarlos, ya sabes —explica mirándome a los ojos.

—Ya te he dicho que no hay nada desagradable en ello —rebato de inmediato.

—Sí, lo sé, pero no creía que se lo fueran a tomar bien. Una cosa es que hayan aceptado mi homosexualidad y otro decirles que tengo novio —objeta Samuel.

—¿Y qué más? —Lo animo a seguir.

—Creía que no me iban a responder al correo, pero... Mi madre escribió diciendo que tenían curiosidad por conocerlo. Incluso bromeó con el hecho de que al fin un inglés iba a saborear una cocina decente —responde Samuel y lo veo tan feliz que, aunque ni siquiera se me ha pasado por la cabeza, nunca tendría el valor de pedirle que se quedara durante las vacaciones.

—¿Está contento Colin porque se va contigo? —Pregunto curiosa por saber también lo que piensa su media naranja.

—Ahora es todo muy diferente. Con Marco siempre tenía que fingir, él no quería que lo supiese nadie. Pero con Colin no hay secretos —replica sin saber el daño que me hacen sus palabras.

“Secretos... Eso he sido yo para Chase. Un sórdido secreto que hay que mantener muy lejos de los ojos de todo el mundo, algo que, si se hubiera

sabido habría arruinado su imagen, probablemente. Él y Grace son la pareja perfecta. Él y yo no somos nada”.

Mientras Samuel me cuenta más detalles felices, me guardo para mis adentros lo que me ronda por la cabeza.

Viernes 16 de diciembre

Samuel y yo nos miramos al espejo, satisfechos. Al final ha optado por un conjunto de chaqueta y pantalón de un rojo tornasolado muy particular, es mucho más sexy que un Papá Noel normal. Bill, al principio, se ha sorprendido, pero después le ha parecido divertido. De todas formas, Samuel le aclaró que no quería ser Papá Noel, sino él mismo y Bill le dio carta blanca.

Y yo...

Bueno, cuando salimos a la sala para empezar a preparar las mesas, el deleite de mis compañeros queda muy claro. Mi conjunto navideño sexy destaca también por las medias transparentes y las botas hasta la rodilla. Quizás he exagerado, pero no me importa un bledo; si quiero hacerle ver a Chase que yo también he salido adelante, tengo que apostar fuerte.

Hacia las siete, llegan Colin y Evan, y, por el modo en que me mira, deduzco que esta noche va a salir todo rodado. He reservado apostas para ellos dos una mesita cerca de la de Chase. A las siete y media, el pub está lleno y también Chase ha llegado; con él, además de sus amigos, está Grace. Ella me lanza una mirada cargada de odio y comprendo que la ropa me tiene que sentar muy bien. Les sirvo como si no pasara nada, los miro a la cara y les sonrío.

A todos menos a él.

Cuando me dice lo que quiere, miro el bloc y escribo, después paso a otra persona y me voy. Al volver con la bandeja llena, lo dejo todo en su mesa y me acerco a Colin y a Evan.

—¿Está todo bien? ¿Puedo traeros algo? —Pregunto, poniéndole a Evan una mano en el hombro y sonriéndole.

Él me indica algo de la carta y, cuando me acerco para leerlo y explicarle de qué se trata, me coge por la cintura con un brazo. Lo dejo hacer y le regalo una gran sonrisa. En ese momento, siento que un rayo láser me atraviesa la nuca y, aunque no puedo ni debo mirar, sé que Chase me ha visto y me está mirando. Le dedico a Evan otra sonrisa con todos los dientes, lo miro como si fuera la única persona en el mundo y después, con una mirada soñadora fingida, me dirijo al mostrador para llevar los pedidos.

Cuando les sirvo, Evan me invita a beber un sorbo de cerveza de su jarra.

—¿Puedo, Bill? —Grito en dirección a mi jefe para que me oiga por encima de la música.

—Es la fiesta de Navidad, Freya, diviértete tú también —me anima, levantando un brazo.

Me bebo un buen trago de la jarra de Evan. El alcohol se me sube de inmediato a la cabeza, no estoy acostumbrada a beber y siento que mis labios están mostrando una sonrisa obtusa, pero me contengo y vuelvo al trabajo.

Cada vez que le llevo algo de beber a Evan, él me ofrece que lo pruebe y yo acepto siempre. He visto que Chase ya nos mira de forma exagerada y directa, y eso me hace feliz: quiero que me vea mientras me divierto con otro.

Hacia las diez, siento que me cogen por el codo: es Samuel.

—Freya, deja ya de beber, no estás acostumbrada y no me gusta la actitud de Evan. Está tratando de emborracharte.

—Para nada y, además, aquí estoy segura —replico, alzándome de hombros.

—Sí, pero al final de la noche nos van a llevar a casa —me recuerda Samuel.

—Oye, no te preocupes, lo voy a controlar —lo despacho.

—De acuerdo, pero ahora ve al baño, mójate la cara y bebe un poco de agua fría —se empeña, empujándome.

Hago lo que me dice y me dirijo allí. Me cuesta mucho bajar las escaleras y puede que Samuel tenga razón: he sido demasiado exagerada. No veo el último escalón y estoy a punto de besar el suelo, cuando algo o, mejor dicho, alguien, me sujeta.

—¡Freya, ya está bien! —Me atraviesa una voz que me hace temblar el alma.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos celestes, que parecen faros

en la estancia en penumbra. Me arrastra hasta el baño de chicas y pone fuera el cartel de mojado. Algo me dice que Chase no ha bajado por casualidad. No sé por qué, pero sospecho que está Samuel de por medio.

—¿Ya está bien qué, Chase? —Lo reto—. No hacía falta que vinieras, nadie te obliga a verme. ¿Qué pasa? He soportado mucho tiempo viéndote a ti y a Grace besuqueándoos, ¿crees que no eres capaz de ver lo mismo? —Replico con desprecio, apoyándome en los lavabos.

—¿Quién demonios es ese tipo? —Pregunta él, cogiéndome por la muñeca e impidiendo que me vaya.

—Un compañero de la universidad, una persona que tiene todo el tiempo del mundo para mí, para el que soy la única y que no se acuesta con otra antes de venir a buscarme —respondo cortante.

—Ni siquiera has dejado que me explique, las cosas no han sido como crees. No sabía que ella había hablado durante aquella entrevista —trata de justificarse de nuevo.

—Lo creo. Si lo hubieras sabido, habrías impedido que encendieran la televisión. Por desgracia para ti, lo he escuchado todo. —Muevo la muñeca para librarme de su mano.

—No sabes lo que pasó, solo has escuchado su ridícula versión. Joder, te lo ruego, escúchame, deja de actuar así. Te echo muchísimo de menos —me coge completamente por sorpresa, invadiendo mi espacio, mientras pone las manos en el lavabo a ambos lados de mi cuerpo.

Lo miro atónito, nunca me habría esperado que dijera eso.

—Grace sospecha de nosotros, de mí y de ti. Esa noche hizo que me emborrachara, pero yo ni siquiera recuerdo haber estado borracho: había algo en lo que bebí, no me sostenía en pie. No recuerdo haber practicado sexo. Es verdad, me desperté en su cama, pero no recuerdo nada y, de todas formas, estaba vestido. Por suerte, no se dio cuenta de la alarma de mi móvil, de lo contrario, la habría quitado. Aunque hubiera pasado algo, solo habría sido sexo y nada más. Llegué tarde porque su casa está más lejos que la mía, pero no me olvidé de ti. Creo que lo hizo aposta, esperaba que no me despertase y te dejara plantada —explica su versión de los hechos.

Sabía que no debía dejarlo hablar. Más mentiras y embustes con los que me tiene controlada, me ilusiona, me engaña y me hace esperar.

—¿Qué quieres? Te lo vuelvo a preguntar, como hace meses. ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me mientes? Con todas las tías que podrías tener... Búscate a una que quiera ser segundo plato, una que acepte que tu mujer sea otra y no

ella —exploto tratando de escapar de él.

—Yo te quiero a ti, Freya. Te quiero desde marzo, desde que te besé por primera vez. Dios mío, no sabes cuánto te he echado de menos —vuelve a repetir sin dejarme una vía de escape.

Me gustaría darle otra respuesta cortante, pero no me da tiempo. Chase se inclina hacia mí, pone su boca en la mía, su lengua entre mis labios. Tengo un instante de duda, un segundo en el que pienso en alejarlo, en darle un rodillazo en los huevos y quitármelo de encima, pero es solo un momento. Su olor me emborracha, sus labios se ajustan a la perfección en los míos, el perfume de su respiración me marea y hace que mi corazón explote.

Le enredo los dedos entre el pelo, me engancho a él de forma desesperada y lo devoro.

Joder, cuánto lo he echado de menos, solo ahora me doy cuenta.

“¿Y cuánto lo voy a echar de menos?”, me pregunto apartándome de él.

—Freya —susurra.

—Has conseguido lo que querías, te he besado. Por esta noche, ya te has divertido conmigo, ahora vuelve con tu novia, yo me voy a trabajar —lo insulto mientras me alejo de él, tratando de levantar una pared, algo a lo que agarrarme porque ya sé que mi corazón deshecho no lo podrá resistir.

—Vengo a buscarte luego, tenemos que hablar. —Trata de retenerme.

En la puerta, me vuelvo hacia él.

—Yo esta noche me iré con mis amigos y tú con tu novia. Yo no lo soy porque tú no has querido.

Sin darle tiempo a rebatir, salgo del baño y subo las escaleras. Cuando llego arriba, Evan me espera en su mesa y reclama mi atención. Tiene en la mano un chupito y me anima a tomarme uno.

—Freya, no —trata de detenerme Samuel.

Vuelvo la cabeza y veo que Chase me está mirando. Pido el chupito y me lo bebo, chocando el vaso con el de Evan. Este me coge entre sus brazos e intenta darme un beso, pero me aparto con el tiempo justo para poner la mejilla.

—Freya! ¿No nos cantas una canción de Navidad? —Me anima Bill ahora que la velada casi ha terminado y hay menos clientes.

Los que estuvieron la noche de Halloween y recuerdan mi interpretación me animan, así que me dirijo al escenario tambaleándome de forma muy clara. Evan viene detrás de mí y me coge por un brazo.

—Yo soy su ayudante —grita dirigiéndose a Bill.

Decido cantar *Last Christmas*. A pesar del exceso de alcohol, consigo no desentonar en la canción, pero al terminar, se me doblan las rodillas y Evan me coge en brazos. Esta vez no logro llegar a tiempo: se inclina sobre mí y me besa.

Todo el mundo nos está mirando.

Trato de analizar mis sensaciones. No siento nada, nada en absoluto. No me desagrada. Evan es un chico guapo, pero es como si estuviera besando aire. No me late el corazón, no siento el extraño calor que me caldea el pecho cada vez que rozo a Chase, tengo los brazos inermes a lo largo de los costados, no me apetece extenderlos, abrazarme a él.

Cuando al fin me deja ir, la sala explota en un aplauso ensordecedor, pero la mesa de Chase está vacía, se ha marchado. Me felicito a mí misma: se la he hecho pagar. Busco la satisfacción que seguro que llegará de un momento a otro, pero no hay ni rastro de ella. La verdad es que soy idiota y todo resulta patético. Me encuentro con la mirada de Samuel y su decepción es más que evidente.

Poco a poco, los clientes se van marchando y llegamos al vestuario; estoy hecha polvo tanto física como moralmente, ni siquiera tengo fuerzas para cambiarme.

—Freya, no te voy a dejar sola con Evan en ese estado. No tenía que haberte besado, se veía a una legua que estabas borracha y tampoco ahora estás bien. No puedes quedarte sola con él —se preocupa Samuel.

—Vamos a nuestra casa los cuatro juntos, ¿no? Mi intención es meterme en mi habitación y encerrarme con llave —replico y se me escapa una lágrima.

—¿Qué pasa? —Pregunta Samuel.

—Soy una idiota sin remedio, Samuel. Pensaba que vengarme de él me haría sentir bien, que tendría la sensación de estar a su altura; pero, en vez de eso, me siento patética. Una pobre tonta que trata de todos los modos posibles de atraer la atención de alguien que no le pertenece y, además, de forma equivocada —explico, incapaz de contener las lágrimas.

—Yo lo he visto y no se lo ha tomado bien. En cuanto Evan te ha besado, ha cogido por el codo a Grace y se han ido —me cuenta mi amigo.

—Me parece que he armado una buena —digo abatida.

—Vamos, te meto en la cama, me ocupo de los chicos y me encargo de que Evan se marche —me anima Samuel, dándome un beso en el pelo y abrazándome—. Mañana, cuando hayas eliminado el alcohol y te hayas hartado de dormir, estarás mejor. Te llevaré el chocolate a la cama —promete

Samuel.

—O quizás me sentiré aún más idiota —murmuro, mientras las palabras se me ahogan en el pecho.

Cuando salimos por la puerta principal del local, vemos a los chicos esperándonos al otro lado de la calle. Samuel cruza rápido para ir hasta ellos, pero me doy cuenta de que he olvidado dentro del pub la bolsa con la ropa sucia para lavar.

—Recupero la ropa sucia y vuelvo a buscaros —grito en su dirección.

Voy corriendo al vestuario y salgo de nuevo. Estoy a punto de cruzar cuando un coche pega un frenazo delante de la acera y casi me atropella. Es negro como la noche con la que parece confundirse. Es imposible no reconocer el *Maserati Granturismo MC stradale* de Chase.

Baja la ventanilla.

—Sube —me ordena desde el interior.

—Ni lo sueñes —replico cortante.

Al levantar la mirada, veo que Evan está a punto de venir hacia nosotros, pero, por suerte, Samuel lo contiene.

—Como ese dé un paso más, pongo la marcha, acelero y lo aplasto. Si no quieres que lo haga, sube —me amenaza.

—No lo vas a hacer —lo reto.

—No me retes a demostrarte el estado en el que me encuentro en este momento, Freya. Sube, vamos a terminar con estas gilipolleces —responde alzando la voz.

Lanzo una mirada a mis amigos y veo que Samuel asiente: sabe que estoy a punto de irme y que es lo que tengo que hacer.

Subo al coche y cierro la puerta de forma violenta.

—¿Contento? —Pregunto enfurecida.

—Todavía no —replica, luego mete la marcha y arranca a toda velocidad.

No le pregunto adónde vamos, sé que es a su casa. La música a tope me ensordece, de los altavoces sale a todo volumen *I burn in you* de los Lacuna Coil. De vez en cuando, Chase me lanza miradas asesinas mientras conduce, pero la mayoría del tiempo está concentrado en la carretera. Y menos mal porque, a semejante velocidad, bastaría poco para estrellarnos. Pega un frenazo debajo de su casa y por la peste creo que se ha dejado la mitad de las cubiertas en el asfalto.

Entramos en el apartamento en silencio, pero ni siquiera enciende la luz y cierra la puerta con violencia. Después me sujeta por las muñecas y me

aplasta contra la pared, con todo su peso encima de mí.

—¿Te ha hecho algo más aparte de besarte, Freya? Le arrancaré una a una las articulaciones con que solo lo haya intentado. —Me arrincona con la mirada.

Ignoro sus ojos para no responder.

—Dímelo —insiste.

—He sido yo la que lo he provocado —replico.

—De eso ya hablaremos luego, dime si te ha tocado —me exhorta, con la presa bien sujeta.

—No —le hago el gusto—, de todas formas, todo ha sido culpa mía.

—Es verdad que has puesto de tu parte, pero era evidente que estabas borracha. Ni siquiera puedo enfadarme contigo por la forma en que te has comportado. Él quería aprovecharse de la situación y de tu estado —dice y parece más preocupado que enfadado.

—Conozco a Evan desde poco después de mi llegada y nunca ha intentado aprovecharse de mí, lo has entendido mal —lo defiende.

—Tú no sabes nada de los hombres. Siempre se ha portado bien porque no se le ha presentado la ocasión. Si te hubiese dejado irte con ellos, se habría aprovechado de ti —no se da por vencido.

—Ya se habría ocupado Samuel, habíamos acordado que se iba a deshacer de él —lo informo.

—¡Joder, Freya! Ese te quiere y no se habría rendido con facilidad. Eres demasiado ingenua —estalla sin soltarme, sus dedos me aprietan las muñecas con rabia.

—No me parecía que tuvieras mucho interés, si incluso te has marchado —replico malhumorada.

—Es verdad, ¿y sabes por qué? He llevado a casa a Grace y me he vuelto corriendo para impedir que volvieras a casa con él —me aclara.

No sé qué responder ante la rabia que leo en sus ojos. Intento tirar de las muñecas para liberarme, pero no me suelta.

—Me has hecho enloquecer, Freya. Ya te he dicho lo especial que eres para mí porque no eres falsa ni pedante, porque me quieres por lo que soy y no por lo que represento. Por eso... ¿qué coño te ha pasado por la cabeza? —Pregunta, escupiendo las palabras como si fueran veneno.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos: leo el mismo dolor que vi en los míos la otra noche después de haber escuchado las palabras de Grace en la maldita entrevista que él no habría querido que yo viese. Cuando vuelvo

a pensar en lo que me hizo, en las mentiras, me asalta un ataque de rabia.

—¿No te gusta sufrir las mismas cosas que haces a los demás? —Le pregunto vengativa.

—Freya, yo te quiero. No me importa nada Grace —responde con los ojos fijos en los míos.

—¡Te odio! ¡Tú eres el que me has convertido en lo que soy! —Le grito a la cara.

—No es verdad, tú me quieres tanto como yo a ti —susurra.

Después, su boca se pega a la mía, me obliga a abrir los labios y me devora. Mis brazos desean abrazarlo con desesperación, a pesar de la rabia que siento. Soy un cúmulo de sentimientos encontrados. Nunca nos hemos besado así: siento deseo, desesperación, casi me falta el aire, es más, él es mi oxígeno. Nos respiramos el uno al otro, como si fuéramos un solo ser. Fundidos en un único aliento.

Cuando me suelta una mano, mi primer pensamiento es que debería darle una bofetada, pero, en vez de eso, la extiendo hasta su nuca, apretando aún más mi boca contra la suya. Siento la cremallera de mi abrigo que se abre y después le sigue la de mi vestidito navideño; pero su mano no se pierde en preliminares y se mete directamente entre mis piernas.

—Me quieres tanto como yo a ti —me susurra en los labios con una sonrisa maliciosa y la prueba evidente de que tiene razón, mientras uno de sus dedos se desliza dentro de mí y me arranca un gemido.

Me rindo porque es verdad, no tiene ningún sentido resistirse. ¿Cómo podría hacerlo? Puedo decirle que lo detesto, que quiero que desaparezca, pero mi cuerpo no miente, es incapaz de hacerlo, no mientras lo tengo al lado y su mano me hace perder la cabeza.

No me muevo, me quedo pegada a la pared porque en ese momento es lo único que me puede sostener. Me siento al mismo tiempo débil y fuerte. Débil porque no puedo resistirme a él de ningún modo y fuerte porque sé que tengo el poder de hacerle daño, mucho daño. Ahora entiendo que podría herirlo tanto como él lo ha hecho conmigo.

De repente, Chase me levanta por las piernas, abriéndomelas y obligándome a entrelazarlas alrededor de su cintura, se desabrocha los pantalones, se pone rápido un preservativo y, después de apartarme el tanga, me penetra. En un instante, somos un solo ser y lanzo un grito de sorpresa, pero no es de dolor, es puro placer. Me aprieta contra el muro, ahora sus movimientos son rápidos y apoya su frente en la mía. Me desnuda el alma

clavando sus ojos en los míos.

—Respírame —susurro con el poco aliento que me queda.

Entonces me vuelve a besar como antes, como si yo fuera su oxígeno y él el mío. No hay caricias ni preliminares, es sexo en estado puro y me resulta maravilloso porque lo estoy viviendo con él.

El orgasmo me envuelve de un modo totalmente nuevo, es como una explosión salvaje, violento como el momento que estamos viviendo y más placentero que nunca. Cuando me corro, me agarra por la cintura casi con desesperación, como si nunca fuera suficiente, como si pudiéramos estar más unidos todavía. Hunde la cara en mi pelo, en el cuello, mientras sus gemidos se hacen cada vez más intensos y su corazón late frenético junto al mío. Se corre temblando y juntos nos dejamos caer en el suelo agotados.

Chase me atrae hacia sí, apretándome contra él, como si quisiera que fuera parte de su cuerpo y yo hago lo mismo. Puedo probar a rechazarlo o alejarlo, pero el corazón no me deja. Lo amo desesperadamente, lo amo de una forma que no creía que fuera posible.

Él es el aire que respiro, mis sonrisas, mi gozo, mi corazón.



CAPÍTULO 23

Viernes 16 de diciembre

—¿Sientes algo por ese tío? —Me interroga de pronto, rompiendo el silencio.

Me gustaría preguntarle si está loco, si tiene idea de lo que está diciendo. Mi corazón es solo suyo.

“¡Dile que lo amas, tonta!”, grita una vocecita dentro de mí, pero yo no le hago caso, no se lo puedo decir y arriesgarme tanto.

—¿Cómo se te ocurre algo así? —Pregunto, en su lugar.

—Responde, es importante —no me da tregua.

—Absolutamente, no —le admito.

—Entonces explícame, por Dios, ¿cómo se te ha ocurrido comportarte de esa forma tan estúpida? ¿Por qué le has dado pie? Todavía no puedo creer que te haya besado —estalla.

—Desde luego, no es el único chico al que he besado —lo provoco, incapaz de contener la lengua.

—¿A quién más? —Pregunta.

—No, quería decir en toda mi vida —resoplo.

—Lo que has hecho antes cuenta poco, no me afecta, pero ahora... No lo puedo soportar. —Me mira intensamente.

Mi pecho desprende un extraño calor: está celoso de mí. Pero no tiene ningún derecho, sobre todo en su situación. A pesar de ello, no me apetece seguir con la historia y decido admitir la verdad.

—Lo he hecho solo por herirte. Porque las cosas que dijo ella me hicieron daño, quería que tú sintieras el mismo dolor —respondo fastidiándome una pielecita del dedo.

—Muy bien, lo has conseguido —dice con gran frialdad.

—Si no me mintieras, no habría sucedido. Si no trataras de mantener dos relaciones a la vez, yo nunca habría hecho una cosa así. Es más, antes me has dicho que sabe de nuestra relación, explícame cómo es posible —pregunto sin intención de que el tema caiga en el olvido.

—No me apetecía contarte toda esa historia, no por mentirte, sino por no humillarla más con ello, si eso es posible. Trata de entenderlo, a pesar de cómo están las ahora, es una persona a la que he querido, con quien he compartido muchos momentos —comienza a explicar.

Dentro de mí se abre un abismo y empiezo a pensar en lo delicada que es su forma de ver las cosas o yo soy la tonta del bote dispuesta a tragárselo todo. Me llamo idiota, porque cada vez que me enfado con él y le dejo abrir la boca, me encuentro siempre en el mismo punto: creyéndolo y dándole otra oportunidad. A pesar de todo, me obligo a estar callada y lo dejo continuar.

—Sabe de ti desde el día que te conocí. Me esforcé por eliminar las huellas de aquella noche, pero me olvidé del preservativo de la papelera. Habría sido de tontos tratar de decirle que era de otro. Admití lo que había ocurrido. Me esperaba que me montara una escenita y se fuera. Por el contrario, dijo que había exagerado en los meses anteriores, que era culpa suya y me había alejado. Añadió que me perdonaba y que ya no íbamos a hablar más del tema. Yo me quedé estupefacto, no me lo esperaba. No sabía si te iba a volver a ver, si habrías perdonado mi comportamiento. El tiempo pasó y, como bien sabes, nunca he dejado de pensar en ti. Cuando llegaste aquí y te vio, no le costó mucho atar cabos —continúa.

—La primera noche que os vi quiso saber de dónde era —lo interrumpo recordando nuestra discusión en la puerta del pub.

—Estaba convencida de que yo había mediado para que te contrataran. Esa noche se desató un infierno, porque quería que no volviéramos a vernos más, pero le dije que se olvidara de eso, que te quería ver. Y si no le parecía bien, podíamos poner fin a nuestra relación. Ella sabe que nos vemos, sabía que ese domingo lo iba a pasar contigo, por eso montó toda esa historia de la entrevista: todo lo que hace tiene como fin alejarte de mí.

—No lo entiendo. Creía que el problema era que necesitabas tiempo para decirle que sentías algo por otra. Pero si sabe que nos vemos, ¿cuál es el problema? ¿Piensa que es algo pasajero y que todo volverá a ser igual entre vosotros? ¿Qué le has dicho? —Pregunto, cada vez más confundida.

—No le he dicho que sea una diversión pasajera, si es eso a lo que te refieres. Escucha, hay cosas humillantes y tristes sobre ella que no me apetece

contar. Te pido, solo una vez más, que confíes en mí. Te lo ruego, te lo he pedido desde el principio. Si me das un poco de tiempo y la posibilidad de hacer las cosas bien, pronto estará fuera de nuestras vidas. No me pidas que te cuente cosas de ella, no me apetece y no es justo —responde, apretándome las manos.

No sé qué hacer. Por un lado, me gustaría decirle que quiero saber esas cosas, que tengo derecho a conocer toda la verdad para poder entender esta situación descabellada en la que quiere que vivamos nuestra relación. Por el otro, admiro su discreción y su tacto con una persona a la que ha dejado de amar.

—Está bien —admito al final—, te daré tiempo. No hagas que me arrepienta —acepto, incapaz de estar lejos de él.

Como única respuesta, me abraza y me besa. El mundo pierde el sentido, las dudas ya no existen, la realidad es una mera ficción y eso es lo único que cuenta.

—Ni siquiera sé si en Navidad te vas a ir o te quedas aquí —me interroga entre beso y beso.

—Me quedo aquí —replico, sonriéndole.

—Encontraré la forma de pasar tiempo contigo. ¿Cuándo empiezan tus vacaciones? —Pregunta.

—El veintidós será el último día y también acaban las clases —le explico.

—Ya verás, va a ser una Navidad preciosa. Voy a intentar que lo sea, te lo juro —me susurra en los labios.

¿Cómo podría dudar de una promesa así?

Lunes 19 de diciembre

El resto del fin de semana pasa volando y Chase no deja que me aleje ni un segundo.

Cuando paso por casa para cambiarme, me doy cuenta de que Samuel no está y deduzco que habrá pasado la noche en casa de Colin. Entro en el aula, me regala una sonrisa y me siento junto a él. Durante la clase, no deja de pedirme detalles y al final se lo cuento todo.

Cuando pasa la mañana, estoy muy emocionada: le he dejado una nota a Chase en la que le pedía que viniera al parque y no veo la hora de estar con él. Mientras deambulo por los pasillos con la cabeza en las nubes, no me doy cuenta de que tengo a Evan detrás hasta que me arrastra por un brazo detrás de una esquina.

—Mira qué bien, ahora también finges que no me escuchas —me acusa con el ceño fruncido.

—Perdóname, iba distraída —replico incómoda.

—¿Estabas tratando de elegir el vestido de putita que te vas a poner para seducir a ese modelo mujeriego? —Me agrede de inmediato, hiriéndome de muerte. El tono, las palabras que ha usado y la maldad con que reacciona me recuerdan al periodo de mierda que pasé en primavera. Me siento de nuevo hundida y me quedo sin aliento como un pez que busca aire.

—Pensaba que estabas presumiendo, creía que estabas enamorada de alguien que se aprovechaba de ti y que tenías una venda en los ojos. Eres tan guapa que no podía ver más allá de tu físico y no me he dado cuenta de lo despreciable que resultas. Das asco, nunca habría pensado que fueras la puta de Chase Weber. Una a la que viene a recoger cuando le apetece echar un polvo después de haber dejado en casa a la novia. Porque eso es lo que eres y lo sabes bien: un buen polvo. No te mereces ninguna de las atenciones que te he dedicado. Cuando pienso en los pobres pringados como yo que te admiran y a los que ni siquiera has prestado atención, demasiado ocupada con gente de más poderío, me dan ganas de poner carteles contándolo para que todos sepan la clase de zorra que eres —sigue insultándome mientras me aprieta el brazo.

Me quedo helada, me gustaría responder a sus insultos, pero me falta el aire. Siento que me estoy hundiendo de nuevo en la pesadilla en la que caí hace meses. Temo que se lo diga a todo el mundo para vengarse: volverán las risas, las burlas, las humillaciones. Incapaz de articular una respuesta, huyo, escapo por los pasillos corriendo a más no poder y me refugio en mi casa.

Me echo las mantas por encima de los ojos y me pongo a llorar. Es la segunda vez que me ocurre y empiezo a preguntarme si no seré de verdad una ramera. Las palabras de Evan me han herido porque me han restregado en la cara una realidad que no quiero ver: eso es lo que soy a los ojos de todos los

que lo saben. Un polvo, una diversión.

El móvil empieza a vibrar sin parar, sé que es él que se estará preguntando adónde he ido a parar porque no estoy en el lugar donde le había dicho, pero no quiero responder, no tengo fuerzas. Si lo hiciera, cedería. Nunca he podido ver bajo esa luz tan cruda lo que hay entre nosotros, pero las desagradables palabras de Evan me han abierto los ojos y no quiero ser solo su juguete, quiero algo más.

Hacia las cuatro, Samuel llega a casa para cambiarse. Me encuentra en el mismo estado en que llegué y se preocupa de inmediato. Se lo cuento todo entre sollozos, pero no puedo dejar de llorar.

—Joder, cariño, te encuentras en estado de shock. Solo ahora me doy cuenta de lo herida que estás por todo lo que te ocurrió, creía que ya lo habías superado. Evan es un gilipollas, mañana me ocuparé de él —responde muy enfadado.

—Tiene razón —objeto entre lágrimas.

—No tiene razón y además no es asunto suyo. Tú lo amas y él te ama, no es como dice ese capullo —estalla mi amigo, sacudiéndome por los hombros.

—Yo lo amo, pero él nunca me ha dicho nada de eso —le explico.

—Bueno, los hechos también cuentan. Él te quiere. De todas formas, en cuanto vea a Evan, pondré las cosas en su sitio. No tenía por qué decirte esas cosas y mucho menos amenazarte así. No le va a decir nada a nadie, solo se sentía humillado y con el amor propio por los suelos, por eso ha querido vengarse. El viernes por la tarde, cuando te fuiste, yo también le eché la bronca. Intentó decir algo sobre lo que estabas haciendo y le hice saber que se tenía que callar la boca porque él, con tal de tenerte, no dudó en emborracharte y besarte. No, cariño, esto no se va a quedar así, también Colin estaba enfadado por todo lo que te hizo beber —me conforta Samuel, abrazándome.

Pero, a pesar de sus palabras, no puedo levantarme de la cama.

—Voy a llamar a Bill y a decirle que me quiero coger unos días porque no me encuentro bien. Si quieres, avisa a Colin y te vas a dormir con él, así no tendrás que volver a casa a tragarte mis lloriqueos. Yo no tengo ganas, necesito pensar, estar lejos de él. Si ahora fuese a trabajar, lo vería y no quiero —le explico a Samuel.

—De acuerdo —acepta, pero recupérate y no pienses en ello. Nada de eso es cierto, no des importancia a las palabras de un hombre herido. Él te quiere y no puede tenerte, por eso trata de destruirte. Es lo que te dije cuando todavía

estábamos en el instituto y te trataron de aquel modo. Olvídalo y piensa en ti, en lo que deseas —me anima Samuel, antes de cambiarse para irse.

Bill, por suerte, es muy comprensivo y me deja quedarme en casa hasta el inicio de las fiestas. De este modo, no tendré que volver hasta enero.

Los días pasan, Samuel no para de decirme lo absurdo que es mi comportamiento, que a Evan ya le ha leído la cartilla y no va a hacer nada. Un día después de comer, me lleva además una carta con sus disculpas. Pero no logro salir de este túnel, es como si todas las humillaciones y los sufrimientos que padecí me estuvieran asaltando de nuevo, asfixiándome. Trato de coger fuerzas para salir de casa, aunque solo sea para dar un paseo. Llego hasta la puerta, la abro y me vuelvo atrás. No puedo, no ha pasado nada en absoluto y, sin embargo, tengo la sensación de que todo el mundo me mira como hace unos meses.

Samuel se lamenta porque Chase no deja de ir al pub ni de acosarlo preguntándole por mí. Quiere saber por qué no respondo a las llamadas ni los mensajes. Para no caer en la tentación, ni siquiera los he leído. Me siento muy mal y creo que cada vez estoy peor. Quiero verlo y hablarle de manera desesperada, pero me obligo a no hacerlo, sé que si lo hiciera, no resistiría y cedería enseguida a cualquier petición suya. Ni yo misma sé lo que hacer: lo amo y quiero estar con él, pero las palabras de Evan me han hecho reflexionar sobre lo que soy realmente para él.

Jueves 22 de diciembre

Es de noche, todavía sigo enterrada bajo las mantas y cada vez más deprimida. Mañana Samuel se va a Italia y me quedaré sola. Lo único que hago es escuchar música de forma repetida. Ya podría cantar *Est-ce que tu m'aimes?* de Maître Gims delante de una multitud, me la sé mejor que él.

Sobre las once y media, siento girar las llaves en el agujero de la

cerradura y me preocupo porque me parece extraño que Samuel ya esté en casa. Llevo un pijama desparejado y raído, y mi cara da miedo por todo lo que he llorado. Pero no me importa que me vea mi amigo, sé que él no me va a juzgar. Me pongo de pie y me dirijo a la puerta, pero en cuanto cruzo la entrada de mi habitación, se me corta la respiración en la garganta: de pie, delante de mí, está Chase.

—Freya, Dios mío, ¿cómo te encuentras? Estaba terriblemente preocupado —dice acercándose a mí y cogiéndome entre sus brazos.

Toda la tristeza y el miedo que he sentido en estos días desaparecen en la nada. Me agarro a él, dejando brotar un llanto de liberación y sollozo como una tonta. Cuanto más me aprieta más lo hago yo. Es absurdo que su sola presencia me haya bastado para salir del pantano en el que me sentía hundida.

—¿Has cenado? —Pregunta preocupado.

Muevo la cabeza para decir que no.

—Está bien, ve al baño a lavarte la cara y te prepararé algo. No quiero escuchar razones, después me darás explicaciones —ordena, acariciándome la cara.

—De acuerdo —acepto.

En efecto, después de haberme lavado la cara con un poco de agua fría, me siento mejor y estoy preparada para él. Me miro al espejo y me tomo un segundo para pensar qué decirle, qué inventarme para explicar de forma sensata mi reacción ante lo sucedido. Observo mis ojos y veo que no le quieren mentir.

Cuando vuelvo a la cocina, siento un olorcito cautivador que flota en el aire: ha hecho crepes y les está poniendo sirope de chocolate por encima y azúcar glas.

—No es precisamente una comida saludable, pero he pensado que con el humor que tienes era lo que necesitabas —dice servicial, empujando el plato hacia mí.

—¡Están buenísimos! —Exclamo después del primer bocado, sonriéndole.

Él se queda en silencio hasta que acabo de comer. Después me quita el plato, lo pone en el fregadero y se vuelve para mirarme.

—Tenemos que hablar, Freya.

Lo acompaño hasta el sofá y me siento en una esquina, acurrucándome; ahora que ha llegado el momento ya no me apetece decirle todo lo que sufrí el último periodo de la escuela. Pero sus ojos no me dejan ni un segundo, no existe lugar alguno donde me pueda refugiar para escapar de ellos.

—Las llaves de casa me las ha dado Samuel, son las tuyas. Las ha cogido a escondidas antes de salir. Me ha dicho que era lo que necesitabas y que se iba a dormir a casa de Colin. Por la mañana vendrá a coger las maletas. Me ha dicho también que lo perdones por lo que ha hecho, pero que ya no podía seguir viéndote en este estado. Le he pedido explicaciones al respecto, pero piensa que eres tú la que me lo tienes que contar todo —dice, rompiendo el silencio.

Respiro hondo y cojo valor.

—No es fácil para mí hablarte de estas cosas, todavía me hacen daño... —Empiezo a hablar, perdiéndome en los pensamientos y tratando de poner las ideas en orden—. La otra mañana, Evan me agredió cuando me volvió a ver en la universidad.

—¿Qué te ha hecho? Dime dónde lo puedo encontrar y le voy a quitar las ganas de vivir —me interrumpe Chase, alterándose de inmediato.

—No me tocó. Fue otro tipo de agresión, la peor. Si no hubiese pasado lo que sufrí hace unos meses, ni siquiera le habría hecho caso, lo habría archivado en un rincón de la mente; pero me hizo recordar el pasado y me quedé destrozada —explico.

—Todavía no lo entiendo, pero sigue, te lo ruego —me anima, manteniendo las distancias.

Mi actitud cerrada debe resultarle evidente. Necesito hablarle, pero, al mismo tiempo, me da terror y solo puedo abrazarme a mí misma.

—En pocas palabras, me dijo que era la puta de un tío famoso, con la que se divertía cuando dejaba a la novia en casa....

—Te juro que lo mato —me interrumpe de nuevo.

—Si quieres entenderlo, déjame acabar —murmuro, bajando la mirada.

—Perdóname —susurra Chase y me acaricia una rodilla para tratar de sacarme de mi actitud retraída.

—Como te decía, si hubiera sido otro, me habría reído y habría pasado de él, pero su agresividad y sus palabras desencadenaron en mí un dolor que creía haber superado. Hay cosas que no sabes, que no te he contado. Hace algún tiempo, salió el tema de Tania y fui al grano en ese momento, pero la verdad es otra —me armo de valor y empiezo a contarle lo que sufrí—. Después del evento de Milán, se volvió en mi contra. Estaba celosa de mí, de que me hubieras preferido a ella. Pero no se limitó a cortar su relación conmigo: me arruinó la vida. Durante un tiempo, sufrí todo tipo de abusos por parte de mis compañeros. Tania les contó una versión falsa del asunto, que yo

era una promiscua, dijo un montón de falsedades sobre mí. Me hicieron la vida un infierno: llegaron a crear una página de Facebook para insultarme, subiendo montajes de fotos con mi cabeza e imágenes pornográficas. Todos me llamaban zorra y sufrí atropellos de todo tipo. Estuve a punto de suicidarme... —Le revelo la verdad mientras me hago daño en las manos.

Él me mira desconcertado.

—Freya... —Murmura, tratando de acercarse más a mí.

Lo detengo con un gesto de la mano, todavía no he terminado y si me besa, perderé el hilo del asunto.

—Hace tiempo me preguntaste si *Bring me to life*, la canción que canté en Halloween, te la dediqué a ti. Ahora te puedo decir que sí. Estaba a punto de hacerlo de verdad, Chase, tú no lo sabes ni lo puedes saber, pero me salvaste la vida. Cuando llegó tu mensaje, tenía la palma de la mano llena de somníferos. Aquellas palabras me hicieron volver a poner los pies sobre la tierra, me recordaron quién era realmente —confieso, mirándolo a la cara, aunque me muero de vergüenza.

Él me mira en silencio, parece que mis palabras lo han impactado. Me temo que lo he asustado, pero ya estoy decidida a seguir adelante.

—En ese periodo, cuando sufría aquellas tropelías, mi mente parecía desconectarse de la realidad y empecé a creer que daba asco de verdad y que era una persona horrible. Pensaba que mis padres no me hacían caso porque tal vez la repugnante era yo, que tú también te habías deshecho de mí a la mañana siguiente porque te habías dado cuenta de que era una persona terrible. Casi llegué a pensar que me había imaginado lo sucedido entre nosotros, que en realidad nunca ocurrió. Las palabras de Evan me recordaron ese periodo y he vuelto a sentirme así. Ante los ojos de todos, ella es tu mujer y yo solo soy una tía con la que te acuestas. Aunque sé que no es tu intención utilizarme, yo me siento así: una miserable —termino, mirando después al suelo.

Un segundo después, siento que sus brazos me rodean, me besa el pelo y me abraza fuerte; solo en ese momento me doy cuenta de que estoy temblando.

—Joder, Freya, me lo tenías que haber dicho. ¿Por qué has estado callada todo este tiempo? Tú no eres mi puta, ni una tía con la que follo sin más. Eres lo que más quiero en el mundo —me susurra al oído.

Aunque intento apartarlo, se me escapa un sollozo y me agarro a él, escondiendo la cara en su pecho.

—¿Tienes bañera? —Pregunta, besándome el pelo.

—Sí —replico, sin entender para qué la quiere.

—Necesitas relajarte y tranquilizarte. Yo me ocuparé de ti, ¿te puedo dejar sola cinco minutos? —Pregunta, poniéndose de pie.

Asiento, mirándolo mientras me falta el aire.

Siento correr el agua en el baño, después lo veo trajinando en la cocina y volver al baño; poco después regresa adonde estoy, me levanta en brazos y me lleva consigo. Está todo lleno de vapor y hace un calor agradable; ha encendido las velas perfumadas que había en el borde de la bañera y la ha llenado, el aroma a sales de baño de vainilla que tanto me gustan impregna la estancia.

—Esto no nos hace falta —dice levantando el bajo de la camiseta y sacándomela por la cabeza. Debajo no tengo nada, pero ya no siento ninguna vergüenza delante de él. Después me quita los pantalones y el tanga. Y cuando estoy completamente desnuda, me ayuda a meterme en la bañera.

—Cierra los ojos —susurra y yo obedezco.

Se pone detrás de mí y empieza a darme un masaje en los hombros; me relajo de inmediato, me siento bien y segura. Poco después me da un vaso y me invita a beber: es vino tinto. Samuel y yo lo guardábamos en la despensa por si dábamos una cena, pero el uso que él ha decidido darle me gusta más. Sigue masajeándome hasta que la tensión abandona mi cuerpo. Luego me ayuda a quitarme la espuma y, tras envolverme en el albornoz, me lleva a mi habitación.

Cuando estoy seca, me quita el albornoz, me hace deslizarme debajo de las mantas, se desnuda él también y se mete en la cama conmigo. Me aprieta fuerte y la sensación de su piel desnuda contra la mía me hace sentir bien, me embriaga. Sus manos suben y bajan por mi espalda lentamente y me siento cada vez más relajada.

—Duérmete, mañana estaré aquí y tendrás una bonita sorpresa —me susurra al oído.

—¿Cuál? —Pregunto medio atontada. El baño y las emociones de la tarde me han dejado exhausta.

—Lo descubrirás mañana. Cuanto antes te duermas, antes lo sabrás — replica divertido.

Me abrazo a su cuerpo y respiro su perfume tan agradable, lo adoro. No ha habido nada sexual en lo que ha pasado esta noche, pero siento que han sido los momentos más íntimos que he compartido con él. Es increíble lo unida que me siento a Chase a pesar de las circunstancias. Más asombroso me resulta aún que siempre sepa lo que necesito en cada instante.

Mientras su mano sigue recorriendo mi piel, el sueño me vence y me lleva consigo a otra dimensión.



CAPÍTULO 24

Viernes 23 de diciembre

Cuando me despierto, me encuentro dos maravillosos ojos azules y una sonrisa que me deja sin aliento.

—Buenos días, dormilona —me saluda.

—¿Qué hora es? —Pregunto alarmada.

—Quédate tranquila, estás de vacaciones. Samuel ya ha pasado a coger sus cosas, ha abierto despacio la puerta y ha salido; poco después me ha metido una hoja debajo de la puerta. Creo que te ha despertado el ruido de la puerta de casa cuando la ha cerrado al marcharse —explica dándome un sonoro beso.

—Joder, siento no haberme despedido —murmuro, mientras miro la puerta.

Me vuelvo hacia él, le extiendo los brazos detrás de la nuca y lo beso: en un segundo nuestros cuerpos son uno solo. Hacemos el amor despacio, tomándonos todo el tiempo del mundo y es magnífico.

Cuando sale de mi cuerpo, me vuelve a la mente su promesa de la noche anterior. Su presencia me desestabiliza y me arrastra por completo; cuando lo tengo de frente, solo cuenta él, pero ahora tengo curiosidad.

—¿Y esa sorpresa? —Pregunto, incitándolo.

—De acuerdo, te has portado bien y puedo decírtelo. Dentro de poco tendremos que irnos —responde.

Lo miro con el corazón en la garganta.

—Bueno... Me dijiste que en Navidad no tenías compromisos y que te ibas a quedar aquí, por eso he pensado en organizar algo para los dos. Si estás de acuerdo, podemos ir al Somerset y pasar las vacaciones allí —revela y el corazón me explota de alegría.

No encuentro las palabras para darle las gracias o decirle lo feliz que me

hace con ello, por eso poso mis labios en los suyos y lo abrazo muy fuerte.

—Imagino que es un sí —dice entre risas.

Nos damos una ducha por turnos para acabar antes; si lo hiciéramos juntos se convertiría de inmediato en algo diferente. Mientras preparo la maleta, veo el paquete de regalo de mi madre tirado en un rincón. Dentro hay un vestido de noche de su nueva colección, todavía no ha salido. Por lo general, siempre me hace un regalo de ese tipo por Navidad y me obliga a usarlo en cualquier acto. Siempre me he sentido exagerada cuando llevo trajes de alta costura, pero para mi Nochevieja con Chase creo que será ideal. Aunque en casa solo estaremos los dos, quiero estar estupenda. Lo doblo con cuidado, envolviéndolo en papel de seda y lo meto en la maleta.

Cuando sale de la ducha, entro yo y él prepara el desayuno. Lo miro sonriente mientras comemos juntos, en silencio. Un silencio lleno de miradas que colman el corazón. Es un momento precioso y, sin embargo, mi mente decide atormentarme.

—¿Qué le has dicho a Grace? —No puedo evitar preguntarle.

Deja el tenedor y me mira.

—Le he dicho que pase unas buenas vacaciones navideñas y que aproveche para recuperarse, que no tenía ninguna intención de seguir con ella ni quería sacrificar estos días que podía pasar contigo. Me ha dado con la puerta en las narices. En resumen, ha ido bien —explica, dejándome con la boca abierta.

—Pero... Quiero decir... ¿Cómo es posible? —Articulo de manera confusa, sin poder expresar mis pensamientos de forma clara.

—¿Qué ha cambiado con respecto a la última vez que hablamos? —Pregunta, juntando las manos debajo del mentón.

Asiento sin apartar los ojos de él.

—Cuando desapareciste, me asusté terriblemente y dejé a un lado los remordimientos que tenía. Yo te quiero a ti —aclara, haciéndome temblar de la cabeza a los pies.

Una lágrima fastidiosa se me escapa por la mejilla, pero él se levanta veloz y la coge con un dedo, después me besa con delicadeza.

—No llores que acabas de arreglarte. Si lo haces, tendrás que volver a maquillarte y saldremos aún más tarde —le quita importancia, haciendo que se me escape una carcajada.

—Tonto —respondo bromeando.

—¿Qué te ha escrito Samuel? —Pregunta, cambiando de tema.

Me acuerdo de la nota que he leído cuando estaba sola en la habitación.

Querida Freya,

Ya veo que no estás enfadada conmigo por la decisión que tomé ayer por la tarde. Él estaba desesperado, quería saber a toda costa lo que te pasaba y se me ocurrió que mandarlo allí era la mejor solución, sobre todo por ti.

Me moría de ganas de conocer los detalles y despedirme esta mañana, pero, cuando he abierto la puerta, os he visto en la cama abrazados y estabais tan bellos que no he podido despertarte.

Te quiero mucho, eres la mejor amiga que podría encontrar, una hermana.

Pasa una buena Navidad, espero que sea siempre entre sus brazos.

(Te envidio un poco, ¡es un gran tipo!)

Un beso grande.

Samuel.

—Cosas de amigos —replico, sacándole la lengua.

—Está bien. —Levanta las manos con un gesto de rendición y me guiña un ojo.

Me gusta que no insista y que respete mi amistad con Samuel.

Cuando subimos al coche, estoy muy emocionada. Lo pone en marcha y se dirige al suroeste. A medida que empiezo a reconocer el panorama y me doy cuenta de que nos estamos acercando a la casita, mi alegría va creciendo. Sabía que no me estaba gastando una broma cuando me lo dijo, pero no podía creérmelo: tener todos estos días para pasarlos con él a solas es un sueño que se hace realidad y estoy tan feliz que me da miedo. A nivel afectivo mi vida siempre ha sido una mierda y me da terror que algo pueda estropearlo todo. Temo tener que rendir cuentas por toda esta felicidad y me muero de miedo.

“¿Y si volviera a suceder de nuevo?”.

Trato de mantener controlado el miedo que me asalta, pero el pánico va creciendo. Me vuelvo hacia él para asegurarme de que es real y no solo fruto

de mi fantasía: en el mismo instante, se gira hacia mí, me sonrío y todo desaparece. Como un espejo que se hace añicos, se disuelve y desaparece. Puedo ser feliz, me lo merezco. Ya he pagado bastante.

Llegamos a la casita de campo y hace un buen día; el sol ilumina el pequeño prado que hay delante de la casa. Repetimos las mismas cosas de la vez anterior: entramos para encender la calefacción y salimos a hacer la compra. Veo a Chase dirigirse al garaje y lo sigo.

En vez de coger su precioso coche, me hace un gesto para que me suba en un jeep.

—¿Te importa que, en lugar de ir al centro comercial cercano, vayamos a Bath? Es una ciudad pequeña muy característica; quiero buscar algo más aparte de la comida y allí estarán más abastecidos. Si te apetece, podemos comer fuera.

—Me parece estupendo —acepto, emocionada ante la idea de visitar un nuevo lugar.

En cuanto llegamos, me quedo pasmada al ver la pequeña ciudad inglesa que parece escapada del Mediterráneo. Está llena de vivas pinceladas de color y su atmósfera es típica del Sur de Europa del que procedo. El centro de la ciudad parece una mezcla entre un museo georgiano y neoclásico al aire libre. Cierro los ojos, mientras Chase me lleva de la mano y vamos caminando por las calles, dejándome llevar por la sugestión. Por los caminos de esta ciudad, paseaba Jane Austen buscando ideas para sus obras maestras y no solo eso: en las termas de Bath se bañaban los romanos y, todavía antes, los celtas. Estos muros han visto las vidas de miles y miles de personas, han visto pasar el tiempo.

—Te gusta, ¿verdad? —Pregunta Chase, frotándome el pulgar en el dorso de la mano.

Me siento encantada.

—Para una aficionada al arte, debe ser un espectáculo increíble —añade sonriente.

—Gracias. —No puedo evitar sonreírle a mi vez como una tonta.

El aire punzante nos lleva a buscar refugio a cubierto, así que nos dirigimos a un restaurante oculto en un callejoncito lateral. El local es pequeño y de aspecto hogareño, pero enseguida me siento cómoda. Nadie parece reconocer a Chase, tal vez porque las camareras del lugar son más bien mayores.

Después de almorzar, nos dirigimos a un gran centro comercial.

—¿Qué buscabas? —Indago.

—Quería comprar algo para montar el árbol de Navidad, no tengo nada en casa y me gustaría adornarla —dice ajustándose la chaqueta.

“Nuestro árbol de Navidad”, es lo primero que se me pasa por la mente.

—¡Qué bien, estoy de acuerdo! —Acepto enseguida, tratando de contenerme para no ponerme a saltar como una tonta.

Encontramos un abeto de verdad y Chase dice que cuando nos marchemos lo plantará en el jardín con la esperanza de que arraigue, por ahora lo tendremos en casa con los cuidados convenientes. En el supermercado, hacemos una compra enorme y nos divertimos como tontos riéndonos de las cosas más extrañas. Mientras vamos por los pasillos cogidos de la mano, con la intención de elegir dulces, llegan dos chicas. Tendrán unos quince años y se le quedan mirando. Comprendo enseguida que son dos de sus fans y, por discreción, trato de soltarle la mano antes de que se den cuenta, pero él la sujeta más fuerte sin dejarme.

—Nos encantas —dice una de las dos—, ¿podemos hacernos una foto contigo? —Pregunta después.

Él acepta y las chicas me pasan los teléfonos para que haga las fotos. Lo abrazan una a cada lado y, mientras mira hacia donde estoy para la foto, me sonrío. No me siento celosa de las chicas, solo le están robando unos segundos por una fotografía que las hará felices durante varios días, pero él es mío y me quiere a mí. Por eso no hay nada que me pueda molestar.

Cuando les devuelvo los móviles, las chicas preguntan quién soy.

—Mi novia —responde él.

Parece que se han dado cuenta de que han sido un poco indiscretas, se despiden y se alejan. Me coge la mano atrayéndome hacia él y me besa, pero yo lo paro casi enseguida.

—Podrían fotografiarnos —digo, al ver que todavía están al final del pasillo.

—Tranquila, lo habrán hecho antes de que te dieras cuenta. Por desgracia, la intimidad no existe para mí —replica, alzándose de hombros.

Lo miro, impresionada por sus palabras. Es verdad, mi madre también decía a menudo que había tenido suerte porque cuando era modelo las redes sociales no existían. De no ser así, su vida habría sido aún más difícil.

—Freya, yo te quiero a ti, lo sabes ¿verdad? Son solo fans —especifica, pensando que estoy celosa.

—No hay ningún problema, de verdad —respondo sonriente.

Él me regala una sonrisa y seguimos con las compras. Una vez acabadas, las ponemos en el coche.

—Ahora tenemos que ir a recoger el árbol —digo toda emocionada.

—Espérame en el coche, lo traigo yo —responde pulsando el mando para abrir el auto.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda? —Pregunto desconfiada, el abeto era bastante voluminoso.

—No te preocupes, no es necesario —rechaza.

Me meto en el coche a esperar, imaginando que volverá en unos minutos, pero pasa casi media hora.

—Ya te había dado por perdido —lo recibo.

—Me parece que tenías razón, me ha costado mucho —se ríe, con la cara roja por el frío.

Me quito los guantes y se lo quito de las manos, luego me acerco y lo beso.

—Vamos a casa. —Me sonrío, mientras arranca el coche.

A casa.

Es extraño el significado que adquiere esa palabra a su lado.

Siempre he tenido una casa, pero estaba vacía, muerta. Ir a casa con él para mí significa ir a un lugar donde me siento querida, segura, protegida. Si mi corazón sigue latiendo tan fuerte durante nuestras vacaciones, no llegaré al nuevo año, moriré antes de un infarto. Alguien podría decir que ya debería estar acostumbrada, pero es imposible acostumbrarse a Chase: cada vez que lo miro, siento una emoción nueva y me pierdo en sus ojos de zafiro.

Una vez en casa, colocamos las provisiones y nos ponemos a montar el árbol: él empieza a cantar canciones de Navidad cambiándole la letra y convirtiéndola en algo realmente divertido, y yo no puedo dejar de reír. Cuando acabamos con los adornos, estamos satisfechos y muy cansados. El salón tiene ahora un aire muy navideño. Además del árbol, también hemos adornado la chimenea, decorándola con acebo y en los bordes de las ventanas hemos colgado minúsculas lucecitas blancas. Todo tiene un aspecto mágico.

Decidimos saltarnos la cena normal. Así que nos preparamos un inmenso chocolate caliente con nata y abrimos un paquete de galletas gigantes.

—Dios mío, damos asco —bromeo, refiriéndome a las porquerías llenas de calorías que estamos engullendo.

—Yo conozco muchas formas agradables de gastarlas —me guiña un ojo y me atrae hacia él.

Se me forma de inmediato un nudo en la garganta y tengo la habitual

sensación de calor que experimento en el bajo vientre.

—Quería preguntarte una cosa —dice, fijando su mirada en mí de forma intensa.

Lo miro invitándolo a continuar.

—¿Y el aceite para el cuerpo que tienes en el baño? Ese con un hipnótico perfume de vainilla... —Empieza a explicar, pero yo lo interrumpo.

—Oh, ¡coño! —Exclamo—. Es mi preferido, me lo he dejado olvidado encima del mueble esta mañana después de ducharme. Paciencia, por unos días puedo pasar sin él —me alzo de hombros.

—Lo he cogido yo —me guiña un ojo—. Quería estar seguro de que era tuyo.

Le lanzo una mirada perpleja, ha sido amable, pero no me esperaba que le pudiera importar tanto mi aceite corporal perfumado.

—Se pueden hacer cosas más agradables que masajear la piel después del baño, ¿sabes? —Susurra haciéndome enrojecer hasta la raíz del pelo—. Ven —añade después, cogiéndome de la mano.

Me lleva hasta la habitación, enciende unas velas que hemos comprado hoy y apaga la luz. Después se me acerca y empieza a quitarme la ropa lentamente, acariciándome por todas partes. Veo mi aceite a la vainilla en la mesita de noche, lo coge, se echa un poco en las manos y se las restriega. La fragancia dulce y especiada invade la estancia; desde la chimenea veo el resplandor de las llamas reflejándose en mi cuerpo y pienso que realmente podría incendiarme.

Apoya las manos en mi cuerpo y empieza a masajearme, después baja por mis pechos y las deja resbalar por los pezones, pasando los pulgares por encima. Empiezo a gemir, cuando me toca así pierdo el control. Siento sus manos resbalándose con el aceite por todo mi cuerpo: me coge primero una pierna y luego la otra, empezando por el tobillo y llegando a la ingle. Se echa más aceite en las manos y empieza a acariciarme, haciendo que pierda por completo el contacto con la realidad. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, jadeando.

—Sé lo que te gusta, princesa, pero mírame. No mires a otro sitio, no te escondas —me ordena y no puedo hacer más que contentarlo.

Sus ojos me alcanzan y su tacto adquiere una intensidad que va en aumento, siento calor por todas partes y exploto. En cuanto me corro, él se desnuda, se pone el preservativo y me penetra. Le engancho las piernas detrás de la espalda para hundirlo cada vez más dentro de mí. Mientras hacemos el amor,

me besa, me chupa los labios y me repite que soy lo más bonito de su vida.

Se queda encima de mí, jadeando, con los labios apretados contra mi cuello y sigue susurrándome cosas dulces durante unos minutos antes de moverse. Después me ofrece la mano y nos duchamos juntos, enjabonándonos el uno al otro.

Si estas vacaciones continúan como han empezado, a la vuelta ya no podré vivir sin él. Antes de dormirme, me aprieto contra su pecho y me concentro en el ritmo de su corazón con la esperanza de que nunca me falte.

Por la mañana, me despierta y mi corazón estalla de alegría porque me ha llevado el desayuno a la cama: debe haber ido a cualquier cafetería de los alrededores para comprar el cappuccino al caramelo y el muffin.

—¡Buenos días, princesa! —Me da un sonoro beso.

—Quería preguntarte si te gusta el plan de hoy —empieza a decir con expresión extraña. Está contento, pero, al mismo tiempo, parece dudar.

—Oigamos —lo animo a continuar.

—Sabes, estaba pensando... Llevamos juntos desde la tarde del veintidós, los días previos no creo que tu humor estuviera en su mejor momento y, por tanto, imagino que no habrá ningún regalo de Navidad para mí escondido —deja caer.

Yo me quedo muda y me avergüenzo de inmediato. Ni siquiera he pensado en ello. Antes de que entrara en tromba en mi casa, estaba fuera de la realidad y después me he visto tan envuelta por la felicidad que se me ha olvidado por completo. Siento que el rubor se me refleja en las mejillas y no sé qué decir.

—Eh, eh, no te comas el coco —se ríe—, —es que he pensado en un regalo para los dos. Tú pagas el mío y yo el tuyo, pero tengo que saber si te parece bien —me tranquiliza.

—¿Qué es? —Indago.

—Me gustaría enseñártelo. No queda mucho tiempo, prepárate —me anima, haciéndose el misterioso.

Me visto corriendo y lo sigo hasta el coche.

—Si no te apetece, no dudes en decírmelo —despierta aún más mi curiosidad después de habernos puesto en marcha.

Lo miro perpleja porque no tengo ni idea de lo que está hablando y él lo sabe bien. De hecho, me observa riéndose.

—No sé si todavía voy a poder resistir mucho —farfullo quejumbrosa, con la esperanza de que ceda.

Pero Chase se ríe, mientras se concentra en la carretera que vamos

dejando atrás y no dice una palabra.

Cuando se para, me doy cuenta de que estamos en el aparcamiento del gran centro comercial donde compramos las provisiones en cuanto llegamos.

—¿Qué crees que es? —Me pregunta mientras saca las llaves del salpicadero.

—¿Cómo puedo saberlo? Habrá un centenar de tiendas diferentes aquí dentro —observo indicando el centro comercial.

—Anda, ven —me anima, abriendo la puerta.

Cuando bajamos del coche, me coge de la mano, pero veo que deja la entrada a un lado y me lleva a una calle pequeña lateral.

—¿Recuerdas que cuando fui a recoger el árbol de Navidad tardé mucho? —Pregunta, parándose de pronto.

—Claro —asiento, volviendo mentalmente a ayer por la tarde.

—Fui a reservar una cosa para hoy, por eso tardé más; te dejé en el coche para que no lo supieras. Es un regalo que compartiremos para siempre, pero si no te apetece me lo tienes que decir.

No logro entender lo que puede ser y por qué teme que no me pueda gustar. Cuando se ha referido a algo que compartir para siempre me he sentido en las nubes. Creo que, sea lo que sea, lo voy a aceptar.

—Está bien, si no me gusta, te lo diré —acepto, porque no veo la hora de saber qué es.

Andamos todavía un poco más, después se detiene de nuevo y hace que me vuelva hacia un escaparate. Una tienda de tatuajes. Siempre me han fascinado y hace mucho tiempo que quiero tener uno, pero siempre me lo ha impedido el miedo al dolor. Miro su cara llena de expectación y decido que no me importa un comino el miedo si quiero vivir este momento con él.

—Interesante... —Le guiño un ojo.

—Freya, te lo ruego, si te da miedo o no quieres, dímelo —repito por enésima vez.

—¿Qué has elegido? —Pregunto, cogiendo el toro por los cuernos.

—Le he pedido una frase que iría entre los omoplatos. “Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”, la mía. “Amar no es mirarse el uno al otro, sino mirar los dos en la misma dirección”, la tuya —me revela al fin.

Siento que el corazón me estalla en el pecho: es la cosa más dulce y maravillosa del mundo, nunca me habría esperado algo semejante; ni siquiera un anillo me habría emocionado tanto. Una lágrima fastidiosa se desliza por mi

mejilla y me enfado enseguida porque no me apetecía que se diera cuenta de lo emocionada que estoy.

Me observa con una extraña luz en la mirada.

—¿Eso es un sí? —Pregunta.

Asiento, incapaz de hablar, el nudo que tengo en la garganta podría crecer sin control alguno y explotar. Me coge de la mano y entramos en la tienda. El tatuador lo saluda calurosamente y nos lleva hasta una pequeña habitación con una camilla. Después de haberse puesto los guantes y la mascarilla, nos pregunta quién va a ser el primero.

—Yo —me ofrezco enseguida. Si viera que a él le duele, podría dejarme llevar por el miedo y echarme atrás. No quiero desilusionarlo, ni renunciar a esto.

Me quito el jersey y, por suerte, llevo debajo una camiseta de tirantes muy descotada, así que no tengo que desnudarme más. Ni siquiera elijo el tipo de letra, dejo que Chase se ocupe de todo porque quiero que este momento sea perfecto. Cuando el tatuador apoya la aguja por primera vez en mi piel, siento un ardor y una quemazón muy fuerte. Se me escapa de la boca un hipido y veo que Chase levanta la mano para detenerlo.

—Si te duele demasiado, paramos y no se hace nada —me dice al oído, preocupado.

Vuelvo la mirada para que nuestros ojos se crucen.

—Dame la mano y mírame, no sentiré nada —respondo alargando el brazo.

Hace lo que le he pedido, no aparta sus ojos de los míos ni yo de los suyos. Mientras me pierdo en esos iris que amo más que cualquier cosa que haya podido ver en mi vida, el tatuador vuelve a percutir y otra vez la quemazón se apodera de mí, pero me contengo. Lo miro con intensidad, le aprieto la mano y él hace lo mismo conmigo. No dice nada, nos miramos sin más. Es imposible describir la intimidad de este momento, es algo que me penetra el corazón, debajo de la piel de todas las formas posibles y hace que me sienta envuelta en escalofríos de felicidad.

Cuando el tatuador se para y me dice que ha terminado, casi no me parece verdad. Tengo la sensación de que solo han pasado unos instantes hasta que miro el reloj y me doy cuenta de que han pasado tres horas. El escrito es precioso y, como Chase ha pedido, está envuelto en espirales de hiedra.

—Bath es una ciudad muy ligada a los celtas y has elegido un símbolo muy bonito —afirma el tatuador, volviéndose a Chase.

Los miro extrañada porque no sé de qué está hablando.

—Para los celtas, la hiedra estaba muy relacionada con la inmortalidad. Por eso he querido que estuviera en nuestro tatuaje —explica, vuelto hacia mí.

El significado de estas palabras me impacta mucho, emocionándome todavía más.

Cuando es su turno, cambiamos de sitio: él me coge la mano del mismo modo que lo he hecho yo y volvemos a nuestro juego de miradas. A veces siento que lo amo tanto que me parece que el corazón me podría estallar. Cuando él también acaba, le pide al tatuador que nos haga una foto antes de cubrirlos con el ungüento curativo. Me abraza por detrás, apoyándose la cabeza en el hombro de perfil, de modo que el tatuaje quede bien a la vista.

La foto es estupenda, se ve su espalda desnuda con el tatuaje en primer plano, la cara apoyada en mí y mi tatuaje casi exacto al suyo.

—¡Es fantástica! —Exclamo, devolviéndole el teléfono.

Veo que está escribiendo algo y, unos segundos después, me doy cuenta de que mi teléfono está vibrando. Lo saco con curiosidad por ver quién es y me doy cuenta de que se trata de una notificación de Instagram: Chase ha subido nuestra foto y me ha etiquetado. Cuando me vine a vivir a Londres, deshabilité la señal de *cuenta privada*, segura de que mis compañeros ya no me iban a perseguir de ningún modo.

Leo el pie de foto y me quedo con la boca abierta.

Esto es lo que hace que la vida sea digna de ser vivida. Me parece que esta es mi primera Navidad.

Han pasado pocos segundos y la foto ya tiene millones de corazoncitos, mi teléfono empieza a vibrar a tope y me doy cuenta de que, en unos instantes, mis seguidores han pasado de trescientos veinte a más de cinco mil. Los comentarios de las imágenes parecen infinitos.

Mi primer pensamiento es para Tania y mis antiguos compañeros de clase. Sé que resulta absurdo e infantil, pero no puedo evitar sentirme extasiada ante la idea de que vean que estoy con él. Quiero que todas las personas que me han humillado y me han llamado puta por lo que había pasado entre nosotros dos sepan que soy importante para él.

El segundo pensamiento llega poco después cuando veo los comentarios en los que etiquetan a Grace, así que imagino que ella habrá visto las fotos. Muchos la denigran porque la consideran odiosa, pero eso me parece horrible:

todos saben que Chase la ha dejado y está conmigo, dicen que se alegran y que es una gilipollas, sin siquiera conocerla. Hablan de ella y de su dolor divirtiéndose y lo considero algo terrible. Yo sé cómo te sientes.

Es como si las redes sociales fueran un espejo de nuestra propia realidad distorsionada y, todo ello, observado desde su punto de vista, aparece agigantado de manera desorbitada. La más mínima frase adquiere un tono espantoso, un significado increíble, todo tiene su respuesta y un poder inmenso. Estoy empezando a sentir miedo por las posibles consecuencias que puede tener esta foto, por cómo va a afectar a mi vida. Luego me centro mi interior y trato de calmarme.

“No importa nada, es solo el significado que yo le dé. Por supuesto, ¡no son ellos los que tienen el poder de condicionar mi existencia!”

Cuando salimos de la tienda, todavía estoy pensando en ello y Chase se da cuenta de que estoy trastornada.

—No me malinterpretes, estoy contenta con la foto y todo esto, pero he leído los comentarios... Es horrible, sé que parece estúpido, pero no puedo evitar preguntarme cómo estará Grace. Es Nochebuena y todas las chicas siguen insultándola —esbozo, tratando de aclarar mi asombro.

—Yo ni siquiera leo los comentarios, son demasiados y, de todas formas, trato de no prestarles más atención de la necesaria, a no ser que exageren. Soy un personaje público, igual que Grace. Este mundo es así, estamos acostumbrados. Aprecio mucho tu sensibilidad. Si no fueses como eres, solo te habrías emocionado por haber aparecido en una foto con un tío famoso, pero a ti eso no te importa —replica, parándose a darme un beso.

Jueves 29 de diciembre

Cada día es más bonito que el anterior, me parece que me he colado en un cuento de hadas.

—Hoy quiero enseñarte el campo de los alrededores de un modo muy especial —propone Chase, mientras cierro la puerta del coche.

—Veamos —lo animo a continuar.

—¿Te gustan los caballos? —Pregunta.

—¡Me encantan! —Respondo entusiasmada.

Montar a caballo ha sido una de las pocas cosas impuestas por mi madre que me encantaba, qué pena que durara poco. Decía que me serviría para la postura, siempre pensando en mi hipotética carrera de modelo. Aunque, cuando se dio cuenta de que me gustaba mucho más que la profesión que me tenía destinada, anuló la inscripción. Pero yo seguí yendo al picadero a escondidas.

—Menos mal. —Suspira aliviado.

—Te voy a aplastar, querido. Te arrepentirás de haber dudado de mí como amazona —me burlo de él.

Para llegar al picadero, recorreremos un breve espacio con el coche, cogemos los caballos y cabalgamos durante toda la mañana. Me parece maravilloso. La Inglaterra del Somerset es rústica y elegante al mismo tiempo. El aire es gélido, el paisaje muy verde y el color de la hierba tan intenso que parece casi artificial. Me siento tan atrapada en este lugar encantado que, sin forzar mucho mi imaginación, me siento catapultada a la Inglaterra de Jane Austen. Pienso que, de un momento a otro, veré aparecer a algún joven lord a caballo o una carroza con alguna aristócrata que va a casa de unos parientes en el campo a pasar las fiestas inminentes.

Cuando volvemos al picadero, estoy aterida, pero feliz.

—Se ve que te gusta cabalgar, caramba. Yo creía que lo habías hecho alguna vez, pero no mentías cuando decías que eras una magnífica amazona —me alaba.

—Cabalgar me ofrece una gran sensación de libertad. Cuando estaba en Milán e iba al picadero, tenía la sensación de que dejaba atrás todo el dolor que siempre me ha causado la indiferencia de mi familia. Era como si solo existiéramos el caballo y yo. El resto desaparecía —replico, perdiéndome en aquellos recuerdos agridulces.

—Lo siento mucho, no entiendo a algunos padres —observa, sin preguntar nada más. Probablemente porque ha comprendido lo que me entristece hablar de ellos.

De pronto, tomo una decisión: cuando volvamos a Londres, le contaré todo de mi familia, no me apetece seguir mintiéndole.

—Vamos a comer —propone, cambiando de tema.

Nos dirigimos a Bath: Chase ha visto lo que me ha gustado y quiere que nos demos otra vuelta. Mientras caminamos por las calles silenciosas – es la hora de almorzar y todo el mundo está en su casa – miro a mi alrededor, contenta. La piedra color crema de los edificios georgianos le da a la ciudad un aspecto único, casi parece que se ha integrado en perfecta consonancia con la naturaleza. El manto verde brillante, los montículos de turba que surgen aquí y allá, junto con las características callecitas estrechas y los canaletos que las cortan: todo es maravilloso.

Después de un almuerzo rápido, damos una vuelta por el casco histórico y Chase me lleva hasta la abadía. Lo que más me impresiona de la Bath Abbey es la fachada oeste adornada con ángeles que bajan o suben las escaleras de piedra. Antes de volver al coche para regresar, vamos a visitar el mercado navideño y nos tomamos un vaso de mulled wine para calentarnos. También hay una pista de patinaje y la tentación de pararnos es grande, pero son más de las siete y queremos volver a casa.

—¡Ha sido un día maravilloso! —Exclamo cuando estamos protegidos dentro de su precioso coche.

—Me alegro —me sonrío, estirándose para darme un beso.

Después de ponerse en marcha, enciende la radio del coche y escucho una canción que tiene casi mi edad. Al pensar en sus palabras, me aflora a los labios una sonrisa, aunque no es por su voz al entonar el estribillo de *She's the one*.

Sábado 31 de diciembre

Son las cinco y media de la mañana, he puesto la alarma con el sonido al mínimo y metiendo el móvil debajo de la almohada. No quiero despertar a Chase, necesito un momento para mí.

Me pongo rápidamente ropa de abrigo y salgo a sentarme en el banco que hay en el patio. Respiro el aire helado. Ayer por la noche empezó a nevar y esta noche se ha intensificado: todo está cubierto de blanco y es maravilloso. Me he levantado tan temprano por ese motivo, quiero ver el amanecer mientras todo parece cubierto de hielo. Siento no haber despertado a Chase, pero no soy capaz de reordenar mis ideas si no estoy sola. La verdad es que todavía no puedo creer que esto sea verdad.

Es increíble todo lo que ha cambiado. En enero del año pasado estaba como siempre sola e infeliz conmigo misma; ahora vivo en el Reino Unido, lo tengo a él y soy una persona diferente. Si me lo hubieran dicho, me habría reído hasta la extenuación.

—Freya —me despierta de mis pensamientos una voz que parece casi asustada.

Me vuelvo y me encuentro con los ojos de Chase: lleva solo los pantalones de un chándal ligero puestos al revés, como si se los hubiera metido de prisa. Me pongo de pie y lo empujo dentro, poniéndole las manos en el pecho helado.

—¡Estás loco! —Exclamo—. Te puede pasar algo —me preocupo, cerrando la puerta al entrar.

Él me mira en silencio.

—¿Chase? —Le pongo una mano en el brazo con delicadeza, mirándolo extrañada.

—Creía que te habías marchado —murmura sin mirarme.

—¿Estás bromeando? —Pregunto confusa.

—Estaba medio dormido. No entendía por qué te habías levantado tan temprano y sin llamarme... Yo... He bajado corriendo a ver.... —Parece asustado de verdad.

—Chase, ¿por qué estás tan agitado? —Pregunto, acercándome a él.

—Bueno... En resumen... Creía que te habías replanteado lo nuestro y habías decidido marcharte... —Dice, dejando la frase a la mitad.

—¿Pero de qué carajo estás hablando? —Pregunto pasmada.

—Yo... Yo... Bueno... La verdad es que no soy una persona con grandes capacidades, ¿qué cualidades tengo? ¿Decir tonterías en YouTube? ¿Ser guapo? Hay tantos chicos guapos... A veces me parece que estoy a punto de caer y... —Se interrumpe y me mira.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —Lo miro preocupada.

—Nada. Perdóname, Freya, quizás todavía estoy demasiado acostumbrado

a este mundo donde la apariencia es lo único que cuenta y tú... Eres diferente —replica, dejándose caer sentado en el sofá.

Lo alcanzo y me acerco a él, le acaricio un brazo y solo con tocar su piel siento una descarga eléctrica que me atraviesa de arriba abajo. Me pongo a horcajadas sobre él y le cojo la cara entre las manos, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Te quiero porque eres perfecto para mí, te quiero porque solo con mirarte tiemblo de la cabeza a los pies, te quiero porque me hace feliz tenerte a mi lado, te quiero porque... —Se me seca la garganta.

“Porque te amo. Díselo, Freya. Díselo”, grita mi mente, pero no lo consigo, no puedo.

—Porque eres guapísimo, eres tan guapo que, a veces, casi me hace daño mirarte —concluyo, incapaz de decir lo que realmente siento.

Me atrae hacia él, me besa y, mucho antes de que me dé cuenta, nuestros cuerpos están unidos.

Después de desayunar, salimos a comprar las provisiones para la noche; al volver a casa, disfrutamos de un chocolate caliente con nubes y empezamos a prepararlo todo para nuestra cena en pareja. Por la tarde, lo dejo solo y me voy a otra habitación con el maquillaje y el vestido que me ha regalado mi madre. Espero que no sea excesivo y le parezca guapa.

El vestido de noche me sienta a la perfección, el tejido parece casi líquido de lo tornasolado que es el color, que de azul pasa a convertirse en celeste; la cola salpicada de cristales de Swarovski me hace parecer una sirena y me siento guapa de veras.

Estoy todavía embobada delante del espejo, cuando un golpecito en la puerta me devuelve a la realidad

—Te espero abajo —dice él, detrás de la puerta.

—De acuerdo —replico.

Después de arreglarme un poco más el maquillaje, me armo de valor y bajo. Lo veo antes que él a mí y se me corta la respiración.

“No es real”, es lo único que mi mente puede expresar.

Es tan perfecto que todavía me cuesta creer que estos días no son solo fruto de mis fantasías de adolescente. Está sentado en el borde del sofá, con la expresión ligeramente absorta mientras observa la madera de la chimenea y los antebrazos encima de las rodillas. Lleva un traje negro con una camisa tan blanca que casi brilla, parece preparado para un desfile de moda, hasta su pose es perfecta. Sé que es modelo, pero siempre he pensado que las poses de

los pases de moda eran estudiadas y después se ajustaban con el editor de fotos, pero él es perfecto también así, de forma involuntaria.

Se me escapa un suspiro al pensar que es mío; él me escucha y se vuelve. Nuestros ojos se encuentran.

—Estás... Que... Cortas... El... Aliento... —Recalca palabra por palabra mientras se acerca.

—Gracias —replico, bajando la mirada.

Quisiera decirle muchas cosas, hacerle saber lo estupendo que es, sobre todo después de lo de esta mañana, aunque los miedos siempre me bloquean.

Cenamos en silencio, pero no resulta tenso ni molesto; a veces, las palabras no son necesarias. Nuestros ojos se acercan, se hablan, se cuentan cosas que las palabras destruirían.

Después de la cena, me lleva al salón y veo algo a lo que antes no había prestado atención, estaba demasiado ocupada mirándolo. En el suelo, delante de la chimenea, hay una enorme manta blanca y, junto al sofá, una cubeta con una botella de champán dentro del hielo y dos copas.

Chase enciende el equipo y se vuelve hacia mí.

—Estás impresionante con ese vestido, pero me gustas más sin nada —susurra mientras me baja con la mano lentamente la cremallera de la espalda y el vestido me cae a los pies sin tener ya sujeción alguna.

Me recorre con un dedo desde la garganta hasta el canalillo del pecho y mi cuerpo queda envuelto en miles de escalofríos, después me quita lo poco que me ha quedado puesto. A veces me falta el valor y los miedos me devoran, pero el deseo todo lo puede. Así, le quito la chaqueta por los hombros y mis dedos se mueven frenéticos por los botones de su camisa. Debo sentir su cuerpo pegado al mío.

Cuando me aprieto a él y lo beso, se le escapa de los labios un sonido bronco; me levanta y le engancho las piernas detrás de la espalda, después se baja y me tumba sobre la manta. El corazón me late enloquecido y la voz de Rihanna llena la estancia con las notas de *Stay*. Su nombre se me escapa de la boca cuando estoy a punto de correrme, pero luego se para un instante antes de que llegue el placer y se apodere de mí.

—No creo que pueda estar ya sin ti. Cuando volvamos a Londres, tendrás que venirte a vivir conmigo —susurra, sentándose en el sofá y poniéndome encima de él.

No logro responder de lo desconcertada que estoy, lo único que puedo hacer es secundar los movimientos de su cuerpo y dejar que me penetre. Me

nuevo encima de él, restregándome en su vientre mientras parece que nuestras almas se entrelazan también.

Chase me sujeta con decisión los costados mientras me penetra con más fuerza y decisión. Acerca su cara a la mía y acabo con la distancia que nos separa poniendo mis labios en los suyos. Me corro con tal fuerza que casi siento que voy a explotar y, al instante, él también lo hace, hundiendo su cara en mi cuello.

Todavía estoy gimiendo de placer cuando, a lo lejos, siento un golpe fortísimo en mitad del silencio.

Ha llegado el año nuevo.

—Feliz Año Nuevo, princesa —susurra Chase, buscando mis labios mientras su mano coge una de las mías y me entrega algo suave.

Me aparto de él.

—¿No habíamos dicho que nada de regalos? —Pregunto, empujando el puño cerrado.

—Sí, pero ya lo había comprado y me moría de ganas de dártelo. Anda, míralo —me anima.

Abro el puño y me encuentro dentro una bolsita de terciopelo azul. Mientras desato el cordoncito, el corazón me late en el pecho a la velocidad de la luz y me tiemblan los dedos. Cuando al fin logro desenredarlo, vuelco el contenido en la palma de mi mano. Se trata de un collar de plata con una medialuna y en la parte central cuelga un pequeño medallón: en su interior aparecen el zorro y el principito de espaldas entre la hierba. No puedo contener el nudo que tengo en la garganta.

Chase me quita el collar de las manos y me lo pone, ajustándolo.

—Es perfecto para ti —dice, acariciándome la cara.

—Es el regalo más bonito que he recibido en mi vida —respondo entre lágrimas. Pero las sorpresas no han acabado todavía. Me doy cuenta de que en la bolsita se ha quedado algo encajado y meto los dedos, cogiendo una hojita doblada.

—Uff, me había olvidado de sacarlo. Yo... Está escrito... En suma... —Dice apurado mientras trata de quitármelo de las manos, pero yo soy más rápida.

—Quiero leerlo —me opongo, levantando los brazos.

—Está bien —se rinde.

Hace unos días que no te veo, pero, de todas formas, he decidido comprar tu regalo de Navidad.

Te echo terriblemente de menos, nunca he sentido nada parecido por nadie.

Me he sentado en un pub solo y he visto pasar a varias chicas desde el escaparate, algunas guapas, otras menos, pero ¿sabes lo que pensado? Nunca habría podido dar la vida por ellas, cualquier transeúnte habría pensado que podíais ser parecidas, todas mujeres jóvenes, pero no es así.

Tú eres más importante que todas las chicas del mundo juntas, porque es a ti a la que dedico todos mis pensamientos. Son tuyos los silencios a los que he prestado más atención, eres la mujer a la que he dedicado todas mis atenciones.

Porque tú eres mi rosa.

(Sí, lo he leído)

Chase

Cuando le echo los brazos al cuello, me siento como un río que va creciendo.

No había buscado un par de frases famosas para nuestro tatuaje. No, había leído y entendido el libro de verdad, y lo demuestra claramente su reflexión al parafrasearlo.

—Vamos a ver el año nuevo por el mundo —me coge de la mano y me ayuda a ponerme de pie.

Nos envolvemos en las mantas y corremos al porche de la casa. A lo lejos se ven los fuegos artificiales y el cielo se ha aclarado con miles de colores que se reflejan en nuestras caras felices. Me gustaría guardar nuestras expresiones para siempre, para poder recordarlas y volver a ver cada instante. Para observarlas cada vez que me asalte el miedo y recordarme que vale la pena.

Arriesgarse a sufrir cuando el precio es bajo y puedo tenerlo a él, cuando se me ha concedido vivir estos momentos a su lado.



CAPÍTULO 25

Jueves 5 de enero

El sol del final de la tarde cubre de rojo el interior del coche mientras nos dirigimos a Londres. No me parece cierto que haya estado dos semanas sola con él, los días han pasado volando.

—¿Vamos a mi casa? —Pregunto, cuando estamos entrando en Londres.

—¿Ya has cambiado de idea? ¿Estás intentando escapar de la propuesta que te he hecho? —Se burla de mí, pero noto tensión.

—¡No, tonto! Mañana vuelve Samuel. ¿Te acuerdas de mi amigo? ¿El que te dio las llaves de casa? —Trato de seguir la broma.

—¿Cómo podría olvidarlo? Si no fuera por él, todavía estaría en el *Garden Gate* preguntándome dónde te habías metido —Chase alza las cejas.

—Me gustaría estar en casa para recibirlo. Además, quiero contarle que me voy en persona y no cuando ya esté todo resuelto —explico.

—Como quieras, princesa —acepta Chase, sonriéndome.

Al final, Chase se queda a dormir conmigo: es tan bonito estar con él, tenerlo siempre a mi lado. Me duermo sin darme cuenta, quizás porque ya el sueño y la realidad se han fundido por completo.

Viernes 6 de enero

Abro los ojos, medio dormida. Con un gesto automático, alargo la mano para acariciar a Chase, pero me encuentro con la cama vacía y, de repente, me asalta el miedo. Me levanto envolviéndome con la manta y descubro una nota en la mesita de noche.

Perdona, he tenido un pequeño imprevisto.
Volveré contigo lo antes posible.

Chase

No dice nada más.

Me parece raro, pero trato de dejar a un lado los malos pensamientos. Me pongo un chándal y voy a la cocina a preparar café. Mientras lo degusto, sentada a la mesa, oigo girar la llave en el agujero de la puerta; el corazón me salta en el pecho y corro hasta la entrada, pero no se trata de él.

—¡Hola, preciosa! —Exclama Samuel—. Por tu cara de decepción, deduzco que no has venido corriendo para echarle los brazos al cuello a tu mejor amigo —bromea.

Trato de arreglarlo y le sonrío.

—Te he echado de menos —digo, acercándome para abrazarlo—. Cuéntame cómo han ido las cosas —lo animo luego.

—Colin les ha caído muy bien a mis padres; lo del inglés era complicado y, a menudo, he hecho de intérprete, pero ha sido muy bonito. He visto a Tania... Freya... ¡Está embarazada! —Samuel suelta la bomba.

Lo miro estupefacta.

—Ni siquiera se sabe quién es el padre. No es que haya nada malo en ser madre soltera, pero no saber ni quién es el padre de la criatura... No sabes cómo disfruté cuando vi en Instagram la foto en la que te etiquetó Chase. Ahora enséñame el tatuaje —me anima.

Me vuelvo y me bajo la sudadera por los hombros para mostrárselo.

—Es precioso —me felicita—. Cuéntame el resto —dice.

Así, le hablo de mis vacaciones, pero a medida que va pasando el tiempo y a pesar del entusiasmo que trato de ponerle a la narración, la ansiedad se va apoderando de mí. Es casi la una y todavía no he tenido noticias tuyas. Samuel, que ya me conoce bien, percibe enseguida por mi tono de voz que algo no funciona.

—Cariño, llámalo, ¿qué problema hay? Igual se ha puesto enfermo alguno

de sus padres o ha olvidado algo mientras estaba demasiado ocupado contigo —me anima acariciándome un hombro.

—No me apetece —rechazo su sugerencia, apartando el móvil para no caer en la tentación.

—¿Y por qué no? Al final, el tatuaje es un compromiso. Joder, Freya, es una declaración de amor, ¡más claro que eso! ¿Qué problema hay si lo llamas? —Pregunta, chasqueándome los dedos delante de la cara.

—No nos hemos despegado en estos días. Si lo llamara en cuanto se aleja un instante, me parecería que estoy agobiándolo. Creo que tengo que dejarle su espacio, me ha escrito diciendo que volvería lo antes posible —replico de forma torpe.

—¡Pero si te ha pedido que te vayas a vivir con él! —Exclama Samuel, dándome un codazo.

—¡Exacto! Es mejor que no le haga cambiar de idea antes de tiempo —acabo con el tema. Pero sé que eso no es del todo cierto: una parte de mí no quiere saber dónde ha tenido que ir corriendo, no quiere conocer cuál es realmente el problema, sino seguir viviendo en la burbuja de felicidad en la que está encerrada.

Samuel y yo comemos, pero el ambiente es tenso. Cuando, hacia las tres y media, se prepara para ir a casa de Colin, parece dudar.

—Oye, si quieres me quedo a hacerte compañía —propone, sentándose en el sofá junto a mí.

—¡Qué va! Vete. Estoy segura de que estará aquí dentro de poco —lo echo en broma—. ¡Disfruta de tu último día de vacaciones!

Me apetece que se quede para no estar sola, pero cuando me preocupo me quedo muda y no creo que sea justo arruinarle el día con mi malhumor.

Samuel me abraza, luego se va y me quedo sola en el silencioso apartamento.

No enciendo la luz cuando se hace de noche, la estancia solo está iluminada por el árbol de Navidad. Incapaz de soportar mucho más tiempo esta terrible opresión, pongo la música a tope y, como siempre cuando estoy triste, elijo canciones que me hacen sentir peor. Escuchar a Meg Myers gritando a voz en cuello *Heart Heart Head* no es precisamente lo mejor para mi estado de ánimo.

Son casi las seis cuando vuelvo a oír la llave en la cerradura, pero no me levanto porque temo que sea Samuel que ha vuelto antes de tiempo para ver cómo estoy.

—Freya —me llega por detrás una voz que me hace temblar de la cabeza a los pies.

Es Chase.

Me cruzo con sus ojos en la oscuridad y algo que me presiona la boca del estómago, me dice que nuestra conversación no va a ser agradable y no quiero saber dónde ha estado. Me gustaría ponerme de pie, correr hasta sus brazos, pero no tengo fuerzas para moverme.

No aparto los ojos de él mientras se acerca para sentarse junto a mí en el sofá. Me quedo en posición defensiva, acurrucada en mí misma. Él me mira en silencio.

—Perdóname por lo que te voy a decir —empieza a hablar y algo se rompe en mi interior.

Lo miro y ya siento una lágrima que me corre por la mejilla.

—Esta mañana me ha despertado un mensaje... He ido al aeropuerto a recoger a Grace —revela sin darle vueltas. El tono de su voz me parece casi plano, de resignación.

Dejo que se me escape un sollozo de los labios, aunque no es ninguna sorpresa porque cuando ha desaparecido sabía que ella estaba de por medio. No puedo hablar ni, entre otras cosas, preguntarle por qué ha ido si ya no están juntos.

—He estado con ella hasta ahora y he tratado de hacerle entrar en razón, que entienda que no puede actuar de esa forma, pero no le importa —explica, tratando de acercarse a mí, pero yo me aparto como un conejo asustado. No quiero que me toque: si lo hace, me intoxicaré y no seré capaz de reaccionar de forma conveniente ante la situación.

Alcanzo su mirada, me aclaro la voz porque debo hablar, tengo que hacerlo o no voy a entender nada.

—Lo que dices no tiene mucho sentido para mí: ¿cómo se está comportando? ¿Qué ha hecho? Creo que es el momento de que me digas la verdad. —Tengo la impresión de que estoy exhalando las palabras en lugar de pronunciarlas.

—Tienes razón, te lo debo.

Lo miro esperando que prosiga, ya me ha costado mucho pronunciar esas palabras y tengo la garganta cerrada.

—Grace sabe que no la amo y que quiero estar contigo. Nunca me habría hecho el tatuaje si te hubiese mentado, te ruego que me creas —empieza a justificarse, preocupándose.

—Me has pedido incluso que vaya a vivir contigo, entre otras cosas. ¿Todavía no has dicho nada y ya temes que te llame mentiroso? —Rebato, apartándome el pelo nerviosamente de la cara.

—Cuando la dejé, me dijo que a su vuelta yo mismo iba a querer hablar de ello, pero no ha sido así. Me pareció que al fin lo había entendido, que ya se había humillado bastante con su comportamiento, pero estaba equivocado. En cuanto ha aterrizado me ha escrito...

—Sigo sin entender, siempre te acercas, pero no nunca lo aclaras. ¿Qué humillaciones son las que se causa a sí misma? Y además, ¿cómo es posible que antes de Navidad lo aceptara y ahora no? —Pregunto con más dureza de la que hubiera querido. El miedo, la tristeza y el dolor me asaltan por oleadas y me cuesta mucho controlarme.

—Antes... No tenía tiempo... Se iba a América a trabajar, no podía planear sus juegucitos... Yo me había ilusionado pensando que se había rendido. Estoy con ella porque me tiene amenazado —revela sin apartar sus ojos de los míos.

—¡Es horrible! —Exclamo incapaz de contener las palabras—. ¿Te amenaza para obligarte a estar con ella? Dios mío, tienes razón, es realmente humillante —las palabras se me mueren en la garganta al pensar en una mujer que sabe que no la aman y usa ese tipo de armas para estar con un hombre.

Veo que su mirada se ilumina ante mi comprensión, siento que la discusión podría ir mejor de lo que había imaginado, pero el momento pasa enseguida.

—¿Por qué te amenaza, Chase? Estoy segura de que podríamos encontrar una solución juntos. En suma, te conozco y estoy segura de que no has hecho nada tan horrible. ¿Es algo de droga? —Indago impaciente por comprender cómo salir de esa situación absurda.

Él me mira y se pone blanco, y yo no sé si tengo que empezar a asustarme.

—Chase, si no hablas, nunca podremos aclarar las cosas para salir de esta situación —insisto.

—¿Y si te pidiera que esperaras dos meses más? Si te dijera que dentro de dos meses probablemente el motivo por el que me tiene amenazado ya no tendría sentido y quedaría libre, ¿lo harías por mí? ¿Por nosotros? —Me pregunta, cogiéndome las manos.

Lo miro pensativa y luego aparto mis ojos de él porque solo verlo me parte el alma. Una parte de mí quiere decirle que sí, no desea saber nada más, me impone responderle que dos meses no son nada, que pasarán corriendo; pero la otra parte quiere conocer la verdad, necesita saber por qué debe

esperar.

—Chase, si no te fías de mí lo suficiente para decirme cómo están las cosas realmente, tal vez no haya nada por lo que valga la pena esperar. No importa lo que hayas hecho, porque fue antes de conocerme, forma parte de ti y quiero saberlo. Puede que me decepciones, puede que no, pero lo superaremos —aclaro, soltando mis manos de las tuyas, tengo que mantenerme lúcida.

Lo veo vacilar, y después se aclara la voz.

—Hace mucho tiempo, solo era un crío que se divertía subiendo cosas a Instagram, entonces Vivien Lloyd me vio y me quiso como modelo principal para su primera colección. No sé lo que se me pasó por la cabeza, me parecía haber llegado a lo más alto. Cambié y empecé a ir solo con gente que formaba parte de ese mundo. Comencé a drogarme y a beber. Desaparecí de las redes sociales durante un tiempo, no estaba en condiciones de dejarme ver. Y todo me parecía perfecto hasta que... Me presenté a un pase de moda completamente borracho y vomité en el set fotográfico. Después de esto, no satisfecho, me lié a puñetazos con el fotógrafo y el agente por haber reprendido mi comportamiento. Obviamente, me echaron y mi agencia rescindió el contrato. Me puse a todo el mundo en contra. Grace me ayudó, intervino para que la noticia no se extendiese y no me quedara arruinado: para tenerlo todo bajo control, amenazó a la agencia y salvó mi carrera. Después me animó a volver a hacer vídeos y me propuso a un par de diseñadores que conocía, arriesgando incluso su puesto de trabajo e insistiendo. Todavía le estoy agradecido. Probablemente, si no hubiera sido por ella, el asunto habría salido a la luz y ya no me habría querido nadie. Pero estos mismos diseñadores han pretendido que me hiciera fotos con sus productos. Como sabes, yo solo doy opiniones negativas, mi aceptación la manifiesto con lo que llevo puesto cuando subo imágenes personales y acepté hacer vídeos con opiniones falsas en los que hablaba de algunos productos de la competencia. Me sentí terriblemente avergonzado por la política que sigo, pero si no hubiese aprovechado la oportunidad, todo lo que había construido hasta ese día se habría ido a la mierda. Y ahora Grace me está amenazando con revelar lo que ocurrió realmente. Mientras tanto, he recibido una propuesta de la que todavía no te he hablado: dentro de dos meses, voy a hacer una prueba para un papel protagonista en una película importante. Es la primera vez que me ocurre algo tan grande, un proyecto que podría llevarme a ser realmente alguien. A partir de la semana que viene, voy a empezar a dar clases de interpretación para llegar lo más preparado posible. Si me dan el papel, el

resto ya no importará nada —me revela al fin.

Empiezo a entender lo que pasó el día de Noche Vieja en el porche y su miedo a ser alguien de poca monta en el mundo del espectáculo, pero todavía me falta algo. No logro comprender qué hay de malo en todo eso, no me parece el único chico joven que ha caído en la tentación en cuanto se ha puesto debajo de los focos. Por el contrario, creo que hay muchos así.

—Ya te he explicado que para mí tú eres el único que cuenta, eso no significa nada —digo para romper el silencio.

Parece que está cogiendo valor y vuelve a hablar.

—Grace me ayudó y siento de verdad darle la espalda, pero... —Explica interrumpiéndose.

—Bueno, entiendo tu gratitud, pero eso no es amor —preciso, atándome el pelo para tener las manos ocupadas y no tratar de tocarlo.

—¡Joder, qué difícil es! —Estalla, poniéndose de pie de repente.

Empieza a andar de adelante a atrás, pasándose las manos por el pelo: nunca lo he visto tan nervioso, aparte de cuando quería embestir a Evan. No sé qué hacer además de esperar que siga hablando.

—Grace... Ella... Dice que si la dejo de verdad le va a contar a todo el mundo que nadie me quería ya porque era un alcohólico, que solo me cogieron porque ella se dio la cara. Me ha dicho que contará que querían contratar a otro modelo a quien yo le robé prácticamente el puesto. Pero, sobre todo, revelará que he hecho vídeos falsos, que he patrocinado con una valoración favorable cosas que jamás habría usado, y que he firmado un contrato con diseñadores a los que despreciaba. Créeme: si decide hablar mal de alguien lo sabe hacer muy bien. Ya lo he visto con una compañera de trabajo, no sé por qué lo hizo, pero no fue nada agradable —cuenta haciendo crujir nerviosamente las suelas de los zapatos mientras anda sin parar.

—Perdona un segundo —lo interrumpo—. Aparte de que Grace resulta realmente patética por haberte ayudado para después chantajearte con tal de obligarte a estar con ella, le falta tanto amor propio que solo de pensarlo me repele. Pero tú no has hecho nada grave, todos nos equivocamos. Mándala al infierno —le sugiero.

—Freya, mi imagen quedaría destruida y mi credibilidad por los suelos. Si lo cuenta después de que me hayan cogido, pasaría solo por una ex enfadada y nadie la creería. Yo soy famoso como *Defluencer* —imita las comillas con los dedos—, ¿sabes a cuántas empresas de tabaco he echado por tierra? Si alguien supiera algo negativo de mí, se me echaría encima como un buitres sobre la

carroña y no saldría ileso. —Se para delante de mí con las manos en los bolsillos.

Es verdad, soy consciente de ello, es algo que yo también he pensado cuando todavía no lo conocía. *Defluencer* tiene la imagen de un personaje íntegro que siempre dice la verdad sobre todo y, si cometiera cualquier error, algo de lo que pudieran acusarlo, mucha gente quedaría encantada.

—Espera —lo paro—, ¿me estás diciendo que me vas a dejar por tu imagen? ¿Que para ti cuenta más lo que sale de ti que lo que eres? ¿Que prefieres fingir públicamente que la amas a ella y que estáis juntos por no arriesgarte a que te haga quedar mal a los ojos de tus fans? —Estallo, poniéndome de pie, llena de rabia. Me parece que estoy hablando con mi madre, tengo la sensación de que estoy viviendo otra pesadilla.

—Freya... No quería decir que no nos viéramos durante dos meses, sería todo como antes —responde, dejando a un lado mi verdadera pregunta.

—¿Sería todo como antes? ¿Antes cuándo, Chase? ¿Cuando fingías que te interesaba porque era auténtica? ¿Porque no me interesaba lo que representabas sino quién eras? ¿Antes de que mintieras? ¿O antes de que me pidieses que me fuera a vivir contigo y luego faltaras a tu palabra cuando no han pasado ni seis días? ¿O quizás podremos vivir juntos a escondidas? —Pregunto enfadada, con las sienes latiéndome.

—Freya —trata de calmarme, poniéndome las manos en los hombros.

—¡Nada de Freya! —Le suelto de malos modos—. Te he contado lo que pensaba, cómo he vivido con mis padres. No quiero nada de eso, no me apetece fingir. Durante todo este tiempo me has hecho creer que no me decías los motivos por los cuales estabas con ella para no humillarla y, sin embargo, solo querías salvarte a ti mismo ¿Prefieres tenerme escondida y fingir que estás con Grace porque, de lo contrario, ella diría que te ayudó en una mala época y tú quedarías como un débil? —Pregunto demasiado enfadada para medir mis palabras, para buscar el tacto que se debería usar para decir ciertas cosas.

—¡Yo no soy débil! —Me rebate, muy afectado.

—No quería decir eso y lo sabes, pero tampoco eres fuerte porque prefieres fingir para evitar que se sepa que una mujer te ha ayudado. ¿Qué tiene de malo? ¡Todos recibimos ayuda de las personas que tenemos cerca! —Le hago ver en un desesperado intento de hacerlo razonar, de ver en medio de esta absurda discusión que él es realmente la persona auténtica que me ha hecho creer.

—Dios mío, tú no lo entiendes, no lo puedes entender porque no formas parte de este mundo. No podría salir jamás de una cosa así —responde con la esperanza de darme pena.

La sangre se me sube al cerebro, siento que estoy a punto de explotar.

—No sería para siempre, solo los próximos dos meses —remarca, aprovechando mi silencio.

—¡No es verdad! En el futuro, podría surgir otra circunstancia que te llevara a alejarte de mí, otro chantaje, otra tontería. ¿Y si no te cogieran? ¿Cuántos meses más te harían falta? Joder, Chase, pasa de eso. Igual sale algún artículo estúpido, seguro que alguien se alegrará de eso, pero dentro de unas semanas todos lo habrán olvidado —pruebo de nuevo a buscar una solución.

—Mi imagen quedaría arruinada. No puedo, no en este momento. Si saliera ahora, es posible que ni siquiera me hicieran la prueba para ese papel, pero cuando haya pasado, aunque no me cojan, buscaré una solución —sigue tratando de convencerme.

—No —lo interrumpo.

Él me mira perplejo, no creo en lo que estoy a punto de hacer, pero así nada tiene sentido.

—¿Freya? —Pronuncia mi nombre casi como una pregunta.

—No quiero fingir, Chase, no deseo que mi vida sea una puesta en escena y no me apetece estar con alguien que lo desea para sí mismo —recalco, poniendo distancia de por medio.

—Yo esperaba que lo entendieses, pero está claro que es difícil que te comprenda alguien que no lo vive en su propia piel —responde mirándome con frialdad.

Es la gota que colma el vaso.

—Te he hablado muchas veces de mis padres y de cómo ha sido mi vida, ¿de verdad crees que no lo entiendo? Eres tú el que no lo entiende. No entiendes nada de la vida, de ti mismo, de lo que vales y que no necesitas fingir. ¿Sabes una cosa? Si yo no te entiendo, igual no es necesario que te molestes tanto por estar conmigo. ¿Quién quiere estar con alguien que no lo comprende? Es mejor que lo dejemos —estallo, incapaz de contener esas palabras monstruosas.

—Freya, ¿estás hablando en serio? —Me mira pasmado.

—Sí —continúo, porque ya no me puedo echar atrás—. Vete, Chase. Me has decepcionado más de lo que puedes imaginar, sal de aquí y devuélveme de inmediato las llaves —grito, extendiendo la mano hacia él.

Chase me mira, suspira, parece que va a protestar y luego me pone las llaves en la palma de la mano. Le doy la espalda de inmediato, no puedo mirarlo mientras siga aquí. Si lo hiciera, correría detrás de él, le echaría los brazos al cuello suplicándole que se quedara, pero no quiero.

Ahora no, no así.

Cuando escucho que la puerta del apartamento se vuelve a cerrar, me tiro al suelo temblorosa y el llanto me envuelve como una ola. Me arrastro a duras penas hasta mi habitación y me dejo llevar. Solo ayer por la noche estábamos en esta cama, abrazados el uno al otro y todavía siento su olor en las sábanas. Las cojo con rabia y las quito para meterlas en la lavadora, pero eso no basta. No sirve para quitarme de la cabeza las imágenes de los dos, de él, de su sonrisa, sus besos, sus manos sobre mí.

El dolor es tan fuerte que creo que me ahogo, que me siento vencida.

Lleno el vacío ensordecedor del silencio con *Remember When* de Avril Lavigne sin poder dejar de pensar que las palabras de esta canción parecen escritas justo para este momento.

Samuel regresa pronto, son poco más de las ocho y cuando no me ve por la casa va corriendo a mi habitación.

—Joder, Freya, ¿no ha venido? —Pregunta, examinando mis ojos inundados de lágrimas.

—No, sí se ha pasado... Yo... —Me envuelve otro intenso golpe de llanto y luego se lo cuento todo.

Samuel se queda pasmado.

—Lo siento. Me doy cuenta de que, con todo lo que llevas a la espalda, te habrás quedado de piedra al oír ciertas cosas —replica abrazándome.

—Ha sido como si me hubiera dado una bofetada —respondo, mientras trato de secarme los ojos.

—Hay que tener en cuenta que él no lo sabe. Nunca le has dicho quiénes son tus padres —me recuerda Samuel.

—Es verdad, pero eso no le da derecho a quitarle importancia a su mal comportamiento. Aunque mi madre no fuera una famosa diseñadora además de una ex modelo igualmente famosa, no tendría derecho a decirme que no puedo entender su comportamiento equivocado —me defiendo.

—No te estaba acusando —responde Samuel, al ver que me he puesto a la defensiva—. Pero, quizás, si lo hubiese sabido, habría usado otras palabras. Solo digo que no te puedes enfadar con él por haberte hecho daño por algo que no sabe —me hace ver.

—Eso solo ha sido la gota que ha colmado el vaso. Aparte de ese detalle, estaba enfadada por todo —respondo resoplando.

—Joder, lo siento mucho.

Pienso en los estudios que, por cierto, he abandonado bastante en estos meses, en el trabajo y en mi madre, ahora que la acabamos de mencionar. En mi cabeza se empieza a forjar una idea, algo que hasta hace poco ni siquiera habría tenido en cuenta. Puede que esté loca, pero si quiero darle una lección acerca de quién es el que no entiende las cosas, este es el único modo que me viene a la mente.

—Dios mío... No me gusta esa cara diabólica que estás poniendo —suspira Samuel riéndose con sarcasmo. Ha seguido las diferentes expresiones de mi cara y ha comprendido que he ideado algo.

—¿Te disgustarías mucho conmigo si me saltase algunas clases y me ausentara un tiempo de casa? —Pregunto, antes de explicarle mi idea.

—No, Freya, no te preocupes por mí. Yo soy tu amigo, no una carga para ti. No me debes nada, es más, siempre te voy a apoyar. Y, si acaso, dormiré en casa de Colin, no hay ningún problema —responde Samuel.

—¡Gracias! —Exclamo saltando.

Lunes 9 de enero

El fin de semana sin Chase ha sido un verdadero infierno. Las horas han pasado más lentas de lo que me habría gustado, la tentación de llamarlo me ha devastado, pero al final la testarudez ha podido más. Así que esta mañana me he levantado temprano, me he arreglado especialmente y a las diez y media me encuentro en uno de los edificios de la parte más lujosa de Londres. Debería estar en la universidad, pero no he ido y ni siquiera sé si esta noche voy a trabajar. Todo depende de cómo vaya la entrevista que estoy a punto de hacer.

Estoy sentada en un sofá color crema con cojines a juego, casi me da

miedo moverme y ensuciarlo sin darme cuenta. Todo aquí dentro parece immaculado como si nunca hubiera tenido polvo. Me doy cuenta de que mi mente está divagando con estas tonterías porque no tengo ningunas ganas de encontrarme donde estoy, como tampoco me apetecía de niña ni a medida que fui creciendo.

Una chica que pesará unos treinta kilos se me acerca.

—La señora Lloyd puede recibirla ahora.

Me dan ganas de recordarle que está hablando de mi madre y que he esperado más de media hora para poder hablar con ella. Pero no importa, es más, casi me sorprende que haya sacado tiempo para verme así, sin avisarla antes.

—Freya, tenía una reunión importante y dentro de poco he quedado —me recibe mi madre, observándome de la cabeza a los pies.

Para la ocasión, me he puesto las sandalias con tacones de doce centímetros, las medias transparentes, una minifalda que me mandó ella y una camiseta blanca. Por su expresión, diría que estoy presentable para sus estándares.

—Mamá, te quería decir una cosa —empiezo, insegura. Me cuesta hablar, sé que al hacerlo le estoy dando la razón, pero mi plan ya lo tenía previsto y lo tuve en cuenta mientras lo elaboraba.

—Te escucho —me mira, cruzando sus largas piernas y apoyándose en el respaldo de la silla.

Cuando está tan cerca, me doy cuenta de lo que nos parecemos, porque su estilo de vida, los tratamientos de belleza y la cirugía plástica la hacen que parezca más mi hermana que mi madre.

—He vuelto a plantearme tu propuesta: me gustaría ser modelo —digo sin más preámbulos, de todas formas habrían sido inútiles.

La sonrisa victoriosa que le ilumina la cara me confirma que, al fin, es feliz. Aunque todavía no puedo cantar victoria, aún me puedo decir que he dejado pasar el tren, solo por el gusto de fastidiar.

—Has llegado en el momento justo —me sorprende.

La miro extrañada.

—Dentro de pocos días, va a comenzar un pase fotográfico en las Maldivas para mi primera colección de bañadores. La colección saldrá en primavera —aclara mi madre, mientras me examina.

—No tengo la intención de quedarme como la chica que me ha traído hasta aquí —estallo sin poder controlarme, no quiero quedarme esquelética y sin

formas.

Mi madre me observa apretando los labios y luego me lanza la misma mirada del gato que se ha comido al ratón

—No hace falta, Freya. Tu cuerpo es perfecto para exhibir bañadores y lencería. Eres joven, no tienes ni un grado de celulitis gracias a mis genes. Había pensado mandar a mi primera modelo, pero está igual que la chica que te ha abierto y, además, ya que has venido, tú serás mi primera modelo. Vamos a aprovechar que estarás lejos para las fotos para que hagas ejercicio, tendrás que condensar en poco menos de tres meses años de preparación. Pero, al menos allí, lejos de todo, podrás aprender a desfilas, ahorrándome así que hagas el ridículo —aclara ella que, en treinta segundos, ya ha programado mis próximos dos meses y está hojeando una enorme agenda.

Tengo la garganta seca. En cuatro días, me iré de Londres durante dos meses y ya no tendré la posibilidad de verlo. No podré verlo entrar en el pub, cruzarme con sus ojos ni encontrarlo por la calle, en el parque o en cualquier otro lugar. Luego vuelvo a la realidad, ya estoy lejos de él y del peor de los modos: estoy fuera de su vida y he sido yo la que ha elegido esa dirección.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer? —Pregunto decidida, mientras me retuerzo los dedos.

—Mañana volverás y te quedarás todo el día. Llamaré a mis mejores profesionales de la imagen: te arreglarán la piel, el pelo, el maquillaje e incluso el guardarropa. De ahora en adelante, irás vestida de manera decente y cuidarás tu aspecto. Es todo por el momento. —Se pone de pie, mirando el reloj.

—Gracias —digo y lo pienso de verdad.

—Desde que naciste estoy esperando a que te hagas cargo de lo que he creado, era obvio que te habría aceptado, Freya —replica despidiéndose con un imperceptible roce en las mejillas. Para Vivien Lloyd, un abrazo sería demasiado.

Estoy perpleja, me doy cuenta de que, al final, lo que quería para mí es algo bastante natural para una madre, aunque lo ha hecho de muy malos modos. A pesar de eso, estoy feliz porque voy a tener la oportunidad que estaba buscando: quiero hacerle comprender a Chase que está equivocado. Se lo habría podido decir la tarde anterior, pero no habría sido tan impactante como descubrirlo así.

A la mañana siguiente, parezco otra literalmente: es increíble todas las cosas por las que esta gente se vuelve loca. Tomo nota de todo porque ya sé

que mi mente se habrá olvidado de esas estupideces dentro de diez minutos.

Por la tarde temprano, todavía me encuentro con la esteticista que me está enseñando varios tipos de maquillaje para usarlos según la ocasión. En un momento dado, la puerta se abre de forma fragorosa.

—¿Y tú quién coño eres? —Me deja helada por la espalda una voz de mujer con un tono soberbio que conozco bien.

Es Grace.

Le doy la vuelta a la butaca para tenerla de frente: cuando se da cuenta de quién soy, su expresión pasa de agresiva a pasmada y luego vuelve a ser agresiva.

—¿Tú? —Escupe, dando casi un paso hacia mí.

—Yo —replico, levantando las cejas sin entender qué está haciendo aquí.

—Bonita, no sé a quién te habrás follado para ocupar mi puesto de primera modelo. Ahora Vivien no está y todavía no lo sabe, pero por la mañana te pondré verde con todas las demás y después me iré derechita a ella para que sepa quién eres: una cualquiera. Ella te sacará volando por la misma puerta por la que has entrado. Si yo fuera tú, mañana no volvería, me iría al pub de Bill y me quedaría allí —sisea, cruzando los brazos con un gesto amenazante.

Por su forma de actuar, me doy cuenta de que lo que decía Chase es verdad: parece que le gusta amenazar y chantajear a la gente.

La esteticista está a punto de abrir la boca y revelarle quién soy, pero yo le pongo una mano en el brazo.

—Nos vemos por la mañana entonces, Grace —la miro con indiferencia, giro la silla y le doy la espalda—. Vuelve adonde te habías quedado —le digo a la esteticista.

Pocos segundos después, siento cerrar la puerta de un portazo tan fuerte que uno de los cosméticos del aseo vibra peligrosamente en el borde y la esteticista lo coge antes de caer al suelo. Miles de pensamientos me pasan por la cabeza como avispas enloquecidas. Algo me dice que Chase se va a enterar de mi nueva profesión antes de ver las fotos en los diarios.

Hacia las ocho, cojo el metro directa a casa. Cuando llega Samuel, me encuentra inmersa en la lectura de los apuntes que he cogido hoy.

—¿Cómo va? —Pregunta, echándole un vistazo a lo que he escrito.

—Son un puñado de tonterías, pero si quiero fingir, tengo que hacerlo bien —replico moviendo la cabeza delante de estos apuntes tan ridículos.

—Escucha... —Duda.

Lo miro interrogativa, pero poco después oigo sonar el portero automático

de manera salvaje.

—Es lo que temía —suspira Samuel.

—Pero qué diablos... —Exclamo, cuando el portero automático vuelve a sonar de forma compulsiva.

—Esta noche, Chase se ha pasado por el local, me ha estado preguntando y después ha hablado con Bill. Parecía furioso y creo que también había bebido un poco de más —explica rápido.

—¡Freya, abre esta mierda de puerta! —Oigo gritar desde fuera.

Voy corriendo hasta el portero automático, no quiero problemas con los vecinos y no tengo ningún miedo de él.

—Si no quieres hablarle, le puedo decir que no estás —se ofrece Samuel.

—No, le voy a hablar yo —replico, escuchando ya el ruido de pasos pesados en la escalera—. ¿Qué le has dicho? —Pregunto luego, antes de que se encierre en la habitación.

—Que te lo preguntara a ti —replica, poco antes de que empiecen a sonar los golpes en la puerta.

Cuando abro, entra hecho una furia. Samuel tiene razón: ha bebido demasiado. Me atraviesa con los ojos, casi parece que no esperaba encontrarme aquí. Me duele tenerlo al lado sin poder tirarme a sus brazos, me gustaría besarlo hasta quedarme exhausta, pero no puedo.

—¿Qué quieres, Chase? —Pregunto con voz de aparente fastidio.

—¿Que qué quiero? —Replica agrio—. ¿Qué querías tú? —Pregunta, apuntándome con un dedo.

Lo miro cruzándome de brazos.

—No te entiendo.

—En cuanto cortamos, ocurre esta gilipollez... ¿Te querías vengar de mí? ¿De Grace? ¿O lo que pretendías de mí desde el principio era que te ayudara a hacerte modelo y cuando te he contado que las cosas me iban mal, me has dejado y te has marchado a otros lares? —Pregunta furioso.

Sus palabras me hieren muy profundamente, pero me doy cuenta de que está borracho y opto por no tener en cuenta lo que está diciendo, sobre todo porque también le estoy viendo en los ojos otra cosa: una profunda inseguridad.

—Solo quería demostrarte que te estás equivocando —replico, revelándole mis motivos.

—¿Y para eso has decidido acostarte con algún viejo baboso? —Estalla, poniéndose a un paso de mi cara.

—No tengo intención de dejarme ofender por ti mientras estás borracho como una cuba.... —Me echo atrás, poniendo distancia entre los dos.

—¡Joder, Freya! me interrumpes de malos modos, sacudiéndome un brazo. —Todo el mundo sabe lo difícil que es trabajar para Vivien Lloyd, ella tiene la última palabra en casi todo. Las modelos a menudo tardan años para entrar en su equipo, así que imagínate para llegar a ser primera modelo... No sé con quién has estado o cómo lo has hecho, pero cuando se entere, te va a poner verde. Dios mío, ¿cómo has podido hacer una cosa así? —Pregunta, mirándome de la cabeza a los pies.

—Parece que conoces bien a Vivien Lloyd —replico, olvidándome del resto e imitando la expresión de desdén de mi madre.

“¡Mírame, Chase! ¡Mírame, joder! ¡Mírame y entiéndelo!”.

—Ya te he explicado que su primera colección de hombre fue mi primer trabajo importante y además Grace no hace más que hablar de ella. Hacía poco que se había convertido en su primera modelo. Mañana te va a poner verde, ya te he dicho cómo es —me recuerda, cruzándose de brazos y echando por tierra mis expectativas.

—Ya he recibido una agradable visita de ella —respondo, haciéndome la indiferente.

—Lo sé, pero todavía no has visto nada. Y lo mismo te lo mereces, al menos así sabrás lo que significa ponerse en contra de Grace —estalla con una risa sarcástica.

—¿Ha sido ella la que te ha dicho que me he acostado con alguien? —Pregunto, quedándome impasible.

Él asiente.

—¿Y tú la has creído? —Pregunto sin ocultar mi desprecio.

—Ya no sé qué creer, Freya. Solo sé que una camarera universitaria ahora es la modelo principal de una de las diseñadoras más importantes...

—Y justo a ti, que la conoces tan bien, ¿te parece tan imposible? —Pregunto, alzando las cejas.

Los ejercicios de expresión que he tenido que hacer hoy se me habrán contagiado.

—¿Has visto alguna vez a Vivien fuera del trabajo? —Interrogo, mirándolo todavía, esperando que al fin caiga en la cuenta.

Él me mira, parece que me está viendo por primera vez: leo su expresión incrédula en la cara y creo que al fin ha comprendido el mensaje, que ha entendido quién soy en realidad; pero, en vez de eso me apuñala.

—Dios mío, ¿pretendes saber si la conozco lo suficiente como para interceder por ti en el caso de que te echara a patadas? A esto hemos llegado, ¡joder! Creía que eras distinta, que eras auténtica al cien por cien y yo te importaba —replica, dejándome helada.

Me parece absurdo que pueda pensar esas cosas de mí, que precisamente él pueda creer que me he *prostituido* para conseguir tan poca cosa. La rabia se apodera de mí, porque, aunque esté borracho, no puedo perdonarlo.

—¡Vete de aquí! No has entendido nada de mí —estallo, indicándole la puerta.

—Tienes razón, no he entendido nada de ti en absoluto —responde con frialdad, mirándome con desprecio.

—¡Vete! ¡Sal de aquí, desaparece! —Grito hecha una furia, arrancándome del cuello el collar que me regaló y tirándoselo a los pies.

Chase me mira atónito, lo recoge y se lo mete en el bolsillo.

—Ha sido un desperdicio para alguien como tú. Todo ha sido mentira, ¿no es cierto? Tendría que haberlo sabido desde el principio, desde que vi las fotos vulgares de aquel pub, pero has sabido reírte de mí muy bien —sisea con desprecio.

Ni siquiera le respondo.

Mientras se dirige a la puerta, me doy cuenta de lo borracho que está y tengo la absurda tentación de correr detrás de él y detenerlo, pero es más rápido que yo y la cierra con un gran portazo. Cuando llega abajo, lo oigo arrancar el coche y salir como un rayo. Se ha marchado.

Samuel se me acerca, abrazándome.

—Perdona, los dos habéis alzado la voz y lo he escuchado todo —revela con apuro—. Le podías haber dicho la verdad, en lugar de dejarle pensar esas cosas —me reprocha.

—No tenía que haber pensado esas cosas de mí. No se merecía la verdad, he intentado hacerle ver el parecido con mi madre de todas las maneras posibles, pero no lo ha pillado. Mañana lo descubrirá cuando su dulce media naranja quede como el culo delante de todo el mundo —respondo, mientras una lágrima me moja la cara.

—¿Y luego qué vas a hacer? Sabes que te buscará —indaga Samuel.

—Pasado mañana me voy a las Maldivas a prepararme para una sesión fotográfica y estaré fuera dos meses. Mañana por la noche dormiré en un hotel al lado del aeropuerto. Será más cómodo para mí y no me encontrará. Tendrá que afrontar la forma en que me ha tratado hasta que vuelva —respondo

mientras aprieto y abro los puños. Estoy demasiado enfadada para razonar con lucidez.

—¿Pero cómo vas a poder vivir dos meses así? ¿Es lo que quieres de verdad? —Pregunta Samuel, sin darme tregua.

—Todo requiere su tiempo, no creo que entienda lo equivocado que está al actuar de esa forma de un día para otro y no quiero estar con alguien que se ha comportado de este modo y que además ahora está huyendo de los problemas. Lo primero que ha hecho ha sido emborracharse y volver a caer enseguida en los errores del pasado —le respondo a mi amigo.

—Esto lo entiendo, pero podrías perderlo al poner tanta distancia entre vosotros —me hace ver.

—Si lo pierdo por esto, querrá decir que el destino así lo ha decidido y que él no era mío. Lo que no te destruye te hace más fuerte o quizás no me ha querido de verdad. Solo era un juguete nuevo, un agradable pasatiempo. Una persona que te ama no te dice ciertas cosas, tal vez... Solo me he ilusionado, puede que siempre haya sido demasiado para mí. —Me cruzo de brazos sin estar demasiado convencida de mi decisión.

Pasamos buena parte de la noche hablando. Mañana por la noche, cuando Samuel vuelva del trabajo, ya no estaré aquí y nos volveremos a ver dentro de dos meses. Casi me parece imposible tener que volver a cambiar de vida de forma tan drástica.

Cuando poso la cabeza en la almohada, todavía no tengo sueño, así que me pongo los auriculares y escucho música.

Emmelie de Forest, con su *Only Teardrops*, parece estar cantando mi historia.

“¿Existe realmente un por qué? ¿Tenía que ir tan mal? ¿Era nuestro sino que todo acabara de este modo?”.

Miércoles 11 de enero

En cuanto me levanto, después de haber dormido solo tres horas, me voy a la casa de moda de mi madre. Como estaba planeado, una de sus asistentes me presenta a todo el grupo de las modelos. Durante esta breve reunión, irrumpe Grace y yo me preparo a disfrutar la escena, sobre todo por su expresión altanera y por lo convencida que está de que me va a desprestigiar y hacer que me echen.

—No perdáis tanto tiempo en conocerla, pronto la pondrán de patitas en la calle. Ya he mandado llamar a Vivien y en un momento estará aquí —empieza a hablar alzando la voz.

—¿Por qué, Grace? —Pregunta una de las chicas, mirándola.

—Esta furcia —comienza, señalándome—, no es para nada una modelo, ¡puede que sea mona, pero no es una de las nuestras! Yo la conozco y no sé lo que habrá hecho para colarse aquí....

—Perdona, ¿cómo puedes decir esas cosas? ¿Cómo sabes que Vivien no está informada? —La interrumpe estupefacta una de las chicas que sabe que soy su hija.

—¿Que cómo puedo? Esta chica no es más que una triste camarera que hasta ayer nos servía cervezas a mí y a mi novio, no vale un huevo. Seguramente se habrá follado a alguno para llegar hasta aquí y no os voy a ocultar que también ha intentado que *mi* Chase le eche un par de polvos —continúa con su ataque.

Estas últimas palabras me hacen daño: “mi Chase”. Todavía llevo impreso en la piel entre los omoplatos a *su* Chase y todo el mundo lo sabe. Pero no tengo tiempo para pensar en ello porque mi madre ha entrado mientras Grace todavía estaba hablando. Conozco esa mirada, pero es evidente que ella no. Si yo fuera Grace, me faltaría tiempo para salir corriendo. Pero, ella, sin saber nada, la recibe como si estuviera a punto de salvarla.

—Vivien, al fin has llegado. Sé que te voy a aburrir con el tema, pero aquí hay algunas cosas que aclarar —se adelanta Grace.

—No soporto los melodramas, jovencita —la deja pasmada mi madre.

—¡Vivien! —Estalla irritada—. ¡Esta tía ha estado fregando los baños de un pub de Hampstead hasta ayer! —Exclama apuntándome con un dedo.

—¿Ah, sí? —Pregunta mi madre y ahora soy yo la que se queda fulminada. Había omitido lo de mi trabajo de camarera porque sabía que no le iba a gustar.

—Sí, de verdad. No sé qué está haciendo aquí —se envalentona la bruja,

pensando que al fin me van a echar.

—Mi *hija* tiene una forma extraña de demostrarme su independencia. Hace años que quiero que sea mi modelo principal, pero siempre lo ha rechazado con determinación. Trabajar de camarera y mantenerse sola aquí en Londres ha sido su forma de hacerme ver que puede lograr todo lo que quiere, por eso estoy orgullosa de ella —aclaro mi madre, fingiendo, incluso ante sí misma, que es algo positivo que yo haya servido cerveza en las mesas.

“Dios mío, qué habilidad para darle la vuelta a la tortilla... Son todos iguales en este mundillo, también Chase tiene el mismo *talento*”, reflexiono con amargura.

—¿Hi-hi-hija? —Tartamudea incrédula Grace.

Pero cuando mi madre se pone a mi lado el parecido es innegable, sobre todo hoy que voy vestida como a ella le gusta y no con vaqueros y sudadera. Grace nos mira como si se le acabara de abrir un abismo bajo los pies. Sabe cómo me ha tratado, que, si yo quisiera, podría arruinarle la vida y hacer que la echaran. Pero no es eso lo que pretendo.

—No te preocupes, Grace, no me esperaba que me reconocieran con el delantal y la escoba en la mano. Solo quería vivir como una simple universitaria —digo regalándole una sonrisa envenenada, eso sí que no lo puedo evitar.

—Perdonadme —es lo único que puede murmurar mientras se aparta. Le ha quedado claro que no puede salir de la sala dándole un golpe a la puerta, estaría en juego su carrera.

Tiemblo solo con pensar en el momento en que hable con Chase, cuando él también descubra quién soy y lo mal que ha quedado. Me ha herido profundamente: aunque estaba borracho, no debería haber pensado esas cosas.

A primeras horas de la tarde, cuando estoy a punto de irme al hotel, mi madre me pide que vaya a su oficina.

—Sé que te vas a portar bien, pero solo una observación: trata de ser más discreta en tus relaciones, sobre todo si el tipo está comprometido —dice observándome.

La miro taciturna.

—No sé a qué te refieres.

—A Chase Weber y a lo que ha dicho Grace Lanther —me aclara.

—No sé de qué estás hablando —trato de defenderme.

Mi madre se levanta corriendo y, antes de que me dé tiempo a entender lo que está haciendo, me aparta la camisa del cuello.

—Lo que imaginaba, aunque el etiquetado de Instagram era más que suficiente —afirma, cruzándose de brazos.

No me apetece hablar de Chase, ni de lo que ha habido entre nosotros. Ni siquiera sé qué valor darle al tatuaje, me duele solo pensar que lo tengo. Mi sensación de pérdida es muy fuerte y me siento destrozada.

—Cuando subió esa foto la había dejado —me limito a justificarme.

—No me interesa, Freya. Chase Weber me parece bastante acertado si pienso en todos los errores que habrías podido cometer, saliendo incluso con algún camarero. Un modelo con sus posibilidades no está nada mal. Si te gusta, sal con él, pero ahórrate esas manifestaciones públicas hasta que no estéis juntos oficialmente. Y díselo también a él, por favor, aunque no deberías ser tú quien le explicaras cómo va este mundo. Un chico muy guapo, por cierto, tienes buen gusto —dice mi madre.

Como siempre: todo apariencia.

No le interesa que me haya acostado con un chico que, al parecer, está comprometido. No le importa que hayamos tenido una historia clandestina, lo único que cuenta es lo que ven los demás.

Aprieto los labios para no decir nada, no tengo ganas de discutir ahora.

—De acuerdo —me limito a responder.

En el hotel, me doy una ducha y pongo el despertador a las cinco, el vuelo sale temprano.

Hacia las diez, recibo un mensaje.

SAMUEL: Ha venido a buscarte, le he dicho que no estabas en casa y que te marchas.

FREYA: Has hecho bien, hablamos pronto. Te quiero mucho.

Pongo la televisión en un canal cualquiera, solo para que me haga compañía y me meto en la cama. Aunque actúo como si no pasara nada, no puedo evitar pensar en él.

El teléfono empieza a vibrar: es él. El deseo de responder es grande, pero sé que si lo hiciera, lo perdonaría al instante.

Y lucho conmigo misma.

Una vez más.



CAPÍTULO 26

Jueves 12 de enero

A la mañana siguiente, cuando ocupo mi plaza en el avión, me inunda una sensación de irrealidad. Estoy saliendo con destino a las Maldivas para hacer una sesión fotográfica en traje de baño, un pase que aparecerá en miles de diarios.

Cojo el teléfono y decido leer los mensajes de Chase.

CHASE: Freya, te lo ruego, respóndeme.

El primero.

CHASE: Freya, quiero hablar contigo, por favor. He ido al apartamento y al pub, Samuel me ha dicho que estás a punto de marcharte, ¿adónde vas? Grace no ha querido decírmelo.

El segundo.

CHASE: ¡Joder, he sido un gilipollas! Respóndeme, por favor.

El tercero.

Pero el cuarto es larguísimo: no es un mensaje, es prácticamente una carta.

CHASE: Freya, cuando Grace me ha contado cómo estaban las cosas, me he sentido una mierda. Si pienso en todo lo que te he dicho, me muero. Estaba

borracho, aunque sé que no es una justificación, así que te diré la verdad: estaba borracho y totalmente fuera de mí porque me sentía aterrorizado antes la idea de que alguien hubiera podido tocarte. Todo lo que te he dicho siempre ha sido cierto, me parece que todo es falso y efímero, que nada tiene valor ni significado. Como me sucedió cuando casi llegué a destruir mi carrera: un día antes era el aparente modelo de éxito y, al siguiente, ya no me quería nadie. Son otras las cosas auténticas, las que permanecen, las que cuentan y tú eras auténtica, auténtica más allá de cualquier otra definición posible. Ahora entiendo tu deseo de alejarte de la forma en que te criaron tus padres. También me ha quedado claro por qué has querido siempre que te viera como una chica normal, porque eso es lo que eres, eso es lo que quieres ser. No sé por qué has querido dedicarte ahora a esta carrera, pero déjalo, te lo suplico. Tú no eres así. Me he equivocado, Freya, solo ahora lo entiendo. No te quiero perder, no quiero que dejemos de ser "nosotros".

Estoy a punto de levantarme y bajar de este maldito avión.

“¿Por qué coño no leí este mensaje ayer por la noche?” Es lo primero que pienso. El orgullo no me importa nada ni sentirse mal, solo cuenta él.

“¿Por qué he sido tan idiota y no le he dicho la verdad cuando estábamos discutiendo? Se habría sentido una mierda de todas formas”, es la segunda razón por la que me maldigo.

Me desabrocho el cinturón y me pongo de pie.

—Señorita, ¿qué hace? —Me detiene una azafata.

—Tengo que bajar —digo casi gritando. Todos me miran como si estuviera loca.

—Si tiene un ataque de pánico, podemos tratar de ayudarla —replica la chica.

—No, quiero irme a casa, he cambiado de idea —aclaro, gesticulando como una loca.

—Señorita, el avión ya está en fase de despegue —me hace ver, incómoda.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que es verdad. Estaba tan ensimismada leyendo el mensaje que ni siquiera me he dado cuenta del anuncio. Me siento en mi sitio, compungida.

Cuando hacemos escala, mi móvil está descargado porque, tonta de mí, lo he tenido en *modo avión* y no he hecho otra cosa que releer su mensaje. Me pongo en la cola para intentar cambiar el vuelo y volver a Londres, pero resulta que no hay ninguna plaza libre hasta pasado mañana.

“¿Y ahora qué hago?”.

La maleta con todas mis cosas está dentro del avión, no puedo coger un alojamiento aquí durante dos días, porque no tendría nada que ponerme, aparte de que mi madre me mataría. Si no puedo volver atrás, mejor será que llegue a mi destino y regrese desde allí, después de haberme dejado hacer alguna de las malditas fotos.

“Chase... Tengo que hablar con él, es lo único que importa. En cuanto pueda volver, lo aclararemos en persona” me digo, cediéndole el puesto al hombre de negocios que está detrás de mí en la fila.

Cojo el móvil por la costumbre, recordando de nuevo que se me ha descargado: ahora que no lo tengo, me doy cuenta de lo ligada que está nuestra vida a esta pequeña cajita electrónica. Aunque los teléfonos públicos son pocos y están ocupados, me pongo en la cola de todas formas. Pero cuando me llega el turno, me doy cuenta de que no tengo dinero para introducirlo y hacer la llamada. De repente, los altavoces anuncian la última llamada para mi vuelo y me dirijo a la puerta, afligida.

Aterrizamos un número eterno de horas después: estoy agotada y no he podido dormir ni un segundo, mi único pensamiento era él. Estaba tan frustrada por el deseo de volver de inmediato que ni siquiera me he dado cuenta de que el vuelo llevaba un retraso de cuatro horas. Mientras me dirijo a la terminal, ya voy pensando en la ducha que me voy a dar para relajarme, pero me encuentro con el comité de recepción que me espera.

—Tú debes de ser Freya. Eres muy guapa, igual que en las fotos. Yo soy Shari —se adelanta la que parece que está a cargo del grupo.

—Encantada —replico vacilante.

—El vuelo ha llegado con bastante retraso, tenía que haber aterrizado mucho antes. Hay que empezar a hacer las fotos como máximo dentro de media hora para tener la luz perfecta. Tu madre nos ha mandado algunas instantáneas tuyas mientras estabas en el avión y ya hemos estudiado cuál es tu maquillaje ideal. Haremos lo posible por prepararte lo mejor posible—explica mientras

me engancha por un brazo y me arrastra hasta una limusina. Por dentro, casi parece un salón de belleza.

Apenas acabo de aterrizar, estoy deshecha y me encuentro a punto de empezar mi primera sesión fotográfica. Estoy alucinando. Mi primer pensamiento es que comprendo por qué estas chicas están tan delgadas y tienen siempre una expresión de tristeza: todavía no he empezado y ya me siento estresada.

Creo que en toda mi vida he llevado tanto maquillaje en la cara y, lo más extraño, es que parezco muy natural. Estoy en una playa que parece el paraíso: el mar sobre el que el sol se refleja parece salpicado de diamantes, la arena es dorada, las palmeras silban bajo una ligera brisa y el aire deja un maravilloso perfume de brisa marina y flores exóticas. Estoy entrando y saliendo de un gran número de trajes de baño. Muchos me hacen sentir incómoda por la enorme cantidad de piel que dejan a la vista, pero el fotógrafo es un profesional amable y paciente, así que enseguida me siento bien.

Cuando acabamos, me comunican que vamos a repetir al menos veinte veces las mismas fotos en diferentes lugares y con una luz distinta; solo después se elegirá el mejor set. Al fin me ha quedado clara la razón por la que voy a estar aquí un mes. El fotógrafo me acaba de explicar que, al ser un lanzamiento, mi madre pretende hacer las cosas a lo grande y quiere un gran número de instantáneas para poder elegir. Además, también es mi lanzamiento como top model. Estoy a punto de decirle que pienso volverme a casa muy pronto, pero me tapo la boca. Tengo que encontrar el modo de escapar y si se lo dijera a alguno de ellos, se lo contaría de inmediato a mi madre y el asunto me podría causar bastantes problemas. No puedo centrar mi atención en lo irresponsable que es este comportamiento. Puede que esté pensando de manera egoísta, pero en este momento solo logro concentrarme en Chase y en la necesidad que tengo de verlo.

Cuando al fin consigo pasar la tarjeta magnética por la cerradura de mi suite – sí, mi madre me ha reservado prácticamente un apartamento –, estoy hecha polvo. No me he metido nada en el estómago desde el último muffin que engullí en el aeropuerto de Londres, pero no tengo hambre. Solo quiero ducharme y hablar con Chase. Pero, después de lavarme y poner a cargar el móvil, me echo en la cama para aliviar la presión en las sienes y me quedo dormida.

No sé cuántas horas después, me despierta la vibración furiosa del móvil y me maldigo. Se trata de Samuel, imagino que estará terriblemente preocupado

porque ni siquiera he tenido tiempo de avisarle de mi llegada. Al ver la hora, me doy cuenta de que aquí son las seis de la mañana y allí, medianoche.

—Hola, cariño —contesto.

—Freya, es la cuarta vez que te llamo. ¿Has hablado con Chase? —Pregunta de sopetón.

—No, no he tenido tiempo, perdona que no te haya avisado de que estaba bien. Me han arrastrado —me justifico—. Me había quedado dormida, estoy hecha polvo. Tú no lo puedes entender, no como desde hace dos días —me lamento.

—No pasa nada. Me he puesto un poco nervioso, pero luego he visto las fotos y... —Responde.

—¿Qué fotos? —Pregunto perpleja.

—Las de Instagram. Te ha etiquetado un tipo que supongo que será el fotógrafo de la sesión y también están en la cuenta de la casa de moda de tu madre como muestra —esboza Samuel—. No *te pongas histérica*, estás guapísima —añade al advertir mi mutismo.

Mientras habla, enciendo el portátil, me conecto enseguida al Wi-Fi del hotel y, al fin, veo las fotos. Es verdad, son bonitas, pero... Me hubiera gustado hablar con Chase antes de que se publicaran. Una es en blanco y negro, se ve un rayo de luz que parece que pasa junto a mí; estoy de espaldas con un tanga negro, el cabello movido por el viento y veo que ya le han pasado el Photoshop, porque el tatuaje no aparece en la espalda. Solo puedo pensar en cómo se habrá sentido al ver las fotos; siento que tengo el corazón en la boca, quiero hablar con él.

—Freya, ¿sigues ahí? —Dice Samuel, logrando que vuelva a poner los pies en la tierra.

—Sí, perdona, antes has mencionado a Chase, ¿qué pasa? —Indago.

—No sé si debería decírtelo, tal vez sea mejor que no —farfulla apurado.

—¿Qué ha pasado, Samuel? —Pregunto.

Una ansiedad terrible se apodera de mí, me pregunto si se habrá vuelto a emborrachar y habrá tenido un accidente. Ya me estoy preparando para escapar al aeropuerto y regresar.

—Cálmate —me detiene.

Parece que está haciendo tiempo, después me llega su voz.

—Diga lo que diga, ten en cuenta que ha sucedido después de haber visto las fotos. Han aparecido esta tarde y, al llegar al pub, Chase ya estaba borracho. Ha estado haciendo el tonto toda la noche con la chica que Bill

contrató para sustituirte, le ha preguntado si era la nueva Freya y si también se quería acostar con él. A ella... Bueno... No le ha desagradado. Yo he intentado hablar con él para ver las intenciones que tenía, pero me ha parado diciéndome que no era asunto mío. Ni siquiera sé si hay algo o lo ha hecho aposta para que te lo dijera... Tendría que haberlo cogido por un brazo y hartarlo a bofetadas, pero no me gustaría recibir una denuncia de un famoso influencer —cuenta Samuel.

Cuando acaba de hablar, me doy cuenta de que tengo la respiración agitada; el corazón, de repente, parece que se me ha bajado al estómago y mi boca está seca.

—Has hecho bien en decírmelo, cariño. No es culpa tuya —se lo agradezco a Samuel, luego lo saludo y me dejo caer en las baldosas del suelo que están heladas por el aire acondicionado

Son las siete y suena la alarma que había puesto.

Canturreo *Breathe (2 Am)* entre lágrimas con Anna Nalick. Lo había elegido como tono de la alarma pensando en él, en la sonrisa de Chase. Yo también habría podido escribir fragmentos enteros solo sobre ella.

Las lágrimas siguen resbalando silenciosas por mis mejillas.

Sé lo que habrá pensado al ver las fotos: que he estado fingiendo todo el tiempo y que en el fondo quería hacerme famosa, estar bajo los focos o puede que piense que he ensuciado mi imagen. Pero crea lo que crea no le da derecho a comportarse así. Ya era demasiado para mí aceptar la historia con Grace y el modo en que la ha llevado. No puedo aceptar que no sea capaz de afrontar los problemas, que prefiera desconfiar de mí y presentarse donde trabaja mi amigo más querido, haciendo el tonto con otra para herirme.

De inmediato, veo dónde está el quid de la cuestión: Chase no se fía de mí. Me ha mentido y ocultado los verdaderos motivos por los que estaba con ella. Siempre ha tratado de darle la vuelta a la tortilla, a veces engañándome, aunque no fuera de forma intencionada. Pero, a pesar de que yo no he hecho nada malo y siempre le he dado una oportunidad, él duda de mí. Y eso no está bien. No creo que pueda existir una relación en la que la confianza no sea completa, donde los problemas no se afrenten, sino que se esconden y en la que para él es más fácil vengarse o tratar de hacerme sufrir.

Me miro al espejo, derrotada: el deseo de volver a casa se me ha pasado.

“¿Por qué motivo debería volver?” Me pregunto.

Solo conseguiría enfurecer a mi madre, me encontraría sin trabajo porque Bill me tomaría por loca si volviera a presentarme allí y me convertiría en el

hazmerreír del mundo de la moda. Ya estoy viendo los titulares de los artículos.

La hija de Vivien Lloyd escapa después de una sola sesión fotográfica.

Será mejor que me quede, que aprenda algo y viva la experiencia. Cuando acabe el trabajo, siempre podré decirle a mi madre que no es para mí y volver a la universidad.

Vuelvo a leer el largo mensaje que me mandó y me doy cuenta de que ya nada de lo que hay escrito tiene valor después de su comportamiento en el *Garden Gate*. Parece que entiende las cosas de verdad, que las capta, las acepta y luego se pierde. Son conceptos que apenas percibe, pero no los asimila por completo. Otra lágrima me resbala por la mejilla; acaricio una de sus fotos y me siento terriblemente sola, mucho más sola que cuando era niña y mis padres me ignoraban.

Me levanto del suelo y empiezo a prepararme, pero no me da tiempo a vestirme porque llaman a la puerta: es Shary y lleva consigo la bandeja del desayuno.

—Buenos días, cariño. En media hora como máximo tenemos que salir, así que come y sonríe. Está a punto de empezar un nuevo día de trabajo —me anima toda contenta.

Le doy las gracias calurosamente. En el fondo es amable y está haciendo su trabajo muy bien, no tiene la culpa de que mi corazón esté hecho pedazos.

Afronto la nueva sesión y las clases para aprender a desfilas con una sonrisa fingida. Por dentro estoy fatal, pero todos los años que he tenido que fingir para complacer a mis padres han sido una práctica excelente y, al fin, sirven para algo.

Viernes 20 de enero

Ha pasado poco más de una semana y, a pesar de que trato de estar ocupada todo lo posible y, sobre todo, de cansarme, no me encuentro mejor. Es más, creo que no podría estar peor.

Tras cerrar la puerta de la suite al entrar, empiezo a quitarme la ropa y me meto en la ducha para tratar de relajarme. Cuando vuelvo a la habitación, envuelta en el albornoz, decido pedir la cena, no tengo ganas de bajar y ver a la gente. Desde el hall me dicen que me lo van a traer todo en media hora y, para matar el rato, abro Instagram.

“¡Me había equivocado!” Me fulmina el pensamiento cuando la primera foto que aparece en mi feed es una actualización de Chase. Pensaba que no podía estar peor: falso.

La foto se acaba de subir. Qué burlón es el destino: aunque estamos en los dos extremos del mundo, hemos decidido usar la aplicación al mismo tiempo. Es una foto de nuestro tatuaje, pero no la que nos hicimos juntos y me pregunto quién la habrá sacado. Seguro que no ha sido Grace. Mi mente está llena de imágenes de él con la nueva chica del pub.

“Ya estará en la cama con ella, me he sustituido pronto”, me martirizo yo sola.

Siento que me vienen ganas de vomitar, pero el pie de página que acompaña la foto es la puñalada final.

Defluencer: A veces, algunos errores se te quedan en la piel. Por suerte, se puede encontrar la forma de eliminarlos. ¿Algún consejo para un nuevo tatuaje con el que cubrir este?

Cuando lo leo, me parece haber caído en un pozo sin fondo: quiere borrarse *nuestro* tatuaje.

Los comentarios posteriores me dejan hecha polvo.

JuliaXXX: @Defluencer ¿un tatuaje no debería ser para siempre?

Martha2001: @JuliaXXX @Defluencer ¿por qué un error tiene que ser para siempre? Cúbrela, haces bien. No vale la pena llevar algo que no significa nada.

LittleStar: @Defluencer ¿por qué te lo quieres borrar?

Martha2001: @LittleStar @Defluencer pero ¿cómo que por qué? Se lo había hecho con la tipa que ahora se ha convertido en modelo, ¿no lo sabes? Se trata de @FreyaVilla, mira su perfil. Está claro que lo ha usado para hacerse famosa, ¿no? Ahora ha vuelto con Grace, es normal que quiera cubrir esa tontería.

SarhaBlue: @Martha2001 ¿qué dices? Pero si @FreyaVilla es hija de @VivienLloyd, ¿no le hacía falta Chase para hacerse famosa! Ella es mucho más importante que él.

“Pero ¿quién coño son estas personas? ¿Qué quieren de mí, de nosotros? ¿Cómo se permiten juzgar nuestra vida, hablar de nosotros?” Me irrito de inmediato.

Escribo una bonita respuesta envenenada, aunque luego me paro. Le daría a Chase la satisfacción de que he visto la foto, pero lo mejor que puedo hacer es dejar de seguirlo en todas sus cuentas. La segunda razón, y la más lógica, es que ahora yo también me he convertido en una persona famosa y, por tanto, estoy sujeta a este tipo de reacciones. Es alucinante tener que aceptar que la gente pueda hablar de ti como si te conociera y comprendo por qué Chase, justo el día en que nos hicimos el tatuaje, me dijo que ni siquiera lee los comentarios. Es lo mejor para que te salga una úlcera, además de una enorme tentación. Responder mandando a tomar por culo a sus seguidoras no beneficiaría para nada mi imagen y mi madre me mataría. Es más, me parece extraño que no me haya llamado todavía, ya que también se ha etiquetado su cuenta oficial.

“Pero, claro, todo es publicidad”, estallo al segundo. “Después de todo, una de las tipas que ha escrito me ha defendido diciendo que soy más importante que él y mi madre estará contenta”.

Cuando llaman a la puerta, ya se me ha pasado el hambre.

La mente me devuelve las imágenes del día en que aquellas frases quedaron impresas en nuestra piel, de cómo nos mirábamos y me parece imposible que haya ocurrido hace menos de un mes. Parece que han pasado

diez vidas, una existencia que ya no me pertenece.

En este momento, quizás, debería encontrar algo para cubrirme yo también el tatuaje. Empiezo a pensar en ello, pero no sé cómo hacerlo. Nada podría eliminar a Chase de mi corazón, esa marca se quedará para siempre.

Mi corazón ya no será el mismo después de él.

Lunes 13 de febrero

París me acoge en el mes de los enamorados, mi vida parece toda una paradoja.

En el aeropuerto, veo que solo me espera una persona.

—Eymeric Moreau —me ofrece la mano un chico muy guapo de largo cabello negro con intensos ojos verdes.

—Freya Villa —me presento a mi vez—, ¿te manda mi madre? —Le pregunto.

—Voy a ser tu fotógrafo. Como soy de aquí y tengo una casa, tu madre ha pensado que es oportuno que te quedes conmigo. Ya falta poco para tu debut y quiere asegurarse de que estés preparada —explica, mientras nos dirigimos a la retirada de equipajes.

“Fantástico, ¡mi madre ha decidido que tengo que vivir con un desconocido!” Es el primer pensamiento que se me viene a la mente.

Eymeric parece un tipo correcto, además de un chico guapo, pero no lo conozco lo suficiente para juzgarlo. A pesar de todo, un par de días después de sentirnos incómodos, empiezo a acostumbrarme a nuestra rutina.

Después de una semana en la capital francesa, he empezado a mirar por los alrededores para buscar una tienda de tatuajes que me interese. Una vez llegué a pedir cita, pero luego la anulé. Todavía no puedo cubrirlo porque sé que, cuando lo haga, todo habrá acabado para siempre.

“Como si no hubiera ocurrido ya”, me dice una vocecita por dentro.

Soy consciente de que ya no hay nada entre nosotros y nunca lo volverá a haber. Que puede que solo haya habido algo de mi parte, pero también sé que cuando cubra esta frase, borraré para siempre esos meses de mi vida, tal vez los únicos en los que he sido realmente feliz. Pensaba que el dolor por la ausencia de Chase se habría aplacado, pero empeora cada día. Le he dicho a Samuel que no me dé más noticias tuyas. No sé nada, ni siquiera si tiene o no una relación con la nueva camarera de Bill. Cuando vi su foto de Instagram pidiendo sugerencias para cubrir nuestro tatuaje, una parte de mí sintió que se moría. He entendido que nunca me ha amado, que tal vez el tatuaje fue una locura momentánea, de lo contrario, no habría querido taparlo.

Hoy le he dicho a Eymeric que me iba a dar una vuelta antes de volver a casa. Por suerte, él no me ha pedido explicaciones y ha dicho que me esperaría para la cena. Pasear bajo los rayos de la luna por el Sena y ver cómo se reflejan los monumentos me hace latir con fuerza el corazón y, como una tonta, me pregunto cómo sería ir de la mano con Chase.

Cuando regreso, ni siquiera escucho el saludo de Eymeric que viene a buscarme a la habitación.

—¿Todo bien? —Pregunta, sentándose en el borde de la cama.

Me pongo de pie de repente. Nunca ha hecho nada extraño, pero esta invasión de mi espacio me pone en alarma.

—He estado buscando un lugar donde taparme el tatuaje, pero no he encontrado nada que me gustara —miento.

—Lo entiendo. Bueno, si quieres te puedo acompañar. Soy de aquí y ya me he hecho algún tatuaje. Es posible que encuentres lo que estás buscando —propone.

—Gracias, lo pensaré —trato de escabullirme.

Eymeric se acerca y me pone las manos en los hombros.

—¿Estás segura de que te lo quieres borrar?

—¡No creo que sea asunto tuyo! —Reacciono quitándome sus manos de encima y echándome hacia atrás.

Eymeric abre mucho los ojos ante mi grosero comportamiento. Sé que no he actuado de forma correcta, no sé qué me ha sucedido.

—Freya, escúchame. Me doy cuenta de que, tal vez, debería habértelo dicho, pero pensaba que estaba claro el motivo por el que tu madre te ha dejado vivir en mi casa —afirma, después de unos instantes de embarazo.

“Oh, te lo ruego, Dios mío, que no me diga que mi madre ha ideado una historia de amor fotógrafo-modelo para las revistas o podría matarla de

veras”.

Muevo la cabeza como señal de negativa, no puedo hablar

—Freya, mira... Nunca me voy a sentir atraído por ti —se alza de hombros con una sonrisa.

Por un instante no lo entiendo, después me siento una gilipollas.

—Madre mía, qué ridículo he hecho —me disculpo, tapándome la cara con las manos.

—Bien, ahora diría que podemos empezar a ser amigos y, quizás, ayudarte a mejorar ese humor de mierda que tienes. Puede que no te cure, pero voy a intentar que vuelvas a Londres mejor que como llegaste aquí —bromea y me vuelve a preguntar si estoy segura de querer borrarle el tatuaje.

—Ya sabes, son esas tonterías que haces cuando eres joven, pero ahora no sé si será apropiado —miento sin ningún pudor.

—Freya, no quiero pecar de falta de delicadeza, pero todo el mundo conoce tu historia. Sé de ti, de él, de todo lo que hay en torno al tema o, al menos, lo que se dice. Veo cómo estás y me pregunto si de verdad quieres borrarlo —explica Eymeric.

La verdad es que todavía no estoy preparada para ver cómo desaparece la frase.

Martes 28 de febrero

Cuanto más días pasan, más me doy cuenta de lo que Eymeric me está ayudando y le estoy agradecida de veras. No solo he mejorado considerablemente como modelo, ahora mi humor ya no es tan negro.

Mi madre me ha comunicado que, cuando vuelva en marzo, tendrá lugar el primer desfile para anunciar la colección de trajes de baño y lencería, y espero que vaya bien. Nunca me ha importado nada este trabajo, pero ahora me doy cuenta de todas las personas que invierten sus energías en él y aprecio

a gente como Eymeric, que se dedica en cuerpo y alma a lo que hace.

Tengo un momento en el que me derrumbo cuando, durante un paseo por la zona de Montmartre, Eymeric y yo pasamos delante de Le mur des Je t'aime. Delante de mí y de mi corazón destrozado, se alza una pared de unos diez metros en la que está impresa la frase "Te quiero" en más de trescientas lenguas y dialectos.

—Yo también te quiero, Freya. Eres una amiga fantástica —trata de animarme Eymeric.

Después de darle las gracias con un abrazo, le permito que me lleve a cenar a un lugar fabuloso, el *Bustronom*. Hace unos días, mientras veía la ciudad iluminada por la ventana del salón de Eymeric, se me escapó una frase absurda.

—¿No sería fantástica una romántica cena a la luz de las velas mientras ves los lugares más fabulosos de la ciudad?

—Interesante —replicó Eymeric, riéndose.

—Lo sé, estoy loca, sueño cosas utópicas —respondí, riéndome a mi vez.

Pero estaba equivocada. Eymeric me acaba de llevar a un autobús que hace las veces de restaurante itinerante.

Son las dos de la mañana y todavía me encuentro delante de la televisión con el volumen al mínimo: estoy volviendo a ver todas las pruebas que me han hecho.

—Freya, ya es muy tarde —resuena por detrás la voz somnolienta de Eymeric.

—Perdona, no quería despertarte —replico, disgustada.

—No es eso, solo que me preocupo por ti. Tienes que desconectar— insiste.

—Me gustaría estar perfecta para agradecerte todo lo que has hecho por mí —replico, indicando la pantalla y mis apuntes.

—Quizás he hecho demasiado —resopla Eymeric.

—¿Qué quieres decir? —Pregunto perpleja.

—Que te he metido demasiada presión. Si quieres que todo vaya bien, lo principal es que sigas siendo tú misma —responde, poniéndome una mano en el hombro—. Ahora vete a la cama. Mañana nada de fotos, tengo otra cosa en mente —me ordena, empujándome hasta mi habitación.

A la mañana siguiente, resplandece el sol en París y Eymeric me guía por

las calles de la ciudad en dirección a un punto muy concreto, aunque no lo entiendo hasta que llegamos: el Pont des Arts. Aquí se encuentran talentos de toda Europa, concentrados en dibujar en público y demostrar sus dotes. Y, al fin, entiendo lo que me quiso decir Eymeric ayer por la noche. Debe haber visto mi perfil en Instagram además de haberle echado un vistazo a las fotos viejas, las de mis dibujos.

—Pero todavía no he acabado —replica, dándome la mochila que llevaba en el hombro. Dentro, encuentro un bloc de dibujo y algunos carboncillos.

—Quiero un retrato mío hecho por ti, demuéstrame quién eres —me anima.

Así, al principio a disgusto, me uno a la fila de personas concentradas en dibujar. Pero, poco después, vuelvo a experimentar la vieja sensación que se apoderaba de mí cuando cogía el lápiz y todo lo demás quedaba atrás, mientras mi mente se concentraba en darle órdenes a la mano que pintaba.

Casi me parece que estoy volando.

Cuando acabo, le entrego el dibujo a mi nuevo amigo.

—Ahora te puedo dejar volver, estoy seguro de que todavía sabes quién eres. —Me guiña el ojo, contento.

—¿Qué quieres decir? —Pregunto, quizás para saber algo más de mí misma que parece que se me escapa.

—Freya, no me molesta que pongas montones de fotos nuestras juntos, ni me preocupan los pies de página donde pareces la mujer mundana más feliz de la tierra. No me importaría si fuese así de verdad. Si esas sonrisas no fueran fingidas, si no pusieras esas imágenes con el único fin de herir a alguien. Lo que más me preocupa de todo es que muestren a una persona que no existe — explica Eymeric, haciéndome sentir como una idiota.

—Pero yo me divierto contigo... —Me justifico de manera patética fastidiándome el pelo.

“Mentirosa, es verdad que lo quieres mucho, pero tiene razón. Cada una de las imágenes que has compartido la has estudiado para gritarle a Chase a la cara que no piensas en él en absoluto”, me riño a mí misma, bajando la mirada.

—Lo sé, pero...

—Mira, sube esta mejor —dice mientras trajina con el móvil.

Un instante después, recibo la foto.

Me la ha hecho mientras estaba dibujando. Mi expresión es tan serena, que soy yo misma de verdad, realmente feliz. He entendido lo que me quería decir.

Miércoles 15 de marzo

Ayer cumplí diecinueve años. Lo celebré con Eymeric, que me llevó de nuevo a cenar al *Bustronom*. Nos hemos vuelto a prometer que vamos a estar en contacto. Se ha convertido en un gran amigo y cuando subo al avión para volver a Londres, ya siento que lo voy a echar mucho de menos.

Justo después de recoger la maleta, me encuentro a Samuel esperándome. En cuanto me ve, corre a mi encuentro echándome los brazos al cuello.

—Dios mío, cuánto te he echado de menos —me recibe.

—Yo también a ti —respondo.

—¿Tienes algún compromiso hoy? Le he pedido a Bill el día libre para poder estar contigo, pero si tienes algo que hacer, dímelo —me informa mientras vamos hasta los taxis.

—Nada en absoluto. He vuelto un día antes y mi madre no sabe que estoy aquí —me río.

Pero, cuando salimos de la terminal, las cosas no salen como esperaba. Me veo cegada por los flashes y alguno casi me mete algo en la boca. Unos segundos después, me doy cuenta de que se trata de un micrófono.

—¿Es cierto que la semana que viene será su primer desfile, pero que es una profesión a la que nunca se ha dedicado y lo ha conseguido gracias a que su madre es la diseñadora? —Me acosa una mujer. La reconozco de inmediato, es la misma con la que hablaba Grace durante la entrevista de Chase, la que parecía casi su amiga. Enseguida me doy cuenta de que debe de haberla mandado ella.

No quiero dejar que me condicione la existencia, es algo irreal, efímero y mi vida es otra. Soy una persona que no tiene nada que ver con mi figura pública. No quiero precipitarme en el limbo en el que ha caído Chase a causa de la importancia de todo esto.

—No tengo nada que contestar —replico, apartando a la periodista de malos modos.

—¿Estaba interesada en Chase Weber porque esperaba que le garantizara una carrera en el mundo de la moda? —Me apuñala por detrás la mujer.

Me digo que no debo responder, que tengo que estar callada, pero eso es una infamia. Yo no soy así y sé bien que ha sido Grace la que le ha pedido que me haga esa pregunta. Me vuelvo agresiva, Samuel me coge por un brazo con la intención de hacerme desistir, pero pongo resistencia.

—Pensaba que os sacabais una licenciatura para ser periodistas y que estudiar os daba la capacidad de no hacer preguntas idiotas. Ya veo que sabe quién es mi madre... ¿Qué sentido tendría hacer algo que no necesito? Venga, respóndame. Ahora, si me quiere disculpar, tengo cosas mejores que hacer —le susurro antes de darle la espalda. Me doy prisa en alejarme rápidamente del brazo de Samuel, no quiero volver a escuchar la voz de esta gilipollas o le podría meter el micrófono por un lugar donde no le da el sol.

Cuando llegamos a nuestra casa, al abrigo de oídos indiscretos, al fin me siento libre para hablar con mi amigo, aunque antes llamo a mi madre y la pongo en aviso.

—Estoy en Londres —digo después de saludarla.

—Lo sé, Freya. Me acaba de llamar una periodista para preguntarme algo referente a una entrevista en el aeropuerto —replica mi madre.

—¡No ha habido ninguna entrevista! —Exclamo furiosa—. Esa mujer me ha parado en el aeropuerto, casi me ha hecho una emboscada con sus preguntas infamantes. Estoy segura de que me la ha mandado la bruja de Grace.

—¿Qué has respondido? —Pregunta mi madre.

—No he contestado a lo que me ha preguntado de ti y después le he cantado las cuarenta por una infamia que ha lanzado sobre Chase Weber —explico apretando el teléfono entre las manos.

—Él, con sus descabelladas salidas en Instagram, no te ha hecho una gran publicidad —observa mi madre.

—No me importa un bledo. Nunca voy a decir que he estado con él porque esperaba que me ayudara a entrar en el mundo de la moda. Además, si lo hiciese, quedaría todavía peor. Es más, después de esto, me pregunto por qué Grace todavía sigue trabajando para ti —indago despechada porque mi madre sigue incluyéndola entre sus modelos.

—Porque si la echara, sería todavía peor. Solo quiere comprometerte, pero no lo va a conseguir. Es una estúpida y, llegado el momento, me libraré de ella de manera conveniente. Te he confiado lo más importante que tenía entre manos, no hagas que me arrepienta —aclara mi madre.

Cuando cuelga, veo que tiene razón. Debo hacerlo bien o arruinaré su imagen pública: solo ahora me doy cuenta de todo lo que está arriesgando por mí y me parece imposible. Pienso en el dolor que he sentido por la falta de interés de mis padres y sé que esto no es amor por mí, no como debería serlo en una relación entre madre e hija. Pero también comprendo que, a su manera equivocada y anormal, se está preocupando por mí y por mi futuro. Además, quiero hacerlo bien por mí misma, para no dejar nada colgado y demostrarme que soy capaz y que me merezco de verdad estar donde estoy. Nunca me ha interesado esta carrera, pero me hallo en una posición que millones de chicas desearían y quiero demostrarle a todo el mundo que me lo merezco, antes que nada a mí misma.

El resto del día me lo paso hablando con Samuel; solo por la noche, cuando me quedo sola y las notas de *Faded* me resuenan por dentro, no dejo de canturrear en voz baja. Yo también me pregunto si no me lo habré imaginado todo o habrá existido solo en mi fantasía.

“¿Dónde estás?” Pienso, mientras contemplo desde mi ventana la noche londinense.

He dejado de seguirlo en todas sus cuentas, pero no por despecho ni por comportarme de manera infantil: me hacía daño ver sus actualizaciones. Ni siquiera quiero saber con qué ha cubierto el tatuaje.

Levanto la mirada al cielo: está límpido y lleno de estrellas.

"Si te gusta una flor que habita en una estrella, es muy dulce mirar al cielo por la noche", pienso en mi libro preferido relacionándolo de inmediato con un recuerdo.

“Mira, por ejemplo, nunca me ha gustado la miel, siempre me ha parecido nauseabunda, pero tu pelo es del color de la miel. A partir de ahora, será especial para mí y, cada vez que la vea, pensaré en tu pelo. O también, piensa en las estrellas: siempre me ha parecido triste mirarlas, pero tu pelo brilla igual que ellas cuando les da la luz. Ahora sonreiré a las estrellas”.

Palabras lejanas, recuerdos lejanos.

Martes 21 de marzo

Ha llegado el gran día y estoy temblando de la cabeza a los pies. Me han maquillado tan bien, que no se notan las ojeras que me ha dejado mi noche de insomnio. Esta semana, mi madre no me ha dejado ni un segundo, ha asistido a todas las pruebas. Me esperaba más críticas de su parte y, sin embargo, parecía muy satisfecha. Estaba segura de que su comportamiento me daría confianza, pero ahora que estoy a punto de desfilarme en bragas delante de un montón de gente, ya no me siento tan segura de mí misma.

Me avisan de que es la hora y me preparo para salir a la pasarela; atravieso el camerino común y veo que las otras chicas están tan nerviosas como yo. Cuando estoy a punto de salir, hago una respiración profunda y me lanzo. En mi mente, pienso que no hay nadie como la otra vez, sonrío y miro a un punto perdido, para no quedarme fija en una sola persona, para no sentir sus ojos sobre mí, para no darme cuenta de que me tiemblan las piernas y caerme de la pasarela. Pero, al llegar al fondo, siento un extraño calor que me lleva a echarle un vistazo al público.

Se me corta la respiración.

Chase.

Es la primera vez que lo veo después de dos meses. Sigue siendo tan guapo que me duele y sus ojos me hacen el mismo efecto que siempre cuando me cruzo con ellos. En la mirada que me ha lanzado pensando que no lo vería, no leo el rencor que siempre he imaginado: advierto tristeza y algo más, algo en lo que no quiero pensar para no desilusionarme. El instante pasa, tengo que seguir caminando, me giro y vuelvo atrás.

Y mientras se esfuma la alegría que me ha producido la sensación de haberlo vuelto a ver, crece la melancolía por la añoranza. La lejanía no hace tanto daño como saber que estás viendo a la única persona que has amado y ser consciente de que nunca más la vas a tener.

El desfile continúa, pero ya no me arriesgo a mirar en su dirección. Tengo miedo de hacerlo y no poder resistir la tentación de bajarme de la pasarela y acercarme a él. La necesidad de tocarlo, de sentir que es real, es demasiado fuerte.

Cuando acaba el desfile, salimos al escenario cuatro personas: mi madre, una modelo mulata, Grace y yo. Las tres llevamos las prendas más prestigiosas de la colección. *You ruin me* de The Veronicas nos acompaña al salir y no entiendo por qué mi madre ha elegido una pieza así, tal vez por su musicalidad.

Algunas personas nos entregan a mi madre y a mí enormes ramos de flores y doy las gracias, aunque ni siquiera sé quiénes son. Mi mente no elabora muchas ideas coherentes en este momento, estoy tan nerviosa que creo que podría vomitar y sigo preguntándome cómo habré estado. El hecho de que mi madre no me haya fulminado con miradas de reproche me hace suponer que ha ido bien, pero tengo bastante ansiedad.

En un momento, veo que Chase sube a la pasarela y siento que me voy a desmayar: tiene en la mano un ramo de rosas rojas, todas en capullo, menos la del centro que es mucho más grande, blanca y totalmente florecida. Mi corazón empieza a latir como un loco y el estúpido no deja de esperar que sean para mí. Pero él ni siquiera me mira, se acerca a Grace, se las entrega y vuelve a su sitio.

Y, en un solo segundo, Chase ha hecho añicos la más mínima alegría que pudiera haber sentido. También él me está destrozando y juega conmigo como si fuese una creación suya.

Después de todo, creo que la canción que ha elegido mi madre va a la perfección con este momento.

En cuanto se acaban los flashes, me siento libre para escapar a mi camerino y vuelvo a dar gracias por la suerte de que sea individual. Me cambio de ropa y me pongo lo que mi madre ha previsto para la ocasión. Me seco las lágrimas, me arreglo el maquillaje y me dirijo a la sala donde se va a celebrar la fiesta.

Por desgracia, también están ellos; verlos cogidos de la mano es como un puñetazo en el estómago. Ni siquiera me doy cuenta de lo que me está diciendo un hombre al que no conozco.

—¿Señorita Lloyd? —Reclama mi atención.

—Me llamo Villa, ese es el apellido de mi madre —replico de forma demasiado seca, por culpa de mi decepción ante lo que estoy viendo.

—No quería ofenderla —se justifica enseguida el hombre.

—Perdone, todavía estoy un poco nerviosa por el desfile —miento tratando de prestarle atención.

—¿Y eso por qué? No tiene ningún motivo. Yo soy de los que no dudaban de su potencial. Había visto las fotos y me parecían demasiado bonitas para atribuirle el éxito solo al buen hacer del fotógrafo. Ha estado soberbia en la pasarela, nadie podría decir que era la primera vez que lo hacía —aclara el hombre, que sigo sin saber quién es.

—Gracias —respondo lacónica. En este momento no me importa nada,

solo quiero irme a casa a llorar.

—Me llamo Mark Spencer, soy el responsable de la campaña de *Deep Blue*, una película que se va a producir pronto. La próxima semana vamos a hacer las pruebas para los protagonistas del reparto y el fin de semana siguiente se hará una fiesta para anunciarlo todo a la prensa —se presenta, despertando mi atención.

Mi mente ata cabos de forma muy rápida: se trata de la película de la que me habló Chase.

—Encantada de conocerlo —replico amable.

—Escuche, no sé si tiene agente y si debería hablarlo con él, pero no soy demasiado tradicional. Usted es bellísima y me gustaría tenerla como imagen de la campaña publicitaria de la película. Se trataría de algunas fotos y un vídeo. ¿Qué me dice? ¿Le interesaría? —Explica, gesticulando con las manos.

No sé qué responder. Por una parte, me parece absurdo todo ese interés por mí. Por otra, sería un modo de seguir en contacto con Chase. Para ganar tiempo, encuentro una excusa sensata.

—Me gustaría, pero creo que tendremos que preguntarle a mi madre. No tengo ningún agente por el momento —respondo alzándome de hombros.

—Si es así, vamos a salir de dudas enseguida —me coge por sorpresa y, un segundo después, llama la atención de mi madre y repite la propuesta.

—Me parece una excelente oportunidad para tu visibilidad, Freya. Para el set de fotos podrías llevar algo de mi línea —acepta ella de inmediato.

—Claro —me limito a decir con el corazón en la boca. A veces, tengo la sensación de que ya no tengo el control de mi vida ni de mis decisiones.

Dejo la fiesta temprano y me refugio en mi casa. Me paso la noche observando el movimiento de la gente a través de la ventana: ver que otros tienen una vida, que salen, se divierten, me reconforta. Ver a Chase y a Grace juntos siempre ha sido como una puñalada, pero ahora más que antes, porque sé que no le importo nada, que me he vuelto invisible para él. Ya ni siquiera pienso en la mirada que me ha lanzado cuando lo he visto. Me digo que me la he imaginado yo misma, que nunca ha existido.

En los días siguientes, recibo varias propuestas para ser imagen de cosméticos y perfumes. Mi madre está en éxtasis, pero yo, sinceramente, no siento nada, solo un gran vacío. No me importa nada de todo esto, como tampoco me importaba antes. Puede que esté aún más triste que hace unos

meses.

El día previsto para rodar la promoción de la película, me presento en la sala cinematográfica que me han dicho. Estoy muy nerviosa, ni siquiera sé si Chase ha conseguido el papel y me pregunto cómo se tomará que yo sea la imagen de la campaña publicitaria.

—Mientras ves las imágenes en la pantalla, piensa en alguien a quien quieras o, si no estás enamorada, ¿en alguno a quien le quitarías los calzoncillos! —Se ríe como si hubiera dicho algo divertido—. En definitiva, lo importante es que tengas la mirada perdida, distraída, de forma que quien vea este vídeo imagine lo apasionante que puede ser la película —me incita.

“No es tan difícil, me basta pensar en él”.

Empiezan a hacer un par de grabaciones desde varios ángulos, me piden que me siente primero a la izquierda, luego a la derecha y que vaya al centro de la sala. No me dan más indicaciones sobre mi forma de interpretar, por lo tanto, sigo haciéndolo como hasta ahora y me concentro en los momentos pasados con *él* cada vez que proyectan el título de la película.

Un par de horas después, que me parece que han durado cuatro años, el director me detiene.

—Está bien.

Un chico rubio se acerca, aplaudiendo.

—Muy bien, de verdad, ¿no has pensado que podrías dedicarte a la interpretación?

“Solo nos faltaba eso”, pienso para mí.

Le sonrío benévola al desconocido, preguntándome quién será.

—Freya —se acerca Mark Spencer—, te presento a Maddox Wright. Es el actor que ha sido elegido como protagonista de la película —explica, señalándolo.

Mientras le doy la mano al chico, siento que mi pecho se queda helado porque si él es el protagonista, está claro que no han elegido a Chase.

“¡Ya no te afecta! ¡No es tu problema!” Protesta la parte de mí que quiere olvidarlo.

“Pero para Chase era muy importante, incluso había decidido estudiar interpretación, era algo que le importaba”, se preocupa la parte de mí que todavía no puede dejar de quererlo.

Aunque ya no hay nada entre nosotros, no puedo evitar sentirlo por él, pero sigo sonriéndole a mi interlocutor que no tiene ninguna culpa de lo sucedido: ha participado en una audición y ha sido el mejor.

—Oye, no sé si tienes novio, pero me gustaría ser tu acompañante en la fiesta que se va a celebrar el fin de semana para anunciar el reparto a la prensa. Para mí sería un gran honor tenerte a mi lado —me invita.

Me pilla totalmente por sorpresa, no sé qué decir.

“Es un actor, no un violador en serie, Freya” dice una vocecita dentro de mi cabeza.

No me apetece ir sola para hacer de mujer florero y, en el caso de que también estuviera Chase, no quiero encontrarme viendo al hombre que amo con Grace.

—De acuerdo —acepto con una sonrisa de compromiso.

—Bien. Si me das tu dirección, me pasaré a recogerte a las ocho —no pierde el tiempo.

Le apunto en un papel dónde vivo y mi número de teléfono, y nos despedimos.

Cuando mi madre se entera, me felicita y enloquece con la elección del vestido para la gala. Al final, optamos por un vestido de noche de un tono azul celeste con cola. Me parece un vestido principesco y exagerado, pero supongo que es lo apropiado para este tipo de eventos.

En cuanto me libero, le mando un mensaje a Samuel, pidiéndole que pase la tarde siguiente conmigo: necesito hablar con alguien que me conozca de verdad.

Y, por suerte, acepta.

—Tenías muchas ganas de pasar un rato contigo, pero siempre estás demasiado ocupada. Ahora eres una diva —me saluda, burlándose de mí, mientras me da un tironcito de la nariz.

Pero, al oír sus palabras, resoplo sin querer.

—Oh, oh, hay algo que no va bien —observa.

—¿Quieres un chocolate caliente? —Pregunto, mientras abro los armarios.

—Creía que las modelos no comían esas cosas —sigue bromeando.

—Perdona que te haya hecho venir aquí y no te haya invitado a algún local de moda, no quiero encontrarme también allí con esa periodista idiota —explico, agitando las tazas en los platitos con demasiada fuerza.

—Eso sí que es una paranoia —replica—. No te preocupes, Freya, sabes que me puedes contar lo que sea —me anima después.

Nos quedamos en silencio hasta que acabo de llenar las tazas, Samuel sabe que no tiene sentido presionarme. Después me siento a su lado y se lo cuento todo.

—Lo siento mucho —susurra, metiéndome detrás de la oreja el mechón de pelo que se me ha escapado del moño.

—En resumen, a veces me parece que no siento nada. Todavía tengo unas ganas locas de hacer un trabajo en el que pueda expresar mi talento artístico. He empezado en esto solo para confrontarme con él, para demostrarle que yo también sabía lo que quería decir, pero las cosas han ido demasiado lejos. Los dos nos hemos alejado definitivamente y yo llevo una existencia en la que no tengo interés por nada —concluyo mirándolo a los ojos.

—Si quieres, te puedo contar cómo han ido las cosas con tu sustituta —propone Samuel.

—¿Crees que hay algún motivo por el que lo tenga que saber? —Pregunto sin poder dejar de clavarme las uñas en las palmas de las manos.

—Solo creo que saber la verdad es siempre lo mejor para todos —me aclara, cogiéndome las manos e impidiendo que me haga daño.

—De acuerdo —lo animo a hablar.

—Chase vino a recogerla una noche, igual que hacía contigo. Yo le había aconsejado que no fuera, diciéndole que no estaba interesado en ella, pero no me hizo caso. Cuando la volví a ver la tarde siguiente, estaba lívida. Me dijo que tenía razón y le pedí explicaciones. Al parecer, él la llevó a su casa y se puso a beber como un desesperado repitiéndole cada dos segundos que solo era tu sustituta que no eras tú. No sucedió nada entre ellos. Él ha seguido viniendo de vez en cuando, miraba por todas partes como si esperara verte aparecer de un momento a otro. Conmigo ya no ha intentado hablar más ni me ha preguntado por ti —cuenta, sin apartar sus ojos de los míos.

Cuando termina, veo que me tiemblan las manos. La idea de que pudiera haber cortejado a otra como hizo conmigo me había atravesado el corazón, pero, por lo que me cuenta Samuel, no ocurrió nada.

—Lo he visto en mi desfile, estaba con Grace —le confío, hablándole de las rosas.

—Venga ya, ha sido aposta para hacerte daño. Joder, todavía te quiere. ¿Por qué estás tan ciega? —Estalla Samuel, sacudiéndome el brazo.

—Si me quisiera me lo habría dicho. Sabe que estoy en Londres, incluso habría podido venir aquí —le hago ver.

—¿Y por qué debería haberlo hecho? Nunca le has respondido a los mensajes y me parece que tú tampoco lo has buscado en estos meses —me pincha.

—¿Qué por qué debería haberlo hecho? Era evidente que me despreciaba.

Incluso se ha quitado el tatuaje y yo, como una idiota, todavía no he tenido el valor de hacerlo —respondo y se me escapa una lágrima de rabia.

—¿Has visto fotos de su nuevo tatuaje? —Pregunta Samuel.

—No —respondo, moviendo la cabeza.

—Entonces, ¿por qué dices que se lo ha tapado? —Insiste, doblando la cabeza hacia un lado.

—Lo sé y basta. Lo dijo él, incluso subió un post para pedir sugerencias.

—Me cruzo de brazos todavía destrozada por el dolor que me causó ver las imágenes y los comentarios.

Lo único positivo es que ya me he hecho una especie de coraza respecto a lo que aparece en las redes sociales. Si hubiera sido así la primavera pasada, los comentarios de mis compañeros ni siquiera me habrían importado. Ser famoso es mucho peor: cualquiera, incluso los desconocidos, se sienten con derecho a dictar sentencia sobre ti, sobre lo que haces, sobre tu vida y tus decisiones.

—Hace muchos meses me preguntaste lo que me dijo Chase el día de su cumpleaños. Antes de eso, recuerda que a menudo te puse en guardia en su contra —cuenta Samuel, haciendo una pequeña pausa para asegurarse de que le estoy prestando atención—. Como tú me pediste, salí a decirle que se fuera a tomar viento. ¿Y sabes lo que me contestó? Que no lo haría jamás, que no podría salir de tu vida porque eras lo único que le importaba. Que solo lo haría si se lo pedías tú. No había ni una sombra de falsedad en sus ojos. Sé que Chase se ha equivocado mucho y se ha comportado de forma injustificable. Pero, por encima de todo, siempre he estado seguro del profundo amor que siente por ti —revela al fin mi amigo, dejándome sin palabras.

—Y, en efecto, solo se fue la noche que lo echaste. Yo estaba aquí, lo escuché todo y lo recuerdo muy bien. Después te escribió de nuevo y ya nunca le volviste a responder —añade Samuel, mirándome de reojo.

Me hace tanto daño que me siento casi abrumada, porque me doy cuenta de que es verdad: Chase solo dejó de buscarme después de echarlo de mi apartamento y haber ignorado los mensajes en los que me hablaba de sus sentimientos. Pero no puedo perdonarle su gesto en el desfile y su modo de actuar en estos meses.

Para cambiar de tema, le cuento a Samuel lo de la publicidad para la película y la invitación de *Maddox Nosequé*.

—Me recuerda a la cita que tuviste con Evan —me pone en guardia

Samuel.

—Seamos serios, no se trata de ningún universitario perdidamente enamorado de mí, sino de un actor, aunque no sé ni quién es. No creo que yo le importe mucho —me defiende poniendo los ojos en blanco.

—¿Pero a ti te interesa? ¿Tienes intenciones de hacer algo con él? Si lo haces por ese motivo, tienes toda mi aprobación. Prueba a ver cómo va y diviértete. Pero si no te interesa, creo que vas a salir con él por un motivo equivocado —continúa sin darme tregua.

—No, no me interesa —replico y veo que me mira por segunda vez como diciendo “Me lo imaginaba” —. Me ha pedido que vaya a la fiesta con él y he aceptado únicamente por no ir sola —continúa, tratando de justificarme.

—Y de paso que te vea Chase con el que le ha soplado el papel, solo para hacerle un poco de daño. Deberíais de dejarlo los dos, parecéis dos niños. Freya, yo te quiero mucho, para mí eres como una hermana, créeme, pero estáis tocando fondo. Acabaréis haciéndole daño a alguien más, hiriendo a alguna persona que no tenga nada que ver con vuestros rencores personales. Fíjate también en todas las fotos que subiste mientras estabas en Francia. No conozco a este Maddox, lo mismo es el mayor gilipollas del mundo o tal vez no busca más que una acompañante para esa noche, pero prométeme que si está Chase no vas a hacer ninguna tontería —me suelta Samuel, diciéndome a la cara lo que no quiero ver.

—Tienes razón admito, porque cuando se habla con un amigo hay que ser sincero, de lo contrario, la amistad no tendría sentido. —No tengo ninguna intención de acostarme con ese tipo ni nada parecido. No lo voy a usar para provocar a Chase, lo juro —digo y estoy totalmente convencida de ello.

—Me alegra que lo hayas admitido. Si no lo hubieras hecho, habría empezado a preocuparme de veras. Tú no eres así, no eres una pobre chica que busca atenciones y juegucitos. Ve a la fiesta y prueba; pero, si todavía lo amas, deberías intentar hablar con él —sugiere mi amigo.

Hay cosas que Chase ha hecho y dicho que me han dolido mucho y que me han hecho sentir tan sola y herida que no tenía fuerza para hablar con él la primera. No puedo imaginarme mirarlo a la cara y encontrar en sus ojos el desprecio que vi la última vez que hablamos.



CAPÍTULO 27

Sábado 31 de marzo

La noche de la fiesta llega enseguida.

Cuando Maddox me avisa con un mensaje para que baje, siento un nudo en el estómago.

—Estás guapísima —me recibe galante.

—Gracias —acepto el cumplido.

El lugar de la gala no está lejos y llegamos enseguida. Cojo un programa y miro distraídamente el contenido: según parece, antes de que la fiesta empiece, se hará la presentación del reparto a la prensa. La zona de la fiesta está dividida en dos: por un lado, hay una gran sala con un proyector y muchas sillas, imagino que es donde se va a celebrar la presentación; por el otro, veo una banda que está afinando los instrumentos. Mi mirada descubre una gran sala de baile, un enorme bufet y un rincón de bar.

—Ven, vamos a coger sitio en primera fila. Cuando me llamen para subir al escenario, quiero ver bien tu sonrisa, al menos me sentiré muy afortunado —susurra Maddox, llevándome hasta una fila de sillas.

—No hace falta tantos cumplidos —replico, empezando a sentirme incómoda.

“Igual he malinterpretado sus intenciones, quizás Samuel tenía razón y debería haber rechazado la invitación”, es mi primer pensamiento.

—No tienes ni idea de lo afortunado que me siento. Eres la imagen de la campaña publicitaria y, hace pocos días, estos hombres te comían con la mirada mientras desfilabas, todos me van a envidiar. Déjame que te diga, Freya, que no estuve en el desfile, pero, después de haberte conocido, he visto alguno de tus vídeos por las redes. Vestida estás increíble, pero con lencería... Bueno... No tengo palabras —sigue diciendo, lanzándome una

mirada maliciosa.

“¡Vale, hasta aquí hemos llegado!”.

—Estoy empezando a sentirme incómoda, Maddox —le aclaro para que deje el tema.

—Perdóname, soy un desastre con las mujeres, ¿te lo puedes creer? Cuando me gustan tanto como tú, suelo hablar sin parar y digo cosas inoportunas. Perdóname —se echa atrás.

Estudio su expresión y parece sincero. Entiendo por qué les han hecho la audición tanto a él como a Chase: los dos son muy guapos, rubios y con los ojos azules. Pero Maddox no es Chase. No me hace temblar de la cabeza a los pies con una sola mirada, no me salta el corazón solo con verlo caminar, no me siento como en una montaña rusa de emociones al contemplar su perfil mientras duerme.

No es mi rosa.

Empiezan a llamar a los distintos protagonistas al escenario y los presentan. Cuando es el turno de Maddox, me quedo con la boca abierta porque, junto a él, también llaman al actor que hará el papel de su hermano: se trata de Chase. Estoy tratando de todas las maneras de mirar también a Maddox, pero no logro apartar los ojos de Chase, sobre todo en este momento en que está concentrado en la multitud que llena la sala y no me ha visto. Siento cuánto lo echo de menos ahora que lo tengo delante, es como un puñetazo en el estómago, una ausencia que se hace eco en cada rincón de mi cuerpo.

Durante el resto de la presentación me siento ausente; cuando me llaman para presentarme como imagen del evento, casi no me doy cuenta y Maddox me tiene que dar un codazo para devolverme a la realidad. Vuelvo a mi sitio con la mirada baja, porque no sé dónde está sentado y no quiero que se crucen nuestras miradas.

Poco después, empieza la fiesta de verdad, la gente comienza a dispersarse y lo pierdo de vista por completo. Algunos miembros del reparto se presentan y me felicitan por mi interpretación, diciéndome que estoy muy natural. Me pregunto qué dirían si supieran en quién estaba pensando y casi se me escapa la risa.

—¿Lo ves? Ya te había dicho que todos me envidiarían —me coge por sorpresa Maddox, acercándose por detrás y susurrándome al oído.

Mi primera sensación es que esa proximidad y tanta confianza no me gustan nada. No somos íntimos y me aparto bruscamente para que el mensaje le quede claro.

—¿Quieres traerme algo de beber? Aquí dentro hace un calor terrible —le pido para alejarlo de mí.

—Por supuesto, ¿qué cóctel prefieres? —Pregunta, de forma cortés.

—No, nada de alcohol, gracias. Va bien un zumo o un cóctel sin alcohol de fruta si lo hacen —replico decidida a mantenerme sobria. No volveré a cometer el error de la fiesta de Navidad por nada del mundo. Un vaso de champán no me hará daño, pero quiero evitar cualquier frase estúpida o circunstancia inoportuna.

—Creo que a él también deberían haberle aconsejado un cóctel sin alcohol de fruta —se ríe Maddox que se ha vuelto en dirección al rincón del bar.

Chase está en un taburete: hace una hora que empezó la fiesta, pero parece que ya ha bebido bastante. Grace está sentada a su lado; parece bastante contrariada, pero no me da ninguna pena. Ella es la que ha querido todo esto, al obligarlo a estar con ella y se lo merece. No digo nada porque no sé cómo va a sonar mi voz, pero mi expresión tiene que ser de lo más elocuente.

—No sé lo que le habrá ocurrido, justo la noche de la presentación en la que está también la prensa. No lo conozco bien, pero en la película va a hacer el papel de mi hermano. Quizás debería portarme como un buen compañero a partir de ahora e ir a hablar con él —propone, levantando las cejas.

—Me parece una buena idea —apruebo, fingiendo una indiferencia que no se corresponde con la realidad.

Maddox se dirige al bar, lo veo que le dice algo a Grace y luego observo que ella se aparta dejándole el sitio. Me vuelvo para que no me sorprendan mirándolos, pero me pregunto cómo estarán yendo las cosas. Cuando Maddox vuelve con el vaso, todavía estoy perdida en mis pensamientos.

—Un cóctel sin alcohol de fruta para la señorita —sonríe ofreciéndomelo.

—Gracias, ¿qué tal ha ido? —Pregunto sin darle importancia.

—Regular, ha dicho cosas desagradables de ti que no he entendido, pero no importa —responde él, mirando un punto perdido detrás de mí.

—¿Qué te ha dicho? —Pregunto sin poder controlarme.

Agradezco que no tenga alcohol porque, de lo contrario, me lo habría bebido de un solo trago y acabaría metiéndome en una situación de mierda como hice con Evan.

—Que vales mucho menos de lo que pareces, que solo te interesa

aprovecharte de la gente por su fama. Yo le he recordado que eres hija de Vivien y no necesitas aprovecharte de nadie, pero casi se ha reído en mi cara. En ese momento, he dejado el tema. Corría el riesgo de darle un puñetazo en sus bonitos dientes blancos. No tiene mucho sentido hacerle razonar a un borracho y no quería crear tensiones en el set aún antes de empezar —explica mirándome, incómodo.

—Tienes razón, como está borracho dice cosas sin significado y no tiene sentido discutir con una persona en esas condiciones —replico y suelto el cóctel en una mesita sin tocarlo. No puede evitar retorcerme las manos por el nerviosismo.

Cuando la tensión amenaza con hacerme perder el control, me dirijo al baño: necesito estar sola un momento, siento que me falta el aire solo de pensar que va diciendo esas cosas de mí. Por desgracia, al volver la esquina en dirección al aseo, casi me doy de bruces con él. Está visiblemente borracho, la chaqueta no sé dónde ha ido a parar, la camisa medio salida de los pantalones y lleva algunos botones desabrochados. Nuestros ojos se cruzan y me quedo clavada en el suelo, no podría moverme aunque quisiera.

—No tienes ni idea del nido de serpientes en el que te has metido —dice sin apartar su mirada de la mía.

—Pero, en el fondo, soy una persona horrible, ya me las arreglaré, ¿no? —Le replico, ofendida todavía por lo que me ha dicho Maddox.

Él me mira extrañado y sigue con sus desvaríos.

—¿Te has buscado un nuevo acompañante para provocarme como con aquel Evan? —Pregunta, mirándome con suficiencia.

La sangre se me sube a la cabeza.

—¿Y tú, en cambio, te has buscado una nueva amiga para hacer frente a las situaciones que no sabes encarar? —E imito el gesto de beber—. Estás tan borracho que das asco, como la última vez que viniste a mi casa —susurro incapaz de contenerme.

Me lanza una mirada herida que no puedo sostener y, esquivándolo corriendo, me encierro en el baño. Quisiera que la velada ya hubiera acabado y estar en mi casa.

Cuando vuelvo a la sala, busco a Maddox entre la multitud porque no tengo ganas de volver a encontrármelo sola.

—Freya, pareces agobiada —me comenta.

—En efecto, me siento muy cansada, estos días he estado muy ocupada y temo que todavía no me he acostumbrado —miento para no decir lo que siento

de verdad.

—Oye, hay tanto jaleo que si nos vamos, nadie lo va a notar. Te acompaño a casa —propone echándome el brazo por el hombro con un gesto rápido.

—Lo siento, esta fiesta es importante para ti. Puedo coger un taxi —trato de negarme.

—¿Cómo voy a permitir que te vayas sola en taxi? ¿Qué caballero hace eso? Voy a coger tu abrigo —se opone.

No me queda más remedio que aceptar. Después de todo, dentro de poco me despediré y, cuando llegue a casa, me podré olvidar de todo esto.

Maddox me ayuda a ponerme el abrigo encima del vestido, luego me ofrece el brazo cortésmente y me cojo de él. Nos dirigimos a la salida, cuando una voz me detiene.

—¡Espera, Freya!

Es él y no puedo fingir que no lo he oído.

—¿Qué quieres, Chase, volver a insultarme? —Le pregunto, fulminándolo con la mirada.

—¿No querrás irte a casa con él? —Pregunta, ignorando lo que le he dicho.

—Weber, estás borracho y haciendo el ridículo. ¿Por qué no la dejas en paz? —Se entromete Maddox, parándose delante de mí.

—Tú métete en tus cosas —lo agrede Chase, empujándolo para que se eche a un lado. El rencor de su voz es patente y no puedo creer que muestre tanta acritud solo porque me va a acompañar a casa.

“Aunque, claro, él cree que solo soy una zorra que se entrega a cualquiera —consigo herirme yo misma con el pensamiento.

—¿Qué pasa? —Pregunto antes de que Maddox le responda y se desencadene una pelea.

—No te vayas con él, Freya —me implora cogiéndome una mano.

—Resultas ridículo y yo estoy cansada. Quiero volver a casa. Vete con tu Grace —replico, soltándole la mano y dándole la espalda.

—No, ¡tienes que escucharme! —Exclama gritando.

El murmullo de la sala se ha interrumpido. Estoy segura de que todos los ojos están fijos en nosotros. Para evitar que la situación empeore, sigo caminando en la dirección que ya había tomado, pero siento dos brazos que me abrazan las piernas. Conmocionada, me doy la vuelta a duras penas.

Está de rodillas a mis pies.

Lo miro pasmada por su gesto.

—Yo te amo, Freya —susurra.

Estoy casi segura de que me lo he imaginado, tengo los ojos tan abiertos que pienso que se me podrían salir de la cara.

—¡He dicho que te amo! —Grita.

No lo escucho yo sola, seguramente lo ha oído toda la sala por el murmullo que se desencadena. Veo a dos hombres musculosos que se acercan, lo cogen y me lo quitan de encima. Yo estoy completamente aturdida por lo que he escuchado, creo que el mundo se ha parado, me parece que mi cabeza es de algodón.

—Vamos. Lo siento, creo que lo ha hecho porque está enfadado conmigo por haber obtenido el papel. Tendría que haber sido él el protagonista y yo su hermano, pero el director me ha elegido a mí. Perdona por esta payasada — afirma contrito, mientras me empuja hacia la salida.

Me dejo arrastrar sin ser realmente consciente. Tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido con las dos palabras que han salido de su boca. No dejo de pensar en lo que he deseado oír que las dijera y habérselas escuchado para tratar de vengarse con un competidor me hiere de muerte.

Cuando llegamos al portal de mi casa, casi no me doy cuenta.

—Freya, estás pálida como un fantasma. No me apetece dejarte así, te acompaño hasta arriba —se autoinvita Maddox.

—No es necesario, estoy bien. Es solo cansancio —rechazo, tratando de ser amable.

—La agresión de Chase te tiene que haber turbado y me siento responsable. Estoy consternado, te ha usado para atacarme a mí. Te lo ruego, déjame que te acompañe hasta arriba. Cuando te hayas tomado algo caliente y estés sentada en el sofá, me iré y te dejaré descansar —insiste atento.

Estoy tan afligida que no tengo fuerzas para rechazar su oferta, quizás un poco de compañía me vendrá bien. Ya sé que si me quedo sola, abriré los grifos y así estaré hasta mañana. Seguir manteniendo el tipo durante algún tiempo podría ayudarme a no pensar en la situación.

—De acuerdo —acepto.

Él me sonríe y se apresura a bajar para abrirme la puerta del coche. Cuando subimos a casa, me ayuda a quitarme el abrigo y lo cuelga en el perchero.

—Ponte cómoda en el sofá, tienes muy mala cara. Si me dices donde puedo encontrar lo que necesito, lo preparo yo —se ofrece.

Esta intimidad forzada me disturba. Una cosa era ver a Chase moverse por

mi casa como si fuera la suya, con él me molesta.

—No hace falta, ya lo hago yo —lo rechazo, dirigiéndome a la cocina.

—Como prefieras —se hace a un lado, metiéndose las manos en los bolsillos.

Pero no me da tiempo a llegar, porque de la calle me llega un ruido fortísimo de gomas chirriando en el asfalto, seguido de un estallido. El corazón se me sube a la boca. Aunque parezca absurdo, reconozco ese ruido, incluso el del freno.

Corro hacia la ventana, aterrorizada por la idea de lo borracho que estaba cuando ha cogido el coche y la ansiedad de que le haya podido ocurrir algo irreparable me desespera. Abro la ventana y me parece que ni siquiera siento el frío de la noche. Lo veo en el instante en que desciende del auto tambaleándose pero sano y salvo; la parte delantera está desfigurada.

De inmediato, alza la mirada y me ve.

—Freya, tenemos que hablar —dice en voz alta. No grita, pero, en el silencio de la noche lo escucho igual.

Maddox decide asomarse en ese momento, no tendría que haberlo hecho.

—Freya, déjame entrar de inmediato —se pone a gritar él, dirigiéndose a grandes pasos a la puerta de abajo.

—Qué patético idiota alcoholizado —susurra Maddox junto a mí.

Me doy la vuelta y lo fulmino con la mirada, la maldad que advierto en las palabras que acaba de pronunciar me aterroriza.

—¿Por qué hablas de ese modo? —Pregunto indecisa.

—Escucha... —Suelta, mientras el portero automático empieza a sonar sin parar y Chase se líe a puñetazos en la puerta de abajo.

—Creo que tienes algo que decirme —lo apremio, sin importarme el caos que nos rodea.

—Me lo presentaron el día antes de la audición, nos encontramos en el hotel. Me propuso ir a tomarnos algo por la noche, ya sabes, para conocernos. Yo tenía que hacer la prueba para el papel que le ha tocado y él, el del protagonista —empieza a explicar y yo comienzo a entrever algo, así que lo miro para animarlo a continuar.

—Cuando nos encontramos en el pub, empezó a hincar el codo. Yo le sugerí que lo dejara o al día siguiente estaría hecho polvo, pero me contestó que no le importaba nada porque ya había perdido lo único que le importaba en la vida. Cuando me dijo eso, me enfadé muchísimo: yo me habría cortado una mano por su papel y a él no le interesaba. Así que lo dejé beber, ni

siquiera tuve que animarlo. Empezó a hablar de ti, a decir que había sido un idiota por perderte, a hablar del terrible error que había cometido. Después empezó a parlotear de un pase de moda tuyo, que se ponía loco de celos cada vez que salía una de tus fotos semidesnuda... En resumen, me pareció patético —cuenta, asumiendo una expresión complacida.

—Puedo imaginar cómo fueron las cosas. Tú le jodiste el papel y después me buscaste para humillarlo aún más, ¿verdad? —Lo afronto, fulminándolo con los ojos.

—Es verdad, pero eso no quita que piense que eres guapísima. Recuerda que el protagonista de la película seré yo y mi éxito será también el tuyo — replica guiñándome un ojo, convencido todavía de poder impresionarme.

Un estruendo que viene de abajo me hace comprender que la puerta al fin ha cedido.

—Vete empujo a Maddox, —alejándolo de mí.

—No tengo miedo de él, está tan borracho que me bastará darle un puñetazo para que acabe en el suelo —responde, alzándose de hombros.

—Si se te ocurre tocarlo, seré yo la que te hartará a golpes. Vete ahora mismo y da las gracias de que en este momento tenga otras cosas que hacer, de lo contrario, te acompañaría yo misma hasta abajo dándote patadas en el culo —despotrico contra él mientras abro la puerta.

Maddox me mira con expresión sorprendida. Parece que le resulta incomprensible que lo esté echando por Chase.

—Ese es un fracasado, dentro de nada no lo querrá nadie —sigue tratando de convencerme.

—Sube al piso de arriba y baja cuando haya entrado —le gruño, mientras lo echo arrastrándolo por un brazo.

—Eres tan patética como él —me lanza una sonrisa sarcástica y al fin decide irse a la mierda.

No tengo mucho tiempo para recuperarme, los pasos que retumban por las escaleras me dicen que, en unos instantes, Chase estará delante de mí.



CAPÍTULO 28

Viernes 31 de marzo

Cuando llega, casi me tira al suelo al entrar.

—¿Dónde ha ido ese hijo de puta? —Grita, mirando a su alrededor.

—Ya no está —respondo cruzándome de brazos, después de haber cerrado la puerta con dos vueltas de llave y habérmela guardado.

—¿Él? ¿Tú? —Articula desorientado.

—No, solo me había acompañado porque creía que me encontraba mal o al menos eso es lo que ha dicho —aclaro, acercándome a él.

—¿Por qué no abríás? —Pregunta, mirándome de la cabeza a los pies.

—Quería que se fuera para evitar peleas en mi casa —respondo, quitándome los guantes y dejándolos caer en el sofá.

Él me estudia con la mirada, quizás para descubrir si estoy mintiendo o digo la verdad.

Las dos palabras que me dijo en la fiesta todavía me revolotean en la cabeza.

—Nunca me lo habías dicho —observo, segura de que, aunque esté borracho, entiende enseguida a qué me estoy refiriendo.

—Freya, coño... Siempre me ha parecido obvio, estoy enamorado de ti desde la primera noche que pasamos juntos. Nunca he sentido nada igual por nadie, incluso hice un vídeo sobre el tema —responde, acercándose a mí.

—Yo... Para mí nunca ha estado claro —retrocedo. He querido hablarle desde el primer día que me alejé y ahora me siento abrumada. Nos hemos hecho mucho daño.

—Bueno, si es por eso, tú tampoco me lo has dicho —me recuerda.

Como una estúpida, me pregunto si es que le hacía falta y después me llamo insensible: él siempre me ha dejado claros sus miedos, conmigo ha sido

un chico normal. Soy yo la que, a pesar de que era mío, siempre lo he visto...

—Yo creía que eras... —Se me escapa de la boca lo que pienso.

—¿Demasiado para ti? —Termina él.

—Yo... Tú... —Tartamudeo—. Te borraste el tatuaje —saco la única acusación que se me ocurre hacerle.

—Jamás. Sabía que lo leerías. Solo lo escribí para hacerte daño. He sido un gilipollas. Cuando vi tus fotos, enloquecí de celos —responde casi arrancándose la camisa. Lo que ha dicho es verdad, todavía tiene el tatuaje.—
Mira —dice enseñándole el antebrazo derecho.

En su blanca piel, destaca un tatuaje maravilloso por lo real que es, casi parece el ramo de flores que tenía en la mano el día del desfile. Hay muchas rosas rojas en capullo con los contornos ligeramente degradados y están rodeadas por el escrito “**Roses**”; en el centro hay una rosa completa, más grande, florecida y blanca con un lazo alrededor del tallo. Miro el escrito del lazo como si me lo estuviera imaginando.

Freya

De repente, creo que estos meses no han tenido ningún sentido y me parece absurdo que hayamos podido hacernos tanto daño durante todo este tiempo.

—¿Por qué le has dicho a Maddox esas cosas horribles en la fiesta? —
Pregunto, incapaz de dejar el tema; tenemos que decírnoslo todo.

—¿Cómo? —Parece perplejo—. Ha venido y me ha dicho: “Igual que te he quitado el papel, te la voy a quitar a ella para siempre”. No le he dado un puñetazo en la cara porque se ha metido Grace por medio, de lo contrario, lo habría molido a palos. Yo no le dicho nada en absoluto. —Me revela cómo han sido las cosas realmente.

Estoy pasmada al ver que Maddox, que ya había hablado con él y conocía sus paranoias, ha jugado sus cartas y ha conseguido exactamente lo que quería.

Chase interpreta mi mutismo como una duda.

—En el desfile... Las rosas eran para ti, no para Grace. Yo... Quería dártelas delante de todos, demostrarte que lo había entendido, declararte que te amaba. Quería que supieras que *eres mi rosa*. Pero después... Los comentarios que hacían los hombres a mi alrededor sobre lo que les hubiera gustado hacer contigo... Me he cegado, he sido un idiota. Además de todo lo que me había contado Grace mientras estabas fuera... Y las fotos —cuenta, apretando los puños con rabia.

Realmente ha bebido demasiado porque la cara se le pone verde e, intuyendo lo que va a pasar, lo arrastro hasta el baño. Cuando pasa el momento, está blanco como un cadáver. Cojo una toalla, la humedezco con agua fresca y se la paso delicadamente por la cara. Sin querer, le rozo el perfil con un dedo y siento que me atraviesa un escalofrío. Es la primera vez que lo toco desde hace meses.

—Tenemos que hablar, Freya —dice él, buscando mis ojos.

—Tienes razón, pero no así. Quiero que me digas todo esto mañana, cuando te recuperes. Ahora está borracho —objeto.

—No va a cambiar nada. Te lo amo y te lo seguiré repitiendo mañana —insiste, poniendo su mano en la mía.

—Está bien, entonces querrá decir que te volveré a escuchar, pero ahora vamos a hacer lo que yo diga —me muestro implacable.

Me lo llevo a mi habitación, le quito los pantalones y lo tumbo en la cama. No puedo evitar fijarme en su cuerpo que adoro, pero no es el momento para ese tipo de cosas. Le levanto las mantas y acerco un sillón a la cama. Tiene que estar hecho polvo porque, a los pocos segundos, lo vence el sueño.

Le registro los pantalones buscando las llaves del coche. Si lo dejamos ahí toda la noche, se lo llevarán. Bajo a la calle, pero me doy cuenta de que no tengo el permiso de conducir.

Saco el móvil del bolsillo del abrigo y miro la hora: es la una.

Le mando un mensaje a Samuel.

FREYA: ¿Has acabado ya en el pub?

SAMUEL: Sí, Colin y yo estábamos a punto de irnos a casa, ¿pasa algo? ¿El tipo te está dando problemas?

FREYA: ¿Puedes venir a la puerta de casa? Después te lo explicaré todo con calma. El coche de Chase está en medio de la calle y quería aparcarlo antes de que se lo lleve la grúa, pero no tengo permiso de conducir.

SAMUEL: Vamos enseguida.

En efecto, poco después, están abajo con el coche de Colin y el novio de

mi amigo contempla el Maserati extasiado.

—Qué pena que esté tan estropeado —observa con la mirada triste.

—Lo llevará a arreglar —replico. En este momento, el coche es el menos importante de mis problemas.

Colin, antes de ponerla en marcha, echa un vistazo.

—Por suerte, parece más un daño en la carrocería que otra cosa —dice aliviado, como si fuera suyo, y casi se me escapa una risita.

Lo aparcan y se van. Regreso y, por suerte, Chase todavía duerme. No se ha dado cuenta de nada. Me parece un ángel con ese pelo dorado esparcido en la almohada y la cara serena. Tengo unas ganas locas de deslizarle los dedos entre esas ondas maravillosas, de besarlo y abrazarme a él. Pero primero tenemos que hablar.

La noche pasa y sigo mirándolo, asegurándome de que está bien. Cuando veo que el cielo se aclara, intuyo que se está haciendo de día. Me quito el vestido de noche. He estado tan preocupada por todo lo sucedido que ni se me ha ocurrido cambiarme. Me pongo unos vaqueros y un jersey de cuello alto muy ancho porque me ha dado frío; imagino que se debe a la noche que he pasado sin dormir. Cierro la puerta al salir, tratando hacer el menor ruido posible y voy a la cocina a prepararme un chocolate. Necesito algo dulce para mantenerme en pie. Me siento en el taburete y me lo bebo apoyada en la isla de la cocina.

Mi mente parece incapaz de detenerse en un solo pensamiento, corren todos veloces y, a la vez, parecen enloquecidos. Pongo Spotify, pero no presto atención a la playlist, solo necesito algún ruido como fondo para mis pensamientos.

“Tenía razón Eymeric y Samuel también, exageré con las fotos” no puedo dejar de reflexionar.

De repente, dos brazos me envuelven y siento el calor de sus labios cerca de la oreja.

—He echado de menos terriblemente poder hacer esto —dice bajito.

Sin siquiera darme de cuenta de lo que estoy haciendo, siento que mi cuerpo se relaja contra el suyo, que se abandona y se siente completo.

También escucho la música que antes solo era un ruido de fondo: Lady Gaga está cantando *Million Reasons* y, junto a ella, yo también ruego porque Chase me dé una buena razón para quedarme, por las miles que me ha dado para huir lo más lejos posible de él. Deseo de forma desesperada que exista la posibilidad de volver a juntar los pedazos.

Ha destrozado mi corazón en miles de fragmentos varias veces y, sin embargo, no hay nadie en el mundo como él. Ahora que está conmigo, esos ridículos fragmentos partidos resplandecen como pequeños diamantes e incluso mi alma se siente así: brillante.

—También yo lo he echado de menos —admito, dejando escapar un suspiro.

—Te amo, Freya —me susurran en la oreja sus maravillosos labios que con cada palabra me rozan el lóbulo.

Me vuelvo hacia él. Las ganas de besarlo son inmensas, pero tengo que resistir, al menos un poco todavía.

—¿Y qué es lo que te ha dicho Grace? A propósito, gracias a ella me encontré fuera del aeropuerto con una periodista, la misma de la entrevista por la que discutimos —explico, bajando la mirada a mis dedos.

—Cuando llegaste a París, se puso a contarme que estabas loca de contenta y que empezaste a salir todas las noches a cenar con el fotógrafo; que incluso dormías en su casa y después vi las fotos. Parecía todo tan real... — Cuenta, mirando al suelo.

—Es verdad —respondo dándole donde más le duele.

“Dame una razón para perdonarte, Chase, ¡te lo ruego!”

“Pero también es culpa mía, ¡soy yo la que quiso que lo pensara!” Razono un segundo después.

De repente, levanta los ojos hasta los míos, su mirada es tan intensa que parece que me atraviesa. Sé que quiere preguntar, pero el miedo a saber lo obliga a callarse. Suspira, baja los ojos y me vuelve a mirar fijamente.

—Escucha, no me importa un huevo. No me interesa lo que hayas hecho, no me atañe. Solo te quiero a ti, ahora —murmura, casi implorante.

—¿Tienes idea de lo mal que estaba? No imaginas el dolor que me producía tu ausencia, la idea de que me despreciaras. Eymeric es la única persona con la que me permití distraerme, me ayudó mucho. Chase, Eymeric es gay. Por eso estaba con él: sabía que nunca querría nada de mí, aparte de ayudarme —aclaro, no quiero hacerle daño y dejarlo con la duda, pero todavía no admito que subí las fotos a propósito. Tengo que saber si realmente ha entendido mi mensaje.

—Te creo —responde sin retirar su mirada de la mía.

—¿De verdad? —Pregunto enarcando una ceja.

“Te lo ruego, ¡dime que esta vez es la definitiva!”

—Sí. Basta, Freya, se acabó toda esta historia, se acabaron las dudas y la

falta de confianza. Mis malditos celos me han llevado a sacar conclusiones equivocadas sobre ti. Tenías razón, he sido un puto cobarde, pero ahora ya no me importa. Después de la escenita de anoche, creo que te habrá quedado claro, pero te lo quiero decir: he roto con Grace para siempre —explica, poniendo las manos en la encimera que hay detrás de mí y se me acerca. Un instante después, las levanta hasta ambos lados de mi cuello y siento algo frío en la piel.

“¡Mi collar!”.

—¿Lo has llevado a arreglar? —Pregunto como una tonta.

—Ahora está en su sitio —sonríe.

—Tú no quieres que me dedique a esto, ¿verdad? Responde sinceramente —indago escrutando su mirada.

—No, no quiero. Sé que es absurdo, que es el trabajo que hacía mi ex, que hago yo, pero tú no. Esto no es para ti, Freya, nunca te ha gustado. Entiendo que lo has hecho para darme una lección, para hacerme comprender que me estaba equivocando al actuar de ese modo, pero no creo que seas feliz. Solo estás complaciendo a tu madre, tus sonrisas en público son falsas. No es solo por celos. Quiero que seas tú misma. No tienes que complacer a nadie para que te quieran, eres fantástica por lo que eres —responde, sin apartar sus ojos de los míos.

—Es verdad —admito, sería inútil mentirle precisamente a él. —En los últimos tiempos, me he sentido casi como una muñeca de trapo a merced de los acontecimientos, pero ahora no puedo dejarlo de un momento a otro sin motivo, no sería serio. Mi madre se lo ha jugado todo por mí, se ha expuesto en primera persona y es algo que nunca me habría esperado —empiezo a explicar.

Veo que está abriendo la boca para objetar, pero le pongo un dedo en los labios para que se quede callado y continuo.

—Sé que esto no es amor o, al menos, como debería serlo. Mi madre tuvo que estar a mi lado en otros momentos y de otra manera. Pero ahora las cosas son diferentes entre nosotras, lo siento así y es la primera vez. No sería serio darle la espalda de un día para otro, también arruinaría su imagen y no sería la forma más correcta de actuar. Solo tengo que buscar la mejor forma de salir de ahí. Ahora soy yo la que te pido que me esperes y por algo muy diferente. ¿Crees que lo puedes hacer? —Pregunto, esperando su respuesta casi sin aliento.

—Sé lo sola que te has sentido por la falta de interés de tus padres y lo

entiendo. Claro, Freya, haz lo que debas —acepta—. Pero podrías pedirle que cree una colección —bromea después con una sonrisa.

Sé que no es solo una broma y lo feliz que está de que yo sea solo suya.

—Nos hemos hecho mucho daño —digo, recordando todo lo que ha sucedido desde enero hasta hoy.

—Lo sé, Freya, no hay justificaciones. Lo único que quería era herirte cuando yo me sentía mal, he actuado de la peor forma. Podríamos hablar sin fin, pero nada cambiaría lo que ha pasado. Creo que deberíamos dejarlo atrás para siempre, no quiero volver a hablar del pasado —me aclara, mirándome de forma tan intensa que me abrasa.

—¿Qué quieres, Chase? —Pregunto yo.

—Quiero *nuestra relación*. He sido un imbécil, un terrible imbécil. Es verdad: tuve un momento difícil y mi ex me ayudó a superarlo como pudo. ¿Y qué? Todas las personas que se aman se ayudan entre sí y hacen tonterías. Quien aprovechara la situación para hablar a mis espaldas, lo habría hecho de todos modos. En estos meses, he arruinado bastante mi reputación, haciendo el gilipollas por ahí. Cuando te alejaste, me volví loco. Ni siquiera sé lo que pensaba, creía que no había significado nada para ti. Contigo me siento desnudo, Freya, soy solo yo, no la persona famosa. Y quiero serlo para siempre. Deseo estar contigo, amarte, vivirte, respirarte. Te amo por tu valor, porque me has *visto* por dentro. Tú me has observado en profundidad, incluso más allá de lo que trataba de ocultarme a mí mismo, y no te has asustado —dice de pronto.

—No te lo he dicho todo —añade con expresión dolorida.

—¿Qué pasa, Chase? —Indago buscando la respuesta en sus ojos celestes. Chase lanza un largo suspiro.

—Esto no justifica lo que he hecho, no resta importancia a mis acciones estúpidas dictadas por los celos, pero... Yo quería protegerte. Cuando al final de las vacaciones vine a pedirte más tiempo, solo te hablé del chantaje que me estaba haciendo Grace, pero no te dije nada del que te afectaba a ti —revela, bajando la mirada.

—¿El que me afectaba a mí? —Pregunto estupefacta.

Chase asiente y me vuelve a mirar a los ojos.

—Yo... Quería guardármelo para mí... Me comporté de pena, es verdad, pero no quiero que creas que soy el bastardo que podría parecer con toda razón. El motivo por el que fui corriendo a recogerla al aeropuerto era que Grace me había amenazado con arruinar la vida. Te habría echado encima a

todas sus secuaces por las redes sociales e inventado rumores sobre tu persona. Te habría vuelto a hacer igual que tus compañeros, pero con el poder mediático que tiene ella... Habría sido cien veces peor —revela Chase, enseñándome el mensaje de Grace de aquella mañana lejana.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Pregunto de inmediato con el corazón latiéndome en la boca, las humillaciones que viví en la escuela se me vienen encima como una avalancha.

Siento que un sudor frío me cubre la piel solo de pensarlo.

—Freya, estás blanca como un cadáver. Por eso no te lo dije. Mira cómo te has quedado solo al hablar de ello. Me acuerdo de las condiciones en que te encontré cuando vine antes de Navidad, antes de nuestras vacaciones. Recuerdo cada palabra de lo que me contaste que te habían hecho y el modo en que reaccionaste ante la amenaza del Evan aquel. ¿Tú crees que te iba a echar encima la amenaza de Grace? Prefería hacerte creer que solo era por mí mismo, no quería que volvieras a caer en esa espiral de terror. Todavía ahora, basta mirarte... Es verdad que me equivoqué, pero preferí que pensaras que era un egoísta a hacerte pasar por algo así —responde, acariciándome la cara con dulzura.

—Nada es lo que parece... —se me escapa de la boca.

Chase me mira fijamente esperando que continúe.

—Es como el escrito de tu tatuaje: *Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos*. Tenía que haber mirado más allá, me obstinaba en no creer en tu amor. Para mí siempre has sido demasiado, nunca he pensado que podías amarme tanto como yo a ti. Te tenía que haber contado lo de mi madre ya entonces cuando volviste. Yo... Ya teníamos que haber aprendido la lección de que las apariencias están muy lejos de la realidad. Ahora puedo imaginar cómo te has sentido. Te sacrificaste por mí, no me lo dijiste por no asustarme y yo, bueno... Las apariencias te decían que no me importabas nada y que solo me interesaba ser modelo. Te he dejado creer a posta que habría hecho cualquier cosa por conseguir ese puesto solo para darte una lección, para hacerte ver que yo también sabía lo que significaba vivir de las apariencias. Nos hemos equivocado los dos —observo, mientras mis lágrimas amenazan con caer rodando.

Chase me coge la cara entre las manos.

—No tenía que haber pensado esas cosas de ti, yo soy quien más se ha equivocado. Te lo he contado todo porque ya no quiero que haya secretos entre nosotros —Chase me pasa los pulgares por los pómulos.

—Hace casi tres años, una chica muy sola fue a un desfile de su madre. Coincidió con su cumpleaños y a la chica no le apetecía discutir porque no tenía ganas. Ese día, su madre presentaba su primera colección masculina. La chica no podía saber que, justo en esas circunstancias, vería por primera vez al único chico amaría en toda su vida. Cuando este pasó a su lado la primera vez, se quedó prendada de él de inmediato. En los meses que siguieron, no se perdió ni una de sus actualizaciones, pasaron los años y él era lo único bonito de su vida. Se pasaba las tardes enteras viendo sus vídeos, estaba horas imaginándoselo a su lado y que le decía siempre lo que quería escuchar. Entonces creía que solo era una adolescente con pájaros en la cabeza, pero ella le pertenecía, siempre le había pertenecido. Aún cuando sus existencias todavía no se habían cruzado, ella ya era suya —le cuento, fingiendo que hablo de otra persona.

—Freya, ¿qué estás tratando de decirme? —Abre los ojos de par en par.

—Que te amo desde hace mucho, muchísimo tiempo. Te amo desde cuando tú ni siquiera sabías de mi existencia. Siempre te he amado, desde la primera vez que te vi. El día que debutaste en la pasarela también estaba yo. Fui al evento porque quería conocerte y siempre por el mismo motivo fingí con el propietario del pub. Había perdido los billetes prioritarios y quería conocerte a toda costa —revelo claramente.

No puedo resistirme, le cojo la cara entre las manos y presiono mis labios contra los suyos; enseguida me siento arder. Pero él se aleja.

—Dímelo, Freya, quiero que me lo vuelvas a decir, que me lo repitas hasta el infinito —susurra en mis labios mientras los mantiene separados de los míos.

—Te amo, Chase —lo complazco—. Sé que te amo porque ninguno de tus defectos me ha importado en la vida y jamás ha cambiado las cosas. Amo tus imperfecciones porque forman parte de ti —añado con la voz rota de la emoción.

Su boca se une de nuevo con la mía, mi estómago empieza a brincar. Nunca me he sentido así con nadie, ni me sentiré jamás.

Me levanta del taburete y le rodeo los costados con mis piernas mientras me lleva al sofá, me deja allí y empieza a desnudarme. Solo se detiene cuando estoy completamente desnuda. Su mano recorre lentamente todo mi cuerpo y de mis labios empiezan a escapar gemidos. Solo hace unos meses que no me toca, pero me parecen casi diez años; miles de sensaciones me invaden. Ya estoy desnuda y casi me gustaría poder quitarme más ropa.

Alargo una mano para quitarle los bóxers, estoy impaciente y lo deseo. Necesito sentirlo dentro de mí, quiero que me colme, que llene el vacío que me ha devorado en el tiempo en que hemos estado lejos.

—No tengas prisa —me detiene y se inclina sobre mí; sus labios juegan con mis pezones y pierdo toda la compostura.

Me va dando besos del seno al ombligo y después vuelve a bajar con una lentitud exasperante. Se detiene, levanta la mirada y se encuentra con mis ojos.

—Eres siempre... —Esboza.

“Sabía que me lo iba a preguntar”.

—Siempre solo tuya. Nunca ha habido nadie más, ni antes ni después — interrumpo su pregunta.

Su boca me devora, no puedo resistir ni un minuto y, aunque me gustaría que durase eternamente, me corro de inmediato, retorciéndome.

—Te ruego, te quiero ahora —le imploro.

Finalmente se desliza entre mis piernas, sus ojos en los míos me dicen que también para él es igual: que estaba impaciente, que me ha echado de menos tanto como yo a él. No trata de ir despacio, de contenerse y llega al orgasmo casi enseguida. Sabemos que habrá miles de momentos para saborearnos con calma. Pero, ahora, lo único que necesitábamos era seguir siendo el uno del otro.

Me da un tierno beso en los labios.

—Solo contigo me siento vivo —dice.

—Sabes que no va a ser fácil, ¿verdad? —Pregunto.

Él me mira.

—Si quieres a un hombre lleno de defectos que pueda tratar de ser mejor por ti, si quieres a alguien con quién discutir por motivos inútiles que no son más que sus propios miedos, si no te desagrada la idea de un hombre que se muestra increíblemente sarcástico y fuerte pero que tiene un montón de debilidades – y sí, tú eres la mayor de todas –, si estás dispuesta a soportar su horrible cocina inglesa, si te va bien no asistir a fiestas y prefieres una casita cerca de un río para pasar el fin de semana, si quieres contemplar fuegos artificiales de lejos envuelta en una manta, si te apetece ver un jardín donde está creciendo un pequeño abeto y, quizás, regarlo también tú, si te gusta pasarte una tarde jugando a doblar una película rusa, si tienes ganas de recordarle con firmeza cada vez que se equivoca o abrir a menudo la boca para recordarle que lo amas, porque él todavía no se lo cree... Aquí tienes a la persona perfecta para ti —el tono de lo que dice es alegre, pero sus ojos se

muestran increíblemente serios y llenos de amor.

—Estoy impaciente por volver a ver el abeto —bromeo.

—¿Entonces solo te interesa el abeto? Tendremos que trabajar en el resto —enarca una ceja.

—Yo también tengo mi lista de defectos —suspiro, dándole un beso.

—Escuchemos —me anima.

—Tendrás que aceptar mi trabajo actual y darme tiempo para librarme de él —empiezo a hablar, asustada de que pueda haber cambiado de idea.

—Ya te he dicho que lo haré —me interrumpe él.

—Shhh, déjame acabar... Yo tendré que soportar a Grace en el trabajo, tú a Maddox. Que digan o hagan lo que quieran. No les vamos a permitir que interfieran entre nosotros, no nos vamos a creer ninguno de sus juegucitos. Quiero que tú en esa obra seas tan bueno que ensombrezcas al protagonista, quiero que todos vean que tenías que haberlo sido tú y deseo construir contigo un mundo mejor para los dos —concluyo, acariciándole la cara.

—Las cosas bellas nunca son fáciles y tú eres la más bella de toda mi vida —responde besándome—. ¿Volveremos a hacernos daño? —Pregunta después con la mirada perdida, casi asustada.

—“Por supuesto que te haré daño. Por supuesto que me harás daño. Por supuesto que nos haremos daño el uno al otro. Pero esta es la cuestión misma de la existencia. Para llegar a ser primavera, hay que aceptar el riesgo del invierno. Para llegar a ser presencia, hay que aceptar el riesgo de la ausencia” —respondo citando la única frase posible.

—Para mí solo significa que vale la pena —rebate él.

—Exacto —asiento y luego lo beso.

Nos quedamos en el sofá compartiendo mimos y besos. Mis pensamientos son siempre los mismos, pero creo que he tomado la mejor decisión. No podré irme sin decepcionar a mi madre, no será fácil lidiar con Grace y Maddox porque sé que no nos van a dejar en paz, que no nos van a hacer la vida fácil. Pero también sé que esta vez lo vamos a afrontar juntos.

Yo para él.

Y él para mí.

Él está dentro de mí, en cada respiración.

No se puede vivir sin respirar.



EPÍLOGO

Dos meses después

Los flashes disparan enloquecidos mientras Chase y yo vamos cogidos de la mano por la pasarela.

¿Qué está sucediendo?

Mi madre, como de costumbre, ha sabido aprovechar la situación en su propio beneficio. Después del escándalo de la fiesta y la reacción pública de Chase, inevitablemente salieron miles de artículos sobre nosotros, sobre nuestra historia y por haber dejado a Grace públicamente, declarando que me amaba mientras se abrazaba a mis piernas.

Esa foto dio la vuelta al mundo.

Cuando me di cuenta, pensé que se iba a enfadar bastante. Pero Chase me demostró que había cambiado de verdad: guardó la foto y la subió a su cuenta de Instagram, hablando de lo mucho que el amor lo había cambiado.

Defluencer: La elegí aún antes de saberlo, se me metió en la piel sin que me diese tiempo a preguntarme cómo, con la rapidez de un rayo. Sé que la voy a elegir mañana, pasado mañana y que seguiré eligiéndola cada día de mi existencia.

Decía el pie de página con el que empezaba el post.

La situación se ha invertido y, a pesar de que los periódicos han intentado ridiculizarlo todo, la aprobación de los usuarios de las redes sociales transformó la fotografía en una especie de símbolo del amor. Es alucinante el poder que tiene la opinión de la gente, solo basta saber cómo orientarla a nuestro favor.

Mi madre, intuyendo el potencial mediático del asunto, preparó en pocos días el evento en el que estamos participando ahora: una especie de desfile en pareja con algunos trajes de ceremonia. Hace tiempo que decidió crear una línea de novios, ¿qué mejor ocasión para lanzarla que aprovechándose de nuestro amor?

Obviamente, ha dado en el clavo.

Aún antes del desfile, algunas de las fotos que nos hicieron dieron la vuelta al mundo, compartiéndose millones de veces. Al principio me enfadé por su propuesta, pero como me dispongo a abandonar esta carrera me tragué la rabia y decidí contentarla.

La verdad es que tuve una idea.

Una de mis típicas ideas locas.

He encontrado un punto en común con mi madre: me parece increíble no haber pensado antes en ello. He heredado de ella el aspecto, la belleza y el porte, por lo que me ha agobiado toda la vida tratando de convencerme para que me dedicara a esta carrera. Pero hay otra cosa que las dos hemos pasado por alto.

El dibujo.

Es su talento creativo el que hace las prendas tan únicas y siempre en el top para el mercado. Yo tengo esa misma habilidad. Siempre me ha gustado dibujar y lo redescubrí gracias a Eymeric; por eso hice una pequeña locura. Yo también diseñé un traje de novia y otro de novio para esta colección.

Cuando Chase los vio se quedó impresionado y me animó a enseñárselos a mi madre. Sabía que yo quería dibujar y que, como le había prometido, dejaría las pasarelas porque no era lo que me gustaba, aunque temía la reacción de mi madre. Por eso, hice que le llegaran los bocetos a su escritorio, haciéndome pasar por uno de sus colaboradores anónimos y lo acompañé todo con una nota.

Vivien, he aprendido mucho estando aquí y me permito enviarte estos dos trajes para que los añadas a tu colección.

Son tuyos.

Si te parecen buenos, después del desfile vendré a verte.

Me pasé varios días preguntándome qué habría sucedido, si mi madre

habría tirado los diseños a la papelera ignorándolos, pero...

Los dos trajes principales, los últimos del desfile, los que se consideran más bonitos tanto para la colección de hombre como para la de mujer son los que Chase y yo llevamos puestos en este momento.

Son míos.

Todavía no me puedo creer el rumbo que han tomado las cosas y, cuando nos dejamos todo atrás para marcharnos, la emoción no me abandona.

—Qué orgulloso estoy de ti —murmura Chase, mientras me abraza contra él en la cama de nuestra casa.

Sí, nuestra casa.

Me he venido a vivir con él y ahora, tal y como había dicho hace unos meses, el dibujo que le regalé por su cumpleaños está colgado en la pared. Hay una reproducción idéntica en la casita del Somerset, justo delante de la puerta de entrada y, en cuanto pueda, haré más, añadiendo otros momentos importantes.

Samuel se ha ido a vivir con Colin y hemos dejado el apartamento de Notting Hill. Me ha disgustado hacerlo, allí había muchos recuerdos, pero no tenía sentido seguir pagando el alquiler de una casa vacía.

—Mañana también lo sabrá mi madre y al fin podré hacer lo que me gusta de verdad —respondo abrazándome a él.

Cuando supe que el traje se iba a elaborar y lo entusiasmada que estaba mi madre con él, le mandé un email anónimo para preguntarle por sus intenciones. Ella me dio una cita para firmar un contrato al día siguiente del desfile. Tengo el corazón a mil ante la idea de revelarle que los misteriosos bocetos se los mando precisamente yo, pero estoy segura de que se va a alegrar. En efecto, después del desfile, ha ocurrido algo bastante insólito para una mujer de hielo como ella: me ha guiñado un ojo a escondidas. Creo que lo ha entendido, que lo sabe.

No me arrepiento en absoluto de todo lo que he pasado para llegar hasta aquí, ni el más terrible de los dolores que he sentido cuando estaba mal. ¿El motivo? Me he dado cuenta de que todo lo que ha sucedido me ha cambiado para bien, me ha convertido en una versión mejor de mí misma. El sufrimiento me ha hecho madurar.

—Volveré a casa todas las noches, no podría dormir una noche sin ti. Lo sabes, ¿verdad? —me recuerda Chase antes de besarme.

—Lo sé, ya me lo has dicho —sonríó abrazándolo.

Mañana empezará el rodaje de la película, pero no será en Londres. Sin

embargo, Chase no quiere estar lejos de mí y piensa que podrá conseguirlo. Volverá a ver por primera vez a Maddox desde la noche de la gala, pero sé que no habrá problemas porque ha cambiado mucho y ahora confío en él.

Justo después de nuestra relación, nos esperábamos una lluvia de artículos propiciados por Grace, pero no hizo nada. Incluso dejó el taller de mi madre para irse a trabajar a la competencia, todo sin golpes bajos. Al principio me preocupé, pero después supuse que la humillación que había sufrido cuando Chase se me declaró públicamente la había hecho crecer y comprender lo equivocada que estaba al actuar de esa forma.

Chase ha tomado una decisión que admiro mucho: me dijo que no quería vivir en la mentira y preparó un vídeo en el que confesó toda la verdad de su momento de oscuridad y de cómo fueron realmente las cosas. Ha esperado para publicarlo solo por evitar posibles repercusiones en el desfile de mi madre. Sabiendo lo importante que es la relación que acabo de retomar con ella y lo mucho que deseaba convertirme en diseñadora, ha preferido esperar para no comprometer este proyecto de modo alguno. Pronto todos sabrán la verdad y estoy contenta porque su decisión me demuestra que Chase ha olvidado realmente las inseguridades del pasado.

Mientras en la habitación se escuchan las notas de *Everytime We Touch*, Chase me besa delicadamente y me abraza.

Me resulta difícil verme por dentro pensando en el pasado, en esa persona que tenía terror a amar a alguien por miedo a sufrir. Con Chase no he tenido escape y no es una frase hecha. La verdad es tan simple como desconcertante: me enamoré de él antes incluso de darme cuenta de lo que era el amor y, quizás, ese sea el modo más auténtico y espontáneo de amar.

Sé que es la persona justa. Solo Chase ha sido capaz de enamorarme, a pesar de sí mismo, incluso de mí misma, de esa jovencita insegura que no tenía el valor de sentir emociones. Su amor la ha hecho crecer, la ha llevado a convertirse en la persona que es hoy, le salvó la vida cuando creía que no valía nada.

—Haré todo lo que esté en mi mano para cuidarte, para ser siempre digno de ti —afirma, mirándome con intensidad.

—“Los hombres han olvidado esta verdad, pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. **Eres responsable de tu rosa**” —replico a un milímetro de sus labios.

—**Yo soy responsable de mi rosa** —repite Chase antes de sellar su promesa con un beso que vale más que mil palabras.

Ahora sé que es verdad: tenemos un futuro juntos.
No importa la impresión que el mundo tenga de ti, sino lo que tú sabes que eres y nosotros lo hemos aprendido juntos.



MÚSICA - LA PLAYLIST DEL LIBRO

Aquí encontraréis todas las canciones del libro que están en Spotify.
¡Disfrutad con ella!

[AQUÍ ENCONTRARÉIS LA PLAYLIST COMPLETA YA PREPARADA](https://bit.ly/Respírame)
bit.ly/Respírame

TODAS LAS CANCIONES DEL LIBRO

[How Do You Love Someone - Ashley Tisdale](#)

[My Immortal - Evascence](#)

[Without You - One Two](#)

[The Hunt - Yael Meyer](#)

[Cold - The Veronicas](#)

[Lean On - Major Lazer Feat. MØ & DJ Snake](#)

[Try - P!nk](#)

[It's You - Shayna Zaid](#)

[DNA - Little Mix](#)

[Bring me to life - Evanescence](#)

[Die for You – Starset](#)

[Let It Fall - Emmelie De Forest](#)

[Don't Let Me Go - RAIN](#)

[Last Christmas - Wham](#)

[I burn in you – Lacuna Coil](#)

[Est-ce que tu m'aimes? - Maître Gims](#)

[She's the One - Robbie Williams](#)

[Stay - Rihanna](#)

Heart Heart Head - Meg Myers
Remember When - Avril Lavigne
Emmelie de Forest - Only Teardrops
Breathe (2 Am) - Anna Nalick
Faded - Alan Walker
You Ruin Me - The Veronicas
Million Reasons - Lady Gaga
Everytime We Touch (Coolest Hits Version) - Sweet Soft
Ladies/Winter Longue Edition



LA AUTORA



Laura Rocca nace en Génova, a finales del verano. Quizás por eso le gusta tanto el otoño o tal vez porque los colores, aromas y sonidos otoñales alimentan su naturaleza fantasiosa.

Desde pequeña vive aventuras fantásticas, evadiéndose de la realidad. Todavía recuerda con alegría la escuela primaria, cuando imaginaba junto a su mejor amigo, que un gran clavo abollado era la puerta secreta para entrar en el *País de las maravillas*.

Al crecer, desvía su apertura de mente a la escritura, dando rienda suelta a la imaginación. Se pasa tardes enteras describiendo con un bolígrafo y un viejo diario, realidades encantadas que solo ella puede ver y en las que se refugia.

A pesar de haber realizado estudios secundarios no humanísticos, no abandona su pasión, porque cree firmemente que los sueños se hacen realidad con determinación y espíritu de sacrificio.

Sigue escribiendo poesías, cuentos cortos y cuentos infantiles, pero no se atreve a enseñárselos a nadie. En septiembre de 2013 decide que ha llegado el momento de tratar de cumplir uno de sus grandes sueños: publicar una novela de fantasía. Así, el día de su cumpleaños, empieza con la narración del primer volumen de *Le Cronistorie degli Elementi, Il mondo che non vedi*.

En enero de 2015 abre un blog en el que se centra en la época victoriana – otra de sus grandes pasiones – y publica novelas por entregas ambientadas en la Inglaterra del 1800.

En su vida personal, trabaja en la **Associazione Italiana Sclerosi Multipla, una organización sin ánimo de lucro.**

Le encanta la montaña, los animales, en especial, sus hurones, visitar castillos, ciudades de importancia histórica, el Reino Unido – le gustaría vivir en Londres – y Alemania, inspirándose en los castillos del rey Ludwig II para sus novelas de fantasía, en especial en el de Neuschwanstein.

Le apasiona viajar, salir con las amigas, chatear con las amigas, (sobre todo hablar), ir al cine, leer, ir al gimnasio y, obviamente, siempre, por encima de todo, le encanta escribir.

Publicaciones en italiano:

En 2015 publica el primer volumen de la saga *Le Cronistorie degli Elementi, Il mondo che non vedi*. En diciembre del mismo año publica el correspondiente Spin-off *Aidan*.

En 2016 publica el segundo volumen de la saga *Le Cronistorie degli Elementi, Il Regno dell'Aria*.

En enero de 2017 publica el tercer volumen de la saga *Le Cronistorie degli Elementi, Il Regno del Fuoco*.

En mayo de 2017 publica la novela rosa histórica *Un mistero per lady Jessica*.

En julio de 2017 publica el cuarto volumen de la saga *Le Cronistorie degli Elementi, Il Regno della Terra*.

En enero 2018 publica el quinto volumen de la saga *Le Cronistorie degli*

Elementi, Il Regno dell'Acqua.

En mayo de 2018 publica la novela rosa *La scoperta del vero Amore.*

En julio de 2018 publica el sexto volumen de la saga *Le Cronistorie degli Elementi, Il Regno del Vuoto.*

En diciembre de 2018 publica *L'Amore è un disastro sotto l'albero* - Spin-off de *La scoperta del vero Amore.*

En enero de 2019 publica la novela/new adult *Respirami.*

Publicaciones en español:

En agosto de 2019 publica la novela/new adult Respirame.



facebook.com/LauraRoccaAutrice



instagram.com/laura_rocca_autrice



facebook.com/groups/LauraRoccaBooks



wattpad.com/user/LexlaLaura



amazon.it/l/B010Q2LUPA



youtube.com/c/LauraRoccaAutrice



laurarocca.it/es



newsletter.laurarocca.it



AGRADECIMIENTOS

Me resulta difícil escribir estos agradecimientos, pero tengo que hacerlo porque hablar es siempre lo mejor.

Érase una vez, hace mucho tiempo, una jovencita.

Esta jovencita, en aquel tiempo lejano, hizo algo que hacían todos porque estaba de moda: compró un diario para que sus compañeros de secundaria le escribieran dedicatorias. Se lo dio a Elisa, otra chica que se sentaba en el banco junto al suyo.

Cuando, poco después, se lo devolvió, lo abrió emocionada.

Volvió la página, impaciente por ver lo que había escrito.

Eran solo tres palabras, escritas con boli negro, muy marcado.

Eres una mierda.

Y esta es solo una de las cosas más agradables.

Cuando estaba en secundaria, llevaba corsés correctores debido a mi esclerosis y era el hazmerreír de todos mis compañeros de clase. En los años noventa no se hablaba de acoso, eran solo bromas entre niños.

Laura Rocca es una pringada.

Laura Rocca es retrasada.

Laura Rocca da asco.

Me acuerdo de que mi madre me imploraba que fuera a la escuela y también recuerdo que yo me ponía de rodillas llorando y suplicándole que no me mandara allí.

Después, por casualidad, empecé a llenar el diario escribiendo historias inventadas por mí. Descubrí que yo también podía tener amigos si me los inventaba, que podría vivir aventuras maravillosas para compartirlas con alguien si les daba vida. A los doce años, el destino me regaló una ferviente

fantasía o puede que siempre la haya tenido.

En aquellos días tristes, escribir se convirtió en la única cosa bonita que me permitía vivir y no querer morirme como sucedía cada vez que ponía un pie en la escuela.

Por eso, gracias.

Gracias a todos mis compañeros de secundaria.

Gracias por cada insulto, por cada risa, por cada objeto tirado al suelo por desaire, por cada vez que os alejabais para no hablarme, porque llevar el corsé corrector podía ser una enfermedad contagiosa.

Gracias por cada humillación.

Porque, gracias a vosotros, hoy soy lo que soy.

A todos los que disfrutaban humillando a los demás: no lo hagáis si no queréis convertirlos en seres cada vez más despreciables, creedme.

A todas las personas que, como yo, han sufrido o está sufriendo la maldad de los otros, solo puedo decirles esto: agradecedlo, os harán más fuertes, os transformarán en una versión mejor de vosotros mismos. No valen nada, solo les dais miedo porque sois diferentes, porque no os pueden entender. Y si no tenéis mi suerte, si no podéis salir solos de ahí, hablad con alguien.

Vivid, no os limitéis a sobrevivir.

Doy las gracias a la traductora del libro **María Araceli Herrera Jiménez**.

Doy las gracias a mi diseñadora gráfica, [PAMELART's](#), por haber sabido expresar una vez más lo que imaginaba en mi mente calenturienta. ¡Me apasiona esta cubierta!

Doy las gracias al hermoso modelo **Luca Vigner**, [@LucaVige](#) por su disponibilidad y gentileza en los acuerdos relativos a la concesión de su imagen para la cubierta de este libro.

Doy las gracias al fotógrafo [@PatrickStyrnol](#), autor de la preciosa instantánea que inmortaliza a Luca.

Doy las gracias a **Lorenzo** y a **Mario**, dos de mis lectores, que han compartido conmigo algunas de sus experiencias del pasado y han contribuido a la creación del personaje de Samuel. Espero haber hecho justicia a las emociones de las que me habéis hablado.

Doy las gracias a amiga **Ava** que conoce a *Defluencer* desde el principio. Os diré la verdad: el personaje nació durante una de nuestras caldeadas discusiones en Messenger, pero nunca os contaré de lo que estábamos hablando (mal).

P.S. Antes o después, iremos a cenar juntas, creo que hasta habrá tiempo para un almuerzo. Y tú sabes lo que quiero decir.

Doy las gracias a **Marica** por la paciencia que está demostrando al soportar todas las peticiones y preguntas que le hago para aprender a llevar mis perfiles en las redes sociales. Gracias por aguantar mi verborrea verbal y gracias por haber aceptado leer mis libros. (¡Y habérselos dado a leer a tu madre!).

Doy las gracias a **Antoine de Saint-Exupéry** por haber escrito un libro maravilloso como *El Principito* que forma parte de mí desde que era niña y al que he querido rendir homenaje en esta historia.

Doy las gracias a **todas y cada una de las personas que han adquirido el libro**, ya se trate de un nuevo lector que se ha acercado por primera vez a mi nombre o que me siga desde julio de 2015 que fue cuando publiqué mi primer libro en italiano, *Il mondo che non vedi*.

Doy las gracias a **todas las personas** que se han inscrito en mi [NEWSLETTER](#) para estar siempre actualizadas sobre las novedades, las fechas de salida y los artículos relacionados conmigo.

Por último, gracias a **todas las personas** que escriben las valoraciones en Amazon y en sus blogs, que emplean su tiempo para regalarme una emoción. También doy gracias infinitas a quienes me escriben en privado, con mucha frecuencia poniendo al descubierto su propia alma con una persona a la que ni siquiera conocen, ¡gracias por vuestra confianza!

Espero que también este libro os haya ofrecido algo y que pueda ser de ayuda para quienes, como yo, han vivido o están viviendo en el agujero negro del acoso. Aunque no puedo echaros una mano en la realidad, espero con todo mi corazón haber conseguido que veáis las cosas desde una nueva perspectiva.

Una perspectiva de esperanza.

Volved a la vida, no os vais a arrepentir.

¡Hasta la próxima historia!

Laura

